

HUMANIDADES

TOMO XXIX

DIRECTOR: FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.

SECRETARIO DE REDACCIÓN: ANDRÉS R. ALLENDE



FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA - REPÚBLICA ARGENTINA

1944

~~San Carlos~~
La
Biblioteca

HUMANIDADES

HUMANIDADES

TOMO XXIX

DIRECTOR: FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

SECRETARIO DE REDACCIÓN: ANDRÉS R. ALLENDE



FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA - REPÚBLICA ARGENTINA

1944

Impreso en la Argentina

Imprenta López, Perú 666 - Buenos Aires

SAN JUAN DE LA CRUZ

El paso sucesivo hacia estados ascendentes crea en San Juan de la Cruz el claroscuro en el esplendor que va de las tinieblas a los levantes de la aurora, a la noche luminosa; poeta de la alborada llega a expresarla con melodía inexplicable ⁽¹⁾; un delicioso sentido de la música, música interior, pausa, acento, donde la condición inefable del lenguaje místico queda detrás de la letra, y llega a ella inextinguiblemente; estamos en el secreto universo de las correspondencias y los símbolos, allí los seres y las cosas adquieren el lenguaje que les pide el alma enamorada y vienen en una fluidez de pasos apenas posados, criaturas animadas, partes de un coro que se desprenden para comunicarnos noticias con la dulce voz del que sabe su dicha y la vela en el tenue acorde melodioso; se desgarran en la ausencia y en la angustia, se elevan victoriosos, se abandonan estremecidos, en los brazos amados, enmudecen en el último límite, en el callado sonido eterno, en la hermosura. La palabra elemental se llena, adquiere faz de espejo, de hijo, de mediador, de guía, esplendor de presencia, de padre, sitio de encuentro, memoria inenarrable, voz de cántica amorosa. ¡Qué deliciosamente canta! ¿Qué dedos embriaga-

(1) Esta simbólica de la noche y del alba en la iluminación y la contemplación se encuentra en la literatura mística de Laredo en la *Subida del Monte Sión*, 1535, cap. XVIII: "Que el crecimiento de la intelectual comprensión se figura en la claridad del alba", donde al parecer sigue a Herp en su *Directorio áures* que San Juan conocía. Dice Laredo: "Es así que al principio del alba se comienza a esclarecer la parte oriental", etc.

dos, en la cuerda, ensayan el son que transfigura el instrumento? ¿Qué oído se inclina para hallar en la fugacidad la voz perenne? La voz perenne nos lleva tras la huella de los pies preciosos, al espejo donde la interior mirada ve unos ansiados ojos que con tanto bello brillo hieren. Fué un tentar hasta dar con esa pauta donde las sílabas suenan desnudas de su contingencia en un éter de ritmo puro. Ritmo simple, repetido y nunca igual, por las variaciones de los estados; una estrofa que suena en otra grada, en otro espacio, en un ámbito que se descubre sucesivamente; también la mano tañedora adquiere otra experiencia y nos habla en un lugar superado, vuelo de música que va alzándose a regiones de esplendor sorprendido. Ritmo simple:

El silbo de los aires amorosos . . .
En par de los levantes de la aurora . . .

San Juan de la Cruz, como España entera, estuvo penetrado por un ritmo; la lengua adquiere un valor de armonía; el poeta místico mide esa unión de las voces y descubre su entera vibración de canto. El “manso ruido” de las hojas, equivale ya a la más perfecta música; ese rumor se transforma en el místico en “silbo”, en el *Sibilus Austri* de Virgilio (*Egl.* V. 82); en los silbos del viento de Lucrecio (*zephyri sibilis*, V, 1382); también el pastor silba a su rebaño, el silbo de los pastores vigila la majada; uno de los nombres de Cristo, es el de Pastor. Lope de Vega lo invoca así:

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño.

La imagen del Pastor tiene no sé qué de retórica eclesiástica, de poesía devota, en cambio San Juan de la Cruz deja este silbo en su puro estado de sensación delicada “de aire que se gusta en el sentido del tacto y el silbo del mismo aire en el oído”, y dedica en la explicación bellas líneas a este recreo del aire para llevarlo después, como alegoría “a las virtudes y gracias del Amado”, expresión de su experiencia en la vía iluminativa. El endecasílabo del poeta descansa generalmente en la segunda sílaba para pasar a la sexta y décima, brisa que se levanta y cae suavemente, o mejor, oleada que tres veces resuena en la rama. Así templó su verso con armo-

nía de letras que imitan a las cosas: “el silbo de los aires amorosos”, con la doble impresión conjunta de roce y de sonido. A esta ciencia del verso, en oído tan afinado, no la aprendió de pronto. Ayudado por el canto, por la atracción de las voces, imantó las palabras; de allí que sus estudios de poética —ya que es poeta, sumo poeta de la emoción pura— requieran algunas hipótesis de anteriores modelos. ¿Qué supo de Petrarca? El ardiente verso de la *Noche obscura*, cima de su exaltación: “Amada en el Amado transformada”, aparece ya en Petrarca (*Triunfo del amor*, 3): *L'amante nell' amato si transforme* (1). En el Cántico, escribe una égloga, teniendo por materia inspiradora el *Cantar de los cantares*; no obstante, cuando en la canción 19 de vía iluminativa, exclama: *Escóndete, Carillo*, nombre que le da a Dios, como él explica: “como si dijera: Querido Esposo mío”, con este diminutivo de caro, querido, nos ofrece un sabor de preciosismo rústico, de viejas églogas de nacimiento de Lucas Fernández: “Di, carillo”; “dínoslo ya, carillo”, y de Juan del Encina, “Déjate deso, carillo, “Nuevas te trayo, carillo” . . . que quizá el santo haya oído en Salamanca. Esta elaborada rusticidad pastoril parece asomarse también en la canción 2 del Cántico: “Pastores los que fuerdes — allá por las majadas al otero”, tiene en la letra su no sé qué de Encina: “Un pastor . . . que aprisca en aquella altura”. En la invocación a los elementos y a sus habitantes, San Juan de la Cruz toca el tema de la creación, y se inspira en las *Confesiones* de San Agustín (X, VI,9). La estructura poética está en la poesía bucólica de la escuela italiana. San Agustín pregunta a la tierra si ella es Dios y le responden la tierra y cuanto vive en ella; pregunta al mar y a sus abismos y a todos los animales que pueblan el agua; pregunta al aire y a sus habitantes, al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. La mente ordenadora y sintética de San Juan de la Cruz funde tierra, mar y abismos, aire, sol, luna, estre-

(1) Esta doctrina transformativa no sólo la vió en versos de Petrarca, en Castiglione, en Fernando de Herrera, sino pudo hallarla también en las *Églogas y farsas* de Lucas Fernández (Madrid, p. 102):

Es Amor transformación
del que ama en lo amado,
do lo amado es transformado
al amante . . .

Lugar muy repetido también en la literatura contemplativa del siglo XVI.

llas en el denominador elementos a los que llama “bosques” y a los habitantes de la tierra, del mar y del aire en el de “espesuras”: “¡oh bosques y espesuras!” A los astros, o sea el fuego, San Agustín no les da habitantes. En San Juan es el fuego el que alimenta a los otros tres elementos. Llama “espesuras” a los habitantes de los elementos por el gran número y mucha diferencia que hay de ellas en cada elemento”. Se dirige como San Agustín a los elementos y a sus habitantes; a todo lo que toca sus sentidos; es decir lo que produce una sensación, tierra, agua, aire, con sus habitantes; los astros con sus lumbres. “Decidme, algo de Él”, les pide San Agustín, lo que da en San Juan de la Cruz: “Decid si por vosotros ha pasado”. El poeta español acota en el *Cántico*: “Respuesta de las criaturas”. En San Agustín la tierra y sus habitantes, el aire y sus habitantes, etc., con una gran voz exclamaron: “Es Él quien nos hizo”. Este *Ipse fecit* nos da origen a la otra lira del *Cántico*; las criaturas responden a San Agustín con su hermosura (*et responsio eorum species eorum*); lo que da en San Juan: “vestidos nos dejó de hermosura”. San Agustín preguntaba a lo visible, al universo sensible; San Juan agrega el mundo invisible, creado también por quien hizo los elementos y sus criaturas: “oh prado de verduras — de flores esmaltado”, es decir a las almas bienaventuradas y a los ángeles.

Cuando San Juan interroga a los elementos y a sus habitantes: “¡oh bosques y espesuras!””, agrega “a la pregunta lo que ya involucra la certidumbre de la respuesta “plantadas por la mano del Amado”. Escribe en el comentario: “dice por la mano del Amado, porque aunque muchas otras cosas hace Dios por mano ajena, como de los ángeles y de los hombres, esta que es criar nunca la hizo ni hace por otra que por la suya propia”. En San Juan de la Cruz es siempre muy importante lo que calla. Cita ángeles y hombres y no la naturaleza. Se opone al poder demiúrgico, desconoce la autonomía creadora de la naturaleza: “criar nunca se hizo por mano ajena”. Se opone así terminantemente a la filosofía universal del Renacimiento y no sólo en esta colaboración con Dios, de la naturaleza; afirma la no eternidad del universo puesto que fué creado de la nada. Santo Tomás comentando a Aristóteles, dejó también aquí su doctrina; San Juan de la Cruz opina

con San Buenaventura, dentro del agustinismo, con parecer definitivo. Quizá deba también a San Buenaventura un antecedente en la doctrina de la creación de los ángeles y almas santas, para preguntarles “decid si por vosotros ha pasado”. Ni los elementos y sus habitantes, ni los ángeles y bienaventurados son Dios, pues son obra de sus manos. Y aquí se acentúa un aspecto del misticismo cuyo origen no indagamos. En la *subida del Monte Sión* de Laredo, 1535, se repite insistentemente: “lo que no es Dios”, quizá por cierto terror al panteísmo y se vuelve a Dios solo, en soledad que “significa desechamiento de todo lo que no es Dios”, para llegar a ese acercamiento “a Dios solo” en abstracción de sus criaturas. Después de la afirmación absoluta de la creación que hace de lo creado obra de su creador sin ningún elemento existente antes de la creación, explica el sentido del endecasílabo: “decid si por vosotros ha pasado”, por “decid que excelencias en vosotros ha criado”. Y se encuentra quizá de nuevo con las opiniones divergentes de los maestros santo Tomás y San Buenaventura.

Dante trata en el Paraíso el complejo tema de la continua creación por la materia y de la causa de la desigual perfección de las cosas. Es Santo Tomás quien habla en el poema (XIII, 76-78) al referirse platónicamente a la idea divina y a su ejecución por el instrumento de la naturaleza:

ma la natura la dá sempre scema
similmente operando all'artista,
c'ha l'abito dell'arte e man che trema.

“pero la naturaleza la da siempre imperfecta, obrando con semejanza al artista que tiene la ciencia del arte y una mano que tiembla”. Y en el comienzo del *Paraíso* donde con tan pocas palabras conglomerada tanta ciencia:

De la gloria de Aquel que todo mueve
lleno está el Universo, donde esplende
en una parte más y en otras leve,

según la noble y meditada traducción de Mitre. San Juan de la Cruz dice lo mismo, pero invariablemente vuelto al simple agustinismo. San Juan no cita ningún autor, no menciona

ninguna doctrina, fuera de las citas bíblicas que interpreta alegóricamente, expone la propia de su ceñida ortodoxia, con toda exclusión posible de la doctrina de los filósofos, sin detenerse en la escala de hermosura; remitiéndome a la explicación del santo: el “pasó por estos sotos con presura”, dice que “Dios las hizo como de paso”, quizá por no tocar la naturaleza agente que crea también lo imperfecto, perfecto si se compara en el Renacimiento con la creación humana, la responsabilidad de la imperfección recae aquí no en la naturaleza demiúrgica sino en el creador directo, y se pensaría en el tema del mal, de lo que no anda bien en el mundo, por eso los elementos y sus criaturas son obras menores, “y en los mayores en que más se mostró eran las de la Encarnación del Verbo y misterios de la fe cristiana en cuya comparación todas las demás eran hechas como de paso, con apresuramiento”, sin negarles las gracias con que fueron dotadas. En San Agustín, aunque San Juan no lo cite al comentar estas estrofas, está la fuente de la inspiración poética y de la doctrina. Hay un retorno anterior a Santo Tomás, en lo que se refiere al testimonio aristotélico y la fusión renacentista. Basta ahora comparar estas estrofas del *Cántico*, poema que es égloga con todos los elementos de la égloga, con cualquier obra pastoril de su tiempo para percibir las diferencias. En la traducción de la *Arcadia* de Sannazaro, edición de Salamanca de 1573, se dice: “los altos espaciosos árboles, en los espesos montes de la naturaleza producidos”, que hasta sugiere: “bosques y espesuras”, la naturaleza es el creador intermediario. En *El Pastor de Fílida*, 1582, de Gálvez Montalvo, por ejemplo:

Floridos campos, llenos de belleza,
en cuya hermosura, sitio y traza
gran estudio mostró Naturaleza.

salvando la calidad de los versos, la visión estética es la misma. En Gálvez Montalvo como en toda la escuela renacentista el instrumento creador, es la naturaleza. En San Juan de la Cruz este colaborador que tantos poderes tiene desaparece. La creación es directa.

Los elementos tradicionales de la poesía pastoril entran en la composición de estas liras. Lo más impresionante por el

lugar en que se encuentra es la exclamación de Fileno en la égloga de Enzina de este nombre:

Oh bosques, oh prados, oh fuentes, oh ríos,
oh yerbas, oh flores, oh frescos rocíos,
oh moradores del cielo superno,
oíd mis dolores. . .

Para valorar una obra se desea saber quién la hizo, quién fué su artífice; nada la realza tanto como venir de manos amadas. Estos "bosques y espesuras", fueron "plantadas por la mano del Amado"; "la obra de sus manos" del Salmo XVIII. Cuando Luis de León escribe: "plantado por mi mano tengo un huerto" descubre un aspecto horaciano, latino, de quien se recoge en la labor de la tierra. Es el huerto de las *Geórgicas* o si se quiere un huerto estoico. Hasta los objetos caseros descubren delicadamente la obra de unas manos; así en Góngora unos manteles son nieve hilada a telas reducidas por "las manos bellas". De allí que resalte en la hermosura de estos bosques su origen, que sean más hermosos aún por la virtud y el amor de su artífice.

Falta saber ahora por qué invoca a los bosques, y no a las montañas, a los campos, para convertirlos en símbolo del universo. En primer lugar, quizá, por el ritmo común de "¡oh bosques!" de Juan del Enzina; en segundo porque San Agustín en las *Confesiones*, 35, 56, le llama al mundo metafóricamente, aunque no con carácter poético: "inmensa selva"; y en tercer lugar, como *hyle*, selva en griego, significa también en griego materia, materia primera en Aristóteles con tantas derivaciones filosóficas renacentistas, no es extraño que esta innegable coincidencia sea meditada. Probablemente el primero que tradujo del griego *hyle* por *selva*, para designar la materia, fué Calcidio, en su versión comentada del *Timeo* en lengua latina, del siglo VI, tan leída en la Edad Media. Era común en el Renacimiento llamar selva a la materia. La materia, escribe Giordano Bruno en el diálogo IV de su obra *Causa, Principio y Unidad*, "fué llamada caos, o *hyle* o *selva* (1)". Por eso San Juan de la Cruz llama *bosques* a los cuatro elementos.

Garcilaso fué la norma de la poesía española del siglo

(1) GIORDANO BRUNO, *Cause, Principe et Unité*, Trad. de E. Namer, Paris, 1930, p. 159.

XVI. San Juan le aprendió el vocabulario, la modernidad, el paisaje, el arte. Agregaré por mi cuenta algunos ejemplos, que a mi modo de ver, significan un trabajo de estilo sobre el texto de Garcilaso, maestro de Juan de la Cruz, no sólo en el verso, sino también en la prosa, donde parece recordarlo, a veces, por ejemplo en la *Elegía primera*, en la reflexión sobre la suerte humana:

¡Oh miserables hados! ¡Oh mezquina
suerte la del estado humano, y dura,
do por tantos trabajos se camina!

Y en el libro II de la *Noche obscura*, cap. XV: “¡Oh miserable suerte la de nuestra vida, donde con tanto peligro se vive”, resonancia natural, ya que Garcilaso poblaba el ámbito con una voz que era también la de sus lectores. Creo que Juan de la Cruz trató de superar la armonía de Garcilaso, dar a la estrofa, a la lira, un ímpetu musical, una dulzura mayor que la lograda por el insigne poeta. Véase en la *Egloga segunda* los versos (639 y 143):

Adiós, corrientes ríos espumosos...
iréis al mar a dalle su tributo,
corriendo por los valles pedregosos.

San Juan retiene el acento de estos versos para forjar los endecasílabos de sus liras. Los “valles pedregosos” se convierten, por influencia de la naturaleza que circunda a San Juan en Andalucía, en “los valles solitarios nemorosos”; los “ríos espumosos” se transforman en “ríos sonoros”. La impresión visual se convierte en auditiva; oye aún de lejos el poeta el río. ¡El rumor remoto del río montañés cómo se acerca al oído! Al comentar, en esta geografía poética, el simbolismo de los ríos escribe: “Los ríos tienen tres propiedades. La primera que todo lo que encuentran lo embisten y anegan”. Si contemplamos los ríos que van permanentemente por su cauce tendríamos que remontarnos al momento genésico, imaginarlos que nacen y embisten y anegan. San Juan vió el río con mirada de poeta; la acción ya realizada continúa realizándose; sigue el río embistiendo y anegando lo que ya estaba embestido y anegado; el río vivo, creador de un acto que no tiene límite en el fluir eterno. Así vió Virgilio

el Timavo, “el río sonoro”; río que se precipita por la montaña con potente murmullo y con la violencia de un mar cubre los campos con ondas resonantes. El epíteto “nemoroso” como decía Baruzi, puede venir del mismo Garcilaso, por el “Nemoroso” de la primera y segunda Egloga (1). El epíteto “sonoro” si no lo tomó de la lengua común pudo encontrarlo en Boscán, a quien leía: “Ni el tañer de instrumentos sonoros” (*Historia de Leandro y Hero*). “Sonoros, solitarios, nemorosos”, adquieren en San Juan una plenitud interior que sólo en él trasciende en el misterio inagotable. Él dió el son a la palabra que vivirá en constante metamorfosis de sensibilidad y de sentido. El verso de Garcilaso llega en él a una plenitud de canto. Cuando, después de la prisión, oye en el monasterio Beas aquella lira que le cantaron para darle gusto y que lo lleva violentamente al éxtasis, el ritmo de esos humildes versos, tenía implícito aunque inhábil el acento que él prefería:

Quien no sabe de penas
en este triste valle de dolores,
no sabe de buenas
ni ha gustado de amores,
pues penas es el traje de amadores.

Versos que no son del mundo alegórico ni poético de San Juan, pero que han sido labrados por la entonación del canto. Adviértase la sonoridad ascendente, e, i, a, oo; el ritmo aceptaba la irrupción triunfal del énfasis victorioso: Amada en el Amado transforma (a a a a). El heptasílabo de la lira generalmente se apoya para avanzar hacia el endecasílabo en la segunda sílaba; el dinamismo poético avanza con el poeta, pues los poemas de San Juan son el relato del itinerario del alma hasta el ansiado estado beatífico. Si Garcilaso se le descubre en la naturaleza ovidiana y virgiliana de las transformaciones y las églogas, no es difícil que el santo deba a Boscán, y casualmente en *Leandro y Hero*, alguna de sus expresiones que él transfigura con la música de la palabra infinitamente

(1) El epíteto “nemoroso” viene seguramente de Ovidio (*Heroidas*, XVI, 53): *Est locus in mediae nemorosis vallibus Idae*; éste es el texto tradicional; la edición de Bornecque trae: *Est locus in mediis nemorosae vallibus Idae*. Esta imagen es familiar en Ovidio (*Arte de amar*, I, 289): *umbrosis nemorosae vallibus Idae*.

gustada. Así la descripción de Hero en Boscán: “Entraba con sus rayos de hermosura — aquí y allá mil gracias descubriendo”, abre un paso para que pueda escribirse la gran estrofa del coro de las criaturas del *Cántico* donde se lee: Mil gracias derramando . . . vestidos los dejó de hermosura”.

El “un no sé qué tan admirable”, y “un no sé qué le puso de hermosura” de la belleza de Hero, en Boscán, parece ser recordada en la intimidad del incierto verso tembloroso: “y un no sé qué que quedan balbuciendo”. Y en esta psicología erótica, traduce Boscán: “porque él era en quien ella a sí misma contemplaba”, que nos recuerda la estrofa 32, de vía unitiva del *Cántico*: “Cuando tú me mirabas”. En Boscán y Garcilaso recoge San Juan un vocabulario poético de palabras comunes que ya habían experimentado la nueva vida que les da el verso. La naturaleza entera penetra en el *Cántico*; los elementos y los seres, en deslumbramiento renacentista. Y caso natural — ese mundo de selvas, de fuentes, de égloga enamorada, se asoma con el insondable mito de Narciso que nos trasmite Ovidio, casualmente está allí el paisaje de naturaleza del *Cántico* (Met. III). *Ergo ubi Narcissum per devia rura vagantem. A “zaga de tu huella”, sequitur vestigia fur-* *tim*; la fuente de Narciso, sagrada fuente incontaminada, en donde él se mira, y empieza el brillo de sus ojos, se descubre en la lira de nuestro poeta, en el tránsito a la vía iluminativa:

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados,
mirase de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados.

Fuente ovidiana, incontaminada, intocada, con cierta semejanza al prado también intocado del *Hipólito* de Eurípides, es a esta sagrada fuente, que simboliza la fe, para el santo, a la que pide el poder ver los “ojos deseados”. El *Cántico*, que tiene tantos modelos inspiradores, sin parecerse a ninguno, recibe este don del paisaje de la fábula de Narciso de Ovidio. Garcilaso tradujo con fiel inteligencia este pasaje de las *Metamorfosis* en la égloga segunda. Es probable que San Juan de la Cruz haya llegado a conocer la traducción de Sánchez de Viana, 1589, del que toma más de una sugestión de vocabulario.

Los comentarios de San Juan del *Cántico* nos dan un delicioso tratado de *Cuestiones naturales* donde no está ajena la ciencia de Séneca con sus preclaras citas de poetas. Podríamos acopiar más elementos que el poeta llevó a sus versos para darles riqueza de vocabulario; la erudición y el modo de los comentarios le acercan a los de San Agustín que es en cierto límite su maestro de toda ciencia. Así el comienzo mismo del *Cántico* ya es fusión de varios elementos:

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?

Este “con gemido” que hace recordar a Garcilaso: “un agua clara con sonido”, es agustiniano: *cum gemitu* (*Confesiones*, VII, 17); en la traducción de Toscano de 1555, se vierte así este pasaje: “era arrebatado para ti de tu hermosura . . . y caía *con gemido*”. Este apartamiento de Dios entrevisto, dejaba a San Agustín “con gemido” como a la Esposa del *Cántico*. Expresión virgiliana, del último verso de la Eneida: *cum gemitu fugit . . .* La influencia bíblica él mismo la descubre. Y en el texto del *Cántico* el *Cantar de los cantares*, tan leído y comentado, en la interpretación alegórica, esparce su aroma oriental, su desmayo erótico, volatilizados por el comentario, por el ardor sacro y por la platónica hermosura que lo invade e ilumina. A estas nociones, de la belleza espiritual y natural, de lo espiritual que viste lo natural, las encontró nuestro poeta en el aire de sus años, en su educación filosófica, en su lectura que fué varia —a pesar de la opinión que prevalece—, en su sensibilidad milagrosa y en don —¿cómo he de decirlo?— de su inteligencia lúcida y aristotélica y de aquella experiencia de impresionantes y sobrenaturales descubrimientos. San Juan de la Cruz leyó a dos maestros del paisaje vestido de hermosura, a Fr. Luis de Granada y a Fr. Luis de León. A esta hermosura en sus escalas, esencialmente platónica, debió verla en *Adiciones al memorial de la vida cristiana* de Luis de Granada, obra universalmente conocida en la segunda mitad del siglo XVI. En la doctrina de la hermosura, Granada lo advierte que casi todo lo que él ha dicho “dice maravillosamente Platón”. Este capítulo de las *Adiciones* (Biblioteca de Autores Españoles, t. VIII, p. 481) perfila una época. Obra sintética del renacimiento español, de estética paisajista, con arranque en

la *Introducción al símbolo de fe*, de Granada, que debió conocer San Juan, como *Guía de Pecadores*, que podemos considerar como esbozo ascético y estético del Cántico, obra de íntimo platonismo de la belleza, es la *De los Nombres de Cristo*, de Luis de León. ¿La leyó San Juan de la Cruz? Pudo leerla cuando escribía la prosa del *Cántico* y aun las últimas estrofas. Midamos el temple del sentimiento que se refina en los *Nombres* en puro esplendor de espíritu (*Pastor*): “Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego, y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida” . . . , “el campo es lo más puro de lo visible”; “campos de flor eterna vestidos”. Todo esto toca la universalidad, tañe en la secreta aspiración a un mundo renacentista divino. Mucho de este convivir con esa soledad hace escribir a San Juan “Estas montañas es mi Amado para mí”, “estos valles es mi Amado para mí”, después de describirlos con abundancia de acariciados epítetos. Vuelve los ojos a “las ínsulas extrañas”, en ellas, dice, “se crían y nacen cosas muy diferentes de las de por acá, de muy extrañas maneras y virtudes nunca vistas de los hombres”. Se refiere probablemente a las “ínsulas” de las Indias, de la Oceanía, a quienes les correspondió el calificativo de extrañas; así su contemporáneo Acosta, al describir el Nuevo Mundo y sus islas, habla “de costumbres y hechos extraños”, “de las cosas nuevas y extrañas”, en fin, de lo que fué asombro en la fauna y la flora; el santo repite en otra lira otra especie de “ínsulas extrañas”. En los libros de caballerías, en los poemas caballerescos italianos, aparecen estas ínsulas como lugares remotos y extraños; ínsulas de peregrinación, odiseanas. Así nacen las estrofas de resonancia inolvidable:

Mi Amado las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

Dos poetas diferentes, Fray Luis y San Juan, ofrecen curiosas afinidades, en sus versos; “vestidos los dejó de hermosura”, en el Cántico; “y viste de hermosura” en la Oda a Salinas; este “vestir” irradia contenido poético. La música ha vestido el aire de luz y de hermosura; Dios al crear el mundo

lo dejó vestido de hermosura. En Luis de León aparece este verbo en gloria de apoteosis, de Campos Elíseos (*Eneida*, VI, 640):

Largior hic campos aether et lumine vestit;

vestigio virgiliano que renace y crece en la mejor poesía castellana. Versos tan nobles merecen estudiarse letra a letra. Señalaré alguna misteriosa coincidencia; en la oda a Grial: “y sólo gana — la cumbre del collado; y do más pura mana — la fuente” . . . ; en el *Cántico*: “al monte y al collado — do mana el agua pura”. Hay heptasílabos de Garcilaso, de lánguido ritmo:

Las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado,

ritmo que San Juan alarga en versos de delicia inenarrable, y transparentan en una pintura de perfecciones sobrehumanas la luminosidad interior, los pies errantes en el apremio del encuentro enternecido que suspende en el éxtasis dichoso la pobre alma vencedora ya de tanta fatiga:

el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Con rápida transición de repentino rayo, al ver los ojos deseados, en la fuente cristalina, el alma herida exclama:

Apártalos, Amado,
que voy de vuelo,

“que voy en vuelo de la carne, comenta, para que me los comuniqués fuera de ella”, arrebatado, en el vuelo del espíritu “que destruye el cuerpo”. En el comentario de esta suprema exclamación, San Juan nombra a Santa Teresa y recuerda las obras que dejó, “las cuales, espero en Dios, saldrán presto impresas a luz”. Conmueve esta cita. Al recordar el altísimo vacío del vuelo, fuera del sentido, el ala “en la visitación del espíritu divino”, pensó, al volver, “en ella”, en la santa, en la experiencia de ella; en ella, en su humildad transida y anhelante; parece que en la inaccesible cima al fin por él tocada quedara una noticia de aquellos pies de azucena. En las

Séptimas Moradas late un misterio que no llega al ritmo, que no va arrebatado en la vorágine sonora. “El Señor la junta consigo; mas es haciéndola ciega y muda. . . Cuando la junta consigo ninguna cosa entiende”. Experiencia quizá idéntica en los dos, que San Juan expresa en versos de insondable lirismo de la *Noche obscura*:

Quedéme, y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado.

En las ocho ascendentes liras de esta *Noche obscura* — triple noche hallada más allá de nuestra noche corporal— noche que en la *Subida del monte* es camino y activa, y penetrada de Dios, el santo la interpreta camino y pasiva y la ilustra en la didáctica *Noche obscura del sentido*. Sabiamente se ha estudiado el metafísico aspecto nocturno del misticismo de San Juan de la Cruz, que se extiende por toda su obra. San Juan pudo conocer en sus años de estudio de Salamanca a Ovidio ⁽¹⁾. La salida de Tisbe, en las tinieblas de la noche, disfrazada, debió contribuir a crear en él el mito de la aventura nocturna que después, con la experiencia, llevó a la alegoría mística. Una canción de Ariosto *Quando'l sol parte*, traducida al castellano por Gutierre de Cetina —¿la leyó el santo?—, pudo contribuir también al argumento externo de la *Noche obscura*, y de tal manera la noche obscura está escrita con apariencia profana, dentro del símil del sileno de Alcibíades, que aun Góngora se encuentra en este lugar pastoril con San Juan de la Cruz que tan delicadamente le aventaja:

Dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado,

y Góngora en la *Soledad* primera:

Deponiendo amante
en las vestidas rosas su cuidado.

(1) En 1567, cuando San Juan de la Cruz estudiaba en Salamanca, el Brocense, dice Urbano González de la Calle, leyó en marzo, el libro tercero de las *Metamorfosis* de Ovidio; pudo también leer el cuarto libro, de estos dos hay vestigios en la *Noche obscura* y en el *Cántico*. Nada se opone, según Baruzi, a que San Juan de la Cruz haya seguido al Brocense en las explicaciones de textos de su cátedra de retórica.

Esta poesía, en cualquiera forma interpretada, por él o sus exegetas, trasciende de su ciclo, de sus vías cumplidas, con la entera vida espiritual del poeta —pasiva o activa, pasiva desde la tercera estrofa, hasta la unión estática. Poesía formularia, de repeticiones de *noche*, de noches superadas, “noche obscura”, “noche dichosa”, “noche que guiaste”, no se contiene ya y en la cuarta lira, al tono menor se agrega una sonoridad de coro o de órgano, en la afirmación ya desvelada:

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,

para estallar en la exclamación de creciente intensidad a la que parece unirse la voz del universo visible e invisible:

¡Oh noche que guiaste,
oh noche amable más que la alborada,
oh noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada en el Amado transformada!

Gradas, círculos ascendentes, las noches sucesivas penetran en la obscuridad más luminosa que el mediodía y la alborada; el Amado dormido en su pecho, y ella el rostro reclinó sobre el Amado; el “quedéme y olvidéme”. En la guiadora noche sosegada el secreto silencio divino, ¿qué dedos rozan las cuerdas sonoras?

La cita que hace de Boscán vuelto a lo divino, —es decir de una parte de estrofa de canción de Garcilaso que tomó de las obras de Boscán y Garcilaso “Vueltas a lo divino”, probablemente por esquivar el nombre del poeta toledano—, demuestra cuidado atento en la creación de una estrofa, puesto que la elige para convertirla en el instrumento lírico de la *Llama*. Un escritor monástico tan ceñido a su mística teología, hallaba quizá reparos en sí mismo para citar a Garcilaso, flor del Renacimiento de España. Se llamaba comúnmente Boscán al volumen de Boscán y Garcilaso: “Un Guzmán, un Boscán y un Juan de Mena”, en Juan de la Cueva, Gallardo II, 704. El Guzmán debe ser en esta trinidad poética, un tanto burlesca, el imitador de Petrarca, Francisco Guzmán, y el libro *Triumphos morales*, 1557. No quiere decir que no lo haya leído a Garcilaso en su verdadero texto. Casi tenía obliga-

ción de hacerlo en su calidad de confesor que debía vigilar las lecturas. Garcilaso fué en parte su maestro del idioma y la armonía, del paisaje de la égloga; nada dice de la lira, de donde la tomó, porque nadie ignoraba su procedencia garcilacista; sí tiene qué decir cuando aparece con una forma fragmentaria, que está fuera del arte, una mutilación de una estrofa, y aunque a estos versos les llama "liras", explica cómo están compuestos. Esta estrofa de la *Canción* segunda de Garcilaso se encuentra también en su *Egloga* segunda (38-76), la trajo de Petrarca de la canción que empieza *Se'l pensier che mi strugge*; la encontró también en la *Arcadia* de Sannazaro, *Sovra una verde riva*. La empleó Gil Polo en la *Diana*, Gálvez Montalvo en el *Pastor de Fílida*, y después, repetidamente la traen casi todos los poetas ilustres de fines de siglo. El corte violento de estrofa tan consagrada saltaría a la vista sin necesidad de la nota aclaratoria que quizá San Juan de la Cruz no haya escrito.

En la *Diana* de Gil Polo, en el *Pastor de Fílida*, obras quizá leídas con otros fines, pudo adquirir naturalmente vocabulario pastoril y mayor conocimiento de la modernidad poética castellana. En esta *Diana* y en el *Pastor de Fílida* la lira se cuenta entre los instrumentos pastoriles, lo que hace pensar en "las amenas liras" del Cántico, aunque aquí signifique música, con sabia anotación aristotélica, reforzada con el "canto de Serenas" por los efectos de la armonía. Escribe "serena" con cierto fino efecto arcaico, aunque se encuentre en Garcilaso, vacilante en Luis de León, donde conviene *las Sirenas a Cherinto*; las "serenas" traen el dulzor antiguo del Marqués de Santillana "las serenas plañen" (soneto X), y el del "cantar de las Serenas", de la traducción de la *Odisea* de Gonzalo Pérez que seguramente leyó en Salamanca nuestro poeta. Las dos bellas estrofas hepitalámicas, donde se pide silencio a las cosas, para que el ser amado duerma; "por las amenas liras", encierran una estudiada reminiscencia de Garcilaso, del comienzo de la oda *A la flor de Nido*, con una enumeración bucólica: "A las aves ligeras - leones ciervos" ..., muy común en las églogas desde Teócrito. El vocabulario muestra selección admirable. "Suave espira el fresco viento", dice Gil Polo. Y el Cántico: "aspira por mi huerto", con referencia bíblica de "soplar", y prefiere "aspira" a "espira" dos

sinónimos de bella trascendencia virgiliana, *aspirant aurea in noctem*; Petrarca le da en el endecasílabo nuevo abolengo lírico: *L'aura celeste che'n quel verde lauro - spira*. Con estos antecedentes toma Fernando de Herrera el *espira*, su mejor forma verbal y la convierte en una de sus palabras preferidas: "Ni Euro aspira, ni Austro suena ardiente, donde la sonora lira de Tracia espira". "Aspira" en Herrera significa "desear", "querer": "al alto Olimpo levantarse aspira". Algunas formas de erótica mística por ejemplo de la lira "Descubre tu presencia", donde "que la dolencia — de amor que no se cura — sino con la presencia y la figura", participa de una especie de *Arte amatoria*; ya Osuna en el *Cuarto abecedario* (1535, f. 114) dice: "el dolor del amor no puede ser curado sino por el que fué causa dél".

Ciertas formas elementales de la primitiva égloga española parecen haber llegado a San Juan de la Cruz; en la tercera *Farsa* de Lucas Fernández, dice Prabos con su lenguaje de apariencia rústica:

Que Bras-Gil por Beringuella
pasó un montón de quejumbres
por montes, valles y cumbres
hasta que topó con ella.

Lo que da en el *Cántico* (estrofa III):

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas . . .

El mismo sapientísimo Prabos —docto en amorosas desventuras— continúa diciendo:

Envióle mensajera
muy artera
Que lo tentase de amor.

En el *Cántico* (estr. VI) exclama la Esposa:

No quieras enviarme
de hoy más ya mensajero . . .

La bella estrofa donde tan delicadamente se enamora y quizá se previene:

Pues ya si en el ejido,
de hoy más no fuese vista ni hallada . . .

recuerda también el religioso *Auto de Nacimiento* donde Lucas Fernández pinta los ángeles:

He estado casi embebido
mirando que van volando
zagales, y van cantando
por en somo del ejido...
y no sé por donde se han ido...

La historia de la interpretación simbólica de los textos, de Homero, por ejemplo, abarca un vasto espacio del período romano y alejandrino. En la época de San Juan de la Cruz, casi no hay obra erudita en España donde no se haga referencia a la significación simbólica de los mitos y a sus moralidades; San Juan sigue las interpretaciones de los Salmos de San Agustín; el *Cantar de los Cantares* comentado simbólicamente forma una literatura copiosa; la primera interpretación es la literal, la segunda la simbólica; Luis de León estudia la primera, el texto; cualquiera obra, sea la que fuere, puede ser interpretada en su sentido oculto, todo se convierte en símbolo y todo es símbolo en la naturaleza, el agua, la piedra, el monte, el valle, el ciervo, el ave; una escuela medieval en lugar de comentar así las *Metamorfosis* las volvió a lo divino, es el *Ovidio moralizado* de Chrétien Legouais, su *Ars amatoria* estudiada en la Edad Media, debió crear escuelas y doctrinas; el *Convivio* y la *Vita nova* donde Dante explica en prosa el contenido de sus versos se parece al método de nuestro poeta. En la *Noche*, en el *Cántico*, nada debe tener exterior apariencia religiosa; un poema de amor, una égloga, con el más descubierto aparato profano, oculta, su otro sentido simbólico. Tampoco el *Cantar de los Cantares* tiene apariencia religiosa; tampoco la tienen las Eglogas de Virgilio; cuando en el siglo XVI Europa se vuelven a lo divino, los poemas siguiendo una tradición medieval, como el Boscán y Garcilaso vueltos a lo divino, o en la tentativa anterior de López Ubeda, que San Juan de la Cruz también debió conocer, no se forma escuela. El mismo San Juan de la Cruz debió sonreírse de esta inocencia y sobre todo de la irreverencia de transformar obras ajenas. Más recto hubiera sido declarar simbólicas las Eglogas de Garcilaso y explicarlas. San Juan rehuye toda apariencia religiosa en la *Noche* y en el *Cántico*. Hace aparentemente poesía profana; tan profana como Bos-

cán y Garcilaso. Por eso, en la Noche, la historia de una joven que sale sin ser notada, debe documentarse, como él tan cuidadosamente hace, con todos los usos y costumbres que a esta circunstancia corresponde. De allí que se acerque a la fábula de Píramo y Tisbe del libro III de las *Metamorfosis* que él oyó explicar al Brocense — y si no lo oyó la fábula estaba en todas partes donde hubiera estudiantes, y él lo era. Cómo basta leer la salida de Tisbe en las *Metamorfosis* para convencerse que aquí es el modelo de San Juan. Sólo en el comienzo, porque Tisbe halla la muerte y la Amada la unión con el Amado. Voy a referirme al lugar en que Góngora posteriormente toca a lo burlesco la salida y a su comentario por Salazar Mardones que lo voy a referir, abreviándolo, a nuestro poeta (Salazar Mardones, p. 117 y siguientes). Véase antes, la salida, en la traducción de las *Metamorfosis* de Sánchez de Viana (1589):

Salióse Thysbe astuta, disfrazada,
sin que ningún portero se lo sienta,
y de amor y tinieblas rodeada.

San Juan toma literalmente los móviles y circunstancias:

En una noche obscura
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.
. . . Por la secreta escala disfrazada.

Por las tinieblas, *per tenebras*, va Tisbe a donde la espera Píramo, en tinieblas va la Amada,

sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.
Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía
a donde me esperaba
quien yo bien me sabía . . .

En estas tinieblas San Juan insiste con la repetición de luz, esta luminosidad interior parece que alumbra la noche. Tisbe no llevaba luz. ¿Fué un descuido de Ovidio? Advertirá

después a la leona por la claridad de la luna; probablemente de la luna menguante, todavía muy luminosa que aparecería pasada la medianoche. Este punto de la luz, que yo me lo explico a mi manera satisfactoriamente, debió preocupar, para no hacer de la luna un *Deus ex machina*. La tiniebla absoluta que tanto estudió San Juan de la Cruz, es difícil de encontrarse, de allí que se razone en Virgilio o en algún otro poeta la causa de una obscuridad muy cerrada. El poema burlesco de Góngora, tan meditado, resolverá ingeniosamente estas dificultades. Ovidio no da luz ninguna a Tisbe. San Juan tampoco, pero la menta negativamente: “sin otra luz”. No podía llevarla quien sale a escondidas y va escondida. No podía llevarla en esta soledad del invisible himeneo. No iría las encendidas lámparas como en Catulo. Las estrofas siguientes tienen también su apariencia de hepitalamio profano.

San Agustín es maestro de San Juan de la Cruz, un Agustín contenido en el siglo XIII por la exposición escolástica; las interpretaciones bíblicas y el arte simbólico, toda cosa es símbolo, y puede dar origen a varios símbolos, constituye el secreto de Juan de la Cruz. Así una palabra “montañas”, en la lira 14: “esas montañas es mi Amado para mí” en la 19: “y las montañas son las potencias del alma”, en la 20: “montes”, “por los montes, que son muy altos son dignificados, los actos extremados en demasía desordenada”... Todo ello en nada quita el sentido literal de égloga del *Cántico*, el lector se deleita con la simple belleza de las imágenes de una realidad admirable.

El epíteto antitético que usa tan esmeradamente San Juan de la Cruz: “la música callada, la soledad sonora”, “¡oh cauterio suave, oh regalada llaga!”, debió encontrarlo con sensibilidad poética en Herrera. *Algunas obras* de Fernando de Herrera, 1582, (cito por edición de Coster) “sabrosos daños”, p. 59; “oh cara perdición, oh dulce engaño”, p. 65; “peligroso puerto”, p. 66; “tan dulce es el dolor de esta mi llaga”, p. 118; esta insistencia quizá venga en parte de Ausias March y sobre todo de Petrarca:

Dolci ire, dolci sdegni e dolci paci,
dolce mal, dolce affanno e dolce peso...

Cervantes en *La Galatea*, que pudo leer San Juan de la

Cruz, se complace con este juego antitético: “¡Oh amarga dulzura, oh venenosa medicina!” . . .

La fuente más segura de San Juan de la Cruz es la de San Agustín. Basta abrir las *Confesiones*, traducción de Toscano, 1555: “las insaciabiles codicias de la necesitada abundancia” de este mundo y de tu “ignominiosa gloria”, f. I, 10; en latín: *copiosae inopiae et ignominiosae gloriae; misericorditer saeviens* II, 3; “oh enemiga amistad”, II, 9; en latín *inimica amicitia*; etc. En la estrofa de la *Llama* de “cauterio suave”, la expresión antitética: “matando muerte en vida la has trocado”, está en las *Confesiones*: “y hieres para sanarnos, y matas porque no muramos a ti”, ed. de 1555, II, 2; y en este lugar agustiniano de las *Adiciones al memorial*, de Luis de Granada: “¡Oh vida de mi ánima, que por darme vida padecistes muerte, y muriendo mataste la muerte” (1).

Las repeticiones de la *Noche* y del *Cántico*, tienen una intención musical y oratoria; en la de “oh noche que guiaste, oh noche amable más que la alborada — oh noche que³ juntaste . . .” siendo cada noche una experiencia distinta, de vía iluminativa, de paso de la vía iluminativa a la unitiva y de vía unitiva y estado beatífico, forman un claroscuro que va de la noche sensitiva a la noche divina y más que repetición son un climax, una gradación. Podríase pensar que tuvo presente la repetición de Virgilio (GEORG. I 289):

Nocte leves melius stipulae, nocte arida prata
tondetur; noctes . . .

Esta figura abunda en San Agustín, pertenece a la retórica de Gorgias (2). Basta empezar por las primeras líneas de las *Confesiones*: *Magnus es, domine, et laudabilis valde: magna . . .*, que Toscano traduce: *Grande eres tú, oh señor, y muy digno de ser loado, y grande . . .* En las primeras diez

(1) “Biblioteca de Autores Españoles”, *Obras de Fray Luis de Granada*, II, p. 442.

(2) C. I. BALMUS, *Étude sur le style de Saint Augustin*, París 1930. Del libro de Balmus nos hemos servido en algunas citas de este trabajo. Teodoro Gomperz (*Les Penseurs de la Grèce*, trad. de Reymond, t. I, p. 521), acepta el parecido de la retórica de Guevara y de sus influencias europeas con la de Gorgias. Guevara lo seguía indirectamente en el abuso premeditado de una técnica que encontró en el estilo de San Agustín. La vasta influencia retórica del autor de las *Confesiones* pertenece a todos los tiempos.

líneas de las Confesiones se repiten: *magnus, magna; laudare, laudare, laudare, homo, homo, homo*. Si se leen las obras de San Agustín, como lo hacía San Juan de la Cruz, la cosecha de repeticiones artísticas (*traductio, poliptoton*), colmará la medida.

La aliteración la debe también nuestro poeta a esta influencia agustiniana; “Amado con amada — Amada con el Amado transformada”, hace recordar a Dante: *Amor che a nullo amato amar perdona*; en la obra de San Agustín la aliteración es uno de los recursos más continuamente usados. La mezcla de aliteración y de repetición:

y en soledad la guía
a solas su querido
también su soledad de amor herido,

está también en el repertorio infinito de la retórica del obispo de Hipona. Con abrir cualquier libro de su discípulo castellano el Obispo de Mondoñedo se las encuentra en cualquier página: “Oh triste del cortesano el cual se levanta tarde, despacha tarde, visita tarde, le oyen tarde, se confiesa tarde, reza tarde, se retrae tarde, se enmienda tarde, le conocen tarde y aun medra tarde”, *Menosprecio de corte*, IX. De Guevara debió leer San Juan de la Cruz el *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*, con rima interna agustiniana, libro que su autor confiesa en la explicación del título: “es obra en que el autor más tiempo ha gastado, más libros ha revuelto, más sudores ha pasado . . .” y continúan los “más”. Escribe Laredo en la *Subida del Monte Sión*, ed. de 1617, p. 306: “aquellos que entienden no entienden cómo lo entienden; sábelo sin saber como lo sabe”; la acumulación, a menudo anti-tética: luz, sombra, tinieblas; es común en Laredo. La repetición con carácter afectivo se encuentra en cualquier autor de la época, en la *Diana* de Montemayor, por ejemplo: “Celos me hacen la guerra, — con celos voy al ganado, — con celos a la majada, y con celos me levanto . . ., con celos corro a su mesa” . . ., si le pido de qué ha celos, no sabe responder nada”. No era casual capricho “la razón de la sinrazón que a mi razón” . . . Otra cosa es la soledad repetida de nuestro místico poeta.

ARTURO MARASSO.

EMILIO MIRA Y LÓPEZ (*)

Honra hoy nuestra cátedra el prestigioso Profesor don Emilio Mira y López, psicólogo y psiquiatra, eminente en ambos dominios, cuyo nombre es familiar en esta Facultad, como lo es en los medios intelectuales de todo el mundo. El doctor Mira, hijo de un médico militar, nació en Santiago de Cuba, el 24 de octubre de 1896. La familia, terminada la misión del padre, regresó a España tres años después y, cuatro años más tarde, se estableció en Barcelona, donde nuestro visitante realizó sus estudios.

Puesto que me dirijo, especialmente, a los alumnos de la Facultad, diré que el hoy ilustre profesor se singularizó como estudiante, mereciendo las más altas distinciones en su bachillerato (sección Ciencias), en 1911; su licenciatura, en 1917, y su doctorado en medicina, en 1923, y recibió así, al terminar cada una de esas etapas de sus estudios, un primer premio extraordinario. Su actuación profesional, científica y docente acreditó —en su caso, al menos— la validez y justicia de esas recompensas y ratificó la confianza que en él depositaron sus profesores al discernírselas.

Reconozco que es difícil reseñar, en las breves palabras de una presentación, su brillante carrera y su actividad múltiple

(*) Versión taquigráfica de la presentación realizada por el entonces Decano doctor Alfredo D. Calcagno del profesor doctor Emilio Mira y López, con motivo de la conferencia pronunciada por este último en el Aula Mayor de la Facultad, el 22 de junio de 1940.

y constantemente renovada. Y es más difícil todavía, porque no sólo no es un unilateral, sino que tampoco es un sedentario. Tentaré hacerlo, sin embargo, lo más objetivamente posible, procurando ser conciso.

Como psiquiatra, su prestigio ha ido creciendo desde que empezó a actuar, en 1925, como médico del Servicio Psiquiátrico del Ayuntamiento de Barcelona, hasta ser designado, por voto unánime del Claustro, en 1933, profesor de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de esa misma ciudad, y, al año siguiente, Presidente de la Sociedad Catalana de Psiquiatría y Neurología; en el mismo año 1934, Vicepresidente de la Asociación Española de Neuropsiquiatría y Miembro del Consejo Superior Psiquiátrico de Madrid. Finalmente, en 1938, actuó como Jefe de los servicios psiquiátricos del ejército de la República Española, hasta que se vió obligado a emigrar a Francia —cuyos campos de concentración conoció— y de allí a Inglaterra, para actuar en Londres, en 1939, como "Research Fellow" de la "Societe for Protection of Science and Learning". Pasó ese mismo año a Estados Unidos, para dictar conferencias en Princenton, Harvard, Yale, Chicago y Washington y luego a Cuba, como profesor de cursos extraordinarios en la Universidad de La Habana, hasta enero de este año, en que se embarcó para Buenos Aires. Todo ello, sin contar su ejercicio profesional en clínicas e institutos privados y su actuación dentro del campo de la Higiene Mental. Baste decir, a este respecto, que en 1936 fué electo Presidente de la Liga Española de Higiene Mental y, al año siguiente, Vicepresidente honorario de la Liga Internacional.

Su renombre como psicólogo lo acreditan dos circunstancias: fué Presidente de sección del IX Congreso Internacional de Psicología, reunido en Yale, en 1929, y Presidente electo para el XI Congreso Internacional de Psicología de Copenhague, en 1932.

Ha dictado cursos de Psicología Jurídica en la Facultad de Derecho de Barcelona, en 1931, y de Psicología Experimental en la Facultad de Ciencias de la misma Universidad, en 1932. Ha realizado, dentro de los dominios de la Psicología pura, investigaciones muy importantes acerca de los fenómenos afectivos, los estados pasionales, la conducta moral, la sociabilidad. Apenas llegado a nuestro país, ha editado, a

comienzos de marzo de este año, un hermoso libro, cuyo prólogo está fechado en Londres a mediados del año último, donde encara diversos problemas psicológicos actuales.

Merece especial referencia su labor dentro del campo de la Psicotécnica y la Orientación Profesional. Iniciado en 1919 en tales estudios, al ganar por concurso el cargo de Jefe del Laboratorio de Psicofisiología en el Instituto de Orientación Profesional de Barcelona, fué Secretario de la 2ª Conferencia Internacional de Psicotécnica y Relator oficial de la 3ª, la 5ª y la 7ª Conferencia. En 1927 se le designa miembro del Comité Directivo de la "Société Internationale de Psychotechnique", de París, y ese mismo año era nombrado Director del ya citado Instituto de Orientación Profesional de Barcelona, que tanto prestigio ha alcanzado. En 1930, la VI Conferencia Internacional de Psicotécnica se reunió en Barcelona, bajo su Presidencia, y, en 1934, fué designado Director del Instituto de Psicotécnica de dicha ciudad. En estos dominios es creador también de nuevas técnicas de examen y de un nuevo instrumental que se aplican y utilizan en todos los laboratorios de la especialidad. Ha escrito sobre la materia valiosísimos trabajos.

Sin contar las distinciones académicas que se le han discernido y que acreditan su bien ganada fama de sabio investigador, agregaré, en cuanto a su actuación científica, lo siguiente: Ha dictado numerosos cursos y conferencias en diferentes países, especialmente en Francia, Suiza, Inglaterra, Estados Unidos y Cuba, país de su nacimiento, como ya he dicho. Ha traducido directamente del alemán al español obras de Psiquiatría, Neurología y Psicología. Ha prologado y revisado numerosas obras, como el *Manual de Psicología del Niño*, de Murchison. Ha fundado revistas, como la *Revista Catalana de Psiquiatría y Neurología*, ha dirigido otras y ha sido redactor de muchas más. Ha escrito ciento quince trabajos originales de Psicología, Psiquiatría y Psicotécnica y, entre otros libros suyos, deseo citar especialmente: *El Psicoanálisis*, aparecido en 1926, *Psicología Jurídica*, en 1932, y su difundido *Manual de Psiquiatría*, en 1936, del que ya está en prensa la segunda edición.

Se explica así, con cuanto interés he pedido al doctor Mira y López, personalidad tan eminente, que honre esta cátedra

desde la que nos han hablado tantas otras figuras también eminentes del pensamiento contemporáneo.

Sin que yo necesite destacarlo, podréis apreciar, señores, su capacidad e información científica, su orientación filosófica, sus extraordinarias dotes de expositor, la profundidad y vastedad de su pensamiento, en estas dos conferencias que él, en medio de sus ocupaciones, ha aceptado dictar aquí sobre dos temas que me he atrevido a proponerle: la de esta tarde, sobre “La Psicología de ayer y la de hoy”, y la del jueves próximo, acerca de “Las posibilidades inmediatas de la Orientación profesional en la República Argentina”.

Todos hemos de escuchar con verdadero agrado e indudable provecho su palabra autorizada. Y, al darle la bienvenida en nombre de la Facultad, quiero agradecerle una vez más su gentileza y el honor que nos dispensa.

Doctor Mira, estáis en vuestra casa.

ALFREDO D. CALCAGNO.

LA PSICOLOGÍA DE AYER Y LA DE HOY (*)

Vamos a tratar de dar, en forma esquemática, el concepto esencial, básico que diferencia el movimiento psicológico de ayer, del de hoy; localizando este ayer, en los fines del siglo pasado y en el principio de éste y localizando este hoy, en el momento actual del devenir psicológico.

La psicología de ayer parecía, en realidad, no ser una psicología, sino un campo en donde se debatían encarnizadamente dos ejércitos psicológicos irreductibles. Por una parte, aquellos psicólogos que se esforzaban en mantener la psicología adherida a la madre de todas las ciencias —la filosofía—, que defendían a pie y a caballo que el estudio de la psicología era el mismo que el de la antigua neumología: el espíritu invisible, inmaterial, etéreo, en oposición a la materia, objeto de la física. Esos psicólogos creían, en realidad, que la Psicología, por no ser, en modo alguno, materia de estudio de la física, debería ser tratada por la metafísica, y que se imponía para el estudio de la Psicología una actitud de meditación, un método de introspección y un solo escenario: la conciencia. Así, pues, los psicólogos de este primer bando (vamos a denominarlo bando *A*) se encerraban en la soledad, apoyaban sus codos sobre la mesa, se invaginaban y meditaban para descubrir qué hay en el misterio del ser humano. Y no solamente hacían eso, sino que procuraban hacerlo en condiciones de la

(*) Versión taquigráfica de la conferencia pronunciada por el Doctor Emilio Mira y López en el aula mayor de esta Facultad, el día 22 de junio de 1940.

máxima frialdad y ecuanimidad posible. Creían que el objeto fundamental de la psicología era la descripción y catalogación de estos hechos de conciencia, realizados con arreglo a un criterio racional. Digámoslo de una vez: la psicología que defendían estos seres, era una psicología intelectualista. Heredaban, evidentemente, el pensamiento cartesiano que, como todos vosotros sabéis, opuso de una manera irreductible la “res” pensante a la “res” extensa.

En oposición a éstos, había otros psicólogos (que constituirán nuestro bando *B*) que, rebelándose, postulaban exactamente lo contrario. Es decir: que el objeto de la psicología no era el estudio de la conciencia, sino el estudio de la conducta; que el método de la psicología no era la introspección, sino la extrospección; que el psicólogo no podía, en modo alguno, encerrarse en su cuarto y meditar, en la actitud que ellos llamaban despectivamente del “arm-chair psychology” (del psicólogo del sillón), sino que tenía que lanzarse al seno de la vida, a sorprender al hombre, no en el estado de pensar y razonar, sino “en su propia salsa”, como si dijéramos, como ente que sufre, que existe, que padece y que actúa. Para ello —postulaban estos psicólogos del bando *B*— se requiere que la psicología emplee el método experimental. La estadística y el análisis científico se imponían.

Además, tenía el bando *A* una posición filosófica espiritualista y el bando *B* una posición filosófica materialista. Encerrado cada uno de estos bandos en su reducto, implacables contra el adversario, se odiaban cordialmente y, en algunas Facultades, se vió el hecho inusitado de que se ignoran mutuamente los que cultivaban estas disciplinas. Los unos, enseñando la psicología superior o teórica y los otros, al revés, metidos en el pleno fragor de la vida, en los laboratorios industriales, en las escuelas, en las prisiones y en todos los puntos donde hubiera un fenómeno vital humano. Evidentemente, estos dos campos eran, al parecer, irreconciliables.

La psicología de hoy nos ofrece un panorama totalmente distinto. Nos ofrece el panorama resultante de la interpretación recíproca de los dos bandos irreductibles. El panorama de una psicología que ha llegado a una feliz síntesis de esas dos tendencias, que ha superado ya ese estadio, y no se ha adscripto ni a la filosofía, ni a la fisiología, sino que ha adquirido una independencia plena, y emite, con sus dos brazos, una

valencia que la liga a la metafísica de la cual procede, y otra a la fisiología, en la cual querían sumergirla los psicólogos de ayer.

¿Cómo se ha operado este cambio? ¿Cómo ha sido posible lograr esa síntesis? Yo voy a tratar de explicároslo siguiendo, para ello, brevemente, la evolución de las principales doctrinas psicológicas.

En primer lugar, es evidente que a esa concepción racionalista e intelectualista de la psicología de los siglos XVIII y XIX se habían opuesto serias objeciones en el propio campo de la filosofía y también en el campo de las artes. No citemos al propio Schopenhauer que decía que el hombre era un animal que tenía la funesta manía de pensar; no citemos tampoco a Goethe, cuando decía que, en el principio no estaba el verbo sino la acción. Circunscribámonos a la gigantesca figura del propio Kant al hacer la "Crítica de la razón pura" y veamos, también, la influencia enorme de Kierkegaard, al plantear el problema de la angustia humana, como tema central de la investigación de la psicología teórica. Veamos, después, la influencia inmensa de Dilthey, la crítica violenta de la filosofía vitalista al decir que el hombre descrito por Descartes era un muñeco, era un agregado de dos formaciones, que no podía, en modo alguno, subsistir y que era necesario rehacer desde otro prisma. Esa necesidad de completar el estudio del hombre, incluso desde el propio campo introspectivo, que arranca de una manera potente, en la segunda mitad del siglo XIX, del mismo campo filosófico, lleva a la aparición de una pléyade de psicólogos procedentes de la Facultad de filosofía, que acometen el estudio de la conciencia, pero no ya haciendo, como hasta entonces se hacía, la conciencia sinónimo de razón, sino el estudio de la conciencia como sinónimo de campo vivencial, es decir como escenario de experiencias psíquicas que pueden ser sometidas a la experimentación. Y así, William James, Stanley Hall, Titchener y Thorndicke en América, Ribot, Janet, Binet en Francia y una pléyade de otros psicólogos y filósofos (Brentano, Müller, Ehrenfelds, Höffding, Meumann, Ebbinghaus, etc.) reclaman la necesidad de acometer el estudio de todos los hechos psíquicos con un criterio experimental. Se hace la crítica experimental de la antigua doctrina cartesiana y elementos procedentes del campo filosófico como es Marbe, como es Krüger, demuestran que esta psico-

logía filosófica va siendo penetrada por el criterio científico biológico. La psicología actual se va concretando. Se admite la noción de inconsciente y el criterio evolutivo. Se suprime el examen consciente como único plano de estudio. Se descubren nuevas dimensiones en el ser y, por tanto, se acerca a la corriente que hasta entonces parecía contraria a ella.

Viceversa, a las pretensiones de Weber y Fechner de reducir el estudio de la psicología a la psicofísica, es decir a la determinación de las equivalencias y correlaciones que había entre las dos calidades de energía, sigue la obra de Wundt que, en realidad, trataba de establecer un equilibrio, un punto de enlace con la concepción antigua de la psicología. Pero es, sobre todo, en los discípulos de Wundt (en Stanley Hall, en Titchener y más tarde, en el propio Binet), donde se observa esa tendencia a no despreciar la introspección y a no excluir el estudio de los fenómenos psíquicos por el propio análisis, tendencia que iba, evidentemente, a permitir la conciliación de esas dos actitudes. En los psicólogos estadounidenses, se operó, hace dos decenios, una marcha atrás en ese proceso, con el advenimiento del conductismo watsoniano. Pero se ha vuelto a rehacer su ruta, al incorporar, a este conductismo watsoniano, el estudio de los fenómenos vivenciales más íntimos, a través del método experimental, con arreglo a las técnicas que siguen hoy día los más representativos psicólogos de Norteamérica actual. †

Así, pues, de una parte tenemos una tendencia experimental en el campo de la psicología filosófica, y, de otra parte, una tendencia a elevarse a un plano de abstracción en el campo de la psicología psicofísica.

Si seguimos esta interpenetración en corrientes psicológicas más precisas, más debidamente delimitadas, vamos a ver mejor todavía este proceso de fusión del que os estoy hablando. Tomemos, para eso, lo ocurrido en el campo de la Psicología patológica, de la Psiquiatría. Kant creyó que las enfermedades mentales debían ser objeto de estudio de la filosofía. Proclamaba que la psiquiatría era objeto de estudio de la filosofía, porque estudiaba las alteraciones de la razón. Todavía se encuentra la concepción de Kant en el vulgo, que dice que el loco es "un ser privado de razón"; como si la razón fuera lo único que diferencia al enfermo mental del sano. En oposición a ese postulado kantiano estaba el postulado de la psicopatología,

de la medicina. Wernicke admitía que la psiquiatría era el dominio de las enfermedades del cerebro y, que la manera de estudiarla era esperar pacientemente a que el sujeto se muriese, extraerle el órgano del pensamiento, que para él era el cerebro, mirarlo al microscopio, estudiar las degeneraciones y sentar conclusiones. A esa concepción simplista había llegado la psiquiatría a fines del siglo pasado. Entre esa actitud de ver en el cerebro el órgano del pensamiento y del psiquismo, y la otra, no había posibilidad de conciliación. Pero, afortunadamente, en el curso de los años, esa tendencia que tuvo defensores acérrimos, incluso hasta hace pocos años, ha sido también superada y, hoy día, los psiquiatras se dan cuenta de que no es posible aceptar una psiquiatría unilateral: ni puramente materialista y fisiológica, ni tampoco puramente psicológica. Por eso, en los tratados modernos de psicología médica y de psiquiatría, en las obras de Bumke, de Schilder, de Meyer, se ve que, evidentemente, se ha llegado a superar ese dualismo y, hoy día, el psiquiatra atiende el estudio de la desviación del psiquismo con un criterio de síntesis, en el cual considera todos los aspectos del individuo humano desde el punto de vista global, unitario, pluridimensional, sin descender a esas posiciones apriorísticas que querían explicarlo todo y que, porque querían explicarlo todo, no comprendían nada. Algo parecido ha ocurrido en el campo de la fisiología. También la fisiología, que al principio era puramente localizante, puramente anatómica, que consideraba que el substráctum de los fenómenos psíquicos había que buscarlo en las actividades cerebrales, se ha hecho hoy, con el descubrimiento de las glándulas de secreción interna, de las relaciones humorales y neurovegetativas, por la destrucción del clásico esquema de Bichat de la independencia de los dos grandes sistemas nerviosos, se ha hecho —como digo— mucho más unitaria, mucho más global. Hoy en día sabemos que un modesto callo o una sardina mal digerida pueden ser causas tan importantes de desequilibrio psíquico como una lectura o un quiste en el cerebro.

Es decir que ya no es posible tener ese criterio fragmentario que se tenía y la única postura posible hoy es la de considerar al hombre en la misma forma que lo consideraba, al fin y al cabo, Aristóteles: como un "individuo", como un ser indivisible que, por ser algo que no se puede dividir, hay que estudiarlo en sus distintos aspectos existenciales y en sus dis-

tintos niveles funcionales; que desde el punto de vista didáctico se puede fragmentar para acometer su estudio en disciplinas diversas, pero que después es necesario integrar en su totalidad. Ésa es la teoría de la totalidad, que se ha ampliado en el campo de la neurofisiología con el integralismo de Sherrington y con la obra de Goldstein.

Algo por el estilo ha ocurrido con otra dirección de la psicología moderna, que es la denominada psicología de la forma. Ese movimiento se delineó ya a fines del siglo pasado. Fué un filósofo (Ehrenfelds) quien en la "Revista de filosofía" de Viena empezó a elaborar, a fines del siglo pasado, la doctrina de la forma, de la estructura o de la configuración, desde un punto de vista casi puramente teórico basado en pequeñas experiencias muy elementales. Y a partir de ese momento, la psicología de la forma fué tema para un grupo de investigadores, Hansen, primero, y Köhler, Wertheimer y Kaffka, después. Esa interpretación de que os hablo ha resurgido en el curso de estos años, porque, de una parte, ha llegado a interpretar, incluso tendencias físicas (en el libro de Köhler se ve eso claramente expuesto con un criterio psicoexperimental) y, de otra parte, se ha vuelto a lanzar en brazos de la especulación teórica, al intentar dar una visión de conjunto del problema.

Finalmente, el psicoanálisis es el hecho más claro que nosotros podemos aducir para demostrar lo que estoy diciendo, porque, en efecto, el psicoanálisis es, de todas las doctrinas psicológicas, la más popularizada, la más escandalosa, podríamos decir, y la más discutida. Es extraordinariamente curioso lo que ha ocurrido con la obra de Freud. Cuando Freud, saliendo de la clínica de Charcot y experimentando con Breuer en el campo de la neurología y de la psicología empezó sus primeros trabajos de psicoanálisis, tuvo la virtud de irritar, a la vez, a los partidarios del bando *A* y del bando *B*. Los partidarios del bando *A* decían: "¿Pero, a dónde va este hombre con esa psicología pornográfica, de Homo Natura, queriéndonos decir que todo lo que pasa en la vida humana está gobernado por el instinto sexual que, al fin y al cabo, deriva de una acción hormonal? Ésta es una psicología materialista que nunca aceptaremos". En cambio, los naturalistas "à outrance" y especialmente los psiquiatras decían: "¿Qué es ese intento de querer explicar los síntomas orgánicos por vía de la psico-

logía? ¿Cómo una parálisis histérica, una crisis convulsiva van a tener una intención, un “sentido”, como afirma Freud? ¿A quién se le ocurre animar a los órganos? ¿Qué es eso de que los órganos hablan, que tienen el lenguaje visceral a que se refiere Freud?”

Tanta fué la oposición, tan violento el choque con esta “psicología materialista” y con esta “neurología psicológica”, que fué expulsado de la Sociedad de psiquiatría de Viena. Se hablaba de quitarle el ejercicio profesional. Y Freud se defendía contra esa acometividad ignorando en absoluto a los médicos. Por eso, cuando venía un enfermo a Freud, que era médico, él decía: “Haga usted el favor de ver a un médico para que le arregle las cosas somáticas, que yo me voy a ocupar, exclusivamente de las actividades psíquicas”. En este caso, la tendencia central de aunar en una sola concepción las dos posiciones antitéticas, determinó críticas simultáneas, por motivos opuestos, de uno y otro bando. Pero, que la doctrina de Freud llevaba dentro de sí las posibilidades de esa síntesis, lo ha demostrado su devenir histórico. Porque hijos espirituales de Freud son dos grandes psicólogos: Jung y Adler. Jung es el creador de la psicología de los complejos, que ha vuelto a elevar la psicología a un plano de abstracción que llega a la religión. Adler ha desarrollado una concepción psicológico-social del hombre, que ha conciliado la postura psicológica con el más puro materialismo histórico. La concepción supra-materialista de Adler hace derivar todo de la existencia de “inferioridades” y, viceversa, la doctrina de Jung, con su sentido esotérico, con sus conceptos abstractos, vuelve a retrogradar la psicología a los deliciosos tiempos de la magia. Es evidente que la doctrina de Freud, capaz de engendrar estas otras dos doctrinas tan opuestas, debía tener una posición central, y, porque tenía una posición central en ese momento de lucha, fué combatida con ardor. Pero, como tenía un fondo de verdad, se ha ido introduciendo en uno y otro bando, y, hoy, muchos detractores del psicoanálisis lo aceptan implícitamente. Hay conceptos como el de la represión, del sensualismo, de las amnesias y del inconsciente que, evidentemente, ya no parecen psicoanalíticos. No nos extraña el emplearlos y se encuentran en obras que, fundamentalmente, critican al psicoanálisis por lo que pueda tener como concepción en choque con determinados principios filosóficos y religiosos.

Síntesis feliz de todas estas psicologías y orientación que nos marca el verdadero porvenir de la psicología actual la hallamos en la obra de William Stern. William Stern ha sido un psicólogo que, procedente del campo filosófico, ha dedicado varios años a una labor puramente experimental, incluso psicotécnica. Su obra de "Psicología diferencial", su estudio sobre la "Selección de los bien dotados" que no tengo por qué citar, porque, seguramente, conocéis, lo prueban. Y, finalmente, en una magnífica síntesis, llega a marcar la postura exacta al proponer, incluso, substituir el nombre de psicología por el nombre de "Personalogía". Dice Stern: ni el estudio de la conciencia aislada, ni el estudio de la conducta aislada: el estudio de la inter-relación y de las integraciones entre esos experimentos conscientes y esos actos humanos es lo que, en realidad, es patrimonio de la verdadera psicología, que es una parte de la personalística o ciencia de la persona, que estudia las vivencias, que estudia los actos personales en su doble aspecto implícito y explícito; en oposición a la fisiología que estudia puramente las actividades elementales de los organismos que constituyen esa persona. La psicología, en realidad, empieza donde acaba la fisiología. No se oponen: se complementan. Todo lo que ocurre con un trozo de pan, desde que se introduce en la boca y es descompuesto por los fermentos del aparato digestivo, hasta que se hace asimilable y llega a formar parte de nuestro organismo, es fisiología. Pero todo cuanto ocurre en nosotros para conquistar ese trozo de pan, hasta podérselo poner en la boca (que quizás es más interesante), es materia del estudio de la psicología, porque los órganos son ignorantes de las condiciones necesarias para su existencia. La misión del aparato digestivo es digerir y la del aparato respiratorio es respirar y la del aparato locomotor es moverse; pero, en esto, como en todas las cosas, ocurre que, para que se dé una determinada actividad, es necesario que existan unas determinadas condiciones, y esas condiciones son la síntesis funcional del individuo. Sin esas condiciones, la persona no sirve para nada: se disocia en una serie de aspectos fragmentarios, se desyoíza, se convierte en una carga de carne, huesos y tendones que no tiene significado ni sentido. Con la fisiología ocurre lo que decía Bertrand Russell de la lógica: es una máquina de hacer salchichas, y las hace a condición de que se le ponga carne en un extremo. Si se le pone papel, la

máquina funcionará igual pero producirá salchichas de papel. Con la más aplastante lógica un paranoico es capaz de matar a media humanidad. Es la "raison du cœur" de que hablaba Pascal. No hay lógica sin premisas.

Desde el punto de vista de la función de los mecanismos y dispositivos del organismo, la fisiología es insuficiente para poder explicar la vida del ser humano. La concepción que hoy se impone es, evidentemente, la de Stern. Personalista, unitaria (llámesela como se la llame), psicoevolutiva, psicosocial. Todos los criterios convergen al mismo punto: es materia de la psicología el estudio de estas funciones globales del ser humano que, de una parte, lo relacionan con el ambiente y que, de otra, lo impulsan a un devenir histórico. La personalidad se labra a sí misma sobre una base constitucional. Todo intento de querer llegar a una explicación causal no es materia de la psicología. Allá los metafísicos que se las entiendan —si consiguen entenderse las— para dar la explicación. La psicología es el estudio de la personalidad humana en tanto es una totalidad individual que tiene dimensiones históricas, temporales y espaciales. Del hombre que existe en el mundo, que tiene vinculaciones con el medio, que tiene tradición histórica y, de otra parte, una ruta. Averiguar cuál es esa misión, saber para qué se vive, para qué se va a tener libertad —no sólo gritar que se quiere libertad— plantearse estos problemas esenciales en todas sus dimensiones, desde el puro y simple existir vegetativo hasta el más alto idealismo y la más alta norma valorativa o ética, sólo puede resolverse con la ayuda de la Psicología.

El estudio anátomo-fisiológico, patológico, social, estadístico, experimental, psicoevolutivo, la psicología comparada, la psicología industrial: todos se integran. Los psicólogos trabajan en grupos y se juntan en la búsqueda de la verdad. No hay más que una verdad y hay que buscarla desde todos los ángulos de enfoque. Ya no hay discusión.

Confiemos que el concepto psicológico permitirá la elaboración de una doctrina científica potente, como parece ser la que emerge de todas estas doctrinas, y que nos llevará también, a la concepción de una humanidad mejor y más justa.

INFLUENCIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA EN LAS IDEAS GENERALES

1. La era del descubrimiento es una de las épocas de mayor actividad intelectual de toda la historia. Se inaugura en ella una nueva filosofía, una nueva visión del cosmos, una nueva ciencia de la naturaleza. La Antigüedad prodiga sus tesoros redescubiertos, las naciones robustecen su vida política autónoma y los pueblos elevan su lengua vernácula a la suma dignidad literaria. Las mayores mentes de Europa buscan una nueva confrontación con hechos e ideas, una imagen más cabal del mundo, un método riguroso para alcanzar la verdad por la razón y la experiencia, un saber estricto y directo de las creaciones del genio antiguo. En esta universal renovación que es el Renacimiento, América llega a su hora, se adelanta a ocupar un sitio en los destinos de Occidente, perfeccionando la redondez del planeta e introduciendo un motivo más en la renovada actividad de la inteligencia europea.

Coincidiendo con este afán de ir a las cosas mismas, de leer en el gran libro del mundo, aparece de pronto todo un haz de cosas inauditas, abre el libro del mundo un capítulo secreto hasta entonces. Las nuevas de América alimentan la curiosidad y la encienden; es como si la curiosidad se hiciera más ancha y robusta, más esperanzada, dócil al reclamo de una flameante realidad que parece imaginación. Con la ampliación geográfica sobreviene por tanto una ampliación de la inteligencia europea. "Sirvió Colón al género humano —escribe

Humboldt— ofreciéndole de una vez tantos objetos nuevos al estudio y a la reflexión; engrandeció el campo de las ideas e hizo progresar el pensamiento humano” (1).

2. Uno de los mayores aportes del descubrimiento a la humanidad, en el orden de las ideas generales, consiste sin duda en su contribución a las grandes metas o direcciones que orientan la marcha histórica. La Antigüedad había puesto el ideal en el pasado, en una imaginaria Edad de Oro; la Edad Media cristiana mira hacia arriba, hacia la mística Ciudad de Dios; la Edad Moderna, tras una restauración de la nostalgia pasatista que se alía luego a la vindicación de la natural índole del hombre, proyecta poco a poco su interés hacia el porvenir y va entendiendo la vida como una vasta empresa de creación y de esfuerzo ininterrumpidos en el plano terreno, hasta desembocar en el progresismo futurista del siglo XIX. América proporciona primero abundantes razones o pretextos para la renovación del mito de la Edad de Oro, y se convierte después en uno de los más sólidos argumentos para esa fe en el futuro que ha sido quizás la creencia preponderante en la etapa inmediatamente anterior a la crisis actual.

Un documento considerable de la interpretación idílica de América aparece ya en Montaigne, en el siglo XVI (2). Montaigne se funda en el relato de un hombre que tuvo junto a él durante largo tiempo, y que había residido diez o doce años en “este otro mundo que ha sido descubierto en nuestro siglo”; era uno de los compañeros de Nicolás Durand de Villegagnon, el vicealmirante que quiso establecer en el Brasil un refugio para los hugonotes perseguidos en Europa. “Creo —dice Montaigne— que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que pasa es que cada cual llama “barbarie” a lo que es ajeno a sus costumbres. . . . Se me figura que lo que por experiencia vemos en esas naciones sobrepasa no sólo las pinturas con que la poesía ha embellecido la Edad de Oro de la humanidad, sino que todas las invenciones que los hombres han podido imaginar para fingir una vida dichosa, juntas con las condiciones mismas de la filosofía, no han logrado representarse una ingenuidad tan pura y

(1) A. DE HUMBOLDT, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*. Biblioteca Clásica, II, cap. VII; Madrid, 1892.

(2) MONTAIGNE, *Essais*, livre premier, chapitre XXXI.

sencilla, comparable a la que vemos en esos países. . . . Cuán distante hallaría Platón la república que imaginó de la perfección de estos pueblos. . . .”

3. Al lado de las idealizaciones de las comarcas recién descubiertas, hay que poner el eco americano que resuena en las utopías. Las utopías son creaciones típicas del genio renacentista. Se combinan para inspirarlas incentivos muy diferentes, todos ellos propios de la época: la influencia de Platón, el filósofo hacia el cual se volvía deslumbrado el Renacimiento, bebida ante todo en la “República” y en las “Leyes”; el afán renovador de un período abierto a tantas novedades y sorpresas, y, por último, la lejana pero siempre presente América, entrevista como una vaga utopía ella misma.

Ha de advertirse que, aunque el pensamiento utópico perdure luego y en realidad no desaparezca nunca, las fórmulas utópicas perderán vigencia apenas la Edad Moderna se aplique a su específica tarea en filosofía política, la elaboración del derecho natural, no ya meramente como ideal o planteo ético-político, sino como filosofía social que es al mismo tiempo interpretación de los hechos y programa aplicativo, tal como se afirma en un Hobbes o un Locke, en relación íntima con los sucesos y señalando firme dirección a la línea que llevará hasta la Revolución Francesa.

Los nuevos descubrimientos aportan la perspectiva espacial para que la imaginación forje en su ámbito países ignorados y felices; las nuevas de América proporcionan algún asidero a tales ficciones reformistas y les abren un margen de posibilidad futura. El Rafael Hytlodeo que describe a Tomás Moro (1) las instituciones y costumbres de la bienaventurada isla Utopía, tras una despiadada crítica de la Inglaterra del tiempo, es oriundo de Portugal, ha navegado con Américo Vesputio y permaneció largo tiempo en las tierras recién halladas. El programa de Moro logra, corriendo el tiempo, un principio de aplicación en América, en los “hospitales” fundados por Don Vasco de Quiroga en el mismo siglo XVI, según sostiene Silvio Zabala (2). En cuanto a la *Ciudad del*

(1) MORUS, *Utopía*, 1516.

(2) Ver *Utopías del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica, México, 1941, estudio preliminar de E. Imaz, pág. XVI.

Sol (1), de Campanella, el estímulo americano obra indirectamente, al través de Moro, modelo confesado del inquieto dominicano, quien dice en las *Questioni*: "...Tommaso Moro, martire recente, che scrisse la sua repubblica *Utopia* imaginaria, sul cui esempio noi abbiamo trovate le istituzioni della nostra."

La sugestión americana vuelve a ser inmediata en la utopía científicista de Bacon (2); los navegantes que en *La Nueva Atlántida* arriban a la isla dichosa habían partido del Perú, y los insulares les hablan en español, y en español redactan también su respuesta los navegantes. Y dejando atrás las utopías propiamente dichas, abundan ideas y proyectos que se les asemejan. Locke publica en 1679, con el significativo título *Atlantis*, unas notas sobre reforma social (3), y había intervenido antes (1663) en el estudio de una constitución para la Carolina en la que se hacía mucho lugar a la tolerancia religiosa (4). Hay sin duda una intención de utopismo práctico en los propósitos evangélicos de Berkeley (5), y no ha de olvidarse la utópica nación de Eldorado, en el *Cándido*, por la cual un perdido rincón de América constituye la única excepción en la horrenda pintura de la maldad y bajeza humanas con que entendía Voltaire refutar el optimismo leibniziano: es como si el filósofo, ante los vicios de la gente y la cultura europeas, abriese un crédito a América y sólo en ella viera una oportunidad para que el hombre viviera una existencia digna y humana (6).

4. A fines del siglo XVI hallamos en el filósofo Francisco Sánchez una alabanza de la inteligencia americana, tan notable por lo ponderativa como por lo temprana. Vale la pena transcribir el pasaje: "¿Qué hubo más esplendoroso en letras que el antiguo Egipto y la antigua Grecia? ¿Qué más fértil en el culto de los dioses? ¿Dónde más ilustres varones, ya en cualesquiera ciencias, ya en las armas? Hogaño no hallarás

(1) Primera redac. 1602, en italiano.

(2) 1627.

(3) Ver CARLINI, *La Filosofía di G. Locke*, 2ª ed., I, pág. XIV.

(4) Ver LOCKE, *Ensayo sobre el Gobierno civil*. Fondo de Cultura Económica, México, 1941, págs. XII y XIII del prólogo de J. Carner.

(5) Ver más adelante.

(6) "En mi país he visto osos, pero no he visto hombres más que en Eldorado". "No he encontrado hasta el día en toda la tierra habitable, excepto en Eldorado, más que desdichados." VOLTAIRE, *Cándido*.

allí museo ni ídolo ni varón insigne. En Italia, en Francia, en España, ni por sueño había entonces un doctor; lo eran todo Mercurio y Júpiter. Ahora siéntanse aquí las Musas, y habita Cristo entre nosotros. Y en las Indias, ¿cuánta ignorancia no reinó hasta hoy? Ya, ahora, hácense poco a poco más religiosos, más agudos, más doctos que nosotros mismos” (1).

En las esferas más elevadas del pensamiento del siglo XVII, la notoria ausencia de indicaciones americanistas es más que explicable: el tema central entonces es la organización de una nueva visión filosófica y científica, y el trabajo había de ceñirse a los mayores principios teóricos; sólo en los filósofos políticos se hace presente el Nuevo Mundo. Hay algunas referencias, muy de paso, en Hobbes, en el *Leviatán* y en el *De Cive*, y otras más de propósito en Locke, que cita al P. José de Acosta y se apoya de vez en cuando en constancias americanas.

5. Con la Ilustración entra plenamente el tema americano en el pensamiento europeo, tanto por la inclinación universalista del siglo como por su vocación política vuelta hacia todos los problemas del hombre. Vico (1668-1744) tiene de continuo presente a América en su interpretación de los orígenes y marcha de la cultura; con frecuencia, tras sentar una hipótesis sobre la Antigüedad, la refuerza con informes de América, practicando así una de las reglas del método sociológico preconizadas luego por Comte, el aprovechamiento de las culturas rudimentarias actuales para comprender los estados anteriores de las civilizaciones muy adelantadas (2). Sostiene además que el desarrollo natural de las civilizaciones indígenas americanas, interrumpido por el descubrimiento, hubiera seguido las fases que él asigna a toda cultura (3).

También Montesquieu abunda en ejemplificaciones americanas en *De l'esprit des lois* (1748), registrando de paso la crueldad española; en cuanto a Voltaire, recuerda a América con propósitos diversos, impacientándose contra los forjadores de teorías sobre el origen de los americanos (4), anotando que

(1) *Quod nihil scitur*, 1581. En la traducción de Renacimiento, 162; Madrid, s. a.

(2) *La Scienza nuova*, edic. Nicolini, 1928, I, 84, 146, 183, 200, 207, 226, 240, 242, 245, 257, 316; II, pág. 25.

(3) *Id.*, II, págs. 153 y 266.

(4) VOLTAIRE, *Dictionnaire philosophique*, art. "Amérique". Es un indicio de cómo abundaban tales teorías.

las minas de México y Perú parecían proveer a los reyes de España de lo necesario para comprar la libertad de Europa (1), o abriendo ante su *Cándido* los horizontes del Nuevo Mundo. Y en el naturalismo de Rousseau hemos de reconocer la sistematización de tendencias en las que sin duda influyó la idealización del indígena, una de cuyas primeras expresiones hemos recogido en Montaigne.

En dos de los más altos representantes del final del siglo se reitera la mención de América con el elogio de sus nativos. Herder dedica a América un capítulo de su *Filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791) (2), obra de tan principal importancia entre las de su género. El autor se debate entre los testimonios de los viajeros y propone algunas hipótesis sobre el origen de los americanos; no interesa aquí tanto ese punto como consignar que protesta con energía contra la opresión a que los europeos someten a éstos “dulces hijos de la naturaleza, tan felices bajo sus incas”, tiranía que algunos pueblos eluden refugiándose en las selvas; los indios de las misiones jesuíticas del Paraguay son retrotraídos a una especie de infancia.

Recapitulando su examen, llega Herder a tres conclusiones: que sólo con mucha prudencia se ha de hablar en términos generales de un continente que comprende todas las zonas; que, a pesar de la diversidad de los habitantes de América, ciertos rasgos comunes o de familia permiten atribuirles un origen común, y que parece posible asignarles un carácter general.

Este carácter, para Herder, consiste, ante todo, en una mezcla de bondad y de inocencia casi pueril, manifiesto en todos sus procederes y capacidades, y en la manera cómo recibieron a los europeos. Realizaron por sí mismos, sin asistencia extraña, los débiles comienzos de civilización que poseían, y representan, por lo tanto, un aspecto muy instructivo de la humanidad. Kant da un paso más e introduce al indígena americano en regiones de la filosofía que no son ya las de la habitual especulación sociológica o política.

En sus *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y de*

(1) VOLTAIRE, *Le Siècle de Louis XIV*, chap. II.

(2) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, Sechtes Buch, VI.

lo sublime (1764), al estudiar las relaciones de los naturales de diversos países con esos sentimientos, incluye al salvaje americano, y desde cierto punto de vista parcial o condicional, sus palabras envuelven una entusiasta apología. Entre todos los salvajes, dice, no existe carácter más sublime. El indio es sincero, recto, posee un amor fanático a la libertad y un vivísimo sentimiento del honor; practica la amistad en modo que sólo admite comparación con los ejemplos de los tiempos fabulosos. Valiente y sufrido, sus empresas recuerdan las que refiere el mito. Los primitivos a los que Licurgo dió leyes debían parecerse a éstos del Nuevo Mundo, y un Licurgo entre ellos hubiera dado lugar a una nueva Esparta. No todos son luces en el cuadro: ignoran el perdón de las ofensas, y la clemencia sería para ellos muestra de debilidad. Una especie de apatía o indiferencia es uno de los rasgos de estos salvajes, y entre ellos son los del Canadá los que con mayor respeto tratan a las mujeres superando acaso en este punto a los mismos civilizados (1).

El apuntado propósito de abarcar la totalidad de las culturas, propio del siglo XVIII, se refleja en las historias de la filosofía redactadas en aquella época, que suelen presentar un panorama mucho más amplio que las posteriores: comienzan a veces con las filosofías anteriores al Diluvio, y consignan —ya puede imaginarse cómo— las ideas filosóficas de casi todo ser pensante.

La filosofía del indígena americano no podía estar ausente en estas ingenuas tentativas de integración. En la *Historia de la Filosofía* del español Lapeña, aparecida en los primeros años del siglo XIX (2), hallamos un capítulo sobre la filosofía de los canadienses, que se intercala entre los que respectivamente tratan la de los fenicios y la de los etíopes. La filosofía de los canadienses expuesta por este autor se reduce a una recapitulación de sus creencias religiosas; antes se extiende sobre el carácter de estos salvajes, en una descripción parecida por algunos de sus trazos a la de Kant, aunque reforzando mucho la parte negativa y sombría.

(1) HERDER, *Beobachtungen über das Gefühl des Schönen un Erhabenen*, Vierter Abschnitt.

(2) TOMÁS LAPEÑA, *Ensayo sobre el origen de la filosofía desde el principio del mundo hasta nuestros días*, I, 156-159; Burgos, 1806.

6. América incide en la filosofía europea del siglo XVIII por otro lado, en forma muy curiosa, por intermedio del famoso Berkeley (1685-1753). Impresionado por la crisis que atravesaba Inglaterra, Berkeley, tras proponer con ardiente patriotismo los arbitrios y reformas que imaginaba podrían atajar el mal, desesperando del remedio y convencido de que la crisis empeoraría, vuelve sus ojos a América. La sociedad humana, decadente en Europa, sólo podrá reconstruirse lejos, en comarcas incontaminadas, donde de nuevo la gobiernen el patriotismo y la religión, promoviendo una renovada Edad de Oro. Y como en él era el celo apostólico tan poderoso como el talento especulativo, concibe el proyecto de alejarse de su país y fundar un Colegio en las Bermudas para la evangelización de los salvajes americanos ⁽¹⁾. Los inconvenientes no lo disuaden de su intento; en 1729 llegaba a Rhode Island, donde había de residir tres años ⁽²⁾. En su retiro americano lee, medita y entabla relación con los notables del país. Funda una sociedad filosófica, acaso la primera en América. Anuda amistad con Samuel Johnson, el padre de la filosofía norteamericana, quien se convierte en su discípulo; influye también en el gran filósofo y teólogo Jonathan Edwards.

En Rhode Island escribe Berkeley el más popular de sus libros y el de más perfecta factura literaria: el *Alcifrón* ⁽³⁾, que en cierta medida, viene a reemplazar a una segunda parte de sus *Principios del conocimiento humano*, que había extraviado en un naufragio. En el *Alcifrón* han quedado registradas particularidades locales de Rhode Island; la tradición refiere que el libro fué elaborado al aire libre, en su mayor parte en un lugar favorito de Berkeley, una gran roca hendida como unas fauces, que avanza hacia el mar.

A su regreso a Inglaterra, el filósofo llevó un recuerdo que había de inspirarle uno de sus libros más considerables, que es también uno de los más extraños de la filosofía moderna. En América se había enterado del uso medicinal que los indí-

(1) Los escritos sobre los remedios para prevenir la ruina de Gran Bretaña y los proyectos de evangelización en América, de 1721 y 1725 respectivamente, juntamente con otros que tocan al segundo tema, en el tomo III de la edic. Fraser, 1871.

(2) Sobre la etapa americana de la vida de Berkeley, Fraser, *Life and Letters of George Berkeley, D. D.*, chapt. V (es el volumen IV de la edic. antes citada).

(3) BERKELEY, *Alciphron: or, the minute philosopher*, 1732.

genas hacían del agua alquitranada; en su mente se convierte en una verdadera panacea, y se pone a reunir reminiscencias antiguas y modernas y a tejer suposiciones sobre la supuesta universal medicina. Y poco a poco, pasando por muy diversos problemas de filosofía natural, el fuego, la luz, el éter, la atracción, etc., llega a tratar del alma humana y de Dios, y se remonta a las alturas de una metafísica de corte platónico; sorprendente culminación de una “cadena de reflexiones y averiguaciones sobre el agua de alquitrán”, que comienza dando la receta americana de la medicina: “En ciertas comarcas de América, el agua de alquitrán se prepara derramando . . .” (1).

7. En lo que toca a las consecuencias mayores del descubrimiento en la conciencia general europea, dejando ahora de lado las resonancias eruditas y el influjo en determinadas corrientes de ideas, conviene destacar la que parece más importante. La emoción de la primera hora, hecha ante todo de maravilla y de estímulo para la curiosidad y la aventura, se cambia poco a poco en algo más profundo y consistente, en una emoción de otra índole, cuya plenitud vendrá mucho más tarde, pero cuyos comienzos son indudablemente tempranos. América es el espacio abierto, el campo propicio para todo libre esfuerzo, la posibilidad, la esperanza.

Las vidas oprimidas en Europa sueñan con arraigar y florecer en la amplitud americana. La primera etapa de la evasión obedece a motivos religiosos, como la colonización del Norte, a los que responden también los planes antes citados de Villegagnon, Locke, Berkeley . . . ; después funcionarán los motivos políticos y económicos, y aun la más indefinida, pero no menos enérgica, tensión hacia los horizontes despejados, de aquellos que sienten como un ahogo la estricta ordenación de una Europa madura y cada día más superpoblada. A la larga, América va siendo algo así como la ilusión de Europa, la última reserva, el escape posible. Y aun en más de una ocasión revierte luego sobre el Mundo Viejo en lo económico, en las maneras, hasta en cosas de arte— el ritmo más rápido y desenvuelto del Nuevo Mundo.

(1) BERKELEY, *Siris: A chain of philosophical reflexions and inquiries concerning the virtues of tar-water*; 1744.

8. Lo propio del hombre, el requisito sin el cual no se le comprende, es su doble naturaleza, su condición —tantas veces señalada— de ciudadano de dos mundos. Para el hombre se ha hallado una expresión definitoria muy acertada: *Bestia cupidissima rerum novarum*; pero, para que rinda toda su posibilidad de determinación, hay que entenderla en un sentido estirado hasta el límite, esto es, poniendo entre todas esas cosas nuevas de que el hombre está hambriento una que sobre todas le importa: él mismo en cuanto cosa nueva, en cuanto un ser más allá de lo que en cada instante es. El hombre es siempre como un pagaré en descubierto; es el ser que vive, más que de su capital, de su crédito. Pero es así porque en él hay una constitutiva duplicidad; es lo que es actualmente, y es también lo que aspira a ser, lo que cree deber ser; uno y otro momentos, son inseparables, y juntamente hacen el hombre. Desde su efectivo ser tiende a su ser soñado y deseado; sólo su ser imaginario le permite transigir con su ser efectivo de cada instante.

9. El reino del ideal, la región donde el hombre se contempla a sí mismo en la plenitud de su deber ser, se ha concebido ante todo en tres maneras: hacia atrás, hacia arriba y hacia adelante. El mundo antiguo situaba el país de los sueños realizados en un pasado del cual el presente era disminución y decadencia; es el mito de la Edad de Oro, que vuelve a poner en circulación el humanismo renacentista. El Cristianismo en general, y la Edad Media informada por él en particular, ponen el ideal en un trasmundo celeste, en una vida verdadera y cabal que empieza cuando termina la imperfecta y limitada vida terrena. La Edad Moderna, desde sus primeros pasos, tiende a concebir la perfección como tarea y meta lejana, y ya renuncia a la admisión reverente de un pasado erigido de una vez por todas en dechado y norma suma, cuando algunos de sus hombres dicen: "Nosotros somos los antiguos". La idea moderna de perfección paulatina y hacia adelante cuaja primero en la Ilustración, con la tesis de que, asegurado en principio el dominio de la razón contra el imperio tradicional de las potencias oscuras, poco a poco la razón ampliará su poder, se afianzará y propenderá a que la vida sea cada vez más alta y digna. Este progresismo iluminista, un tanto unilateral como inspirado exclusiva o preferentemente en el mo-

tivo de lo racional o de lo "razonable" se agranda, complica y universaliza con la irrupción de las corrientes románticas e idealistas de principios del siglo XIX, que imponen en su máximo alcance los paradigmas, inevitables en lo sucesivo, de la evolución y del desenvolvimiento. El posterior progresismo del mismo siglo XIX es una consecuencia de ese notable aporte romántico, una adaptación a la nueva situación histórica, y el ingenuo dogmatismo con que se impuso en los espíritus explica en parte, aunque de ninguna manera justifica, la crítica que después ha recaído sobre él; crítica corta de vista, porque viene a impugnar también la fe en el hombre, la fe del hombre en sí mismo, que no es en él cosa accidental o miraje ilusorio, sino fundamental componente de su ser en cuanto late en él la aspiración de ser más de lo que es y en cuanto por esencia se reconoce a sí mismo como el ciudadano de dos mundos.

10. Cuando surge América, en el múltiple hervor del Renacimiento, trae al punto su contribución a las dos primeras concepciones del país ideal, y más despacio prepara su decisiva intervención para que la tercera concepción vaya cobrando forma y vigencia. A la renovación del mito de la Edad de Oro contribuye desde los primeros viajes con los relatos de los descubridores; Montaigne otorga a poco su autoridad a la creencia en un feliz estado natural del hombre en tierras americanas, y la noción del "buen salvaje" se propaga con variadísimos ecos. A fines del siglo XVIII, Kant nada menos evocará, para honrar con la comparación al indígena americano, los ejemplos fabulosos de la antigüedad, y escribirá que los primitivos adoctrinados por Licurgo debieron parecerse a los habitantes del nuevo mundo, y que un Licurgo entre ellos hubiera dado ocasión a otra Esparta. En cuanto a la concepción cristiana de un reino ultraterrestre de las almas, América le proporciona la oportunidad para un nuevo despliegue con la vasta empresa de la evangelización, con la colonización religiosa, inseparable en su sazón de cualquier tentativa civilizadora.

En la elaboración del ideal de una perfectibilidad humana que logrará en la vida terrena una permanente superación, un estado cada vez más acorde con las supremas exigencias del hombre, la parte de América es ingente. Abre el Nuevo Mun-

do sus vastos horizontes a toda fuerza comprimida, a todo ímpetu sojuzgado, así al afán de dicha o de aventura, como el disconformismo religioso o político. La amplitud permite una relación más cómoda y holgada entre los hombres; el estar todo por hacer y deber hacerse todo atrae las energías existentes y suscita otras nuevas. Una incomparable impresión de su poder recibe el hombre al ver como crece ante sus ojos el resultado de su esfuerzo. En pocas generaciones, se pueblan desiertos, aumenta la riqueza, las aldeas se convierten en ciudades y las ciudades en grandes urbes, se estructuran Estados, se perfecciona la convivencia, la cultura adelanta a grandes pasos. . . . Por todas partes se reitera la experiencia del avance apresurado. América vive inclinada sobre el futuro, y trasmite a la Europa de ritmo más lento su convicción juvenil de que las grandes metas son accesibles y de que la proyección del espíritu humano hacia adelante es una realidad que tiene el triunfo por destino.

FRANCISCO ROMERO.

POBLACIÓN DE LOS OASIS RICOS Y DE LOS OASIS POBRES DE LA REGIÓN ÁRIDA ARGENTINA

El presente tema geográfico, que por serlo es esencialmente de síntesis, pretende mostrar, en grandes líneas, ciertos rasgos distintivos del Oeste argentino y poner a la luz la raigambre robusta por la cual los hechos del hombre se nutren en la realidad física, a veces enmascarada por la misma decisión humana. Lo presento ahora desprovisto de todo aparato erudito, como un adelanto parcial de un trabajo que abarca, en diversos escenarios naturales de la Argentina, el problema del poblamiento de las franjas marginales de las grandes regiones geográficas de nuestro país.

La región del Oeste argentino, es ámbito de las más grandes contradicciones, de luces radiantes y de sombras absolutas, en las cuales el hombre aparece como el término variable de la ecuación, por lo cual perdura en torno suyo el mayor equívoco, que permite toda la gama de las diagnósis. ¿Cómo explicar en términos rigurosos cuanto se ha dicho del poblador de las llamadas "provincias pobres"? ¿Y quién puede compaginar lo que el saber común ha acumulado a propósito de estas comarcas, en las cuales se confunden sin discriminación específica San Juan con Valle Fértil, Mendoza con Malargüe, Jáchal con Chilecito?

La preeminencia de las entidades ficticias, que son las provincias, sobre las figuras geográficas, carne viva de la Tierra, que son los oasis, es el meridiano cero de esos equívocos y

la utilidad conceptual y práctica de atribuir a cada núcleo de poblamiento su verdadera jerarquía, dentro del cuadro general de la sistemática geográfica, puede permitir la justa valoración de cada comarca, es decir la posibilidad de conocer a qué categoría de fenómeno geográfico pertenece, para comprender mejor su pasado y su presente y labrar con acierto su destino.

Si nos fuera dado dominar telescópicamente la región argentina del Oeste, de *desiertos* y oasis fluviales, no distinguiríamos a éstos sino como a una fina cimitarra verde de predios fértiles que corta la espaciosa soledad grisácea de las tierras de estepas. Pero desde que sólo los oasis cuentan como sede permanente del hombre, capaz de enraigarlo en la vida sedentaria y de dotarlo de las condiciones adecuadas para su ascensión en lo físico y en lo espiritual, el poblador de los mismos lleva adherida a su retina la imagen de sus campos en flor, que se superpone a la semblanza repulsiva de los suelos yermos y esqueléticos que envuelven al oasis; y termina por borrarla. Por su parte el observador foráneo tarda en descubrir el equívoco y suele no llegar a comprenderlo ¿Quién puede admitir de primera intención que la vehemente ciudad de Mendoza está plantada en medio del desierto más huraño de las planicies argentinas? El contraste entre las impresiones del ojo telescópico y las del nervio óptico que funciona dentro de su propio campo visual, es origen de una de esas desconcertantes confusiones que han restado claridad al panorama físico y antropogeográfico de gran parte de nuestro suelo nacional. Panorama de luces y de sombras, éste de los oasis y de las tierras grises en que se hallan embutidos. Ninguna comarca tan acogedora, ni ninguna tan mezquina; ninguna tan tiránica, ni tan liberal a la vez. Ninguna ata tan ceñidamente al hombre ni lo emancipa con tanta largueza, al que milita en la sociedad embrionaria como al que vive en la ultradesarrollada. Pero sólo cuando se ha descompuesto la armadura de este organismo coherente que es el *oasis fluvial* y el *desierto* que lo envuelve, se llega a columbrar de principio a fin el mecanismo de su vida singular; mas es indispensable mirarlo desde los dos enfoques que hemos supuesto.

Aproximadamente dos tercios del solar argentino, en términos generales, la parte que yace al poniente del meridiano de 64° Oeste, es tierra de desiertos y de oasis fluviales; las áreas del territorio arreico y endorreico suman de por sí casi un millón y medio de kilómetros cuadrados. Las condiciones geográficas que configuran este cuadro dependen fundamentalmente del clima árido; en el límite entre San Juan y Mendoza, la media anual de lluvia es una cifra inferior a los 100 milímetros; ocho meses en el año Buenos Aires tiene una normal mensual superior a tan bajo total anual. El cielo mezquina su riego a aquellas planicies occidentales del país y sólo cuando el relieve encrespado va en busca de las altas capas de la troposfera, se recogen las cantidades de agua necesaria para formar la arboladura caprichosa de las corrientes de montaña. El caudal de los ríos de esta región seca, desde Jujuy hasta Santa Cruz está en relación con el sutil requerimiento de las montañas y sierras y en razón directa a sus dimensiones; los ríos que se forman en las sierras bajas y de poca extensión son pobres y de curso efímero; ese escuálido caudal se pierde al pie de la misma sierra que lo engendró; en cambio, los que nutren sus raíces en las recias cordilleras coronadas con nieves persistentes, son más largos y de abultado caudal, pero tampoco logran incorporarse a la pendiente oceánica. No obstante esta importante analogía específica (porque los confunde el régimen endorreico) son substanciales las diferencias entre los ríos prohiados por las sierras y los que nacen al arrimo de las cordilleras con nieves persistentes; aquéllos engendran los oasis chicos y menguados, como imagen de los ríos sus progenitores; los otros dan vida a los grandes oasis, rebosantes y sanguíneos, como sus ríos padres. Frente a frente, los oasis pobres y los oasis ricos no parecen ser especies del mismo género, porque el "quantum" que meramente los jerarquiza, parece abrir entre ellos un abismo insalvable. Si nos ubicamos en el mismo oasis para escrutarlo, vamos a poner en un mundo distinto a Mendoza y a Valle Fértil, pero si volvemos a la idea de descomponer las piezas que forman este mecanismo, encontraremos que son exactamente las mismas: una cimitarra de predios fértiles, que corta, con la verde alameda que acompaña las acequias, a los yermos desiertos de jarillas y chañares. No es de extrañar pues, que el hombre tenga análogas reacciones en ambos

casos, sin perjuicio de que la economía por él creada, distancie largamente a los oasis ricos de los oasis pobres. Importa por ello hallar cuáles son las verdaderas diferencias geográficas entre unos y otros.

He empleado ya en otra oportunidad estas expresiones, con las cuales pretendo definir un rasgo complejo de la geografía de la región árida argentina. Los *oasis ricos* se forman por los ríos que nacen en la cordillera de los Andes desde San Juan hacia el Sur, precisamente en la zona más seca de la Argentina. Mendoza es la que ostenta mayor opulencia entre ellos y el del río Negro superior pertenece a la misma categoría de fenómenos, si bien no a la misma región geográfica. En idénticas condiciones se halla Tucumán, prendido de otro complejo geográfico individual, pero con los caracteres externos de un oasis rico. Los elementos constituyentes de un oasis pobre, ya lo hemos dicho, son comparables a los de sus congéneres: en vez de una cordillera, una sierra, y esta desigualdad entraña otras de capital importancia. Las sierras pampeanas, que son las del ámbito de los oasis pobres, poseen una peculiar estructura en bloques y surgen de las planicies que las envuelven, como una fragata de las aguas en que flota, vale decir que carecen por lo general de contrafuertes orográficos, al menos en la mayoría de los casos. Tales caracteres morfológicos asumen una importancia capital en el caso de estas sierras, porque de ellos deriva la atomización de las corrientes de agua formadas en lo alto de las mismas, que resbalando aisladas por los flancos de los bloques, no encuentran la oportunidad para confluir en un número reducido de ríos, como acontece con los ríos que forman los oasis ricos. Así vemos que mientras 230 kilómetros de cordillera nevada rezuman sus deshielos para formar un sólo oasis rico, el de San Juan, los 120 kilómetros lineales de la sierra de Famatina desprenden una veintena de arroyuelos y ríos, a que corresponden sendos oasis pobres, alguno más grande que los demás. El resultado es un desmenuzamiento de las posibilidades de instalación del hombre que linda con lo impalpable en muchos casos, en tanto que el número de los oasis verdaderamente importantes es reducidísimo. He pensado que, por su raíz natural, las expresiones de oasis ricos y oasis pobres es preferible a la de provincias ricas y

provincias pobres —o subvencionadas, como se dice ahora, con lo cual no queda en olvido la magnanimidad porteña—. Desde luego, hay oasis ricos y oasis pobres en una misma provincia, como ocurre en San Juan, donde se reúnen las cordilleras y sierras pampeanas y que tiene los de Jáchal y San Juan de la primera especie y los de Valle Fértil, que se alínean en la segunda.

Una singular oposición refleja en lo económico el diferente potencial de los oasis ricos y pobres. La necesidad de aprovechar los recursos de agua de los ríos ha dado nacimiento a diversas obras de regadío, que van desde el simple aderezo de canales —como ya lo hicieron en Mendoza los aborígenes— hasta los magníficos diques de embalses, que son obras de ingeniería de gran costo. En términos generales, donde mayor es el rendimiento de las sumas invertidas, es decir en los oasis ricos, las obras han sido las más sucintas y fueron costeadas por los mismos usuarios totalmente, o con la mínima contribución del erario público, que en tal caso ha sido el tesoro provincial. En los oasis pobres de Catamarca, La Rioja, parte occidental de Córdoba y San Luis, ha debido esperarse, para que se llegara a un aprovechamiento intensivo del agua de los ríos, el aporte de la acción oficial, que no pudo venir sino del gobierno federal, con grandes costos y aparatoso despliegue técnico. Así surgieron, en los oasis pobres, con muy baja recompensa económica, los mejores diques que posee el país en la actualidad, como son los diques de Anzulón, de los Sauces, el del Potrero de los Funes y se da en definitiva el contrasentido de que las más ricas zonas de regadío y las que cuentan con la mayor extensión bajo riego, como es el oasis rico de Mendoza, no hay otras obras que algunas presas de derivación, que por lo demás no presentan sino una mínima proporción con respecto al complejo sistema arterial de sus canales: así pues, en los cuatro grandes ríos de la provincia, de ochenta y ocho canales derivados, sólo cinco tienen presa. En cambio, los oasis pobres se ven ante la necesidad imperiosa de captar al máximo posible el caudal de sus ríos e incluso codician el evasivo pleamar de las crecientes y por ello se han construído esos gigantescos diques, sobre ríos de módica corriente normal, con destino a las crecientes episódicas que a veces se hacen esperar años. El dique de los

Sauces tardó un lustro en llenarse. Comparando los oasis ricos y los pobres se echa de ver que la eficacia de las obras a ellos aparejadas y el balance de los resultados han quedado en razón inversa a las sumas invertidas en unos y otros y a la magnitud de los trabajos efectuados. Este otro contraste no es de menor trascendencia que los registrados en lo puramente físico.

El mundo anímico del habitante de un oasis, suele estar en razón inversa con las dimensiones del mismo. Los oasis más grandes suelen tener una complexión tan robusta que pueden parecer regiones de clima húmedo, excepto para el ojo telescópico. En cambio, el poblador del oasis pobre tiene ante sí, en todo instante de su vida, la visión miseranda del desierto. Es éste el segundo plano de todos sus horizontes; su desamparo es el freno de todas sus expansiones; su asedio implacable rige el retaceo de todos sus bienes. El poblador de los oasis pobres es en consecuencia un indigente sin mezquindad; medra en un ínfimo marco de tierra humedecida por un hilito de agua que es toda su solvencia, pero domina un mundo espiritual indelimitado. Su pericia en lo técnico huele a arcaico, pero su comprensión es enorme. Si las contingencias de la vida lo arrancan de su ambiente —y esto ocurre asaz a menudo— es siempre un inadaptado en tierras extrañas —pues no está hecho de maleable arcilla— y retorna alguna vez al lugar de donde sus pensamientos y su tesitura moral no se han apartado. Su curiosidad por las cosas de la Naturaleza marcha a la par de la que guarda por los problemas humanos; las genealogías ocupan un dilecto lugar en sus preocupaciones, pues la acendrada vida familiar, el arraigo prolongado al solar y la numerosa ancianidad lúcida son el rescoldo en el cual se acogen el recuerdo de viejos linajes; el lenguaje y la vida religiosa de los pobladores de los pequeños oasis —adonde no ha llegado el alud inmigratorio que enfrió, a veces hasta la congelación, a las viejas tradiciones nacionales— conservan por su parte una deliciosa frescura del setecientos. La vocación litúrgica de los vallistas ha sido suficiente como para que puedan absorber los cultos indígena y cristiano. Las congregaciones atraen a la unanimidad de la población y la indiferencia religiosa no ha cundido, incompatible, al parecer, con una naturaleza vigorosa, activa y omnipresente. En la

mente del poblador de los oasis el fenómeno religioso forma parte de la propia existencia.

La vida en el oasis lleva en sí el fermento propulsor del espíritu de sociedad y de cooperación. Ya lo advertía Ratzel cuando decía: "así como la vida en la estepa es propensa al individualismo y el desierto convida a la independencia, la vida en los oasis no puede desarrollarse fuera del marco de la más estricta cooperación. El regadío es la gran escuela de sociabilidad y nadie puede desentenderse de él; con su implantación nacen las primeras manifestaciones de gobierno propio y las abigarradas formas de la legislación de riego tienen un valor local absolutamente inintercambiable". El oasis es una verdadera colmena humana, en el sentido de que en él es inevitable el trabajo en común.

La población de los oasis está siempre concentrada, al contrario de lo que ocurre en las estepas o en los países húmedos, donde tiende a expandirse, y —como los gases— ocupa todo el ámbito del recipiente a la vez que adquiere la forma del mismo. En el oasis la expansión no existe en realidad, pues está condicionada por la remota posibilidad de extender el regadío en lo que atañe a cantidad de aguas disponibles y por las condiciones de ubicación adecuada en cuanto a calidad de suelos y de pendiente que permita la circulación del agua. Esto último es causa de que los oasis pequeños se encuentren siempre embutidos en los faldeos de las sierras y que los oasis grandes se levanten en el promediar del viaje descendente de los grandes conoides de deyección, donde terminan los rodados gruesos y comienzan los limos en que pueden arraigar los cultivos y plantíos. Como la morfología de la región pedemontana de las cordilleras tiene una estructura más compleja, las condiciones topográficas de ubicación de los oasis respectivos son también más complicados. A ello es debido, en el caso de Mendoza, por ejemplo, que en medio de un oasis que por su dimensión es capaz de borrar en un gran perímetro la semblanza del desierto subyacente, aparezcan aquí y allá los manchones de pedregales. En todo caso, el poblador del oasis domina siempre al desierto con la vista y contempla, desde el átomo de tierra útil que cultiva, una inmensidad de desierto inútil.

Los métodos de trabajo y la técnica agrícola del poblador

de los oasis conjugan con su vieja adherencia a la tierra; y salvo el caso de los oasis que prosperaron económicamente en los últimos decenios, han quedado por ello mismo, fuera de época. Ese labrador, constreñido por muy firmes compulsiones naturales a trabajar sobre carriles inamovibles, no ha podido renovar sus herramientas de labor y usa todavía armatostes arcaicos para sus labores agrícolas y utensilios primitivos para sus industrias, como son sus telares. Por esto lo han vencido las nuevas técnicas de cultivo y de industrialización implantadas para productos similares a los suyos en las regiones más ricas; en esta puja se diferencian profundamente los oasis ricos y los pobres, así como cuanto atañe a la lucha contra las plagas de la agricultura; los oasis pobres están retrasados cincuenta años en el almanaque.

Así pues, a pesar de disponer de una fuerza hidráulica que, aunque atomizada en numerosas pequeñas corrientes representa un valor de gran estima, no ha podido planear, el poblador de los oasis pobres, el aprovechamiento integral de tan maravillosa riqueza, que podría ponerlo, por un solo golpe de magia en pleno siglo XX. Y quienes han estado en condiciones de encarar esta gran obra de salud nacional, tampoco lo han hecho. Las proyecciones que sobre las industrias rústicas podría adquirir esta obra son incalculables; la industria de los oasis pobres tiene dos aspectos: el que deriva de su agricultura y el que proviene de que en ellos hay una larga época agrícola muerta, que el poblador aprovecha para hacerse pastor, para emigrar temporariamente a otras regiones de agricultura especializada o para hacerse artesano: tejedor, metalario, etc. Esta faceta de su actividad quedó tan rezagada, por razones muy complejas, que ha desaparecido casi completamente y como la industria derivada de la agricultura también anduvo harto lentamente en su evolución, en realidad no le ha quedado como medio de vida a ese antes próspero labriego, sino su agricultura desnuda y su esfuerzo de peón transhumante.

Nunca estuvo plenamente en su mano remediar su decadencia. Un apretado haz de factores adversos conspiró en su contra; uno de ellos, de aplastante ponderación, es el régimen vetusto de propiedad colectiva y en cuanto a la propiedad "liquidada", es decir, individual, la aqueja el cáncer del

minifundio. En Chilecito y en el Valle Viejo de Catamarca, la subdivisión de la propiedad ha alcanzado la línea roja de peligro, bien entendido que me refiero a la propiedad de la tierra con derecho a riego, que es la única que cuenta para el poblamiento. Ya se está en condiciones de atomización en que el trabajo es antieconómico y como el proceso de subdivisión no se detiene —como en aquella fatídica enfermedad mencionada— por razones demográficas, no se ve que la colectividad pueda subsistir si no es a expensas del progresivo aniquilamiento individual. En todo Chilecito hay siete veces más propietarios en la superficie de riego empadronada que en el Departamento de Godoy Cruz y tantos como en el de Luján de Cuyo, que representan un potencial productor infinitamente superior y en cuanto al oasis de La Rioja, que es el más próspero de la provincia de ese nombre, baste decir que su área irrigada no alcanza a 1350 hectáreas.

El empobrecimiento individual en lo físico es el resultado de tales condiciones y parece ser general en los oasis pobres. El *Instituto Técnico de Investigaciones y Orientación Económica de la Producción de la Provincia de Mendoza* ha calculado el índice de capacidad económica por habitante de la Argentina y partiendo del número mil, como base, que corresponde al habitante del Gran Buenos Aires —exponente de la solvencia de la región húmeda de la Argentina— atribuye un índice de 615 para el poblador de Mendoza, término medio, que podemos tener como característico de los oasis ricos, y de 121 y 95 para La Rioja y Catamarca respectivamente, que podemos tener como coeficiente de los oasis pobres. Con ser asombrosa esta diferencia, hay razones para suponer que en la realidad ella debe ser mayor, pero de cualquier manera éste y otros índices no menos significativos señalan ya la decadencia de una estirpe de recios luchadores y es prudente admitir que sólo un providencial “da capo tutto” puede detener este proceso avanzado, comparable al que ha llevado a muchos pueblos robustos al aniquilamiento total. En muchos de los oasis pobres se puede advertir la merma paulatina de población, indicada no sólo por las referencias históricas que es fácil lograr, sino también por el testimonio mudo de las muchas casas solariegas abandonadas; en muchos de ellos no se ven sino niños y ancianos, pues los adultos emigran, y Buenos Aires se ha convertido en la Meca de

todas las muchachas de aquellas zonas, que sin gran provecho moral van a conchavarse a la gran ciudad.

Los oasis grandes y ricos pudieron, en el momento oportuno de la evolución económica argentina, extender sus cultivos y plantíos gracias a la abultada provisión de agua de que disponen. Cuando las condiciones generales lo hicieron propicio, Mendoza pudo convertirse en proveedora nacional de sus exquisitos frutos y su expansión todavía no está terminada. El núcleo de población es compacto y la base de sustentación económica se ha ampliado de tal suerte, que en mucho se asemeja a las regiones húmedas; pero en definitiva es también un oasis y los atributos positivos del poblamiento son análogos a los que caracterizan a los habitantes de los oasis pobres, aunque el trabajo del hombre ha empujado al desierto hacia afuera y lo ha alejado de los ojos. En realidad la ciudad nunca puede borrar completamente, ni en su parte más céntrica, algunas pruebas de su sustento rural. Es justamente esa compenetración del ambiente urbano y de la preocupación rural, lo que da al poblador de los oasis ricos y al habitante de los coágulos urbanos que en aquéllos se forman, una semblanza absolutamente propia; nada tiene de común con el habitante de los núcleos urbanos de la llanura húmeda, aún de los más pequeños, que no guardan con el campo más que ligazones indirectas. Aquél en cambio conserva los atributos positivos del poblador de los oasis, en cuanto a riqueza y profundidad espirituales, pero como no está jaqueado por la estrechez, es emprendedor, dinámico, de genio jocundo, es decir, el reverso de aquel rutinario labriego ahogado por el minifundio y las plagas. Posee la prestancia que discernen la holgura económica y su mente es capaz de concepciones audaces.

FEDERICO A. DAUS

LA MISIÓN CORREA MORALES AL URUGUAY

1830. El territorio de la República Oriental se veía agitado por la enconada lucha entablada por F. Rivera para apoderarse del mando y desalojar así al héroe de la Cruzada de los 33 y fundador del nuevo Estado, José A. de Lavalleja. En mayo de dicho año producíase un nuevo choque. Lavalleja, en un manifiesto dirigido al país, explicó las causas provocadoras del nuevo levantamiento y al hacerlo puntualizó la estrecha colaboración que Rivera obtenía por parte de los emigrados unitarios argentinos (1).

Empero, el 18 de junio de 1830, ambos jefes llegaban a un acuerdo. Rivera fué repuesto en la Jefatura del Ejército de línea. Complementando esos atisbos de paz llegó la noticia, grata para todos los orientales, de haber sido aprobada la Constitución por los gobiernos de la Confederación argentina y del Imperio (2).

Un mes después, el 18 de julio, la Carta era jurada y se

(1) Decía así: "Él ha comprometido en el exterior la política del gobierno, llamando al servicio militar oficiales dependientes de la República Argentina, con tendencia a establecer en nuestro Estado la división y denominación de los partidos que agitan a aquella República y que son absolutamente extraños en la nuestra... Seguido de un grupo miserable de hombres, que en la mayor parte no pertenecen al país, ni por su nacimiento, ni por sus relaciones, insulta su reposo..." (cfr.: EDUARDO ACEVEDO, *Obras históricas, Anales históricos del Uruguay*, t. I, pág. 344, Montevideo, 1933.)

(2) El Gobierno de Buenos Aires procedió a designar al General Guido para que en carácter de Comisionado y, en unión del que representase al Brasil, procediera a examinar la Constitución uruguaya. Guido llegó a Río de Janeiro el 14 de mayo y el 26 daba término a su misión.

convocaba a elecciones para designar a los miembros de la primera Legislatura Constitucional encargada, a su vez, de elegir el primer Presidente de la flamante República.

En octubre el Parlamento comenzaba a sesionar. Rivera con el ejército de línea dominaba la situación. Era lógico esperar su designación. Así fué que el 24 de dicho mes el escrutinio lo favoreció, obteniendo 25 votos, contra 5 que mereció Lavalleja.

Para colaborar en la difícil función de gobierno llamó al doctor José Ellauri (Gobierno y Relaciones Exteriores), a don Gabriel Antonio Pereyra (Hacienda) y al Coronel don Manuel Oribe (Capitanía del Puerto.) El 6 de noviembre de 1830, el Presidente asumía el cargo.

Rosas, entre tanto, había asumido el gobierno de la provincia de Buenos Aires en diciembre de 1829. En el interior el General Paz, dueño de Córdoba, batía al Tigre de los Llanos en La Tablada y Oncativo (28 de febrero de 1830). Poco después dominaba a las provincias y procedía a firmar con ellas un Tratado que lo convertía en el Supremo Poder Militar (5 de julio de 1830).

En el Litoral, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires, constituían las únicas provincias defensoras del principio federal. Dispuestas a defenderse contra el peligro unitario encarnado en el general José M. Paz, no descuidaban la estabilidad de sus instituciones y gobiernos, pues de ellas dependía la posible victoria que aspiraban alcanzar sobre el mortal enemigo.

Entre Ríos, era de todas las nombradas, la que causaba más preocupaciones. Diversos sucesos, producidos desde 1826, evidenciaban la peligrosa actividad desplegada por los unitarios. Pero en 1830 la situación adquiría una gravedad mayor. La provincia podía ser conmovida por los núcleos unitarios refugiados en la República Oriental del Uruguay, después del fracaso experimentado por Lavalle y los suyos en Buenos Aires.

Si estos grupos asilados en la costa oriental conseguían adueñarse de la provincia de Entre Ríos, podían contribuir eficazmente al triunfo de Paz.

En octubre de 1830, Ricardo López Jordán, Pedro Espino, los dos Urquiza, S. M. del Carril, incitaron al General Juan Lavalle para que apoyase una tentativa revolucionaria destinada a convulsionar la campaña entrerriana. El 1º de noviembre, al iniciarse el movimiento (1), el Gobernador Sola se dió a la fuga; pero los revolucionarios se dividieron, apoyando los más a López Jordán. La tentativa anárquica, despertó los temores del Gobernador de Santa Fe quien, sin pérdida de tiempo, envió al Comandante Ramón Méndez; la entrada en acción de éste trajo consigo el desbande de los revolucionarios. López Jordán, empero, apoyado por Lavalle, intentó resistir. “La ocasión era propicia para Lavalle, que no sólo protegió la expedición terrestre, sino que también armó una escuadrilla, al mando del Comandante Rosales para que lo protegiera en el río Uruguay trayendo armas y municiones de la República Oriental a Entre Ríos, cuya escuadrilla fundeó en el Arroyo de la China (hoy Concepción del Uruguay) el 1º de enero de 1831. El gobierno de Buenos Aires percibido de esa protección a los revolucionarios envió inmediatamente otra escuadrilla nacional al mando del Coronel D. Juan H. Coe quien por el mal tiempo y viento contrario, no pudo llegar a tiempo para tomar a López Jordán y la comitiva que le acompañó en la escuadrilla de Rosales, protegida por el gobierno de Rivera, como todo movimiento subversivo de los unitarios en Entre Ríos” (2).

Tal era la situación en el litoral a fines de 1830. Por un lado Paz, al frente de sus aguerridas huestes; por el otro un activo y audaz grupo unitario, con excelentes caudillos, que, con el apoyo de Rivera, están dispuestos a anarquizar el litoral.

En vísperas de librar el encuentro decisivo con el vencedor de Oncativo, era menester dejar bien asegurada la espalda. Para ello el gobierno de Rosas dispuso acreditar cerca de las autoridades de la vecina República a un comisionado y agente

(1) Cfr.: ADOLFO SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*, II.

(2) Cfr.: BENIGNO T. MARTÍNEZ, *Historia de la Provincia de Entre Ríos con notas bio-bibliográficas e ilustraciones, escrita y documentada según las mejores fuentes*, t. II, págs. 263-264, Buenos Aires, 1910; MANUEL M. CERVERA, *Contribución a la historia de la República Argentina, Historia de la Ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1853*, t. II, pág. 670, Santa Fe, 1907; PEDRO LACASA (*Lavalle*, pág. 185, ed. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1924), da indicaciones precisas acerca de la connivencia de Lavalle con este movimiento; ver asimismo la “Gaceta Mercantil”, del 17 de diciembre de 1830.

confidencial: el Coronel Juan Correa Morales (1). ¿Cuáles fueron sus instrucciones? Lo ignoramos, pues en los legajos del *Archivo General de la Nación*, nada existe al respecto. Consta, sí, que además de *Instrucciones* se le suministró una clave para la correspondencia reservada, clave de la cual hizo uso el Comisionado. Empero, puede afirmarse que dos eran sus principales encargos a saber: a) Obtener la devolución de los efectos pertenecientes a la *Sarandí*, embarcación de la cual se había apoderado el coronel Rosales el 16 de setiembre de 1830 y que luego abandonó en la costa uruguaya; y b) Vigilar y conseguir la internación de los emigrados unitarios.

El 10 de diciembre de 1830 llegaba a Montevideo (2). Al siguiente día puso en manos del Ministro de Relaciones Exteriores el pliego del cual era portador y felicitó al Presidente de la República por su reciente toma de posesión. Iniciada la entrevista con el mandatario, la conversación no tardó en recaer sobre la espinosa cuestión de las actividades desarrolladas por los unitarios. Correa Morales se concretó a hacer presente el deseo de las autoridades de Buenos Aires, en el sentido de que dichas maquinaciones encontrasen lo antes posible la represión deseada. Alguien le dijo que, en realidad, el Gobierno se hallaba en la imposibilidad de ordenar la internación de los unitarios: y para ello se le argumentó que en el momento “pedirían alimentos alegando q^e en los “ puntos en q^e reciden se los proporcionan o porque en ellos “ pueden ejercer la industria, o cuentan con la protección de “ amigos”. Iba de suyo que el Gobierno oriental no podría costear los gastos que exigiría dicha internación.

Poco después, el 16 de diciembre, se enteró que los emigrados habían adquirido la ballenera *Martín Chico* en el puerto del mismo nombre y que se disponían a armarla. Inmediatamente entrevistó nuevamente al Ministro de Relaciones Exteriores y al solicitarle el alejamiento de las riberas del Uruguay de aquéllos que constituían una amenaza para los gobiernos federales, se le respondió que tal medida era injusta, pues en ese

(1) Los datos biográficos del citado jefe los hallará el lector en la obra de JACINTO R. YABEN, *Biografías argentinas y sudamericanas*, t. II, págs. 55-56, Buenos Aires, 1938.

(2) *Oficio del Coronel Juan Correa Morales al Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires*, Montevideo, 15 de diciembre de 1830.

número había muchos emigrados que eran incapaces de causar el menor temor a aquellas autoridades (1).

Cinco días más tarde, el 21 de diciembre, era informado que el Comandante Maciel que había cruzado poco antes rumbo a Entre Ríos al frente de una partida de gente armada, se hallaba de regreso. Otra vez, compareció Correa Morales ante Ellauri, y otra vez reclamó medidas para que el hecho no se repitiese.

En enero de 1831, mientras daba cuenta a su Gobierno que la reunión de gente armada que hacía el Comandante Rosales en la costa del Uruguay había sido dispersada y él conducido detenido, así como embargados los lanchones y armas, se producía la nueva intentona unitaria sobre la provincia de Entre Ríos. López Jordán volvía a la carga. Con 2.500 (?) hombres se ponía en marcha desde Villaguay (febrero de 1831) (2). En Laguna de los Troncos, al N.O. de Nogoyá, chocaron sus fuerzas con las de Barrenechea, resultando aquél totalmente batido y obligado a concentrarse en las cabeceras del Clé.

Pero esta vez, la maniobra era más compleja. Fructuoso Rivera destacaba en ese mismo mes (la credencial fué extendida el 16 de marzo?) en calidad de Agente político cerca de los gobiernos de Entre Ríos y Corrientes al Coronel Evaristo Carriego o Carriegos (3). Revelaba así el inquieto y astuto

(1) *Oficio del Coronel Juan Correa Morales al Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires*, Montevideo, 16 de diciembre de 1830. Por su parte José Ellauri, al dirigirse a su colega en la vecina orilla, dándole cuenta de haber recibido al Coronel Correa Morales con la distinción y buen aprecio que corresponde a los vínculos que unen las relaciones de ambos gobiernos", daba una respuesta dilatoria a los requerimientos argentinos para que se impidiera a los emigrados actuar con la libertad con que hasta ese momento lo habían hecho. (Montevideo, 20 de diciembre de 1830.)

(2) En febrero el gobierno entrerriano denunciaba que Guleguay estaba circundado por rebeldes y que Guleguaychú y Uruguay estaban seriamente amenazadas. Añadía que los "Anarquistas qe. en distintos puntos se dejan sentir" en la Prova. esperaban a su jefe: Ricardo López Jordán (cfr.: *Oficio del Gobernador de Entre Ríos a la Comisión representativa de los gobiernos de las provincias litorales*, Paraná, 22 de febrero de 1831, en INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, *Documentos para la historia argentina*, t. XVI *Relaciones interprovinciales, la Liga litoral*, pág. 239, Buenos Aires, 1922). El 23 de febrero el mismo gobierno daba cuenta que el citado jefe después de "haber repasado el Uruguay" marchaba sobre el coronel Espino mientras que Hereñú mero-deaba en los alrededores de Nogoyá (*Ibidem*, 243.)

(3) Un estudio recientemente publicado indica que la misión encomendada a Carriego tenía por objeto "negociar la devolución del territorio de

mandatario oriental el deseo o la pretensión de entenderse aislada y directamente con cada provincia según mejor conviniese a sus miras e intereses. Y en esos planes no estaba excluído el de segregar —si era posible— al territorio en cuestión y también al de Corrientes, para unirlos a la República Oriental del Uruguay.

Además, Lavalle unido a los Coroneles A. Medina, Chilabert, Pirán y otros, invadía a su turno la provincia de Entre Ríos. Frente al doble peligro, Barrenechea comprendió que urgía acelerar las operaciones. Así, el 13 de marzo atacó y venció nuevamente a López Jordán, dispersando a las huestes rebeldes (combate en las cabeceras del Clé). Entretanto Espino firmaba un tratado con Lavalle (25 de marzo), de cuyas resultas el jefe unitario y un grupo de partidarios volvía a refugiarse en el territorio oriental ⁽¹⁾.

¿Por qué Espino, que se hallaba en condiciones de aplastar a las fuerzas dirigidas por Lavalle, pacta con éste? Cervera da al respecto una explicación que a nuestro juicio no está plenamente corroborada por los documentos. A su juicio la responsabilidad de la firma del tratado, recae sobre Ferré, gobernador de Corrientes, que estaba representado en el teatro de los acontecimientos, por el coronel José López y 200 correntinos. Cullen, por lo demás, juzgando los sucesos y la participación de los principales personajes, escribió estas líneas: “Si el señor Ferré hubiese tenido alguna convinación con Lavalle y Rivera, ningún testigo más a propósito para desen- volverla, que cuando los tenía cerca de él...” ⁽²⁾.

Misiones a fin de reinstalar en él a los indios misioneros”. Ciertamente es que cabe la sospecha que tales móviles, confesados en una nota firmada por Rivera dirigida al Gobierno de Corrientes, no fuesen los verdaderos... (Cfr.: MATEO J. MACARIÑOS DE MELLO. *La misión de Florencio Varela a Londres (1843-1844)*, en *Revista Histórica*, XIV, 158.

(1) MANUEL M. CERVERA, *op. cit.*, II, 692-694; BENIGNO T. MARTÍNEZ, *op. cit.*, II, 273, reproduce la versión de Cervera, olvidándose alguna vez de indicar la fuente. Correa Morales, consiguió entorpecer la partida de López Jordán, pero no logró impedirla. Así obtuvo el desarme de alguna partida y la entrega del material bélico secuestrado, a manos del Juez territorial de San José. Sin embargo, apreciando dicho armamento lo consideraba tan escaso que le hacía sospechar hubiesen ocultado la parte más importante.

(2) MANUEL M. CERVERA, *op. cit.*, II, 694. El 1º de marzo, Ferré había anunciado haber resuelto investirse del carácter de mediador y “enviar en comisión al teniente coronel Manuel Antonio Ledesma, cerca del jefe que encabeza la fuerza opuesta a la del señor Comandante general Espino... El cargar y perseguir por ahora la fuerza amontonada que ha salido fuera y esa

Al parecer, el Coronel José López no se decidió por el ataque final, por haber individualizado en las líneas adversarias “fuerza extraña coaligada con los disidentes de Entre Ríos”. Espino, por su parte, no se manifestó muy decidido y cubrió su proceder con el pretexto de “economizar de algún modo la sangre entrerriana”. Por último la carta de Ferré al Coronel José López, fechada en Corrientes el 25 de abril, no deja duda ya acerca de la ninguna participación del gobernador correntino. En ella además de dejar especial constancia del “disgusto” que le causó “el saber que del Entre Ríos” habían escrito a Santa Fe y San Nicolás (entre ellos el propio Barrenechea) “dando la noticia de no haberse tomado a Lavalle por causa del jefe de la fuerza auxiliar de Corrientes, “ porque usted (es decir López) se opuso desde el principio “ que se batiese”, concluye con esta rotunda declaración: “si “ acaso es realmente cierto lo que han escrito esos hombres, “ dígalo usted con franqueza en carta confidencial...” (1).

La ulterior conducta de Espino da motivo para sospechar que estuviese ya en acuerdos con el Agente oriental coronel Carriego. Al parecer, éste había llegado al terreno de la lucha “pocos días después de la batalla del Clé” (2). Aceptado por Corrientes que aún no había declarado su adhesión al Pacto Federal, en cambio fué objeto de reparos por las autoridades de Entre Ríos.

No es nada improbable que Carriego haya ejercido influencia para arrancar el tratado firmado el 25 de marzo, y que sus relaciones con Espino y su cuñado don Manuel Britos, a partir de esa fecha se afirmaran.

El 11 de julio, Espino, aprovechando la momentánea ausencia del gobernador Barrenechea, consiguió ser designado Gobernador. Afianzó “su poder en el regimiento de Dragones “ de la Confederación, que puso bajo las órdenes de su cuñado, Coronel Manuel Britos, venido a Paraná con Carriego...” Poco tiempo le sonrió el triunfo. El 13 de di-

amenazar a cara descubierta, sería obligarla a contramarchar a los bosques, albergue de los mal contentos. Sabe usted su excesiva dilatación y aspereza, cualidades propias para ponerlos a cubierto de toda persecución...”

(1) *Carta de Pedro Ferré a Manuel Leyva*, Corrientes, abril 12 de 1831; *Carta de Pedro Ferré a Manuel Leyva*, Corrientes, abril 15 de 1831.

(2) MARIANO G. CALVENTO, *Estudios de la historia de Entre Ríos*, II, 141, Paraná, 1940. Este autor, empero, no documenta esta afirmación.

ciembre el Congreso entrerriano declaró ilegal y nulo el nombramiento (1).

Correa Morales, entretanto, denunciaba las maquinaciones de los emigrados (marzo 28): “han llegado a un extremo “dichas actividades), q^e el gov^{no} del q^e firma no puede “tolerar p^r más tiempo sin hacer un formal reclamo a fin de “que se dicten providencias eficaces para q^e no perturben “su tranquilidad, y le obliguen a mantenerse en un pie de “guerra como ésta a causa de sus continuas imbaciones...”

El balance que hacía al respecto el jefe argentino era desalentador. Helo aquí: 1) Robo de la goleta de guerra *Sarandí*; 2) dos revoluciones en Entre Ríos, fraguadas en territorio oriental; 3) robo de un lanchón del gobierno de Buenos Aires en el puesto de las Vacas, y 4) adquisición de armas y reclutamiento de combatientes en la costa del Uruguay. Correa Morales concluyó su protesta solicitando la internación de los emigrados 40 leguas al interior. En el caso de ser objetada esta medida, reclamaba su aplicación para los militares y civiles comprometidos en las últimas intentonas revolucionarias.

El Ministro Ellauri subrayó por su parte las medidas adoptadas por su gobierno en salvaguardia de la neutralidad oriental. Así, en noviembre se comisionó al Coronel graduado Felipe Ceballos para que recorriera la zona en donde se suponía actuaban los emigrados. Más tarde, en febrero, se destacaron con idéntico propósito, al General Julián Laguna y al Coronel Juan Arenas. También se dirigieron circulares a los jefes políticos de Colonia, Soriano y Paysandú, recomendándoles intensificaran la vigilancia.

Además Rivera se apartó de los principales jefes argentinos emigrados. Pero era un alejamiento momentáneo, como lo probarían los acontecimientos de 1832.

(1) El informe de Pedro de Larrechea, gobernador delegado de la Provincia de Santa Fe, al de Corrientes, fechado el 6 de octubre de 1831, contiene una referencia que corrobora las manifestaciones del historiador MARIANO G. CALVENTO, *op. cit.*, II, 142. Dicho informe dice así: “Elebado a la primera “magistratura el Ger^l. D. Pedro Espino marcó su Administración guardando “cilencio de su nuevo nombram^{to}. por más de 20 días, prestando influencia “desisiva en las disposiciones gubernativas a D. Evaristo Carriegos (sic)...” La actitud de Espino para con el gobierno de Buenos Aires no fué franca. Un ejemplo, para corroborar el juicio emitido, estaría representado por su evasiva a proporcionarle a dicha provincia la relación prolija de los oficiales emigrados que habían tomado parte en la invasión.

El 18 de mayo de 1831 (?) Ellauri se dirigió a las autoridades de Buenos Aires. No dejó de aprovechar la oportunidad de destacar que no le constaba a su Gobierno que el de dicha provincia hubiese sido autorizado por las demás del litoral para ejercer la representación en materia de Relaciones Exteriores. Por otra parte, agregaba, si no contestó con la premura del caso era tan sólo porque creyó “más propio de su decoro, “ y conducente a no alterar la armonía y buena inteligencia... el usar de un silencio prudente, q^e adelantar explicaciones, a q^e se provocaba...” De paso ponía bien en alto que al Coronel Correa Morales se le habían dispensado más consideraciones de las que “por su ningún carácter público podía esigir, ni prescribe el derecho internacional...”

La situación no mejoró. No hubo por parte de Rivera nada que permitiese creer en la sinceridad de sus intenciones. Los gobiernos litorales correspondían a tal actitud con una política semejante, pues dieron albergue en sus respectivos territorios a los revolucionarios orientales (1).

En los primeros meses del siguiente año, los pobladores de las dos márgenes del río, se vieron conmovidos por el brutal atentado llevado a cabo por la corbeta de guerra estadounidense *Lexington* en la colonia de Puerto Soledad, en las Islas Malvinas. En esa oportunidad, Correa Morales dió cuenta al Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires de los detalles que pudo conocer acerca del vandálico suceso.

Pero poco tiempo duró esa aparente tranquilidad. En junio el mayor Santana encabezó un motín que estalló en el propio Cuartel General de Rivera. Poco después el Coronel Eugenio Garzón, se sublevaba en Montevideo (3 de julio), manifestando que sólo obedecería a Lavalleja. La rebelión dió base al jefe citado para declarar cesante (2) al Presidente del

(1) *Oficio del Ministro de Relaciones Exteriores, Santiago Vázquez, al Ministro de Gracia y Justicia de la Provincia de Buenos Aires, Montevideo, 2 de enero de 1832.*

(2) El 10 de julio el Vicepresidente, Luis E. Pérez, se dirigía al Gobierno de Buenos Aires, por medio de una nota en la cual ponía de manifiesto que el movimiento militar del día 3, había traído como resultado que las “atribuciones y acción del Gobierno legal han claudicado de hecho”. El gobierno de Rosas invitó, entonces, al Encargado de Negocios del Imperio, D. Antonio Cândido Ferreira, para celebrar una conferencia. Mas como éste manifestase hallarse sin instrucciones, dirigió, a su turno, una comunicación al Ministro de Relaciones Exteriores del Imperio, pidiendo se le participase

Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo al mismo tiempo que proclamaba como única autoridad al Jefe de la Cruzada de los 33.

A fines de julio entró Lavalleja en el recinto de la Plaza sublevada. Pero en esos momentos Rivera avanzaba también sobre la Capital al frente de un ejército. A mediados de agosto Lavalleja había perdido la partida y Montevideo quedaba en manos de los leales a Rivera. No obstante todavía se intentó apoyar al jefe vencido. El Batallón de Cazadores, de guarnición en la Plaza, intentó rebelarse al grito de: “¡Vivan las leyes! ¡Viva el General Juan A. Lavalleja y todos los bravos que lo acompañan! ¡Mueran los unitarios y el caudillo Rivera y los Imperiales!” (16 de setiembre).

Al parecer los conspiradores de Montevideo habían contado con la ayuda porteña. Por lo menos las declaraciones de varios tripulantes de la zumaca *Invencible*, acusan a las autoridades de Buenos Aires de haber hecho trasladar a bordo de la mencionada embarcación y mediante una lancha de la goleta de guerra *Sarandí*, cinco cajones grandes y cuatro chicos conteniendo armas. Dichos cajones fueron desembarcados en la Isla Gorriti, donde se les dejó cubiertos con tierra y piedra.

Esto naturalmente permite apreciar cuán difícil debió ser en esos momentos la situación del Coronel Correa Morales.

El 29 de setiembre “El Universal” publicaba la noticia del arresto del Comisionado por “datos o vehementes indicios de hallarse complicado en una conjuración”.

La acusación, como se reveló más tarde, descansaba en ciertas declaraciones arrancadas a Antonia Arraga y a D. Ángel Casapi. He aquí los términos de las mismas:

“Que para llevar a efecto esta comisión se puso de acuerdo con Da. Ana Lavalleja, con D. Ángel Casapi y el Coronel D. Juan Correa Morales, en cuyo casa tuvo varias conferencias” (declaración de A. Arraga) (1).

Casapi, por su parte declaró que con el Coronel Correa

cuál sería la línea de conducta que adoptaría el Gobierno de Río de Janeiro, pues las autoridades de Buenos Aires deseaban expedirse en perfecta armonía con aquél.

(1) “El Universal”, Montevideo, lunes 20 de octubre de 1832, N° 971, págs. 2 y 3.

Morales y D. Antonio Arraga, “sólo se ha reunido dos veces “ en casa del primero”.

Correa Morales a su turno, negó más tarde haber celebrado tales conferencias (1). Acusó a su vez a las autoridades de Montevideo de haber urdido una trama a fin de perderlo (“el “ infrascripto fué avisado por varias personas respetables de “ que se trabajaba mañosamente y sin reparar en medios para “ complicarlo con los revolucionarios”). A este respecto proporcionó la siguiente noticia:

“Uno de los que se ocupaban de tan innoble intriga se “ introdujo en la habitación del infrascripto, y sustrajo pe- “ dazos de un papel tirado en el suelo, que nada importaba, “ y que nada contenía que pudiese ofenderle, ni ofender. Se “ reunieron los pedazos; y habiendo visto que era una esquila “ del infrascripto a la Sra. del general Lavalleja pidiéndole se “ sirviese comunicarle las noticias que supiese, ya se creyó “ que era la ocasión de satisfacer los objetos de aquellas as- “ piraciones.”

Empero, Correa Morales nada dijo. Sólo se contentó a trasladar su domicilio a la Fonda del Sol, pues por la circunstancia de ser una casa “frecuentada a todas horas y en cada “ momento, podría observarse” cuál era su conducta. Para ese entonces su correspondencia estaba ya sujeta a censura. La situación empeoró aún el 15 de setiembre. En dicha fecha el Coronel D. Pedro Lenguas se hizo presente en el domicilio del jefe argentino invitándolo a concurrir a entrevistarse con el ministro; quiso, además, en esa oportunidad “sellar los papeles con un sello, que trahía”. Correa Morales se opuso, debiéndose dar por satisfecho el coronel Lenguas con realizar la operación con el sello de Correa Morales. Cumplida esa tarea, Correa Morales fué trasladado no a presencia del ministro sino a la ciudadela.

“Al arribo a esta fortaleza el general Oribe (le) dijo... “ que la (orden) que tenía era de ponerlo en un calabozo. Ya “ puede decirse cuanta no sería la justa irritación del infras- “ cripto. Mas el general Oribe procuró calmarla manifestando

(1) “No es posible sr. Ministro que D. Antonio Arraga así se hubiese “ pronunciado. Él no ha tenido con el infrascripto tales conferencias, ni se las “ habría permitido. Se halla en ésta, y puede el gobierno no omitir medio algu- “ no, para satisfacer a este respecto...” (*Relación hecha por el Coronel Correa Morales, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1832.*)

“ que no era un calabozo, sino en dos piezas decentes iba a ser colocado.”

Durante tres días permaneció incomunicado con centinela a la vista. En ese lapso “entraban francamente a la prisión algunos soldados, que iniciados en el plan, o como ciegos instrumentos en el que estaban instruídos de llevarle mensajes supuestos ya sobre el mal estado de la causa, que decían se seguía al infrascripto, ya sobre invitaciones para que al frente de las tropas encabezase un motín. No pararon aquí las redes tendidas. Mientras reposaba... se introdujeron en su habitación listas de presos en la ciudadela por faltas políticas, y de soldados dispuestos a sublevarse, las que inmediatamente de advertidas procuró quemar; porque era bien sabido...”

Posteriormente fué trasladado a su domicilio para hacer entrega al coronel Lenguas de los documentos que allí tenía. Intercedió nuevamente Oribe y obtuvo que en lugar de recluirlo en la fortaleza se le permitiera tenerlo alojado en su propia casa (1). En cuanto a la entrega del archivo, no pudo realizarse “desde que el infrascripto después de inventariado exigió sellarlo con el sello del Encargado de Negocios del Imperio del Brasil”.

El 12 de octubre se le retiró la guardia, permaneciendo Correa Morales detenido hasta el 21 del mismo mes. En esa fecha fué notificado que, dentro del plazo de 8 días debía abandonar el país. Para ese entonces, los periódicos orientales negaban públicamente que Correa Morales estuviese revestido de algún carácter diplomático cerca de las autoridades de Montevideo (2).

El 28 de octubre el Comisionado daba cuenta a nuestro ministro de Relaciones Exteriores, doctor Manuel Vicente Maza, haber regresado, dando término así a su gestión. Por su parte el ministro Vázquez comunicó a Maza recién el 6 de noviembre, que por resolución récaída en el sumario o

(1) “El Universal”, Montevideo, Nº 951, jueves 4 de octubre de 1832, pág. 2, col. 4. Puede aseverarse que el 3 fué la fecha en la que Correa Morales pasó a vivir en la casa de Oribe.

(2) *Ibidem*, Nº 948, lunes 1º de octubre de 1832, pág. 3, col. 1; Nº 949, martes 2 de octubre de 1832, pág. 2, col. 4. El 15 de octubre Maza, en nombre del Gobierno de Buenos Aires, reclamó por la prisión de Correa Morales, y pidió se le extendiese el pasaporte.

proceso instruído a raíz del amotinamiento del Batallón de Cazadores, se dispuso la salida del coronel Correa Morales al cual se le dispensaron “cuantas consideraciones permitía la “naturaleza de la causa en que se hallaba comprendido”. En esa oportunidad el citado ministro dejó puntualizado que su Gobierno “no tuvo motivos para considerar al referido “coronel como comisionado con carácter alguno; supuesto “que habiéndose presentado a este Gobierno por el mes de “diciembre de 1830 con la Comisión *ad hoc* a que se refiere “la nota de 6 de dho. ella fué satisfecha y concluída en los “objetos que abraza, según aparece de la contextación de “este ministerio de 20 del mismo con lo que quedó termi- “nado su encargo”.

No es del todo exacto lo aseverado en la nota en cuestión. Sería desconocer la verdad, afirmar que el único objeto de su misión fué retomar posesión de los objetos y armamento de la *Sarandí*. Por otra parte esa aseveración la enmendarían los propios orientales en 1833; entonces tuvieron también en cuenta el segundo objetivo, el que más trabajo le dió al comisionado: la vigilancia de los núcleos unitarios y la forma de impedir la realización de sus tentativas anárquicas sobre el territorio de Entre Ríos (1).

Ahora bien. Analizando la correspondencia y la actuación de Correa Morales se infiere que si existió tal intervención en el amotinamiento del batallón, el citado Coronel se cuidó bien de comunicarlo a su Gobierno pues en la correspondencia enviada por él no aparece ni la más mínima indicación al respecto.

Además, resalta la pobreza de las acusaciones que le fueron dirigidas y la ausencia de un interrogatorio y de un careo con los presuntos cómplices. La misma defensa que hace meses más tarde “El Investigador” de las medidas adoptadas por el gobierno oriental es pobre en cuanto a elementos de prueba. Eso sí, subraya que era tan solo un comisionado *ad hoc*

(1) He aquí el tenor de la nota que dirigió al Ministro Maza: “Buenos Ays., octubre. 28 de 1832. El Coronel que firma tiene el honor de poner en conocimiento del sor Ministro de Relaciones Exteriores, haber regresado con esta fha. de la Comisión a que fué destinado, en el estado oriental. Con este motivo tiene la satisfacción de saludar al sor. Ministro con su mor. atención (Firmado) *Juan Correa Morales*.”

acreditado tan sólo por una simple carta de recomendación y que nunca usó insignias diplomáticas.

No creemos fundada por lo tanto, la acusación que se le hizo. Correa Morales fué un veedor molesto para Rivera, pues, cual centinela avizor vigilaba las actividades revolucionarias de los unitarios emigrados y descubría las vinculaciones que éstos mantenían con aquél (1).

Queda por aclarar, empero, más de una faceta en la actividad diplomática de los gobiernos platenses de 1830. Así, por ejemplo: ¿cómo se explica la actitud de Correa Morales con la connivencia, al parecer indiscutible, del gobierno de Buenos Aires con los conspiradores de Montevideo?

Por su parte el Gobierno de Buenos Aires al recibir el N° 971 de "El Universal" de donde se transcribieron extractos del Proceso, ordenó (29 de noviembre) (2) al Comisionado que le instruyese acerca de su actuación. Correa Morales contestó con una extensa exposición el 11 de diciembre, la cual fué examinada por el fiscal Agrelo y luego por el asesor Insiarte. El primero calificó al juicio instruido en Montevideo de "juicio secreto y tímido". A su entender el Coronel Correa Morales había sido "ultrajado no sólo sin sujeción a leyes comunes y generales, sino también sin miramiento a su carácter".

(1) "El Investigador", Montevideo, N° 10, 23 de febrero de 1833, págs. 81-84; N° 11, 27 de febrero de 1833, págs. 89-91. En este periódico y en lo relativo a la segunda cuestión antes aludida, se dice que la actividad de Correa Morales había terminado cuando fué arrestado, pues la guerra con los unitarios había concluido en setiembre

(2) Las semanas de setiembre no fueron las más apropiadas indudablemente para que Correa Morales pudiese ejercer con éxito su vigilancia. No podemos asegurar así, que llegase a su conocimiento la partida de nuevos comisionados orientales. Nos referimos a la presencia de Francisco Lecoq en Concepción del Uruguay, lugar adonde llegó el 15 de setiembre acompañado por un peón y dos soldados (uno de los cuales se llamaba Pedro Mosqueira). Se alojó en la casa del Comandante del mencionado lugar y mantuvo relaciones un tanto reservadas con algunos vecinos y en particular con Justo José de Urquiza, "el más activo vigilante de la frontera uruguaya". Del *Extracto del Proceso* que se les siguió a los visitantes resulta que Lecoq intentó atraer a Urquiza a la causa de Rivera, alegando que Entre Ríos "jamás podría prosperar ligado a "la República Argentina, y sí, unido al Estado Oriental del Uruguay". Si Urquiza se resolvía a abrazar la bandera oriental y a marchar contra Echagüe, se le hacía saber que recibiría ayuda de parte de Rivera. Fué en esa oportunidad que se le hizo saber que éste "jamás parlamentarí con la triple alianza, " esto es, con Rosas, López y Echagüe". Urquiza detuvo a los viajeros y los interrogó, resultando que además estaba vinculado a esa misión el nombre de Melchor Pacheco. Lecoq negó luego las imputaciones que se le hacían: sólo

Insiarte, el 6 de febrero, calificó al arresto como “prisión degradante”.

El 13 de febrero Maza firmó una resolución aprobando la conducta del Comisionado (1). Así terminó la primera misión del Coronel Correa Morales en la República Oriental del Uruguay.

RICARDO R. CAILLET-BOIS.

venía para “celebrar un convenio que pusiese fin a los males que ocasionaban “en ambos territorios los fascinerosos”. Urquiza dió cuenta de todo al Gobernador Echagüe el 16 de octubre, quien comisionó al Coronel León Sala para que instruyese la causa. El sumario fué luego remitido a Buenos Aires. Puesto en conocimiento de los pormenores de este revelador incidente, el Gobierno argentino, el 7 de diciembre, dirigió una vigorosa protesta a las autoridades orientales, solicitando explicaciones sobre “el proyecto” de Lecoq y Mosqueira. El gobierno de Fivera contestó el 27 de diciembre negando que se intentase desmembrar el territorio argentino y que el cargo que se le hacía era “tan inverosímil” como “vago”. Aducía en su defensa, además, el corto número de fuerzas armadas de que disponía con las cuales era evidente que no podía alimentar espíritu alguno de conquista. En lo que respecta al *Sumario* instruido contra Lecoq y Mosqueira, sostuvo que aquél había sido instruido en Entre Ríos y que no entraba por lo tanto a juzgar ni su exactitud ni su validez. Una vez más había fracasado Rivera en su tortuosa política...

Consúltese el documentado estudio de ANTONINO SALVADORES, *Sobre conferir al Gobierno de Buenos Aires el derecho de juzgar en asuntos nacionales* (1832), en *Universidad*, publicación de la Universidad Nacional del Litoral, Nº 10, págs. 261-272, Santa Fe, 1941; MATEO J. MAGARIÑOS DE MELLO, *La misión de Florencio Varela a Londres* (1843-1844), en *Revista histórica*, t. XIV, Nº 40-42, pág. 157, Montevideo, 1943.

(1) Días antes, el 24, Correa Morales reclamó el pago de 40 pesos metálicos, importe de los gastos efectuados en el viaje de ida y en su regreso. El gobierno satisfizo dicha voluntad el 28.

NOTAS SOBRE LAS FORMAS DEL CONOCIMIENTO EN PLATÓN

Las formas del conocimiento que ha distinguido Platón: ciencia, opinión y razonamiento discursivo, son absolutamente independientes las unas de las otras; es decir, son formas irreductibles. No hay entre sus distintas esferas un paso inmediato. Lo que las distingue no es una diferencia de grados sino de naturaleza. Cada una se da por separado, con total independencia. A cada acto cognoscitivo corresponde un objeto peculiar, adecuado a cada una de estas formas solamente (1).

El conocimiento supone siempre un objeto. Sólo se conoce lo que es de alguna manera, sea cual fuere esta manera de ser. Existe lo que es en forma absoluta, lo que es idéntico a sí mismo, inmutable, puro y sin mezcla, y que sólo es cognoscible en una forma absoluta. La que no existe de ninguna manera, no es cognoscible de ninguna manera (Rep. V, 477a): es ausencia de conocimiento; es la absoluta ignorancia. Pero entre estos términos extremos del ser absoluto y de la absoluta nada, hay cosas hechas de tal modo que son y no son a la vez; participan en cierta manera del ser, pero también, en la misma medida, del no-ser, sin confundirse con ninguno de los dos términos. Esos objetos de naturaleza compuesta corresponden al mundo de las cosas sensibles, que son intermedias entre el ser y la nada. Esa eterna dualidad del objeto determina igual variación en el conocimiento.

(1) G. WINDELBAND: *Platone*. R. Sandron, Génova, pág. 87.

Ahora bien, puesto que el ser es el objeto de la ciencia, y la ignorancia corresponde a la pura nada, es preciso encontrar una forma intermedia, algo que no sea la ciencia ni tampoco la ignorancia, para el conocimiento de ese objeto intermedio entre el ser y el no-ser. Conocimiento que se apoya en la multiplicidad de las apariencias y recibe el nombre de opinión (Rep. V, 476b).

No es posible identificar la opinión con la ciencia, pues sería privar a ésta de su valor universal: significaría la negación del conocimiento mismo. Ambas son definidas como facultades. Pero dos facultades son idénticas cuando tienen el mismo objeto e iguales efectos. Sabido es que la ciencia tiene por objeto el ser, en tanto que la opinión sólo alcanza las meras apariencias.

La ciencia es la más poderosa de todas las facultades, mientras que la opinión no es sino la facultad que nos capacita para juzgar por las apariencias (Rep. V, 477e). Juzgar por las apariencias cambiantes significa no poseer conocimiento verdadero, porque conocimiento verdadero es sólo aquel que descansa en las esencias inmutables de las cosas. Los juicios científicos se caracterizan por el rigor que los acompaña. “La intelección va acompañada siempre de una demostración verdadera... Es inquebrantable” (Tim. 51e). El razonamiento está emparentado con los objetos que trata de explicar; así lo que permanece, lo que es fijo y translúcido para el intelecto, otorga al razonamiento su carácter fijo e incommovible; así el razonamiento en torno al ser, en la medida de lo posible, es irrefutable e invencible (Tim. 29b).

La opinión difiere de la ciencia sin ser por ello la ignorancia: “se puede carecer de ciencia sin ser absolutamente ignorante” (Banq. 202a). Privación total de ser, ausencia de conocimiento e ignorancia, se implican. Opinar es siempre opinar sobre algo; la opinión tiene siempre un contenido, presupone una cierta existencia (Rep. V, 478b). La opinión es el resultado de un discurso; es imposible que haya discurso que no sea sobre algo (Sof. 263c). Acerca de lo inexistente no se puede opinar; lo que no es no puede ser nunca conocido, quedando así descartada la posibilidad de que la opinión pueda ser la ignorancia. No se aplica al ser ni al no-ser; no es la ciencia ni la ignorancia; difiere igualmente de ambas,

aventajando a la una por su claridad y siendo más oscura que la otra (Rep. V, 478b, c). Es en el orden del conocimiento la facultad intermedia entre el verdadero saber y la ignorancia absoluta. En el orden ontológico ha de existir un ser intermedio entre el ser puro y la pura nada; si ese ser existe ha de ser el objeto de la opinión, ha de ocurrir con él exactamente lo que ocurre con la opinión, que, sin ser el conocimiento, tampoco es la ignorancia (Rep. V, 478b). Objetos que son, en cierta manera, porque participan del ser, pero que a su vez no son, porque en la misma medida participan del no-ser; su naturaleza es compuesta, de ahí que son y no son, conteniendo en sí mismos lo contradictorio. Por eso existen cosas que siendo las mismas son, tan pronto bellas como feas; lo santo, impío; lo justo, injusto (Rep. V, 479a, b). El objeto de la opinión queda así circunscripto a esa región movediza que media entre esos dos términos absolutos. Platón sitúa este género de cosas que participan a la vez del ser y del no-ser, que son y no son, entre el puro ser y la nada: son los objetos de la facultad intermedia (la opinión).

“Filodoxos” denomina Platón a aquellos que se dejan llevar por la multiplicidad de las apariencias: “aficionados a sonidos y espectáculos, que se deleitan en oír hermosas voces y en ver hermosos colores, hermosas formas, y todas las obras donde se manifiesta la belleza, pero son incapaces de elevarse hasta la esencia de lo bello, de conocerla” (Rep. V, 476b). En cambio “filósofos” son aquellos que gustan contemplar las verdades sin velos, de elevarse hasta lo que existe siempre de una manera inmutable, eterna, absoluta, aquellos que se aplican a la contemplación de la esencia de las cosas (Rep. V, 475e; 477a). Reconocen la existencia de la belleza absoluta sin confundirla con los objetos que participan de ella. Existen muchos objetos bellos, buenos, y de toda especie, pero existe lo bello en sí, lo bueno en sí, la idea única que corresponde a lo múltiple “la esencia” (Rep. V, 507b). Alcanzar esta esencia es conocer verdaderamente, poseer verdadera ciencia. En cambio los conocimientos que se atienen a aquella multiplicidad de apariencias sólo merecen el nombre de opinión (Rep. V, 477a). Opinión e intelección son absolutamente distintas, tanto por su origen como por su manera de comportarse (Tim. 51e). A diferencia de la ciencia, que es

infallible, y da razón de sí misma, la opinión está sujeta siempre a error, es una forma incierta de conocer e incapaz de dar razón de su objeto (Banq. 202a).

Al final del libro VI de "La República" vemos el mundo sensible en oposición al mundo inteligible, a cada uno de los cuales corresponden seres de forma peculiar. El paradigma del Bien y del Sol ilustra esta oposición. En el mundo sensible sólo es posible conocer los objetos iluminados por el sol, costando gran trabajo, por el contrario, distinguirlos cuando están iluminados por los astros de la noche. Lo mismo ocurre al alma cuando se dirige a los objetos iluminados por la verdad y el ser; entonces es cuando conoce verdaderamente, cuando se muestra provista de inteligencia. En cambio, cuando el alma se vuelve a los objetos envueltos por las tinieblas, a lo que nace y perece incesantemente, se llena de incertidumbre, no tiene sino opiniones cambiantes como los objetos a que se aplica; se dice que está desprovista de inteligencia. "Lo que comunica la verdad a los objetos cognoscibles y al espíritu la facultad de conocer, es la idea del Bien; y esa misma idea es el principio de la ciencia y la verdad... He aquí, por consiguiente, dos especies de seres: sensibles los unos, los otros inteligibles" (Rep. VI, 508c, d, e; 509d).

A las divisiones de la teoría del conocimiento corresponden las divisiones de la teoría del ser ⁽¹⁾. Los grados del ser y las formas del conocimiento se corresponden recíprocamente. Platón se representa el mundo sensible y el mundo inteligible como una línea cortada en dos segmentos, correspondiendo a cada uno de ellos uno de aquellos mundos; cortando a su vez cada uno de estos segmentos se tendrá, por un lado, una parte más clara y, por el otro, una más oscura. En las partes asignadas al mundo sensible se distinguen, por un lado, las imágenes y las sombras, "entendiendo por imágenes primeramente las sombras, luego los fantasmas representados en las aguas y en las superficies de los cuerpos opacos, bruñidos y brillantes" (Rep. VI, 509e; 510a). La otra parte dará los objetos que esas imágenes representan; plantas, árboles, animales; todo lo que pertenece a la naturaleza, como así también los objetos del arte. Es decir, todos los llamados objetos originales.

(1) V. BROCHARD: *Estudios sobre Sócrates y Platón*, Buenos Aires, 1940; pág. 33.

Introducida esta división, la opinión viene a corresponder a dos formas de conocimiento: la “Pistis” y la “Eicasía”. La “Pistis” —la fe, la creencia— se refiere a los objetos mismos: hombres, árboles, etc. La “Eicasía” —la conjetura— es el conocimiento tomado en las superficies pulidas, en las aguas; es el conocimiento que se refiere a las imágenes de las cosas sensibles.

Procediendo en la misma forma con lo inteligible, al dividir este mundo en dos dominios, se tendrán por una parte figuras visibles por la otra objetos puros. “En la primera parte de esta sección el alma, sirviéndose como de imágenes de los objetos que en la sección precedente eran originales, se ve forzada a fundar sus búsquedas partiendo de hipótesis, y sigue un camino que la conduce, no al principio, sino a la conclusión; en la segunda parte, el alma va de la hipótesis al principio, sin hacer uso de imágenes, como en el caso precedente, y prosigue sus búsquedas mediante las solas ideas” (Rep. VI, 510b, c). Partiendo de una hipótesis se remonta en virtud del razonamiento puro, sin mezcla, hasta un principio independiente de toda hipótesis. Como en el caso anterior, a cada una de esas secciones corresponderían dos especies de conciencia: la “Dianoia” y la “Episteme”.

La dianoia es el pensamiento discursivo —es la deducción de los géometras, con las definiciones en las que se suponen principios, hipótesis— se va de una idea, como de una hipótesis, examinando las consecuencias; es el paso lógico de una idea a otra, sin indagar el valor de la primera; es el razonamiento que se vale de imágenes y que utilizan los matemáticos, “suponen lo par y lo impar, las figuras, tres especies de ángulo y otras cosas análogas según el objeto de sus búsquedas: las tratan como cosas conocidas y, cuando han formulado hipótesis, estiman ya que no tienen que dar ninguna cuenta ni a sí mismos ni a los otros, dado que son evidentes para todos los espíritus; partiendo de estas hipótesis, y pasando por todas las escalas llegan, por vía de consecuencia, a lo que se habían propuesto demostrar” (Rep. VI, 510c, d). El geómetra no se detiene a considerar la realidad de sus hipótesis; ellas no le interesan más que como una tesis que le permitirá deducir consecuencias ⁽¹⁾. Durante todo el pro-

(1) F. RAVAISSON: *Essai sur la Métaphisique D'Aristote*. París, 1837; t. I, pág. 285.

ceso de la demostración, aunque se trate de objetos puros, se apoya en imágenes sensibles; sin embargo, eso no significa que se refiera a ellas, sino que las utiliza para conocer las verdaderas figuras que, si bien son susceptibles de representación, sólo pueden ser percibidas por el pensamiento en tanto que figuras ideales de la inteligencia (Rep. VI, 510e). Si bien el objeto de esta investigación no es lo sensible en sí mismo tampoco es “lo universal espiritual por sí mismo, sino el conocimiento *razonado* que, de lo sensible, crea leyes universales y géneros determinados” (1). El alma se ve forzada a apoyarse en hipótesis, quedando así encerrada en el dominio de lo hipotético, de lo condicional. El razonamiento geométrico necesita siempre valerse de intermediarios, en tanto que la ciencia es, sirviéndonos de la definición de A. Fouillée “la inteligencia percibiendo lo inteligible sin ningún intermediario, y formando uno con su objeto” (2).

Para Platón la ciencia debe ser ciencia sin supuestos. La *dianoia* parte de ciertos principios de los que no da razón (Rep. VI, 510d) por ende no son más que hipótesis que no le permiten llegar al principio absoluto e incondicional. Los principios de la demostración son hipótesis y siguen siendo hipótesis “la *dianoia* prepara la *noesis* pero no es la *noesis*” (3).

La segunda clase de inteligibles son aquellos que la razón capta por vía de razonamiento. Parte de algunas hipótesis que no toma, como para la primera clase de inteligibles, por principios de los que habrá de deducir inmediatamente sus consecuencias, sino como simples hipótesis, como puntos de apoyo que le sirven para elevarse hasta el principio supremo que no admite más hipótesis, hasta lo absolutamente incondicionado. “Alcanzado ese principio descende, ateniéndose a todas las consecuencias que resultan de ella hasta la última conclusión, sin hacer uso de ningún dato sensible, pero pasando de una idea a una idea, para acabar en una idea” (Rep. VI, 511b, c). Este segundo momento es la dialéctica descendente en que la razón marcha entre las ideas puras y sin mezcla.

(1) F. G. HEGEL: *Storia della Filosofia*. Florencia, 1932; t. II, pág. 201.

(2) FOUILLÉE: *La filosofía de Platón*. Madrid, t. I, pág. 58.

(3) P. JANET Y G. SEAILLES: *Histoire de la Philosophie*. París, 1938, página 940.

J. Rodier reconoce aquí los movimientos de la dialéctica: ascendente y descendente. Por medio de la dialéctica ascendente la razón se eleva, generalizando, al principio (Ser, Uno o Bien), en “que la esencia implica la existencia”. Por el segundo movimiento —dialéctica descendente— la razón pura alcanza a “desenvolver, por su sola potencia, las consecuencias de ese principio, a reconstruir, y esta vez sin recurrir a la experiencia, la serie de las ideas hasta las últimas realidades” (1).

Los conocimientos que se alcanzan por la ciencia dialéctica, son a los ojos de Platón, la verdadera ciencia, por ser el conocimiento más claro y más riguroso de todos; más que aquel que se adquiere “por las llamadas ciencias, que tienen hipótesis por principios” (Rep. VI, 511c). La diferencia entre las ciencias y la ciencia queda puesta de manifiesto, sin ninguna duda, al definir la dialéctica como la ciencia más rigurosa frente a las otras formas de conocer. Constantemente hace referencia a artes, ciencias, pero muy otra cosa es cuando habla de la ciencia soberana, la ciencia de la dialéctica, única entre todas que se eleva hasta la contemplación de lo inteligible, del principio supremo que es el Bien (Rep. VI, 505a; 509; VII, 517b, c; 518c; 532a).

La misma aserción de “ciencias” se repite (Rep. VII, 533 d) al referirse a aquellas disciplinas que son el prelude de la dialéctica, y que comprenden; la aritmética, la geometría, la astronomía y la ciencia de la armonía. “Les hemos dado el nombre de *ciencias* para acomodarnos al uso, mas habría que darles otro nombre que implicase más claridad que la opinión, más oscuridad que el de la ciencia” (Rep. VII, 533d). Estas ciencias ocuparían el término medio entre la incertidumbre de la opinión y la evidencia de la ciencia, que correspondería al conocimiento discursivo.

Platón habla de ciencias y de ciencia, siendo ésta última muy distinta de las ciencias. “Ciencia” y “ciencias” no son expresiones sinónimas. Si bien las ciencias no hacen uso de los sentidos sino del pensamiento que les da carácter de tal, y los objetos que examinan son inteligibles con un principio, al no alcanzar ese principio no tienen una clara inteligencia

(1) G. RODIER: *Sur l'évolution de la dialectique de Platon (en Études de Philosophie Grecque)*. París, 1926, pág. 56.

de los mismos: por eso llama a ese conocimiento discursivo y no inteligencia. Es la ciencia de los geómetras y de las del mismo género, pues “el conocimiento discursivo es algo intermediario entre la opinión y la inteligencia” (Rep. VI, 511d).

La *dianoia* es intermediaria entre la razón (*nous*) y la representación sensible, opinión (*doxa*). Aparece aquí una nueva forma del saber, situada entre la *doxa* y la verdadera ciencia (*episteme*) pues es más clara que la opinión y más oscura que la ciencia, y difiere de ambas tanto por su objeto como por la forma de conocerlo.

A Diès cree inadecuado llamar a este conocimiento “conocimiento discursivo”, al que propone denominar “pensamiento medio” (1).

Entre esas cuatro formas del saber, llamadas por Platón “operaciones del espíritu”, y los cuatro objetos del conocimiento, existe una correspondencia perfecta.

A la sección más elevada correspondería la inteligencia pura; a la segunda, el conocimiento discursivo; a la tercera la fe; a la cuarta, la conjetura. Serían estas las formas del saber que van, desde el conocimiento absoluto, hasta la absoluta ignorancia. Para su ordenación conviene tomar en cuenta el grado de claridad que posee cada una de estas formas, pues son tanto más claras cuanto más participan de la verdad (Rep. VI, 511d, e).

De acuerdo a esta clasificación, la opinión corresponde a dos modos de conocer: cuando se refiere a las cosas mismas, y cuando se refiere a las imágenes de éstas. En el primer caso recibe el nombre de “creencia, fe”; en el segundo “conjetura”. A medida que los objetos participan en mayor grado de la verdad, más clara y elevada es su forma de conocerlos. Comparando la una con la otra, reconoce A. Diès que la creencia tiene más derecho al título de “conocimiento”, aunque sólo en forma provisoria, mientras se refiera al mundo sensible. Frente a esta ciencia provisoria la imaginación no tiene más que un valor de opinión. “El pensamiento medio (*dianoia*) no opera sobre los inteligibles más que a través de los símbolos sensibles; es, pues, relativamente a la intuición directa de los inteligibles, algo como un conocimiento por imá-

(1) A. DIÈS: Prolog. a la edit. des *Oeuvres complètes de Platon*. La Rep. Col. Budé, pág. 66.

genes, y comparada a la ciencia perfecta, toma el valor de opinión” (1).

Esta forma de conocer estaría por debajo de la razón y por sobre la opinión; y en ningún momento podrían identificarse; ninguna puede reemplazar a la otra pues cada una se aplica a un objeto único y propio.

Esta misma correspondencia entre el objeto y la forma de conocerlo es la que encontramos en el “Timeo”, cuando Platón dice que el alma del mundo es el resultado de la mezcla de la “esencia de lo mismo”, “de la esencia intermedia” y de la “esencia de lo otro”, dividida y unificada “matemáticamente”, y que está dotada para el conocimiento de los inteligibles, sensibles e intermedios. Cada una de estas esencias explica en el alma la existencia de una facultad cognoscitiva, hallándose el conocimiento condicionado por la realidad. Al girar el alma sobre sí misma, siguiendo el movimiento mediante el cual conoce, según entre en contacto con los objetos sensibles y el círculo de lo otro, se forma opiniones sólidas y verdaderas, según entre en contacto con lo inteligible y el círculo de lo mismo, se produce la intelección y la ciencia (Tim. 37a, b, c).

En forma alegórica Platón opone el mundo sensible al mundo inteligible, del mismo modo que se opone la luz a las tinieblas (Rep. VII, 514a y subs.).

El mundo sensible, nuestra ciencia, no es más que un juego de ilusiones. Para conocer las verdaderas realidades, es necesario que el alma emprenda, como los prisioneros del antro subterráneo, una ascensión penosa a los lugares inteligibles (Rep. VII, 517b). En los últimos límites de ese mundo está la idea de Bien, causa de cuanto hay de bello y de bueno en el universo, y que en el mundo inteligible engendra la verdad y la inteligencia. Sólo cuando se alcanza ese término se está en posesión de un verdadero saber. Únicamente la ciencia dialéctica puede llegar a ello; de ahí que sea indispensable para la educación del futuro gobernante.

Hay que recordar que la educación consiste, para Platón, en dirigir el alma hacia la idea de Bien. Pues “educar no es, como pretenden algunos, hacer penetrar la ciencia en el alma,

(1) A. DIÈS: *Id.*, pág. 66.

donde no está, como se pondría la visión en ojos ciegos” (Rep. VII, 518b, c).

El alma carece de poder creador; tampoco puede recibir la ciencia como algo que le llegara desde afuera, pues la verdad reside en ella misma. Mediante un hábil interrogatorio, y una indagación metódica, la verdad puede ser extraída del fondo de nuestra alma, donde se hallaba sepultada en el olvido. De ahí que saber no sea más que recordar lo que ya habíamos aprendido en una vida anterior; “nuestra ciencia no es más que una reminiscencia” (Fed. 72e, 73a). Enseñar no significa fijar en la memoria un conocimiento, sino descubrir lo que ya existía en nosotros. No se busca sino aquello que existe de alguna manera en nosotros (Men. 83e). El esclavo del “Menón”, no ha hecho otra cosa que extraer de sí mismo, bajo la guía de Sócrates, verdades de las que él no tenía ninguna noción. “¿Ha expresado una sola opinión que no haya extraído de sí mismo?”, dice Sócrates, a lo que asiente Menón: “Ha sacado todo de su propio fondo” (Men. 85b, c).

La educación no confiere al alma la facultad de ver, que ya posee, sino que la orienta, le hace dirigir su mirada a lo más alto. “Toda alma posee esa facultad de aprender y un órgano para este uso; y así como un ojo no puede desviarse de la oscuridad hacia la luz sin hacer que gire todo el cuerpo al mismo tiempo, este órgano debe desviarse con el alma toda entera de las cosas perecederas, y hasta volverse capaz de soportar la vista del ser, y de la parte más brillante del ser que llamamos Bien” (Rep. VII, 518c).

El Bien, último término del conocimiento, es lo que el alma capta en ese movimiento. Es lo intemporal e invisible, opuesto a lo temporal y visible que es el objeto de la opinión. Opérase así el paso de las tinieblas a la luz. Mediante la educación el alma debe liberarse de los lazos sensibles que aminoran su poder cognoscitivo, hasta que le sea posible contemplar lo más luminoso del ser. Para lograrlo, el alma tiende a desasirse del cuerpo. Encarada la educación en esta forma, de nada pueden servir las ciencias técnicas o mecánicas (música y gimnasia), aptas para la educación del guerrero; es preciso recurrir a las ciencias de carácter universal: aritmética, geometría, astronomía, y ciencia de la armonía, que se constituyen en una especie de propedéutica de la dia-

léctica. Son el camino que conduce a una forma más elevada de la inteligencia. Su rol es apartar el alma del mundo sensible.

La primera ciencia necesaria a este fin es la aritmética, en cuanto trata de la unidad pura, que no se divide ni se altera. Considerada en sí misma, mueve al alma hacia la región superior, llevándola a razonar sobre los números en sí, sin que a estos razonamientos se mezclen los números que representan objetos sensibles (Rep. VII, 525d). En tal forma resulta un ejercicio que permitirá al alma operar sobre realidades abstractas, y a separarla de lo real sensible, “facilitará al alma misma el pasaje del mundo sensible a la verdad de la esencia” (Rep. VII, 525b). Es pues una ciencia indispensable, “que obliga al alma a servirse de la pura inteligencia para alcanzar la verdad en sí” (Rep. VII, 526b).

Sigue a esta disciplina la geometría, en su doble forma: plana y del espacio, a condición de que obre sobre el espíritu de la misma manera que la ciencia de los números. Ahora bien, si no logra apartar el alma de lo sensible para encaminarla hacia lo inteligible, si se detiene en los accidentes, en lo puramente técnico, debe ser rechazada.

Del mismo modo la astronomía (Rep. VII, 529a; 530c); y finalmente la ciencia de la armonía (Rep. VII, 530d; 531c), todas ellas llenan las condiciones requeridas, esto es, la capacidad de apartar el alma del mundo de la generación hacia la verdad; preparan la dialéctica, de ahí que sean consideradas como ciencias fundamentales en el sentido único entendido por Platón, es decir en cuanto preparan al alma, mediante la educación para colocarse frente al ser. Reavivan en ella un órgano enceguecido, órgano incomparablemente superior a los sentidos, y gracias al cual se percibe la verdad (Rep. VII, 527d). “Elevan la parte más noble del alma hasta la contemplación de lo más excelente de todos los seres” (Rep. VII, 532c).

Estas disciplinas encaminan al alma a elevarse del mundo fenoménico al mundo más alto de la idea, pero ninguna de ellas constituye por sí misma la “ciencia”, pues no alcanzan el pleno ser. El conocimiento que de él tienen es semejante a un sueño; son impotentes para verle a plena luz, en tanto que se atienen a hipótesis. “Están tejidas de desconocido; se

puede poner todo esto de acuerdo, pero no se hará de ello una ciencia” (Rep. VII, 533b, c). Así su valor reside en que despiertan al alma y la orientan por el camino que conduce al Bien, pero “no son el mismo conocimiento; ocupan una región intermedia entre la región de los sentidos y el dominio de la ciencia pura” (1).

Pero el objeto último del conocimiento no es la imagen del Bien sino el Bien mismo. Mas ¿cuál sería la ciencia capaz de alcanzarlo y cuál es su método?

Esta ciencia no puede ser sino la “dialéctica”. Es la única que puede descubrirse a un espíritu versado en las ciencias llamadas preparatorias (Rep. VII, 533a). Excluye el uso de los sentidos, y se apoya únicamente en la razón, “y si prosigue sus indagaciones hasta haber captado por la sola inteligencia la esencia del Bien, ha llegado al límite de los conocimientos inteligibles” (Rep. VII, 532a, b). Mientras las matemáticas se detienen en hipótesis, la dialéctica procede por eliminación de hipótesis, no tomándolas como principios sino como simples hipótesis; se eleva hasta el principio donde establece sus conclusiones. El pensamiento puro, sin ayuda de imágenes asciende sin detenerse hasta alcanzar el último fundamento: el Bien.

Así puede decirse que la dialéctica es el único método que va apartando el alma del mundo impuro en que se hallaba sumida, y la eleva hasta el mundo luminoso del ser; el único que se despoja en absoluto de todo elemento sensible. En la ordenación platónica, es la forma más alta del conocimiento. Más, para llegar a ello, dicha “ciencia real” se vale de las ciencias auxiliares —aritmética, geometría, astronomía y ciencia de la armonía— que, como hemos visto, tienen un valor exclusivamente propedéutico (2). Son denominadas “ciencias” nada más que por acomodación al uso, aclara Platón, pues en verdad sería preciso darles otro nombre. Un

(1) A. FOULLÉE: *ob. cit.*, t. I, pág. 51.

(2) Véase M. LOSACCO: *Storia della dialettica*, Florencia, 1922, pág. 204.

A juicio de L. Robin, la crítica de Aristóteles (Metaf. L, I, 9, 992a) se dirige más bien contra Spseusipo y Senócrates que contra Platón; pero es aplicable igualmente a éste, porque procura quitar a las matemáticas el rol propedéutico primariamente asignado. *La théorie Platonicienne des Idées et des nombres d'après Aristote*. Paris, 1908, pág. 316. Acerca de la época en que comienza Aristóteles la crítica contra esta tendencia pitagorizante, véase W. JAEGER: *Aristotele*. Florencia, 1935, pág. 235 y subs.

nombre que delimite su ubicación en el plano que realmente ocupan en el conocimiento: más claro que la opinión pero más oscuro que la ciencia. Algo que media entre la opinión y la pura inteligencia. Frente a la opinión aparece como un conocimiento superior; pero frente a la dialéctica, sigue siendo un conocimiento imperfecto. Es el “pensamiento discursivo” (Dianoia), al que se le restituye de ese modo su condición de intermediario (Rep. VII, 533d; VI, 511d).

En rigor, el nombre de ciencia debiera corresponder únicamente a la dialéctica, pues sólo ella puede dar cuenta, en forma absoluta, de su objeto.

FRANCISCO E. MAFFEI.

PEDAGOGÍA Y SOCIOLOGÍA

Die Erziehung setzt den Menschen in die Welt insofern sie die Welt in ihn hineinsetzt; und sie macht ihn die Welt gestalten insofern sie ihn durch die Welt lasst gestaltet werden.

SCHLEIERMACHER.

Como disciplina independiente, la pedagogía supone estrechas vinculaciones con la ética, la lógica, la sociología y la psicología; pues que la determinación del área propia de cada actividad entraña siempre, antes que un aislamiento, una interdependencia con las otras ciencias que integran el cosmos de lo espiritual.

Conviene fijar esos nexos. Conviene, no sólo porque con ello se acabará de establecer su propia y autónoma ubicación en el cuadro de las ciencias, sino porque, como es bien sabido, ensayos de envergadura, que gozan todavía de mucho predicamento, han intentado someterla a la dependencia de otras disciplinas extrañas. Tal acontece en la pedagogía de Herbart, según lo veremos más adelante.

De las disciplinas nombradas, la sociología se ha hecho presente en el curso de estas investigaciones con una insistencia tan acentuada que, aun después de haberse establecido la insuficiencia de la concepción naturalista de la pedagogía que la instituyera en la ciencia determinadora del fin de la educación, corresponde tratarla de un modo especial y directo.

No aludimos, desde luego, a la disciplina que, tomando

por objeto la sociedad humana, resultó, en el pensamiento de su fundador, una física social, ni a la que, orientada biológicamente en Spencer, se expresó en la pedagogía como sociología aplicada. El traslado de las conclusiones biológicas al campo de la sociología, en cuyo empeño Lilienfeld, Schaeffle y otros creyeron encontrar un adecuado paralelismo entre el organismo animal y el organismo social, ha hecho su tiempo. Como toda ciencia actual, la sociología aspira a acotar su propio dominio y rehusa el tutelaje de la biología que quiso imponerle su método y sus conceptos. La sociedad tiene peculiares momentos espirituales cuyo tratamiento escapa a aquel método y el concepto del individuo desvirtúa la analogía con la cédula que le atribuyó una metáfora usual.

En las precedentes consideraciones relativas a la historia, hemos confinado con el dominio sociológico en manera tal, que lo sociológico ha estado a punto de confundirse con lo histórico mismo. En la zona incierta de este contacto fronterizo, ha cobrado una tácita resonancia la postura que quiere considerar a la sociedad como un organismo espiritual. Una corriente que procede del pensamiento de Aristóteles, en el cual se afirma que la sociedad es anterior al individuo y que, por ende, lo condiciona en modo tal que toda educación debe partir del concepto de la sociedad, ha asumido el carácter de una fundamentación en pedagogos de prestigio. Para Barth, la sociedad es un organismo espiritual. Con esto supera el paralelismo señalado. Desde este momento parece ganar seguridad la definición de la educación como "la propagación espiritual de la sociedad"; propagación que sólo puede realizarse mediante influjos ejercitados sobre la voluntad y por las representaciones que guían la voluntad.

¿Qué alcance cabe atribuir a este parangón en la determinación que procuramos? El cuerpo social puede asemejarse al organismo animal en cuanto ambos poseen una indestructible unidad. Pero con decir esto nada adelantamos respecto de la construcción sociológica. Apenas formulada esta simple figura, surgen las notas diferenciadoras de los objetos comparados. El individuo no se comporta respecto de la comunidad como la célula respecto del organismo. Ambos integran una unidad; pero el primero posee una independencia que es desconocida al segundo.

Con esto queda dicho también que tampoco aludimos aquí

a una concepción adicional de la sociedad. La sociedad no es una suma de individuos ligados de un modo mecánico y artificial. No es el vivo aforismo de Kierkegaard. Sea cual sea la forma en que ella se presente, con los productos que le son propios, y con sus peculiares problemas, su nota esencial comprende y une a los individuos en los que ella misma se manifiesta.

Para la orientación que domina nuestras investigaciones no parecen ser sostenibles las actitudes unilaterales. Individuo y comunidad son los dos polos de una estructura. "Individua- lidad y sociabilidad son —enseña Litt— conceptos correlati- vos. Las relaciones mutuas de los individuos son insuficientes como categorías centrales del pensamiento sociológico. No cabe distinguir los individuos aislados y en reposo, por una parte, y, por la otra, las fuerzas que discurren entre ellos como algo relativamente independiente de los individuos mismos, según lo quiere Vierkandt, porque ello importa partir de los elementos constitutivos para tratar el fenómeno social que debe ser considerado desde su propia estructura. El efecto mutuo no es una duplicidad; es un acaecer. El yo como yo social, dice Litt, vive en sus actos y los efectos que sufre un objeto no proceden sólo de un objeto contrapuesto sino de su propio hacer. No se trata, pues, de un mutuo efecto sino de una "reciprocidad de perspectivas".

Dispuesta así la relación del *tú* y el *yo*, queda establecida la recta relación del momento social y del momento individual y, en mérito a ella, cabe decir que el yo deja de ser una esen- cia que permanece como tal detrás de sus acciones en detri- mento de la totalidad social.

Desde este instante, la relación que indagamos aquí nece- sita preguntar qué se entiende hoy por sociología. La respues- ta no es fácil.

No lo es porque las concepciones de los sociólogos con- temporáneos son diferentes. Sin que mueva nuestro ánimo el propósito de intervenir en una tarea formulativa que excede nuestras fuerzas, un ligero vistazo al campo en el que se libra dicha tarea basta a informarnos de la incertidumbre que toda- vía reina en lo que respecta a su objeto y a su método. El con- tenido y la forma se atribuyen, cada uno a su turno, un pre- dominio excluyente. El primero acentúa las posibilidades de los contenidos de cultura revelados por los grupos sociales;

la otra afirma la primacía de las formas sociales en cuyo sistema de relaciones se incluyen, siempre diversos y cambiantes, los contenidos de cultura.

De estas dos actitudes la que se refiere a la pedagogía con un sentido sociológico más inmediato y estricto es el de la forma.

Es bien sabido que, tanto la doctrina de Simmel, como las investigaciones especiales que se apoyan en ella, han traído consigo una penetración de las relaciones sociales y de los productos de esas relaciones que es sumamente provechosa para la labor pedagógica. Esa penetración aclara el problema de la clase y ayuda a realizar la práctica educativa en las diversas formas y grados en que ella se cumple. Aclara las condiciones sociológicas del arte, de la religión, de la economía, y analiza sus formas asociativas específicas. Va más lejos todavía y, estudiando las vinculaciones de los distintos dominios culturales, precisa las condiciones sociológicas de la escuela.

Toda escuela es la escuela de "su" tiempo. Toda escuela sigue el ritmo peculiar de la cultura general que la alienta. Sociológicamente, la escuela intelectualista obedeció a la actitud de una época en la que todas sus manifestaciones se presentaron teñidas de intelectualismo; sociológicamente, la escuela activa se inclina a responder a un clima social dominado por la reacción del sentimiento insurgido contra el intelectualismo radical.

Pero por aquí vamos viendo que si la sociología de la forma se relaciona de un modo inmediato con la pedagogía, sin fundamentarla, también ésta se relaciona en último modo con la sociología de la cultura.

Todo cuanto hemos venido diciendo hasta este momento está lleno de esa relación. El fenómeno de la educación se da en la cultura. Aun cuando por razones de orden en el procedimiento adoptado hayamos tratado de mantener una estrecha referencia al esquema binario formado por el acto educativo, no hemos perdido de vista el fondo en el cual se cumple y de cuyos contenidos se nutre.

No es en modo abstracto que se verifica la labor educativa. El educador conoce los productos de la cultura y traslada al educando los contenidos ideales después de haber estudiado sus peculiares disposiciones. El fin le da los elementos ordenadores de su conocimiento del ser del docendo, que es previo

al proceso formativo, y este proceso formativo, que se realiza mediante una elección entre diversas direcciones, conduce al espíritu objetivo por la aplicación de los bienes formativos de que dispone.

La cultura ambiente es, pues, algo esencial al cumplimiento de la educación. Es su fuente nutricia. La presupone y la condiciona en modo tal que todo el trabajo formativo puede definirse como la ascensión del espíritu subjetivo del niño al espíritu objetivo de la comunidad.

Pero como el educando, el educador y la comunidad educadora están comprendidos en el mundo espiritual, parece evidente que la determinación del fin educativo no puede proceder del individuo. Los valores realizadores pertenecen a la comunidad; pero el ser del individuo no existe sin el ser de la comunidad y, en consecuencia, no parece existir un deber ser del primero que no sea también el deber ser de la segunda. Este principio es de capital importancia para la pedagogía; pues, como lo enseña Litt, "en cada momento particular de la realidad educativa tanto el ser y deber ser del individuo como el de la comunidad deben ofrecerse como movimiento viviente al acto de aprehensión de la mirada espiritual". No hay fin individual que no esté, a la vez en la comunidad, y la pedagogía, al dirigirse al educando, ha de dirigirse también a su término correlativo. Es en la comunidad, guardiana de los bienes culturales, donde ella encuentra las normas en las que se mide el acervo y se fija su significación por la determinación pedagógica del fin.

Para la educación que es, ante todo, un actuar que se inicia con el despertar del alma, una forma externa es indispensable. Desde la más natural de todas, que suele ser la familia, primer contacto del ser con el espíritu objetivo, hasta las manifestaciones más superadas de la vida social, el proceso formativo sigue un curso paralelo como factores a la vez condicionado y condicionante.

No se trata, seguramente, de una correlación de términos extremos. En el proceso mediante el cual el individuo es introducido al espíritu objetivo, la cultura, parte la más importante de dicho espíritu, entra en juego con sus bienes en cuanto éstos poseen sentido formativo. Dentro de la vastedad de la cultura, el trabajo educativo elige aquellos bienes que pueden ser puestos en relación con el desarrollo del alma

juvenil. Y, sin embargo, esa estimación del bien cultural depende de la cultura total.

Tan fuerte es la relación que la “reciprocidad de perspectivas” impone a la educación, que la determinación de la personalidad moral como fin de la educación, así como la íntima trama que liga al educador con el educando en la tarea formativa mediante la corriente viva del bien cultural que circula de uno a otro, están gobernadas y regidas por ella.

En la doctrina de Kriek se rebasa el esquema binario educador-educando y se declara que la educación es la primera función (Urfunktion) de la comunidad. Ésta se realiza por los influjos inherentes a todo círculo vital. Consciente o inconsciente, es siempre una y la misma cosa. Es un acontecer en la sociedad.

Con esto Kriek no quiere perder de vista al individuo. No lo pierde de vista porque éste no es separable de la comunidad. Ninguna oposición existe entre la comunidad y el individuo y por eso es que Goethe le sirve de modelo para recalcar la íntima relación que vincula indestructiblemente a uno y otra. Es así como la comunidad es, a un tiempo, objeto y sujeto de la actividad educativa. Partiendo del concepto par *comunidad-miembro* deduce cuatro formas docentes: la comunidad educa a la comunidad; la comunidad educa a sus miembros; los miembros se educan entre sí; los miembros educan a la comunidad. Formas que se compenetran en tres grados: inferior, el primero, constituido por relaciones y efectos inconscientes de individuo a individuo; consciente, el segundo; y el tercero caracterizado por un propósito educativo apoyado por métodos, fines y organismos adecuados.

Consiguientemente, la educación es, como toda manifestación del espíritu objetivo —idioma, derecho, arte, etc.— una función de la comunidad y la tarea asignada a la Pedagogía es la de hacer vivo en cada individuo ese espíritu objetivo. Es, para Kriek, un acontecer condicionado sociológicamente, que en cada grupo parece cumplirse a favor de un cierto derecho natural.

Pero la relación de la sociología con la pedagogía pierde sus relieves cuando se afirma que la educación es un acontecer social, porque con esto queda amenazada la autonomía de la pedagogía. Th. Geiger señala este riesgo y se apresura a

colocar los términos relacionados en su recto lugar. El acontecer educativo es de una naturaleza especial y posee leyes propias a las cuales se sujeta de una manera peculiar. La educabilidad —pensamiento básico, para él— que es, por un lado, pasiva, si se la considera como capacidad de desarrollo del hombre, y, por el otro, activa, si se la considera como impulso formativo, acusa dos funciones que son separables en toda disciplina que no sea la pedagogía, pues en ésta, es en la única ciencia en que se presentan fundidos en un solo proceso.

Con esto la pedagogía se presenta con nitidez como un fenómeno entre otros y así tiene que ser visto por toda sociología que no repose en preocupaciones especulativas.

Semejante actitud, lejos de anular la autonomía pedagógica la favorece y la confirma. Y este reconocimiento de sus fueros es tanto más fecundo y más claro cuando se trata de la educación pública, la que toda nación instaura y en la que rige una ciencia educativa. La formación como espontánea función del grupo social, sea cual sea su forma —partido, clase, confesión, círculo, etc.— escapa a la cientificidad. Está limitada por un ideal limitado, el ideal que responde a la peculiar dirección de cada grupo. Las fuerzas asociativas del individuo encuentran fomento en la educación pública.

Puestas así las cosas, Geiger propone, por primera vez en el dominio pedagógico, un programa esquemático de las relaciones existentes entre la sociología y la pedagogía. Dentro de una rama que llama sistemática, corresponde estudiar la esencia, el acontecer y la forma asociativa de la educación como dado de validez intemporal. Una parte de la sistemática deberá estudiar la esencia de la educación en general (*überhaupt*) como fenómeno social. Corresponde tipificarla y determinar los conceptos sociológicos de educación, formación e instrucción. Una vez más Geiger recalca la conveniencia de atender a la educación consciente, pero reconoce que es justo no perder de vista la que se realiza como función espontánea del grupo ya que también ésta es objeto de la sociología general y cae en sus lindes como proceso de socialización y adaptación del grupo. La educación orgánica exige un capítulo especial y debe ser considerada en relación con toda la vida social.

El proceso educativo es un acontecer de determinado sentido entre seres humanos. La educación en general (*über-*

haupt) es un acontecer general y su sitio está en la esfera de la vida. El acto educativo está ahí como caso particular.

Lo que en él interesa al sociólogo son las condiciones de las formas del acto social. Al pedagogo, a su vez, le importa averiguar cómo ha de tratarlo para conseguir propósitos educativos. Su pregunta es ésta: ¿cómo situarme ante el niño? ¿Como dominador? ¿Como camarada? ¿Con fría y objetiva distancia? Y la respuesta pertinente dependerá de la manera como considere a sus alumnos; dependerá de saber si éstos constituyen grupos solidarios o simples agregados de individuos.

En la parte descriptiva, Geiger considera necesario analizar los círculos de función educativa típica. Alude a la escuela y a la familia en el aspecto en que ésta acusa manifestaciones docentes.

Lo importante es la escuela y, en la escuela, las clases en su variable estructura social, sin entrar a su sentido psicológico. Aquí se nos presentan los problemas inherentes a la agrupación de niños. La posibilidad de instruir o no, en grupos, la relación entre maestros y educandos; el sistema de castigos; la coeducación, etc., van en este aspecto de la cuestión. La escuela es también totalidad y, por lo tanto, corresponde atender a sus especiales problemas: la relación entre las clases de una escuela como grupos; la relación entre escolares de distintas clases; la estructura del cuerpo docente y su influencia sobre la situación escolar. La organización de la educación es, en cierto modo, un producto social que, en cuanto medio para su fin, requiere análisis sociológico.

Y si las formas asociativas en estado de quietud interesan de modo directo a la ciencia social, también deben interesarle en cuanto esas formas asumen un curso histórico. Estas investigaciones han tocado más de una vez este curso histórico; pero, con especial referencia a la pedagogía, Geiger propone un rigor esquemático estricto al distinguir en él los tipos históricos de la educación en función de las correspondientes estructuras sociales que los condicionaron, y los tipos históricos del pensamiento educativo, comprendiendo en estos últimos, la ideología y la ciencia de la educación, con lo que cae en la sociología del conocer tan fecundamente influída por el pensamiento de Max Scheler.

En las situaciones expresadas, Geiger no apunta a una

fundamentación sociológica de la pedagogía. Las veces que en ellas no se trata de algo que interesa al sociólogo “desde su ciencia y para su ciencia” —cosa que, en realidad, es lo que ocurre en la mayoría de los casos— se refiere a conocimientos sociológicos cuya utilidad el educador puede determinar mediante la aplicación de un criterio pedagógico. La línea separativa de ambas disciplinas será siempre clara para quien se haga cargo de que los predios que corresponden a una y otra son diferentes.

SAÚL TABORDA.

EXPRESIÓN DE AMÉRICA Y DE LOS PERSONAJES AMERICANOS EN LA OBRA DE DON RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

Por la amplitud de su horizonte, se ha convertido la crítica en un ejercicio atrayente para muchos espíritus curiosos y reflexivos.

Un mismo autor puede ser analizado en diversos aspectos, según las preferencias de los que se deciden a encarar cualquiera de ellos, prescindiendo de los otros. Con don Ramón del Valle Inclán el caso es más singular. Ese estudio puede realizarse, únicamente, sobre un solo plano: el estético, y desde un exclusivo punto de vista: su ideal artístico. Perteneció a la línea literaria iniciada con los gestores de la teoría del "arte por el arte", cuyos cánones expuso Sainte-Beuve en 1828, y que pasando por románticos, parnasianos y simbolistas, alcanza hasta los modernos cultores de la prosa poética.

Para los que reivindican el mundo del arte como un infinito sin contacto posible con toda otra realidad, siempre ha existido el arduo y angustioso problema de la expresión. Valle Inclán, empeñado en resolverlo, logra el instrumento admirable que lo convierte en maestro del estilo. A través de las distintas etapas, su obra se caracteriza por la indiscutible unidad de desenvolvimiento. Don Pedro Henríquez Ureña ⁽¹⁾ califica esa trayectoria como una "purificación" de sus pro-

(1) PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Don Ramón del Valle Inclán*, en "La Nación", enero 26 de 1936.

cedimientos estilísticos, y una “ascensión” de su verdadera naturaleza de escritor auténtico y original.

Aceptado este planteamiento previo, el desarrollo del tema escogido requiere la consideración, sumaria, desde luego, pero indispensable, de dicha trayectoria, y explica el sentido del epígrafe. No se descarta la realidad objetiva: su conocimiento de América, de sus tipos y problemas, de las relaciones hispanoamericanas, etc., por lo mismo que, afirma Vossler (1), “es para el escritor algo negativo, un rodeo o un medio de su propia expresión y por ello lo real y lo fantástico entran a ser en él, no contraste, sino complemento natural de la realidad”.

¿Cuándo viene Valle Inclán a América y hasta qué punto la conoce? Asegúrese, por referencias de amigos y admiradores, que don Ramón era un conversador magnífico. Hacía el regalo de su palabra, siempre brillante y casi invariablemente agresiva, en la tertulia del café, en los corrillos del teatro, en la redacción del periódico. Sus respuestas fulminantes y juicios lapidarios, nutren mil anécdotas. Respecto de sí mismo, centro vital en todos los coloquios, es indudable su inclinación a evadirse de la ruta señalada por los sucesos biográficos, y resulta muy difícil, sino imposible, desenredar lo novelesco de lo real, en la vida de este insaciable soñador de aventuras.

Se sabe que estuvo en México, siendo muy joven; según unos, en romántica búsqueda de “destinos heroicos”; según otros, en modestísima función de periodista novel. Probablemente entonces recorrió el interior del país y aún llegó en sus andanzas hasta Cuba, antes de regresar a España. Tal es el primer contacto del escritor con América. Retornará, ya famoso, en 1910, pero con Uruguay y la Argentina en su itinerario, y sólo años más tarde, pisará nuevamente tierra mexicana.

Valle Inclán conoce en su primer viaje el México de Porfirio Díaz. Reina en apariencia la paz, debido a los medios coercitivos empleados para sofocar la oposición, y a la afluencia de capitales extranjeros traducida en bienestar económico y enorme desarrollo material. Mas, por debajo de esta en-

(1) KARL VOSSLER: *Algunos caracteres de la cultura española*, pág. 74, Buenos Aires, 1942.

gañosa superficie, fermentaba un fondo turbio y agrio de miseria y de descontento. Su juventud y su genio rebelde, debieron colocarlo junto a la falange de intelectuales en lucha por la reivindicación de los derechos sojuzgados. Pero se ignoran en absoluto sus crónicas, si las hubo, y nada se vislumbra en las obras que iniciaron su carrera literaria después del regreso a la patria. Parece como si hubiera sido necesario un largo proceso psicológico en el hombre, análogo al sociológico en el pueblo subyugado y herido, para que las juveniles impresiones se precipitaran en el sedimento amargo, generador de las imágenes de “espejo cóncavo”, características de la última época.

Hacia 1905 ya había publicado las cuatro *Sonatas y Flor de santidad*, obteniendo un éxito consagratorio de crítica. *Femeninas*, el primero entre los volúmenes precedentes, es una colección de relatos breves aparecida en 1895. Tres de ellos presentan personajes americanos: Aquiles Calderón en *La condesa Cela*; Tula Varona y *La niña Chole* en los del mismo título. La edición está hoy totalmente agotada, pero el inconveniente se subsana, por lo menos para este objeto, porque esas narraciones han sido reeditadas varias veces en colecciones posteriores. Las citas incluídas a continuación pertenecen al volumen *Historias perversas*, prólogo de Manuel Murguía, Barcelona (1907), el más antiguo de los que fué posible disponer.

Aquiles Calderón y Tula Varona son criollos que viven, el uno, en Galicia y la otra, en París. Les falta el marco de su ambiente natural y debemos atenernos a su individualidad aislada. En el primer caso se trata, evidentemente, de un mestizo: tenía “las mejillas con grandes planos como esos idolillos aztecas tallados en obsidiana” (p. 18).

Excepto una genérica descripción del tipo criollo de estampa romántica, ¿hay algo específico en el ardiente y un poco ingenuo amante de la condesa, que tan pronto lleva sangre araucana en las venas ⁽¹⁾, como se convierte en un muchacho habanero descendiente de reyes indios? ⁽²⁾. Todo es exterior, análogamente a la presentación de Tula Varona en su palacete de Villa Julia, entre las jaulas doradas pobladas por pájaros americanos y los tibores con enormes helechos de los trópicos,

(1) *Historias perversas*, pág. 32.

(2) *Corte de amor*, pág. 140.

sobre los trípodes de bambú. ¿De dónde es oriunda esta mujer, que por llamarse "Tula Varona" nos inclina a admitir su procedencia cubana, e invita a su amigo con mate, "a estilo de América", costumbre desconocida en ese país?

Pecaríamos de ingenuos si prosiguiéramos en este análisis. No se trata de personajes creados con un criterio realista, o los resultados de la observación objetiva. Ellos provienen de la combinación de determinados elementos, cuidadosamente seleccionados por el escritor, en vista a una particular creación estética.

América es lo exótico, lo desmesurado, lo bárbaro, y sus seres originarios deben tener algo de primitivo y trágico, de sensual y ambiguo. Nada más a propósito en el momento en que Valle Inclán recoge la bandera de Rubén, para colocarla al tope de la torre desde donde dirigirá el ataque contra la prosaica y burguesa literatura española de su tiempo. Vano empeño sería, pues, estudiar estos personajes con afanes psicológicos. Están dentro de la aludida línea de desenvolvimiento total, en el punto exacto calificado por su autor de "albores literarios".

Acaso, aventurándonos, podríamos extraer cierta "tonalidad" definidora, en la desintencionada valoración subjetiva del escritor, al enfrentarlos con tipos raciales superiores. Sería lo que Valbuena Prat ⁽¹⁾ llama "sinuosidad india", refiriéndose a Ruiz de Alarcón, es decir, la taimada dualidad del mestizo, derivada de un complejo de inferioridad, como lógica secuela del sometimiento indígena por los conquistadores, cuya manifestación externa consiste en una singular actitud de hipócrita y expectante cortesía.

La perversidad es cualidad frecuente entre los personajes que habitan el mundo novelesco de don Ramón del Valle Inclán. Más aún. Resulta casi indispensable a la moda literaria seguida e impuesta por el maestro. Pero aquí no es la resultante del egoísmo y la violencia desorbitados por una conducta sin freno, como en los hijos de don Manuel de Montenegro, por ejemplo, sino la consecuencia del despecho encubierto por el disimulo, el resentimiento atávico de raza agazapado en lo más profundo del instinto, para saltar de pronto, con asomos

(1) *Historia de la literatura española*, II, pág. 335, Barcelona, 1937.

de brutalidad primitiva, o filtrarse a través de una crueldad contenida y sutil. Aquiles Calderón, “especie de salvaje civilizado” (p. 32), desconfiaba de la voluble naturaleza de su amante y ocultaba, “como vergonzosa lacería”, la pasión que sentía tan hondamente, pero la exaltada vehemencia de su amor lo traiciona, sin embargo, y cuando la frívola condesa insiste en romper las relaciones, él, despechado y colérico, le descubre el pasado equívoco de la madre: “Con clarividencia satánica veía cuál era la parte más dolorosa de la infeliz mujer y allí hería sin piedad con sañudo sarcasmo” (p. 40).

También desconfía Tula Varona del duquesito de Ordax; pone en duda, desde los elogios hacia las chucherías con que ha adornado su heterogéneo saloncillo de recibo, hasta la calidad del sentimiento amoroso que le inspira. Todo el diálogo se desarrolla en la pedana, cruzándose las frases intencionadas como sus floretes. Diosa tentadora y esquiva, “quería hacer la conquista del buen mozo” para experimentar “un placer cruel al rechazarle después de haberle tentado” . . . “Pérfida y desenamorada hería con el áspid del deseo, como hiere el indio sanguinario para probar la punta de sus flechas” (p. 50). Seducida por su propio juego, se desliza del círculo audaz que la sociedad permite dentro de los límites de contención impuestos por sus leyes, y cediendo al impulso brutal de sus instintos primarios, azota con el arma el rostro de su rendido galán, para castigar el arrebató provocado por su coquetería. “La niña Chole”, despierta, con la seducción de su oro, la codicia del negro ciclópeo, incitándole a arrojarse al mar, hirviente de tiburones; presencia imperturbable la lucha bárbara que epiloga la muerte, y acercándose a la borda, arroja al agua las monedas convenidas, con la maligna picardía de una broma trágica: “Ya tiene para el flete de Carón” . . . (p. 113).

He aquí los elementos que irán elaborándose hasta culminar en una determinada modalidad estética. Se la ha denominado, entre otras cosas, “preciosista” y “decadente”. Preciosista, porque logra, con verdadero alarde de virtuosismo formal, la expresión de un arte exquisito, en que todo queda librado a la maestría del estilo; y decadente, porque está dentro de la atmósfera en que se respira cierto aire malsano y perturbador, característico de gran parte de la literatura finisecular. Las cuatro “Sonatas”, tetralogía erótica de las famo-

sas “Memorias” del marqués de Bradomín, constituyen la muestra refinada y brillante.

Entre ellas nos encontramos con la primera novela americana del autor, cuyo antecedente inmediato es *La niña Chole*. Ésta nos traslada a México; presenta, acentuados, los mismos caracteres de exotismo y misterio, perversidad y pasión, pero ahora como fuerzas actuantes en su propio escenario. Desfilan nombres de lugares reales: Las Antillas, Yucatán, Mérida; y se dilata a nuestras miradas el paisaje americano: horizontes calcinados, selvas que arden, inmensas llanuras abrasadas por el sol tropical. Semejante a una extraña flor nacida en las ruinas milenarias de los templos de sus antepasados, aparece “La niña Chole”, “hierática y serpentina”, los negros cabellos sueltos sobre el albo hipil bordado con sedas multicolores, prolongando el misterio de la naturaleza en el enigma inquietante de su sonrisa. Hay en el espectáculo de esta mujer, en la plenitud física de su belleza, algo que recuerda a aquella tigre de Rubén, en la plenitud virgen del instinto:

Siéntese vahos de horno
y la selva indiana
en alas de bochorno
lanza, bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira a pulmón pleno,
y al verse hermosa, altiva, soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno. (1)

Entre *La niña Chole* y *Sonata de estío* está el camino andado para conseguir un propósito. Así como en la primera la aventura es sólo delirio sensual del protagonista, y en la segunda alcanza su realidad vivida, así también los procedimientos, mediante una rigurosa depuración, procuran, en la última, los efectos afanosamente perseguidos por el autor.

Dos episodios constituyen la parte narrativa de *La niña Chole*: el asalto traicionero del indio en la oscuridad, como índice descriptivo de las acechanzas del medio desconocido y hostil, y el del cazador de tiburones, como presentación espiritual de la protagonista. Con él se cierra el relato, que suma al tema romántico de la mujer entrevista al pasar, ingredientes

(1) RUBÉN DARÍO, *Azul*, pág. 198. Madrid, 1927.

muy en boga en esos momentos: la predilección por lo singular y extravagante, y el atractivo morboso del sensualismo exaltado por la perservidad: “La irónica crueldad de la criolla me horrorizaba y me atraía: nunca como entonces me pareciera tentadora y bella. Del mar oscuro y misterioso subían murmullos y aromas, a que el blanco lunar prestaba no sé qué rara voluptuosidad. La trágica muerte del coloso negro; el mundo espanto que se pintaba aún en todos los rostros; un violín que lloraba en el gran salón, todo en aquella luna, era para mí objeto de voluptuosidad depravada y sutil” . . . (p. 113).

En *Sonata de estío* se acentúan estas tintas, y ambos episodios son los primeros de una serie que escalona el idilio. Pasamos de la anécdota a la historia, del rasgo aislado al panorama total. Pero lo importante consiste, no en la mayor o menor extensión del argumento, o en los pormenores descriptivos o episódicos, sino en los elementos con que realiza la obra; no en su fondo, sino en su forma. El autorizado filólogo Amado Alonso, en su notable trabajo sobre *La estructura de las sonatas* ⁽¹⁾, dice que lo que interesa es colocarse frente al “espectáculo de su arte de escritor, de los medios sutiles, repitantes, casi pérfidos de que se vale para cumplir sus fines”.

Cual moderno alquimista, ha redescubierto más allá del siglo de oro, en las fuentes del marqués de Santillana, de don Gonzalo de Berceo, del Arcipreste de Hita, el alma misteriosa de las palabras, que veneraban los antiguos. A su mágico conjuro, vienen a colocarse entre sus hermanas más jóvenes, pero seleccionadas, como ellas, según tres cualidades fundamentales: musicalidad, matiz y evocación, y con estos tres atributos, como con tres dones maravillosos, construye Valle Inclán su prosa “preciosista”.

Paisajes, personajes, sentimientos, sólo existen para él como categorías estéticas. Ningún realismo exterior o psicológico, ningún interés social o crítico, nada más que el sorprendente despliegue de recursos para dar forma a su concepción ideal. Debido a ello las *Sonatas* caen dentro de la denominación de “ejercicios de estilo” con que se ha designado a las *Memorias amables*, si bien marcan el punto culminante en el proceso: triunfo absoluto de la forma; sobrestimación del

(1) *Verbum*, 1928. XXI, 71, pág. 11.

estilo convertido, no en el instrumento, sino en la materia misma de la creación literaria.

¿Qué importa que tal América no exista en el mapa, si es una obra de arte? Porque ésta es la única verdad: su realidad artística. Refiriéndose a cierta ciudad dice conservar de ella “una impresión somnolente y confusa, parecida a la que deja un libro de grabados hojeado perezosamente en la hama-ca, durante el bochorno de la siesta” (*Sonata de estío*, p. 24). He aquí la clave; para Valle Inclán, “recuerdos” es sinónimo de imaginación, pero imaginación dosificada por su sentido estético. A través de esa extraordinaria lente poética, recoge la imagen de las cosas y de los seres; se figura que “la naturaleza lujuriosa y salvaje, aun palpitante del calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera fecundada” (*Sonata de estío*, p. 34); siente las “ráfagas venidas de las selvas vírgenes, tibias y acariciadoras como aliento de mujeres ardientes” (*íd.*, p. 158). Grijalba, es una “criolla vestida con trapos de primavera que sumerge la punta de los piececillos lindos en la orilla del mar” (*íd.*, p. 159).

Personificación de lo inanimado, no como consecuencia de un profundo sentimiento de la naturaleza, o del paisaje como “un estado de alma”, sino de la absorbente preocupación del tema erótico, perfectamente realizado en un acuerdo total de sensaciones: luz que deslumbra los ojos, fuego que abrasa la sangre, vapor pesado y cálido de la tierra que embota los sentidos.

Pese a los elementos románticos recogidos por el modernismo, nada más alejado de sus efectos que las impresiones producidas por la lectura de las *Sonatas*, aventuras típicas en las cuatro etapas de la vida del autobiógrafo, personaje pasional y egocéntrico. Y es que en ningún momento abandona al autor su idea, y sus sentimientos personales, lejos de penetrarse con sus criaturas de ficción, se manifiestan en los elementos formales que maneja. Es un gran señor español y ama las palabras de rancio abolengo castellano; detesta la atmósfera ramplona y doméstica de las letras nacionales de su tiempo y reacciona con un sibaritismo literario de términos desusados y exquisitos, de ambientes turbadores y misteriosos, de tipos ultrarrefinados, en el deseo agresivo de lesionar los cánones de la moral ortodoxa y la vulgaridad cotidiana.

Darío, impulsado por su genio creador y con medios muy

diversos, promueve en las letras hispanoamericanas una revolución renovadora para inyectar nueva vida a formas literarias agotadas y caducas. Valle Inclán, deslumbrado por el gran nicaragüense e impelido por su natural inspiración, se propone provocar en su patria una reacción análoga. Pero no olvida el consejo de Wagner, repetido por el maestro en sus *Palabras liminares de Prosas profanas* (1): “Lo primero, no imitar a nadie y, sobre todo, a mí”. Quizá tan rápida adhesión a la nueva doctrina se deba a que fué la nota verleniana la que templó en su lira Rubén, nota de claroscuro musical, que deja en penumbra el paisaje de la tierra nativa, poblada por el trasgo de las leyendas célticas, y resuena, con la ajustada armonía de un acorde, en la suave y melodiosa cadencia de la lengua vernácula.

Absorbido por su finalidad estética, permanece incontaminado de manifestaciones ajenas a su arte. Razón por la cual no están de acuerdo los críticos en su ubicación cronológica. Mientras unos lo incluyen entre los hombres del 98, para otros constituye el nexo entre esa generación y la siguiente, o pertenece a la pléyade ulterior de los “novecentistas”. Respecto de los primeros, Valle Inclán resulta, evidentemente, un caso aislado. Aquéllos experimentan la honda y dramática preocupación de resolver un problema nacional, que comienza por la revisión de los valores raciales, urgida a raíz de los últimos acontecimientos históricos; su numen orientador es Nietzsche. En Valle Inclán es el de su arte, arte de virtuoso, profesado con la fanática y excluyente devoción a un culto, que tiene en *La lámpara maravillosa* su mejor breviario. La prosa de las *Sonatas* ha escrito en él la página final. Para los imitadores, esto significaría el comienzo de la decadencia; para los creadores, es un motivo de renovación.

Empieza a manifestarse una modalidad diversa. Sus orígenes podrían indagarse, por una parte, en la derivación del elemento popular colectivo —ya preponderante en *Flor de santidad*, las *Comedias bárbaras* y los volúmenes de la guerra carlista— hacia lo picaresco, de fuertes tintas en *Divinas palabras*, (1920), tocando la nota sangrienta del grotesco en *Farsa y licencia de la reina castiza* (1920), y *Los cuernos de don Frioleira* (1921). Por otra, en la evolución del humorismo, de la agu-

(1) RUBÉN DARÍO, *Prosas profanas*, pág. 8, Madrid, 1927.

da socarronería gallega, a la sátira mordaz, de factura más genéricamente castellana. *La pipa de Kik* (1919), con notas de un arte nuevo, nacido en la postguerra, es la puerta por donde se sale a este otro estilo. En él, nuestro autor se actualiza, se vuelve más verista, se solidariza con su generación. Conviene aclararlo, sin embargo.

El crítico francés, Jean Casou, define el “caso” español como un complejo de nihilismo y pasión. Nihilismo que rechaza toda especulación desinteresada del espíritu: entre el individuo y la realidad, ningún prejuicio intelectual se interpone. Mas, por lo mismo que el hombre se halla adherido a ella, un deseo incontenible de evadirse lo domina, y arrastra a los novelistas picarescos, a pintarla desfigurándola en brutales interpretaciones: “¡Con qué alegría se complacen en ver al mundo escapársele a través de deformaciones de perspectivas y de las crueles caricaturas con que lo representan!” (1).

En efecto. El realismo de la picaresca es sólo un aspecto, el más lúgubre, de la vida, y bastaría para comprender el negro y amargo humorismo español desde los clásicos. Pero al aislar deliberadamente lo que la naturaleza nos presenta unido, al escoger y no aceptar su unidad indivisible, se corre el mismo riesgo que al separar las vísceras del cuerpo en que funcionan: destruir la vida, matar al hombre, crear, en su lugar, el monigote. Ahora Valle Inclán se aproxima a Quevedo. Y se diferencia. Quevedo es siempre el humanista que extrae de los entes grotescos el apotegma de sus concepciones ideológicas; el amargado que destila en su sátira sangrienta la hiel de sus personales desventuras. Valle Inclán permanece en actitud contemplativa frente al panorama, para ofrecérselo en las imágenes de “espejo cóncavo”, ideadas por su nueva doctrina: “El sentido trágico de la vida española sólo puede darse en una estética sistemáticamente deformada” (2).

Así surge ese género original, admirablemente definido por otra pluma maestra: “Una mímica de la vida desde las apariencias de un muñeco ridículo” (3), y del contraste entre la solemnidad de los sentimientos y las pasiones humanas, y la mezquina y miserable apariencia de los fantoches que las sustentan, nacen, precisamente, su fuerza trágica: “La técnica del

(1) *Littérature espagnole*, París, 1929.

(2) *Luces de bohemia*, pág. 224. Madrid, 1924.

(3) ALFONSO REYES, *La parodia trágica*, en *Simpatías y diferencias*, II serie.

esperpento resulta del choque entre la seriedad del dolor y la actitud de parodia de los personajes que lo padecen" (1). Calderón concebía el mundo como un teatro; Valle Inclán como un funambulesco guiñol, de cuyos títeres, él mueve caprichosamente los hilos.

Tirano Banderas, aparece en 1926, cronológicamente, cuando ha madurado la nueva técnica. Constituye su segunda y última novela americana y trasunta el resultado de la experiencia del autor después de su reciente viaje a México. Caído Porfirio Díaz, se habían sucedido y se seguían sucediendo los Huerta, los Carranza, los Villa, en el gobierno y en la revolución.

Valle Inclán vuelve a enfrentarse con América y sus pobladores. ¡Qué diferencia, sin embargo, de aquella otra, diseñada con rasgos de exóticas y sensuales impresiones, en *Sonata de estío!* Ya no se trata del espectáculo como naturaleza, sino del panorama político y social. Si antes escogía minuciosamente rasgos para idealizar, ahora los selecciona para resumir. Siempre y por sobre todo el artista, pasa de la estilización a la síntesis: no un tirano, el tirano; no una república americana, América española en su totalidad.

Cuenta Henríquez Ureña en el artículo citado, que cuando Valle Inclán decidió escribir el *Ruedo ibérico*, buscó con empeño documentarse por medio de libros, periódicos, manuscritos; terminado el primer tomo de la serie, lo encontró demasiado realista, "demasiado próximo a la crónica", y lo rehizo íntegramente. La noticia vale como confirmación del procedimiento. Poco importa que Santos Banderas sea una figura de ficción y la de Isabel II verdaderamente histórica, si es la misma su realidad artística, y si aun cuando se sitúen en la segunda mitad del siglo XIX, a nadie escapa la actualidad de los sucesos que los envuelven.

Tirano Banderas representa la singularísima interpretación del autor acerca del sentido trágico de la vida española, trasladado a América. *La corte de los milagros* aparece en 1927; el mismo hilo generador teje las obras. Grotescos muñecos de la farsa real: Isabel, el rey consorte, el marqués de Torre Mellada, tienen su exacto equivalente en el Barón de Benicarlés, don Celestino Galindo o Nacho Veguillas.

(1) ALFONSO REYES, *La parodia trágica*, cit.

Pero si la burla despiadada se deleita recargando de tonos sombríamente chillones esta galería de monigotes caricaturescos, al trazar los perfiles de los hombres de la revolución, ya se trate del idealista don Roque Cepeda, o del honrado ranchero Filomeno Cuevas, o del miserable indio alfarero, Zacarías San José, su pluma se humaniza, se reviste de pronto de inusitada seriedad, nacida, no de un realismo psicológico o simplemente costumbrista, sino de la trascendencia que para el autor tienen los principios que animan a los personajes. Tres individuos, tres clases sociales: los intelectuales, los colonos, los proletarios, unidos en un anhelo común. Y ya sabemos dónde están sus preferencias. Lo dirá el joven estudiante Marco Aurelio, que al ser arrojado en la fortaleza de Santa Mónica, se pone por primera vez en contacto con los revolucionarios: "Me arrepiento de no haberlo sido y lo seré, si alguna vez me veo fuera de estos muros"; a quien sus propias palabras "le sonaban como algo lógico e irremediable en aquella cárcel de reos políticos, orgullosos de morir" (1).

De este valor, no individual sino genérico, es arquetipo la figura del tirano. Ni esperpento, ni ser de carne y hueso; creación literaria, nada más. Su rebuscada terminología demagógica, quebrándose de pronto en un término chabacano, da la pauta del personaje: "La humanidad para la política de estos países es una entelequia con tres cabezas: el criollo, el indio y el negro. Tres humanidades. Otra política para estos climas es pura macana" (p. 34).

Podría decirse que el panorama está enfocado desde su mirador, garita de vigía sobresaltado y receloso, y los distintos ambientes urbanos desfilan en una rápida sucesión de cuadros impresionistas: el acto del Circo Harris, las ferias y el congal, la casa del prestamista Pereda, la cárcel de Santa Mónica. Cuadros sin acotaciones, sin polémica, sin comentario, pero vistos entornando un ojo, con la burlona intención de una instantánea en el momento crítico. Valle Inclán ha sabido tomarla. Nos ofrece, no lo que todo el mundo ve, sino lo que él ha visto; no lo de fuera, sino lo de dentro, el hálito vital, captado por su pluma de artista espectador.

Hay en esa visión gran predominio del grotesco, y la superposición de lo cómico y lo doloroso, adquiere, por su tras-

(1) *Tirano Banderas*, pág. 236. "Opera omnia", vol. XVI.

cendencia genérica, un sentido profundamente trágico. En este aspecto, Santos Banderas es un personaje excepcional, que alcanza en la escena última, la nota de truculencia máxima. Por eso, resulta imposible aceptar el criterio de que *Tirano Banderas* y *Los de abajo* ⁽¹⁾, se continúan y se complementan ⁽²⁾; ésta es una crónica novelada y aquélla una creación artística. Los procedimientos son completamente opuestos. En la segunda, se refieren, con descarnado realismo e intensa dramaticidad, una serie sucesiva de hechos de la cruenta jornada revolucionaria; en la primera, se proyectan las imágenes en el “espejo cóncavo”, para revelar el fondo inescrutable que los anima; una es devenir, la otra esencia.

Soberbio y celoso de su libertad, el artista se ha empeñado en darnos algo nuevo y distinto, sin reparar en detalles; de ahí la mezcla heterogénea de términos, el encarnizamiento en mostrar al desnudo sentimientos y situaciones que hirieron a tantos: la decadencia y corrupción de la clase gobernante peninsular, encarnada en el Ministro Plenipotenciario español; la rapacidad de los que arriban para colmar sus alforjas; el mito de la independencia de América, presa codiciada de todos los imperialismos, inerme con el lastre de sus multitudes indígenas, resignadas y doloridas, bajo el látigo de los dictadores.

Valle Inclán ha regresado definitivamente de sus excursiones por los campos medievales y los palacios del renacimiento, volviéndose de cara hacia su época. Su humorismo, un poco cínico, se ha convertido en sátira mordaz, y sus predilecciones de sibarita literario, se desvían ahora, hacia el mundo abigarrado de burgueses y pícaros. También aquel empaque aristocrático, de carlista tradicional, ha virado hasta el liberalismo político, que le inspira los versos de despedida:

¡Adiós te digo con tu gesto triste indio mexicano! ⁽³⁾

¡Adiós te digo, mano en la mano!

¡Indio mexicano que la encomienda tornó mendigo!

¡Indio mexicano!

¡Rebélate y quema los trojes del trigo!

¡Rebélate hermano!

(1) MARIANO AZUELA, *Los de abajo*, Santiago de Chile.

(2) MARIANO DE TORRE, *Dos novelas sobre la revolución*, en “La Información”, Santiago de Chile, 1927, XII.

(3) *Nos vemos*, en “México moderno”, septiembre 1º, 1922.

Rompe la cadena. Quebranta la peña y la adusta greña
sacuda el bronce de tu sien.

Como a Prometeo te vió el visionario
a las siete luces del Tenebrario,
bajo las arcadas de una nueva Jerusalén.

Indio mexicano,
mano en la mano
mi fe te digo:
lo primero
es colgar al Encomendero,
y después segar el trigo.

Indio mexicano,
mano en la mano,
Dios por testigo.

Las distancias son grandes, pero el artista permanece incólume. Nada podrá afectarlo, mientras conserve el precioso talismán de las palabras, que siguen siendo para él, "espejos mágicos donde se aprisionan todas las imágenes del mundo" (1); su exotismo regional colorea el paisaje americano y pone un sabor genuino y picante en el lenguaje de sus pobladores; con ellas Valle Inclán "recrea" a América, como deslumbrante catarata de fuegos artificiales, en *Sonata de estío*, o como un aguafuerte de capricho goyesco, en *Tirano Banderas*. Porque "el arte no existe sino cuando ha superado sus modelos vivos mediante una elaboración ideal. Las cosas no son como las vemos sino como las recordamos. La palabra, en la creación literaria, necesita, siempre, ser trasladada a ese plano en que el mundo y la vida humana se idealizan. No hay poesía sin esa elaboración" (2).

FRANCISCA DE LA FUENTE.

(1) RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, *Valle Inclán*, en *Retratos contemporáneos*, pág. 297. Bs. As., 1941.

(2) RICARDO ROJAS, *Valle Inclán, el hombre imaginario*, en *Retablo español*, pág. 280. Bs. As., 1938.

LA BIOGRAFÍA COMO TIPO HISTORIOGRÁFICO

Ha sido frecuente considerar la biografía —y ha sido dicho más de una vez— como una forma popular o subsidiaria de la historia, quizá por la sola razón de que ha encontrado más cálida acogida en el lector culto pero no especialista. Las preferencias de Montaigne han sido imitadas. “Les historiens —decía— sont ma droicte balle”; pero agregaba poco después: “Or ceulx qui escrivent les vies, d'autant qu'ils s'amusement plus aux conseils qu'aux evenements, plus à ce qui part du dedans qu'à ce qui arrive au dehors, ceulx là me sont plus propres” (1). Y, en efecto, como para Montaigne, fueron Plutarco o Diógenes Laercio los compañeros predilectos de generaciones y generaciones que, apenas atraídos por otros géneros históricos, buscaron y hallaron en ellos una inmediata y cordial imagen del pasado.

Un biógrafo suele tener —debemos confesarlo— el ánimo más ágil y vivaz que el historiador de los grandes dramas colectivos y de los mínimos y agigantados detalles eruditos; su trazo refleja un perfil de la vida menos deformado por las abstracciones conceptuales; y, sobre todo, ha preferido prescindir de todo armazón erudito y mantener su relato dentro del clima peculiar que procura evocar, sin trasladar al lector a cada instante al áspero terreno de sus búsquedas. Todo esto es innegable y por ello el lector culto se ha inclinado por la biografía más que por otras formas del relato

(1) MONTAIGNE, *Essais*, II, 10.

histórico. Pero ¿acaso lo es también que la biografía es solamente una forma popular o subsidiaria? La respuesta afirmativa entrañaría afirmar que hay entre la biografía y las otras formas historiográficas un acentuado matiz diferenciador, que afecta a la calidad y a la categoría recíprocas; y en ese punto el problema se torna oscuro.

Sin duda, ese matiz existe; pero la diferencia que establece no corresponde a relaciones de superioridad e inferioridad sino meramente de tipo. Hay en el primer interrogante la posibilidad implícita de sostener que la biografía no es, en sentido estricto, historia. El distingo ha sido hecho alguna vez —recuérdese la observación de Plutarco (1) —pero cuando se analiza detenidamente la intensidad del matiz parece lícito negarlo; se apoya tan sólo en ciertos caracteres del relato que se consideran consustanciales con la historia, pero se desvanece si reparamos en que la actitud del hombre ante el pasado se ha expresado siempre de modo diverso, sin que por eso se deje de coincidir en lo esencial de la actitud. Y, en efecto, si partimos de esa actitud, advertimos que la biografía adquiere legitimidad como forma historiográfica definida y sólo parece necesario establecer su sitio dentro del cuadro de las formas en que se expresa la intelección del pasado.

He intentado en otro lugar caracterizar lo que pueden llamarse *tipos historiográficos* (2). Son, en síntesis, ciertos esquemas regulares dentro de los cuales se ordenan y estructuran los elementos de la intelección histórica, valorados de acuerdo a cierto principio ordenador. Pueden constituirse varios grupos, según los distintos principios ordenadores, esto es, según los elementos históricos que se eligen para formular la concepción. Si se toma como punto de partida la intuición de los agentes del devenir histórico, se obtiene un grupo en el que se enlazan tres tipos historiográficos de rasgos acusados y formas definidas. El primero está caracterizado por la intuición de una comunidad de nítido contorno —los he-

(1) PLUTARCO, *Alejandro, I*. Plutarco funda el distingo no en la distinta calidad de historia y biografía, consideradas como dos aspectos de una misma cosa, sino en la diversidad de los puntos de vista. Supone, pues, que la biografía no es, en lo esencial, una forma estrictamente historiográfica sino más bien literaria y moral.

(2) JOSÉ LUIS ROMERO, *Sobre los tipos historiográficos*, en *Logos*, Nº III, 1943.

nos, los romanos, los florentinos, los franceses— de la que se quiere averiguar y relatar el devenir histórico: Heródoto, Tito Livio, Giovanni Villani y Julio Michelet podrían ser ejemplos de este tipo. El segundo se apoya en la intuición de la humanidad como totalidad —aunque a veces sea una totalidad restringida por el alcance del conocimiento— y pueden considerarse paradigmas de ese tipo la *Historia* de Polibio o el *Ensayo sobre las costumbres* de Voltaire. Por fin, el tercer tipo parte de la intuición del individuo como sujeto de un devenir histórico y se manifiesta en la biografía. Así expuesto el cuadro general, resulta obvio el problema de si la biografía es o no historia, cuestión suscitada por una consideración elemental y precrítica de las formas historiográficas.

Pero como la observación de que la biografía es una forma subsidiaria de la historia se apoya en el hecho indiscutible de su mayor accesibilidad al público no especializado, conviene adentrarse en el problema y tratar de desentrañar el secreto de su naturaleza como tipo historiográfico. Señalemos que, en tal afirmación, obra el supuesto de que la apetencia por el conocimiento del pasado sólo reside en estrechos grupos capaces de interesarse por el proceso erudito de la búsqueda, supuesto que es, a todas luces, falso e insostenible; por el contrario, esa apetencia es general en el hombre culto, y es explicable que procure satisfacerla donde halla más directa respuesta a sus inquietudes inmediatas; de modo que la mayor difusión de la biografía no invalida en modo alguno su significado. El problema reside, pues, en averiguar por qué secreta peculiaridad de su naturaleza está más próxima al lector culto pero no especialista. Y esta indagación puede mostrarnos no sólo la causa de su difusión sino también cuáles son sus posibilidades exploradas o sin explorar. No es, pues, superfluo intentarla.

No arroja poca luz sobre la cuestión considerar la experiencia inmediata que proporciona el éxito notorio de la biografía novelada contemporánea. Sería ingenuo —e inoperante— afectar una actitud displicente frente a ese género de tanta resonancia actual, alegando que muchas de tales biografías carecen de rigor y que en otras se falsea, con no-

toria superficialidad e incomprensión, el tono peculiar de la existencia del personaje o el de la época en que se mueve. No sería, en todo caso, sino un problema de calidad. Pero aun cuando ello fuera cierto —que no suele serlo— el hecho de la extraordinaria difusión que han logrado señala un hecho que merece la consideración del historiador a quien interesa el curso de su disciplina y procura estar atento a las multiformes manifestaciones en que se expresa la preocupación por el pasado y la ansiedad por el logro de una conciencia histórica.

El mero enunciado del tema de la biografía contemporánea nos permite aceptar, siquiera sea como punto de partida, que el género que han cultivado Emil Ludwig o Hilaire Belloc, André Maurois o Stefan Zweig, Lytton Strachey o Marcel Brion es el mismo al que pertenecen Plutarco o Suetonio, las hagiografías medievales o Vasari, Pulgar o Quintana. Pero cuando queremos establecer cuál es el matiz que, sin duda, las diferencia, es cuando hallamos la vía para descubrir cuáles son las tendencias internas de la biografía, cuáles ha desarrollado la biografía tradicional, y cuáles ha realizado la contemporánea, alejándola, sin duda, de la estricta ciencia histórica para convertirla en un caso límite dentro del tipo historiográfico a que pertenece. Precisamente como caso límite nos es útil para nuestra indagación, porque levanta hasta el primer plano de la observación una modalidad interna de la biografía, antes apenas desarrollada. Adelantemos, para facilitar la exposición, las líneas principales del problema.

Los dos primeros tipos historiográficos señalados más arriba —esto es, los que parten de la intuición de la comunidad definida y de la humanidad como totalidad— revelan una tendencia a referir el desarrollo histórico a ciertos valores que tienen vigencia en el seno del grupo —comunidad o humanidad—, o, de otro modo, que son sobreindividuales. Esta tendencia arrastró a la biografía tradicional pese al punto de partida individual y, en consecuencia, le impuso la necesidad de no romper el entronque entre el devenir del individuo —su tema propio— y el de la colectividad a que pertenecía, limitando con ello la posibilidad de ahondar en la singularidad del individuo. Así se constituye uno de los polos del

tipo biográfico, en el que la existencia individual aparece sólo como representativa de los ideales colectivos. Pero la indagación de la existencia individual ofrece otra posibilidad que no podía dejar de tentar al biógrafo, aunque estuviera constreñido por aquella exigencia: la de hundirse en el microcosmos del individuo, perseguir la línea de su desarrollo por los meandros de la conciencia y atenerse al esquema proporcionado por los valores individuales que rigen cada singular existencia. Esta posibilidad es la que ha desarrollado hasta sus últimas consecuencias la biografía contemporánea constituyendo otro polo del tipo biográfico.

Con estos dos puntos de referencia puede afrontarse el estudio de la biografía, para tratar de desentrañar cómo ha oscilado entre ellos y cómo ha realizado su posible conjugación. La oscilación está regida no sólo por la preferencia particular del biógrafo sino también por ciertas apetencias de la sensibilidad colectiva, que busca la referencia a unos u otros valores —los colectivos o los individuales— según su predisposición a estimar preferentemente unos u otros. La biografía se acerca así a los tipos más abstractos de relato histórico o se vuelca sobre sus contenidos más inmediatos. Pero en uno y en otro sentido —y, sobre todo, en cierta sabia combinación de ambos— se realiza un tipo historiográfico definido. Un examen —que no pretende ser definitivo— de la progresiva constitución de su estructura podrá darnos una imagen de su fisonomía.

En las formas más elementales en que se manifiesta en Grecia la preocupación por el pasado pueden hallarse ya algunos rasgos fundamentales de la estructura del tipo biográfico. Desde este punto de vista —que no excluye otras significaciones— el mito y la leyenda griegos constituyen ejemplos claros de cómo surge la intuición de la existencia individual como esquema y como cuadro temporal del devenir histórico. En la vida de un individuo puede captarse con claridad la sucesión del acontecer, con referencia al actor; la comunidad, en cambio, pese a que es el verdadero sujeto, es más inasible y escapa a la percepción clara y distinta excepto en circunstancias muy precisas y cuando se desarrolla la conciencia de su existencia, esto es, generalmente, cuando

una relación de contacto y choque con otra contribuye a aguzarla. Así, ciertos procesos histórico-sociales que afectan a la comunidad comienzan a simplificarse, y el espíritu colectivo los elabora hasta reducirlos a un mero acontecer personal. En la vida del individuo, por otra parte, el plazo del devenir histórico aparece precisado por el nacimiento y la muerte, y proporciona un esquema suficientemente simple para la ordenación del proceso histórico como una sucesión de etapas que se manifiestan como decisiones y acciones individuales.

Por esta adscripción del devenir colectivo a una existencia personal surge el héroe, producto de una tendencia antropomórfica del espíritu que olvida muchos elementos históricos y conserva sólo ciertos rasgos asimilables a la sucesión de hazañas individuales. Diversas circunstancias configuran distintos tipos, y la tradición griega nos conserva algunos muy definidos. Uno es el de los héroes fundadores; el fenicio Cadmo funda la ciudad de Tebas; el egipcio Cecrops la de Atenas, y Danao, también egipcio, la de Argos. La tradición latina continúa esta línea con las figuras de Eneas y de Rómulo, en cuyas leyendas se repite el esquema. Así se circunscriben los complejos procesos de colonización, olvidados y esquematizados por la tradición oral, dentro de los plazos de la existencia individual. Del mismo modo hallamos otro tipo característico en las figuras de los héroes legisladores y ordenadores de la vida política, social y religiosa de una comunidad. Como antes el Oriente las figuras de Hamurabi y Moisés, la tradición griega recoge las de Minos y Licurgo, acumulando sobre un individuo —cuya imagen se exalta por ello hasta cierto plano sobrehumano— los elementos de una acción colectiva como es el largo y complejo proceso de ordenación de una comunidad según principios morales y políticos.

De este modo adquieren y circunscriben su personalidad algunos de los tipos definidos de héroes. Pero no son los únicos, porque así como la comunidad tiende a personalizar los procesos históricos, tiende también a personalizar las formas excelsas de la vida, según su peculiar concepción. La tradición recoge y decanta las formas de la existencia colectiva y comienza a reflejar los ideales de la comunidad en ciertos tipos en quienes se aglutinan los signos de su más alta

y ejemplar realización. Así surge el héroe como expresión de los ideales colectivos, con menos elementos míticos y con un más vivo fondo histórico pese a la deformación de la leyenda. Es el héroe de las hazañas, cuya existencia se realiza sólo como una sucesión de acciones en las que se revelan, en su forma más alta, las tendencias y las aspiraciones de la comunidad que lo forja. Su fondo histórico reside, generalmente, en las acciones colectivas que constituyen su estrato más profundo y en el brillo singular que, sin duda, poseyeron ciertas personalidades de excepción; pero la leyenda se apresura a deshumanizar su figura para encarnar en ella —y, sobre todo, para ver en ella— una realización perfecta de los ideales comunes. Y el héroe de la epopeya —Diomedes o Rolando, Sigfrido o Eneas— se torna el ejemplo vivo, eternamente vivo, de las virtudes de la estirpe, mejor expresadas en ellos que no en la anónima acción histórica de la comunidad.

Hay, pues, en el proceso de síntesis y personalización del que surge la figura legendaria del héroe, una definida concepción de la vida histórica que traza los rasgos del tipo biográfico con firmeza. Parte de una intuición segura: la del individuo como sujeto del devenir histórico. Sobre ella se procura reconstruir el proceso colectivo, despojándolo de sus caracteres de tal y prescindiendo, en la figura individual que le sirve de sostén, cuanto aluda a su personalidad singular; pero esta prescindencia no es una eliminación de singularidades observadas, porque la fisonomía del héroe está construída sobre los datos del proceso colectivo y no sobre los de su presunta existencia real. Así pues, los elementos con que se reconstruye el proceso no son sino los de la historia de la comunidad y responden a los acontecimientos que constituyen su devenir histórico y a los ideales que poseen vigencia en ella.

Así aparece una forma límite del tipo biográfico: la del arquetipo, esto es, la del individuo despersonalizado en la medida en que se personaliza en él un proceso colectivo. A partir de ese momento constituirá una de las estructuras historiográficas más firmes. Cuando se superen las formas elementales de la conceptualización historiográfica y se alcancen las formas evolucionadas y críticas, la percepción del individuo seguirá atada, en mayor o menor medida, a ese esquema rector. El individuo que adquiere significación histórica es aquel sobre

cuya existencia puede construirse una imagen arquetípica que corresponda a los ideales de vida de la comunidad a que pertenece. El estadista —recordemos las figuras de Solón y Numa— aparecerá modelado sobre el esquema del legislador providencial; el soldado —pensamos en Leónidas o en los Horacios— sobre el del guerrero homérico; y todavía llegarán con esos caracteres hasta las formas evolucionadas de historiografía que representan Heródoto, Plutarco y Tito Livio. Mas aún, pese a la vigorosa tendencia que, en sentido contrario, señalaremos en seguida, puede afirmarse que la concepción historiográfica no podrá abandonar nunca totalmente esa inclinación primigenia a adscribir la existencia individual a un arquetipo que configura —y desfigura— su peculiar estilo humano.

Puesto que dependen no de las multiformes posibilidades de la singular existencia del individuo sino del sistema de valores vigentes en una comunidad, los arquetipos corresponden a un número limitado de formas de vida fácilmente discernibles. El predominio del plano político, característico de la Antigüedad, suscitó la preeminencia de aquellas formas que se vinculan a él y así se estructuran los esquemas arquetípicos que tan profunda y decisiva huella han dejado en el tipo biográfico: el del hombre de estado y el del guerrero. Como derivados de aquéllos se constituyen otros esquemas subsidiarios; así adquieren cierta singularidad el del sabio, que reconoce en su origen una estrecha dependencia con respecto al del hombre de estado pero que se autonomiza luego a medida que admite en sus cuadros al hombre de conocimiento; del mismo modo se define el arquetipo del efebo y del atleta, en relación con el del guerrero. Junto a ellos, la Antigüedad elaboró otros de menor significación pero de alguna trascendencia: el del erótico, el de la matrona o el del rico. Estos arquetipos se jerarquizan y aquéllos conservan su primacía dentro del cuadro de la estimativa antigua; más tarde los reemplazarán otros como señalaremos a su tiempo. Cuanto escape a esos esquemas carece de significación y el individuo que realiza otros valores o los combina de modo que no destaquen aquellas primacías no es valioso para el tipo biográfico cuando predomina la tendencia arquetípica. Pero aún de aquel que es valioso por esas razones se elimina lo que es solamente sin-

gularidad individual y su existencia queda recortada por los principios de valor que ofrece el arquetipo. Digamos finalmente que el elogio y el panegírico, formas literarias de notable significación, se ajustan al mismo plan y repiten el sistema estimativo. Así, cuando el tipo biográfico se acerca al polo arquetípico, el microcosmos individual carece de significación y de interés histórico, y queda velado en las sombras, apuntando apenas en alguna inferencia lejana.

Una circunstancia decisiva apoya la vigencia de la concepción arquetípica de la biografía: la certera intuición de la comunidad congregada y coherente y de la supremacía de su significación sobre la del individuo. Cuando obra en el espíritu esta intuición —irreflexivamente vivida o hecha, luego, consciente— el pasado que adquiere valor es el de la comunidad y entonces el individuo sólo posee significación en aquella medida en que lo encarna y en que realiza sus ideales. Pero esa circunstancia no corresponde sino a ciertos momentos históricos. En otros, por el contrario, el individuo no descubre en su conciencia los elementos de cohesión; si percibe la comunidad como disgregada o, más aún, si no descubre —aun por vía reflexiva— lo genuinamente colectivo como viviente presencia por debajo de las estructuras políticas formales, entonces es frecuente que la atención del hombre de sensibilidad histórica se vuelva hacia el individuo real, islote de humanidad en un piélago indeterminado y único objeto histórico directamente perceptible.

Esta segunda circunstancia aparece por primera vez, dentro de nuestra tradición historiográfica, en el período helénico, época crítica por excelencia que se incubaba ya en la cultura griega del siglo IV a. C. Todo el contorno del individuo se ofrece entonces como una resquebrajada realidad político-social, en la que no es posible descubrir más unidades que las puramente formales que han surgido *de facto* por la disgregación y aglutinación de las antiguas unidades coherentes y vivificadas por una auténtica comunidad espiritual. Entonces asciende el hombre de carne y hueso al primer plano de la reflexión: de la reflexión filosófica, con las doctrinas post-aristotélicas; de la reflexión histórica con una forma biográ-

fica que insinúa su alejamiento del polo arquetípico para tratar de acercarse al polo individualista.

En efecto, Plutarco y Suetonio marcan una fecha decisiva en la historia del tipo biográfico. Sin escapar del todo a la vigorosa atracción que ejerce todavía el esquema tradicional, Plutarco y Suetonio señalan la iniciación de una etapa en la que el biógrafo procura desviar su atención de lo que en la vida del individuo es sólo reflejo de los intereses y los valores colectivos. Ya la actividad política —es oportuno recordarlo— no es patrimonio de la colectividad sino el monopolio de unos pocos, y la significación del individuo, que sólo rara vez puede hacerse notoria en ese campo, suele hallar en otros, que no coinciden con los de la vida de la comunidad, terreno propicio para su explicitación. A esta segunda faz comienza a dirigir su mirada el biógrafo. Pero muy pronto advierte que no son sólo los aspectos significativos en tal o cual exteriorización los que merecen atraerla; también comienza a parecer digno de examen y de elaboración biográfica lo que reside en la personalidad individual y sólo es significativo desde ese punto de vista, esto es, la evolución de sus modalidades psicológicas, de las formas de la conducta y de sus motivaciones, de su concepción del mundo y de la vida, de sus virtudes y debilidades, sus aventuras y sus accidentes.

Insinuada esta tendencia apenas como posibilidad en Plutarco, y acentuada luego en Suetonio, comienza a perfilarse como otro polo del tipo biográfico. En la medida en que el individuo se siente aislado de su contorno crece el interés por el universo de la conciencia; y cuando el individualismo se acentúa como tendencia filosófica y como actitud social predominantes —como ocurre, generalmente, cuando hay disgregación de la comunidad— la biografía se inclina hacia ese extremo. Llevado a sus últimas posibilidades, el polo individualista del tipo biográfico considera como tema de la intelección histórica la vida de un individuo considerada en su absoluta y radical singularidad; es su hacer y su pensar lo que se quiere reconstruir, sin atender a las referencias que en ellos pueda haber a los de la comunidad; es su intimidad extravertida en el hacer y en el pensar lo que se quiere recomponer en la sucesión del relato de su peripecia personal, para el que no interesarán sino los valores propios de su mundo

interior, tan heterodoxos como parezcan con respecto a los valores de vigencia colectiva. También hay en este polo individualista —como en el arquetípico— una definida concepción historiográfica que parte de la intuición del individuo como sujeto histórico, pero que sólo se quiere referir al microcosmos individual. Y en esa tendencia subyace una dimensión que puede alejarlo de la pura actitud histórica para confundirlo con otras formas de reflexión y aun para sumirlo en el ámbito de la creación estética. Pero, como el polo arquetípico, el polo individualista de la biografía constituirá una forma límite hacia la que se aproximará a veces la biografía sin alcanzarlo nunca, so pena de desvirtuarse, del mismo modo que la total identificación con las estructuras arquetípicas la desfiguraba.

Como siempre que se describen estructuras formales, las dos que ofrecemos aquí como extremos del tipo biográfico no suelen darse como formas puras sino excepcionalmente. Su caracterización constituye un aporte para la interpretación de cada obra particular, en la que suele realizarse una combinación de ambas estructuras en proporciones variables. El tono peculiar de la existencia del personaje impone a veces la preferencia por una u otra forma: un poeta o un filósofo incitan a ahondar en el microcosmos individual, en tanto que un político predispone a derivar la atención hacia el contorno social, del que recibe la materia para su acción y las influencias más profundas. Pero más aún que las exigencias del tema mismo invitan a acercarse a uno u otro polo las preferencias estimativas del biógrafo y del ambiente espiritual que lo circunda. Porque, dentro de las posibilidades que ofrece el cúmulo de los datos, no hay personalidad cuyo estudio no permita referirla a ciertos arquetipos colectivos o aislarla en el hermetismo de su irreductible individualidad. Y esta preferencia suele ser un expresivo signo de los tiempos, que el estudioso de la historia no puede olvidar en su análisis.

No sería posible intentar —dados los forzosos límites de este estudio y el estado actual de mi investigación— una descripción detenida y profunda de cómo se ha dado en la historia de la biografía este juego sutil entre sus dos formas extremas. Pero será útil, por vía de ejemplo, señalar las líneas fundamen-

tales que deberá seguir un examen más minucioso. Aún está por hacer la historia de la biografía como tipo historiográfico y habrá que excusar en este planteo lo que requiera ulterior rectificación ⁽¹⁾.

No sería difícil hallar en la tradición griega testimonios abundantes de la concepción arquetípica: ella la ha forjado y de ella provienen los caracteres con que luego la encontramos en la historiografía occidental. En cambio, será menos fácil encontrar ejemplos de estructura literaria y narrativa acabada. Se la adivina, y puede reconstruirse a través de numerosos pasajes de Homero, de Hesíodo ⁽²⁾, de Píndaro ⁽³⁾, de los trágicos ⁽⁴⁾ o de los historiadores ⁽⁵⁾. Esta concepción llega hasta Cornelio Nepote —ya en el siglo I a. C.— casi con la plenitud de su fuerza. Se advierte con nitidez allí donde las fuentes utilizadas conservaban los rasgos arquetípicos ⁽⁶⁾, pero cuando la proximidad del personaje y de los testimonios le permiten intentar una aproximación a lo individual —como en el caso del *Attico* ⁽⁷⁾— Cornelio acusa las influencias helenísticas y construye una biografía que insinúa el alejamiento del ideal arquetípico, tan débilmente como se quiera, con tendencia innegable a la biografía individualista.

Esta marcha hacia el examen de la singularidad humana se acentúa en Plutarco y en Tácito y más aún en Suetonio. Merece observarse cómo el biógrafo comienza a prescindir de la rigurosa ordenación cronológica para poder detenerse con mayor libertad en el análisis del personaje cuando interesa más que los hechos objetivos. Como Cornelio, también Plutarco mantiene su fidelidad a los arquetipos cuando la lejanía del personaje incita a conservar el aura legendaria y, sobre todo, cuando las fuentes no le permiten obtener otros datos

(1) LEO, *Griechisch-römische Biographie*, ha estudiado la biografía antigua con autoridad. Sobre la moderna se encontrarán datos en FUETER, *Geschichte der neueren Historiographie*.

(2) Véase *El escudo* en el que se recoge el mito de Heracles.

(3) Véanse las leyendas de Pelops y Tántalo en *Olímpica*, I; la de Tlepolemo en *Olímpica*, VII; la de Jasón en *Pítica*, IV; la de Adrasto en *Nemea*, IX.

(4) Puede tomarse como ejemplo el pasaje de SÓFOCLES, *Edipo rey*, V. 774-833.

(5) Puede considerarse JENOFONTE, *Ciropedia*, como muy representativa.

(6) Considérense, por ejemplo, la vida Milcíades o la de Temístocles.

(7) Obsérvense especialmente los párrafos XIII-XVIII.

que los que lo configuran con esos caracteres. Si Solón ⁽¹⁾ o Numa ⁽²⁾ aparecen encuadrados todavía dentro de los esquemas arquetípicos, la biografía de Antonio, por ejemplo, nos muestra cuánto ha girado Plutarco para acercarse a la otra posibilidad del género ⁽³⁾. Suetonio, en cambio, rompe casi totalmente con el esquema cronológico para intentar otra organización de sus materiales. Procura ajustarlo a un sistema de motivaciones interiores cuyo conjunto proporciona una imagen más fiel de la individualidad singular ⁽⁴⁾, y el hecho es más significativo si se tiene en cuenta que por la categoría de los personajes —los Césares— debía estar tentado por la posibilidad de confundir el relato biográfico con la historia del principado. Hay, pues, en Suetonio una deliberada preferencia que acusa una concepción clara de las otras posibilidades que ofrece el tipo biográfico.

En el siglo III, Diógenes Laercio muestra una nueva faceta de la biografía al seleccionar sus personajes según un nuevo y definido esquema. Los filósofos, los sabios cuyas existencias se mueven en un plano notablemente desconectado de la historia general, merecen la atención del biógrafo, inaugurando una ruta que continuará luego, en el siglo IV, Eunapio de Sardes. Para ambos, el devenir del individuo se ordena según su propia modalidad y el hacer y el pensar se complementan como formas de exteriorización de una individualidad singular. Entretanto, Aurelio Víctor o los biógrafos de la *Historia Augusta* mantendrán, pese a su variable calidad y pro-

(1) Puede observarse, estudiando el testimonio de Plutarco en relación con el de ARISTÓTELES, *Constitución de Atenas*, cómo el legislador aparece en el primero guiado por una sabia prescindencia que el segundo contradice con curiosos datos sobre los intereses de la clase a que pertenece Solón. Puede verse un análisis del problema en mi trabajo *Imagen y realidad del legislador antiguo*, en *Humanidades*, Tomo XXV, segunda parte, 1936.

(2) Véase, en *Numa*, y en la *Comparación de Licurgo y Numa*, la estrecha sujeción a la explicación tradicional sobre el origen divino de la inspiración del legislador.

(3) La vida de Antonio, como la de Demetrio Poliorcetes y muchas otras que fuera obvio citar, ofrecía a Plutarco abundante material para detenerse en el individuo. Se cumple allí el programa que él mismo se propone al definir el género en el pasaje citado de la vida de Alejandro.

(4) Se ha señalado la uniformidad que revela Suetonio en la agrupación de los materiales: la juventud del emperador, los actos de gobierno clasificados por géneros, la muerte y los signos premonitorios.

pósitos, el esquema de Suetonio, aunque alterado por ciertas circunstancias objetivas (1).

Pero ya surge por entonces una nueva línea de interés que interrumpe el proceso de alejamiento del esquema arquetípico. A fines del siglo IV San Jerónimo inicia la serie de los *De viris illustribus* cristianos, que continuarán luego —entre ese siglo y el VII— Gennadio, San Isidoro de Sevilla y San Ildefonso (2). Formas paralelas aparecen en la biografía aislada; San Atanasio, con su *Vida de San Antonio*— y Sulpicio Severo —con la *Vida de San Martín de Tours*— echan las bases de una nueva forma biográfica, las vidas de santos, construídas ahora según un nuevo arquetipo cuya fuerza borra todo rasgo de individualidad. Ni San Antonio ni San Martín son para sus biógrafos personalidades cuya originalidad interese, como no lo es San Benito para San Gregorio el Grande (3). El tema de la hagiografía medieval es siempre el mismo, pese a la diversidad del personaje y del ambiente en que actúa, y lo será por mucho tiempo: una existencia cualquiera señalada por la excelsitud de la fe se orienta hacia la vida ascética —o a veces hacia la vida activa y misional— y sus obras no son sino el ejemplo de una virtud de validez universal dentro del ámbito cristiano, acentuada por la presencia de la voluntad divina significada en el milagro.

Han desaparecido, bajo la fuerza dominadora del cristianismo, las fuerzas individualistas que actuaban en el período helenístico y señalaban el rumbo de la preocupación por la singularidad humana. En el orden medieval la comunidad se estructura sólidamente bajo el signo de la fe y sólo adquiere significación lo que interesa a la comunidad cristiana —restringida o total— y lo que refleja sus ideales. Pero por debajo de esa inmensa comunidad —la cristiandad— pueden mantenerse disgregadas las comunidades políticas. Así ocurrió du-

(1) La *Historia Augusta*, como más directamente vinculada a los ambientes cortesanos, ofrece características de crónica, que sin embargo, no alcanzan a desfigurar el carácter biográfico.

(2) La estructura de los breves capítulos que componen estas colecciones es muy simple; como la obra estaba destinada a demostrar la existencia de espíritus cultos e ilustrados entre los cristianos, suelen limitarse a citar sus obras. Circunstancialmente se agregan algunos datos sobre su actividad religiosa.

(3) Cito especialmente esta *Vida de San Benito* de San Gregorio el Grande por existir una traducción al español del Padre Bruno Ávila, Buenos Aires, 1938, que puede consultarse fácilmente.

rante mucho tiempo; pero cuando se constituyeron, tras la decantación de las migraciones, los grupos político-sociales bien definidos, el individuo volvió a adquirir una nueva significación referida a ellos, aunque no desconectada, sin embargo, de la comunidad universal cristiana. Así aparece de nuevo el héroe guerrero, que la epopeya recoge y elabora. Como el santo, el héroe medieval ofrece todos los caracteres del arquetipo; no significan, uno y otro, sino lo que la comunidad ve en ellos. La epopeya —como la hagiografía— eleva los individuos hasta la categoría de arquetipos cuando puede constituir sobre algunos elementos de su historia real un relato que refleje el proceso histórico de la comunidad y los ideales cristianos. Así se nos aparece Rolando, para no citar sino el más característico. Y alguna vez, como en la tardía *Vida de San Luis* de Joinville, el tipo del santo y el del héroe nacional se combinan, creando uno de los ejemplos más característicos del tipo biográfico medieval. Ya, sin embargo, comienzan a insinuarse nuevas fuerzas individualizadoras que harán muy pronto su aparición.

En efecto, el absoluto predominio del tipo arquetípico vuelve a entrar en crisis con el Renacimiento, cuando comienza a afirmarse nuevamente la significación del individuo como tal, bajo el doble influjo de circunstancias sociales —el ascenso de la burguesía— y de doctrinas filosóficas de raíz clásica. Ya en su *Vida de Dante* insinúa Boccaccio un intento de aproximación al intransferible universo del poeta; porque el poeta es, dentro de la multiforme personalidad de su personaje, lo que estima superior y característico; sin embargo, junto a esa tendencia, el Renacimiento elaborará sus nuevos arquetipos. El sabio humanista, el artista creador, el hombre de estado, el prelado y el cortesano comenzarán a erigirse como formas de vida dentro de las cuales aspira el biógrafo a encuadrar su personaje. Pero al mismo tiempo concurre a limitar el predominio de esa tendencia la vigorosa percepción del individuo como ámbito irreductible, cuya presencia señalan la realidad, con sus ejemplos de innegable vigor, y la doctrina filosófica, con su aporte platónico. Así se logra un nuevo equilibrio en la biografía renacentista; Maquiavelo se aleja con esfuerzo del arquetipo del político para destacar la vigorosa y convulsionada personalidad de Castruccio Castracani, y del

mismo modo oscila Vasari frente a Miguel Ángel, o Brantome frente a las damas cortesanas o Vespasiano frente a los prelados humanistas y poderosos. Curiosa perduración de los arquetipos medievales muestran los biógrafos españoles como Pérez de Guzmán y Hernando del Pulgar, esforzados en la tarea de conciliarlos con los ideales renacentistas cuyo rumor llega a sus oídos; y por las rendijas de sus esquemas, el microcosmos individual se introduce —a veces parece que a pesar del biógrafo— para quebrar la sólida trabazón del paradigma (1).

Es un hecho significativo que la Edad Moderna no haya sentido particular predilección por la biografía. En efecto, la historia nacional constituye una tendencia dominante de la historiografía y los pocos ejemplos que adoptan la forma biográfica muestran el predominio de una concepción arquetípica fundada en los rasgos nacionales; así se advierte en los *Varones ilustres del Nuevo Mundo* de Pizarro y Orellana y en las biografías de Quintana. Del mismo modo se ajustan a esquemas arquetípicos las presuntas biografías del siglo XVIII, ejemplificadas en la *Historia de Carlos VII de Suecia* de Voltaire. Y cuando más claramente se advierte esta tendencia es cuando se observa la fuerza que tiene la teorización del arquetipo. Como Antonio de Guevara en el siglo XVI, Gracián desarrolla en el siglo XVII el análisis del tipo del político —en *El político Fernando*— y luego otros subsidiarios en *El héroe* y en *El discreto*. Nuevamente aparecen estos esfuerzos en el siglo XIX con Carlyle y Emerson, y aun podrían citarse los sagaces intentos de Sarmiento en *Facundo*.

Ya bien entrado este siglo —después de la primera guerra mundial— se produce la aparición y el apogeo de la nueva biografía novelada a cuyo éxito aludíamos antes. Muy pronto se advirtió que su meta era alcanzar los abismos secretos del alma individual y detenerse solazadamente en las formas intrascendentes de la existencia del personaje. Era, así, un giro decidido hacia la forma individualista en el que se advertía un esfuerzo deliberado y firme por desprenderse de toda coacción arquetípica; y el fruto de ese esfuerzo fué llegar a

(1) He estudiado este curioso problema en un trabajo, *Sobre la biografía española del siglo XV y los ideales de vida*, en *Cuadernos de Historia de España*, Nº 1 y 2, Buenos Aires, 1944.

constituir un caso límite que muestra al desnudo un elemento antes escondido en las formas tradicionales de la biografía.

Quizá sea prematuro querer discriminar las causas que explican esta curiosa derivación del tipo biográfico. Sin duda se dan ahora aquellas circunstancias que señalábamos como propicias para ese giro hacia la biografía individualista: la disgregación de la comunidad y las influencias filosóficas favorables al interés por la persona. Pero acaso podría ahondarse en algunas otras peculiaridades del tiempo actual y encontrar nuevos datos para una futura explicación integral del fenómeno.

Por una parte, no es poco significativo el hecho de que pueda afirmarse —a la luz de las preferencias del lector culto— que hay una crisis radical de los arquetipos. Quien no busca la exaltación de ciertos ideales es porque carece de ellos y no sabe a qué valores eternos adscribir su existencia. Así se produce el retorno a la pura individualidad. La línea estaba señalada desde Rousseau y, si se perdió el rastro durante gran parte del siglo XIX, debía volver a aparecer con atormentadora plenitud hacia su final con Proust y la dirección que su genio imprimió a la novela. Muy pronto la biografía se adhirió a esa tendencia y encontró en ella experiencia y orientación.

Hasta aquí, cuáles son las razones del apogeo de la biografía individualista. ¿Pero no queda también en pie explicarse por qué se ha producido la deserción del lector culto que antes frecuentaba la historia? Sin duda porque la historia lo rechaza con su estructura cada vez más erudita, sin condescendencia para quienes aman el hallazgo y no la búsqueda.

De este modo, tras mostrar al desnudo cierto secreto de la estructura del tipo biográfico, la biografía contemporánea puede servir como documento para otros problemas que deben atraer al hombre que vive y que piensa, y que no olvida que sigue en pie el orden jerárquico señalado por el aforismo latino: *primum vivere*.

JOSÉ LUIS ROMERO.

EL PROBLEMA ARQUEOLÓGICO CHACO-SANTIAGUEÑO

INTRODUCCIÓN

La arqueología argentina padece, aún, de un problema neurálgico, de esos que han motivado apasionadas discusiones y que pueden prestarse a la polémica antojadiza y a la réplica vivaz. Felizmente, a partir de 1942, se va realizando la luz, en forma paulatina pero cierta.

Es verdad que ya no se jura siempre por los hermanos Wagner... al menos fuera de Santiago del Estero y que, en algunos medios cultos es posible encontrar quien sonría, con alguna idea del "humor", cuando se trata de confundir las hipótesis de los Wagner con las realidades de los hallazgos verificados por ellos. Pero aún hoy forman legión aquellos para quienes "arqueólogos" y "hermanos Wagner" suena lo mismo y que, sin embargo, serían incapaces de recordar otros nombres de cultores de estas disciplinas.

La fácil repercusión que tiene todo lo espectacular en los medios poco educados científicamente, el vivo carácter polémico de algunas de sus conferencias kilométricas, la forma y el carácter periodísticos de la argumentación resonante y hasta el nombre pomposo del supuesto "Imperio de las llanuras" cuya existencia postulan, ha conferido a los hermanos Wagner una reputación popular y semiculta que les confiere indiscutible notoriedad. Además su interpretación ha tenido el acierto

de tocar en lo vivo la vanidad local de una provincia pobre y, por lo mismo, sedienta de prestigio. La mejor prueba de la reacción psicológica colectiva, es el suntuoso volumen —posiblemente el mejor impreso de la bibliografía arqueológica argentina—, que el gobierno de la provincia ha costeado. Y que es lamentable que no sea bueno.

Pese a la uniforme opinión, expuesta desde todos los posibles ángulos de enfoque, por el grupo selecto de hombres de ciencia reunidos en 1942 para celebrar la Semana Argentina de Antropología, temo que los hermanos Wagner sigan siendo oráculo para quienes no se toman el trabajo de investigar en las fuentes y razonar por su cuenta.

Pero como no debemos desesperar de que la verdad humilde se abra alguna vez camino por sobre la altisonante construcción apriorística y literaria, y como hay que tratar de destruir la leyenda antes de que la inercia mental la consolide, trazo este panorama del problema como una guía para quien quiera conocer la verdad eludiendo al canto falaz de las sirenas...

EL TERRITORIO Y EL HOMBRE

ÁREA. — El área de difusión de esta cultura es, aún, poco conocida. Comprende, de una manera general, la actual provincia argentina de Santiago del Estero y quizá llegue a extenderse a alguna parte de las regiones chaqueñas limítrofes, acerca de las cuales sólo se conocen la veintena de pequeños trozos de cerámica tosca, con decoración incisa (características, ambas, que no coinciden con lo que sabemos de la alfarería, de mejor calidad, chaco-santiagueña), descritas por mí en 1942 y algún hallazgo aún más moderno señalado por la Sra. de Stern. Lo que sabemos, concretamente, sobre la cultura chaco-santiagueña es debido a las búsquedas arqueológicas verificadas en yacimientos adyacentes al río Dulce, en la Provincia de Santiago del Estero. A esto se reduce, en pureza, el famoso "Imperio de las llanuras" de la leyenda arqueológica...

GEOGRAFÍA. — Es ésta una cultura que ha crecido de acuerdo con las condiciones específicas de su medio ambiente, por cuya razón es indispensable conocer, previamente, dichas

condiciones. De ahí que, como en todo buen estudio de arqueología, un examen geográfico sea previo a toda otra consideración.

La Provincia de Santiago del Estero, que en la actualidad ha perdido casi todos sus bosques, poseía a la época de la conquista vastas extensiones de éstos, que permitían un clima más favorable, una temperatura más uniforme y fresca, y mayores recursos de vida al aborigen. Orográficamente, esta región no presenta accidentes dignos de mención: es uniformemente llana. Desde el punto de vista hidrográfico, todos sus ríos son endorreicos, con excepción del Salado, que es el único exorreico, y cuyas aguas alcanzan a desembocar en el Paraná.

El Salado corta oblicuamente, de norte-oeste a sur-este, dicha provincia, siendo acompañado, dentro de ella, por el río Dulce, cuyo curso, más o menos paralelo al primero, le sigue en importancia. Como todos los ríos de la región cordillerana y precordillerana, la casi totalidad de sus aguas provienen de la acumulación de las precipitaciones pluviales, que no son uniformes durante el año sino que se depositan, en su mayor parte, en corto tiempo. Esto provoca desbordes periódicos del río Dulce, por lo cual ambos ríos alóctonos, tienen un régimen torrencial, que ejercita una profunda influencia sobre el modo y los medios de vida de los autóctonos ubicados a sus márgenes.

Algunas anomalías hidrográficas son, también, dignas de señalarse: los salitrales y la Laguna de los Cisnes, los grandes bañados de Añatuya e Icaño, en el curso del río Salado, la vasta zona de bajos y anegadizos en la que termina por perderse el tramo terminal del río Dulce. Las salinas antes mencionadas, así como el Salar de Atamisky, los bajos de Figueroa y el complejo de bañados, salinas y pampas saladas, que se marcan a lo largo del curso del Salado, van desde Clodomira y La Cañada hasta los bañados de Pellegrini. Estas fajas deprimidas, que ambos ríos cruzan con rumbo oblicuo, determinan la formación de una amplia red de brazos divagantes, en tanto que las crecientes estivales, de que antes se habló, motivan la creación de cauces nuevos. Frenguelli ha estudiado, con precisión, la naturaleza geomorfológica de este suelo.

Para los hombres, sobre todo cuando actuaron como agregados humanos y no como formas aisladas, su área de dispersión estuvo condicionada por la obtención fácil, o al menos permanente, de agua potable. La escasez de ella, dentro del ámbito de esta región, determinó que las rutas obligatorias fueran las trazadas por los ríos antes mencionados y por su complejo sistema anexo. De ambos, el río Dulce, que como su nombre lo indica, posee un buen caudal de agua cristalina que nace en las vertientes orientales del sistema del Aconquija, fué el preferido; pero ello no significó el total abandono del Salado, cuya leve salobredad, grandes estiajes y frecuentes interrupciones, quedaban compensados por su gran extensión, que pasa de los dos mil kilómetros y por permitir la comunicación entre zonas importantes que van desde la remota Puna hasta el gran río Paraná, que sirve de colector a una cuenca enorme del interior de Sudamérica.

LOS PSEUDO "TÚMULOS". — Bordeando la margen izquierda del cauce principal del río Dulce, y con variantes relativamente leves de distancia, algunos millares de montículos, que no se elevan a más de un metro o dos de altura, forman una faja irregular casi continua. Su anchura frecuentemente es de cosa de un kilómetro, pero a veces se duplica o triplica, fácilmente. La forma que afectan estos montículos es irregularmente elíptica, con un eje mayor orientado en el rumbo de los cauces o zanjones próximos. El tamaño también es irregular, oscilando entre decenas a centenas de metros cuadrados. Frenquelli ha podido medir, en Merced de Tacana, unos que llegaban hasta 53 y 32 metros, respectivamente.

Son igualmente variables su composición y su estructura, pudiendo reducirse a tres tipos principales: a) arenosos; b) cenagosos; c) cenagoso-loésicos. Todos tienen en común dos elementos: la base, constituida por limo finísimo, algo micáceo, pardo claro a menudo matizado de gris, de textura compacta pero generalmente agrietado en terrones nuevamente soldados por materiales de filtración; y la cubierta, formada por el manto de suelo eólico, verdadero loess en formación, gris parduzco, fácilmente friable en polvo finísimo, cuya coherencia proviene de la presencia casi compacta de raíces finísimas de la vegetación.

En los montículos de tipo *a*) este suelo se adelgaza y, a veces, se mezcla con las arenas de la superficie; en los *b*) es más espeso y puro; en las depresiones está parcialmente transformado en limo; pero se presenta en todas partes, como un manto casi continuo de un espesor de 15 a 60 centímetros. Lo único que varía es el núcleo.

En los montículos de tipo *a*) está compuesto exclusivamente de arena de grano finísimo, desgastado por los vientos, con mezcla reducida de materiales loésicos. En los *b*) está constituido por limo poroso, gris verduzco abigarrado de pardo, a veces liviano y fofo, irregularmente estratificado en capas y capas sumamente delgadas (un mm. a dos cms.). En los *c*) se compone de dos partes principales: una inferior (loess pulverulento pardo-grisáceo claro); una superior (limo loesoide, pardo, claro, muy poroso y friable).

Estos tres tipos de montículos no se entremezclan; se separan en zonas diferentes. Pero, todos ellos son formaciones naturales, sin lugar a duda. De ninguna manera pueden ser interpretados como túmulos —como lo hacen los hermanos Wagner—, es decir, como formaciones artificiales construidas por los antiguos habitantes. Esta conclusión del examen geo-morfológico es de importancia extraordinaria, según luego se verá, para el análisis del problema arqueológico chaco-santiagoño.

ANTROPOLOGÍA FÍSICA. — Imbelloni ha estudiado 20 cráneos encontrados en diversos yacimientos. El conjunto permite establecer que se trata de cameprosopos (como los calchaquíes, propiamente dichos). En los varones el índice cefálico horizontal máximo es 108; el mínimo 86.3; en las mujeres, 104,4 y 92.5, respectivamente. Los promedios de conjunto dan: índice cefálico horizontal 92.1; índice cefálico vértico-transversal 96.8. La capacidad craneana da un promedio de 1.428 c. c. para los varones y de 1.255 c. c. para las mujeres. El promedio general, sin distinción de sexo, es de 1.341 c. c. Tales cifras tienden hacia las mínimas de la capacidad craneana encontrada en el hombre (como Ten Kate señaló en los cráneos calchaquí).

La talla, en la estatura cadavérica, sobre la base del fémur da 1.610 mm.; sobre la del húmero 1.577 mm. Ello establece,

como estatura del viviente: 1.590 mm. y 1.557 mm., respectivamente.

Es importante manifestar que la plástica intencional del cráneo se ha realizado teniendo un modelo uniforme: el tabular erecto. Sólo dos piezas de la serie no estaban afectadas sino levemente de deformación; en el resto la energía deformante había sido intensa. De los veinte cráneos, 18 presentaban una fuerte plagiocefalia bipolar o cruzada.

SÍNTESIS LINGÜÍSTICA Y ETNOGRÁFICA. — Según la famosa carta del Padre Barzana al Padre Sebastián, su provincial, del año 1524, las lenguas más corrientes eran la tonocoté y la sanavirona. La primera la hablaban los tonocoté y los lules, o al menos “muchos dellos”. La segunda los sanavirones e indamas, quienes se entendían con los misioneros católicos en quichua.

Estos datos lingüísticos permiten, también, una determinación etnográfica, en cuanto a las “naciones” que poblaban ese territorio. No hay duda de que algunos pueblos de sanavirones llegaron hasta el Salado. Los tonocotés, que parecen haber sido los más numerosos, servían en Nuestra Señora de Talavera y cerca de Concepción. A estos indígenas, sedentarios y agricultores, hay que agregar algunos grupos de diaguitas pacíficos, que hablaban el cacán, como todas las otras parcialidades diaguitas. Existían asimismo grupos de lules, nómades y guerreros, con fortalezas hechas de madera. Este rápido cuadro etnográfico se complementa con los chiriguanáes, también belicosos, que llegaron igualmente hasta el Salado.

VIDA MATERIAL

SUBSISTENCIAS. — La base de la alimentación parece haber sido doble: por una parte, agricultura y recolección, por la otra productos de la ganadería autóctona. La agricultura se verificaba en bañado y a temporal. Para ello se aprovechaban las crecientes de los ríos Dulce y Salado, particularmente del primero, que parece haber sido el más poblado. Los desbordes de este río, al franquear la barrera de los montículos que antes describimos quedaban retenidos por ella, produciendo una

franja amplia de marjales sobre los que se sembraba, tal como lo cuenta el Palentino.

Las plantas cultivadas eran, en orden decreciente, maíz, quinoa, fríjoles y zapallos. A ello se agregaban, como elementos subsidiarios, los procedentes de la recolección de vainas de algarroba, chañar, higos de tuna, pasacanas, raíces silvestres y miel. Esta dieta vegetal se robustecía con los productos de la ganadería: llamas y otras *auchenias*, avestruces (que era posible retener domésticos), pavas de monte, etc.

Las crónicas e informaciones no nos relatan los métodos seguidos para la caza; en cambio sabemos que pescaban con diferentes procedimientos: con redes, con pesquera, con arco y flecha en aguas bajas y, finalmente, a mano.

ARQUITECTURA. — Aunque las investigaciones arqueológicas no arrojen, actualmente, datos, las fuentes históricas nos informan de que existían pueblos, más o menos cercanos los unos a los otros, que tenían palizadas de defensa y en cuyo interior se encontraban chozas vegetales, grandes y redondas, así como corrales para el ganado y campos de tiro al blanco. La falta de ratificación arqueológica impide inquirir mayores detalles.

VESTIDOS Y ORNAMENTOS. — Señálase para esta región una diferencia sensible entre la vestimenta de los hombres y la de las mujeres. Los primeros usan faldellín de plumas de avestruz y collar del mismo material cubriendo el busto, en tanto que el manto puede ser de plumas o de lana tejida. El uso de este tipo de vestimenta denota una influencia amazónica, lo mismo que otros elementos que iremos señalando.

En efecto, no debe confundirse el manto de plumas, que pertenece al arte plumario andino (aunque quizás también llegue allí por préstamo cultural), con el faldellín y las plumas, que cubren el torso, tipo de traje frecuentemente usado por los tupí y otros pueblos amazónicos. Como complemento de los mantos, los hombres chaco-santiagueños usaban chaquiras de huesos de buitre, que formaban una especie de borde. En cambio, el traje de las mujeres consistía en una pampanilla o delantal arrollado a la cintura, cubriendo hasta las rodillas y una manta tapando el busto; a veces se usaba taparrabo y

chiripá. Collares, y algunos otros ornamentos, estaban también en uso.

TEJIDOS. — Lo que acaba de decirse del vestido permite sostener la existencia de tejidos de lana de *auchenias*. Desgraciadamente, carecemos de la contraprueba arqueológica directa: no se encuentran tejidos en el subsuelo, acaso por las condiciones de humedad de que ya se habló. Tampoco parecen haberse encontrado palos completos de telar. En cambio, son muy numerosos —y en muchos casos de real valor estético— los torteros. Los hay de diferentes tipos y tamaños, aunque la inmensa mayoría derivan del simple, en forma de disco o de cono truncado. Los materiales usados han sido la piedra, el hueso y la arcilla.

ALFARERÍA. — Los primeros hallazgos arqueológicos remontan a 1876, fecha en que Burmeister señaló el hallazgo de urnas funerarias y antigüedades indígenas en Santiago del Estero y Tucumán. Luego Ameghino, Moreno y Ambrosetti, en 1880, 1882 y 1901, se ocuparon rápidamente de la cuestión, así como Ten Kate. Pero puede decirse que es sólo a partir de los hallazgos e investigaciones de los hermanos Wagner que las excavaciones se hacen numerosas. En 1934 dichos autores concretaron numerosas conferencias anteriores en el primer tomo (único hasta ahora publicado) de una obra de conjunto. En 1938 Antonio Serrano manifestó en un volumen de sus disidencias de interpretación con las de los Wagner y en 1940 la Sociedad Argentina de Antropología, ha dedicado el segundo tomo de sus *Relaciones*, a estudiar críticamente el problema, desde todos los puntos de vista posibles.

Los elementos típicos de este material cerámico —sin duda el más rico de los diferentes elementos culturales hallados en la zona—, está constituido por grandes vasos, empleados a veces como urnas funerarias, pucos, “campanas”, torteros y estatuillas, amén de una infinita cantidad de fragmentos o “tiestos”, que se encuentran (como en los yacimientos diaguitas), tanto en la superficie como en el subsuelo inmediato a ella.

Las grandes urnas son de forma generalmente subglo-

bular. Pueden dividirse en dos grandes grupos: a) vasos toscos, de grano grueso, con poca decoración generalmente modelada en el cuello, aunque a veces llegue a ocupar también la zona ventral; b) vasos muy finos, en forma, factura y cocción, con profusa decoración pintada. Esta decoración puede dividirse, a su vez, en tres categorías: 1) en blanco y negro; 2) en rojo y negro; 3) policroma. Por su parte, los pucos corresponden, casi siempre, a esta última categoría.

Es particularmente interesante el estudio de sus elementos decorativos. La figura humana aparece siempre muy estilizada. Ya se la represente simplemente por la doble arcada superciliar (como en las urnas santamarianas de sus vecinos calchaquíes), ya se desarrolle en combinaciones más complicadas, se acompaña generalmente de figuras serpentiformes y ornitomorfos. La combinación de lo antropomorfo con las dos últimas representaciones zoomorfas, que anotamos, da lugar a una figura que los hermanos Wagner han denominado, impropriamente, "la deidad antro-po-ornito-ofídica". Esta decoración es típica de la cultura chaco-santiagueña.

En cambio, son completamente iguales a las figuraciones de los vasos diaguitas algunas representaciones antropomorfas estilizadas en las que la doble arcada superciliar modelada se prolonga, por sus lados externos, hacia abajo, para formar o sugerir el óvalo del rostro. De la misma manera, son también comunes con los diaguitas la decoración de "manos" (que a veces pueden ser alas, estilizadas) el tipo de decoración de los pucos policromos, las huellas de "lágrimas", y las asas planas que muchos vasos presentan. En algún trabajo anterior he ofrecido la prueba de ello.

METALURGIA. — Aunque los hermanos Wagner no han señalado nunca la presencia de objetos de metal en los numerosos yacimientos estudiados, hallazgos verificados por otros han permitido establecer la presencia de objetos de cobre. Este dato es sumamente importante a los efectos de la determinación de la corta antigüedad de esta cultura.

OBJETOS DE HUESO. — Aparte de muchos torteros, ya mencionados, las colecciones chaco-santiagueñas contienen una gran cantidad de hermosas puntas de flecha, algunas de ellas de bellas dimensiones.

TRABAJO EN PIEDRA. — Dada la importancia extraordinaria que, habitualmente, se le ha conferido a la cerámica, muy poco sabemos del material lítico. Sólo tenemos noticia de torteros —a veces artísticamente decorados—, de contadas hachas de piedra y de la existencia de morteros.

ARMAS. — El arma principal utilizada fué el arco y la flecha, no sólo para la guerra, sino para la caza y la pesca. Es curioso señalar que hay una fugaz aparición de flechas envenenadas, de las cuales tenemos noticias por el testimonio de Pedro González del Prado, de el Palentino y de H. M. de Miraval. Este testimonio no encuentra, más tarde, eco en ninguna otra fuente, como si los agregados humanos que lo hubiesen usado se hubieran extinguido. Dada la peligrosidad de tal arma, no puede suponerse un silencio de olvido. Es quizá posible inferir que se tratara de un préstamo cultural amazónico, de reciente incorporación en la zona chaco-santiagueña y, por ende, de poco arraigo. El padre Lizarraga agrega que los arcos que se usaban no eran grandes.

OBJETOS DE VIDRIO. — De la misma manera que el dato sobre la metalurgia, buscaríamos vanamente en la producción de los hermanos Wagner información sobre el hallazgo de perlas *agri*, es decir, de las también llamadas “cuentas venecianas”. Sin embargo, un coleccionista local, el doctor Argañaraz, ha recogido, en diversos yacimientos, una enorme cantidad de ellas. Tales hallazgos tienen (como la metalurgia misma) un enorme valor definidor: los indígenas que elaboraron las muestras de cultura material que acabamos de examinar son los mismos que vivieron en dichos lugares hasta y durante la época de la Conquista.

VIDA ESPIRITUAL

ORGANIZACIÓN SOCIAL. FAMILIA. — Nada podemos precisar respecto de la mayor parte de los elementos de la vida espiritual de estos pueblos. Las fuentes históricas se concretan a tratar, por lo general, sólo los aspectos materiales, de manera que únicamente algunas inferencias pueden llegar hasta nosotros. Innecesario es añadir que ningún elemento, ni oral ni escrito, nos autoriza a interpretar como “deidades” las figuraciones de los vasos.

Los hermanos Wagner han aprovechado este silencio de las fuentes históricas para interpretar a su manera los montículos de que nos ocupamos en la primera parte. Suponiéndoles —impropiamente, según queda demostrado— obra humana, infieren que labor tan enorme como la que supondría la remoción y acumulación de tantos millones de metros cúbicos de tierra, sólo puede realizarse bajo un gobierno autocrático, que obligue a todo un pueblo al trabajo a rigor de látigo. Luego han supuesto que la vasta red natural de margales, existentes entre los montículos, era una serie de canales que permitían el paso de embarcaciones sostenedoras de intenso tráfico. . . . Parece el miraje alucinado de seres al borde del desvarío. Infaustamente para los autores de tal tesis, ella no se sostiene en pie ante la comprobación geológica de que los supuestos “túmulos” son montículos naturales.

FORMAS DE ENTIERRO. — La investigación arqueológica demuestra que los chaco-santiagueños enterraban a los adultos en urnas grandes, toscas, sin decoración. Tal costumbre es, también, eminentemente amazónica. Esta clase de entierros era siempre secundaria. También se hacían inhumaciones secundarias directamente en hoyos en la tierra, así como se sepultaba a los párvulos en urnas. Aunque, como en la región diaguita, se establecieron concentraciones de este último tipo de entierro, las urnas usadas (a diferencia, ahora, con lo usual en diaguitas), fueron vasos toscos, no fabricados especialmente con una finalidad funeraria sino adaptados a tal uso y extraídos de la cerámica común. Tampoco se los cubrió con pucos trabajados y decorados, al modo diaguita; cualquier trozo de vasija, sirvió de tapa, ajustando su lado convexo al orificio de la urna improvisada, a la cual —a veces— hubo necesidad de desportillar para facilitar su empleo.

Las inhumaciones secundarias de adultos se verifican sobre el dorso de los montículos; las que se operan en otros lugares son raras y siempre se hacen en urnas que parecen construídas a tal efecto: grandes, globulosas, de fondo cónico, con boca relativamente pequeña y recubiertas por un gran puco invertido; las piezas del material antropológico se encuentran mezcladas en desorden, en su interior, junto con fragmentos de alfarería, restos óseos de comida y carbones.

En las inhumaciones directas los esqueletos aparecen orientados de este a oeste, y en dos posturas muy diferentes: a) en decúbito lateral derecho o izquierdo, con el cráneo al este, las piernas al oeste y la cara al norte o al sur; las piernas extendidas o en flexión forzada, que permite suponer el uso de ligaduras; b) semi-incorporados, con el occipucio, la cerviz y la parte superior del dorso al este, la cara al oeste, las piernas en cuclillas y los brazos abiertos, afirmando los codos, como si el inhumado hubiera querido incorporarse.

SIPNOSIS FINAL. — Tal conjunto de prácticas diferentes permite inferir, con Frenguelli, la existencia de una población heterogénea, constituida por elementos étnicos de origen diferente. Los ríos Dulce y Salado debieron ser, como se dijo al comienzo, caminos de tránsito por el interior de este territorio étnico. El conjunto del patrimonio arqueológico es, según se ha visto, de procedencia andina, pero hay infiltraciones amazónicas, como el traje de plumas, las flechas envenenadas, el entierro de adultos en urnas. Otro camino de penetración está formado por las largas series de esteros, cañadas, marjales y bajíos anegadizos, que especialmente en el estío bajan desde el norte del Chaco. Es posible que por allí hayan penetrado, también, algunos elementos culturales. Pero, si acaso así ocurrió, este último aporte es mucho menos individualizable. Lo nítido es el sólido bloque cultural andino, sobre el que se insertan los antes dichos elementos amazónicos. Es, simplemente, una de las tantas culturas de borde de la gran familia andina, como lo son los diaguitas o los omaguacas. Su antigüedad no es mayor que la de aquéllos. Su territorio es menor que el de los primeros.

El “Imperio de las llanuras”, pues, no existe. Es el resultado de dos imaginaciones exacerbadas, al conjuro de un gran amor por lo encontrado y al amparo de una falta de crítica poco envidiable. Los antecedentes y puntos de contacto de esa cultura aborígen no están en Egipto, ni en Micenas, ni en Troya, como absurdamente lo pretenden los Wagner. Están en Catamarca... Que este error de interpretación, fundamental, nos ponga en guardia contra la posibilidad de *gaffes* semejantes...

MONOGRAFIAS UNIVERSITARIAS

ANTECEDENTES, PLANTEO Y SOLUCIÓN DE LA CUESTIÓN CAPITAL (*)

CONCEPTOS PRELIMINARES

Nicolás Avellaneda encontró la frase exacta y breve, para calificar a una de las cuestiones más graves y vitales de nuestra historia: “el problema secular”.

Así era y así es: el problema que se presentó de manera invariable, aunque bajo diversos aspectos, en los distintos momentos de nuestra vida nacional; que se ramificó en otros, abarcando en su fronda a muchos aparentemente desvinculados o lejanos a él; agudizándose, postergándose, solucionándose por las armas, en debates, en congresos, sólo por instantes puede decirse, para tornar luego con mayores asperezas y planteando nuevas dificultades cada vez.

Al transcurrir las décadas, debieron desecharse las treguas y los arreglos ficticios. La realidad cada vez más compleja exigía algo definitivo, semejante —salvando las distancias— a otro 1776, aunque dejando de lado como era lógico,

(*) Trabajo presentado para el concurso de una ayudantía rentada en el primer curso de Lectura y Comentario de Textos Históricos de la Facultad, año 1943. El Jurado, constituido por los doctores Fernando Márquez Miranda, Ricardo R. Caillet-Bois, Enrique Barba, tras una exposición oral de los varios aspirantes otorgó el cargo al autor del presente trabajo, para el cual se dió un término de cuarenta y ocho horas en la redacción, luego de sorteado el tema.

buena parte de la herencia de la colonia. La vida nacional independiente, con sus pugnas políticas cada vez más agudas dentro de las renovadas formas de la economía, reclamaba soluciones inteligentes, acertadas, aunque fueran enérgicas y dolorosas. La “cuestión secular” pasaría a la historia, a pesar de que, a semejanza de esos volcanes semi extinguidos, siempre revelaría vestigios de su antigua actividad. Sin embargo, calmadas las pasiones que encendiera, podría ser estudiada “al modo de las ciencias naturales”, como quería Taine. Se ha comprendido que, hacer plena luz sobre ella; aunar trabajos de investigación que hacia ella convergiesen, sería, sin ninguna duda, encontrar uno de los ejes y de las “claves” de buena parte de las fuerzas orientadoras de nuestro pasado. Pues es la *cuestión capital* (y su considerable zona de influencia), la que aclara un cúmulo enorme de intereses económicos, políticos y personales en pugna, cuyos objetos incidían, precisamente, allí. Investigarla a fondo, sería reunir, calificar y seleccionar en forma crítica, toda una “biblioteca de Alejandría” dispersa, a veces increíblemente dispersa: textos, trabajos menores, folletos, apuntes y aun páginas sueltas; mensajes, discursos, memorias, debates legislativos y de asambleas constituyentes; iniciativas, proyectos, leyes, censos, registros y correspondencia ⁽¹⁾.

Un vasto campo se abre ante el investigador, pleno de sugerencias. Examinaremos su latitud primero y luego (como éste será ayudado por veinte colaboradores), haremos las parcelas de cultivo.

Ya se dijo que la *cuestión capital* es secular; tanto que, si vamos “ávidos de antecedentes” a espigar en las actas del Congreso, 1824-1827, encontraremos que sus mismos diputados ya la consideraban así. En consecuencia, se justifica la reseña de lo anterior, tal como se propondrá al repartir los

(1) También deberá considerarse con detenimiento y cautela la prensa periódica, de Buenos Aires y el interior, desentrañando y filiando las tendencias manifestadas en el calor de la lucha, “para tomar en vivo” el problema central y sus derivados. No excluir tampoco las estadísticas de producción, cuyas curvas de ascenso o descenso, tienen una sugestiva relación con la marcha del asunto tratado.

temas, en respuesta y complemento a los puntos primero y segundo que fueron fijados.

Los conquistadores y colonizadores españoles hicieron las cosas en "forma empírica" si se quiere, por la forzosa improvisación, mas revelaron ciertas finalidades que distan bastante de una imprevisora "siembra de hombres y poblados por la llanura", como se ha dicho. Para cumplir las premisas de exactitud e imparcialidad que proponía Laërcio —hace más de dieciocho siglos— es menester reparar en la empresa primordialmente; luego en la obra cumplida; también, en los medios y fuerzas de su ejecutor en el momento especial de la acción.

Fué lógico que, luego de salvarse los problemas de subsistencia y luchas de los primeros tiempos y fundación de ciudades, algunas de éstas fueran primando sobre otras, debido a la situación geográfica y el medio físico circundante, que permitía con éxito la explotación agrícola-ganadera o de las minas, y determinaba lugares de privilegio, no sólo por ser de tránsito obligado.

Se destacaron así Lima y Buenos Aires. La misma realidad hizo ver a los gobernantes de la metrópoli, la conveniencia de una separación delimitando influencias que no sólo facilitaban las gestiones administrativas y de gobierno, sino decidían el rápido progreso del nuevo Virreinato, y, de manera inevitable, dentro de éste, de la Ciudad del Estuario, centralista, absorbente por propia gravitación, luego gestora de revoluciones, de tesis unitarias y árbitro parcial en la economía del resto del país.

Esa situación demandó decenios para consolidarse con tanta nitidez. Primero, el interior constituyó "la parte más poblada y rica del Virreynato de Buenos Aires, y el litoral "la más atrasada y pobre. Puede estimarse que a principios "del siglo XIX, sobre menos de un millón de habitantes "—población total— correspondían unos ciento treinta mil "a la Intendencia de Buenos Aires, sesenta mil a la del Paraguay, doscientos veinte mil a las de Córdoba y Salta, y el "resto a las Intendencias del Alto Perú" (1). Luego cambiaron las cosas. Los testimonios de los viajeros lo demuestran,

(1) JUAN ÁLVAREZ, *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, págs. 19, 20 Bs. As. Roldán, 1914.

aun cuando muchas veces se concreten a lo exterior. A las referencias de Du Biscay en 1658, seguirán las de Gervasoni, Concolorcorvo y Gillespie, en el mismo sentido. La ciudad se engrandecía intelectual y materialmente; buscaba y reclamaba su verdadero rol. De ella surgió la revolución que pronto se irradió gracias a su esfuerzo; pero, por ello, por la propia vitalidad demostrada y su aduana de privilegio, comenzaron a arruinarse las industrias y los cultivos regionales, mientras los hombres directores del Plata tendían sus miras cada vez más alto, con vistas a lograr una hegemonía completa sobre el conjunto. Tal, el origen del Triunvirato; tales, las protestas de Gorriti en 1811... (1).

El "particularismo regional" como consecuencia de distancias geográficas, que para los medios de la época significó aislamiento, iba a transformarse en "federalismo"; el interior querría un pie de igualdad, aduciendo razones económicas afligentes y el ideario de Mayo. Sólo veía en Buenos Aires la ciudad próspera y egoísta, que aprovechaba el sacrificio común y sacaba réditos a su gesta libertadora; sólo veía en los gobernantes, a defensores interesados de ese estado de cosas a todas luces injusto. Soñaría más tarde en la nacionalización de la ciudad y en disfrutar, también, las rentas de su aduana. Los porteños iban a resistir tenazmente! En momentos de crisis, en 1819, escribían en la "Gaceta", indignados por las peticiones de los hermanos desheredados: quieren igualdad "corrigiendo los consejos de la naturaleza que nos "han dado un puerto y unos campos, un clima, que le han "hecho físicamente superior" (15 de diciembre). Poco después sufrieron en silencio la "afrenta" de López y Ramírez con la caída del Directorio; quizá preveían un triunfo inevitable a largo plazo, como aconteció con el Congreso de Tucumán, pronto trasladado al foco irresistible (2). No se equivocaron. El Tratado del Pilar comprometía la reunión de un nuevo congreso; en el "interior" de acuerdo al consenso general; en "Córdoba", de acuerdo a los deseos del caudillo

(1) Cfr.: J. I. GORRITI, *Reflexiones...*, t. II, Bibl. arg., Bs. As., 1916; Acad. Nacional de la Hist. t. 5º, 2ª pág. (trab. del Dr. Levene); A. PALCOS, *La visión de Rivadavia*, pág. 174, Bs. As. El Ateneo, 1936.

(2) JUAN ÁLVAREZ, *op. cit.*, pág. 42: "El Congreso de Tucumán dejó a las "Provincias con menos facultades aún que las concedidas por la vieja Ordenanza de Intendentes."

Bustos ⁽¹⁾; pero todo fracasa y otra vez Buenos Aires domina la situación merced a Rivadavia. El Congreso se reuniría en Buenos Aires, en 1824 ⁽²⁾; irritaría a los porteños declarando *capital* a la Ciudad del Estuario, e irritaría a las provincias con la constitución de corte unitario.

Con respecto al primer punto, había enunciado Rivadavia en el discurso de recepción: “El presidente ha venido a este “recinto persuadido de que uno de sus principales deberes “es el de declarar que retrogradará la organización de la nación “si no se da a todos los pueblos una cabeza, un punto capital “que regle a todos, y sobre el que todos se apoyen: y al “efecto es preciso que todo lo que forme la capital sea esencialmente nacional.”

Los porteños deseaban que la “cabeza” se situara en otra parte, aun cuando ellos conservaban su rol eficiente. La primera tentativa, estaba condenada al fracaso, entre odios y críticas despiadadas. El estadista deseaba realmente la unidad y el progreso; creía acatar los mandatos de la historia, que señalaban con obstinación ese punto de contacto con el mundo, pero más de medio siglo y nuevos choques violentos —hasta el mismo final— serían necesarios para lograr ese objeto. Y el formidable problema siempre en pie, era el vertebrador de los otros, verdaderos satélites. Pero nadie pensaba establecer la capital en el interior, a semejanza de un nuevo Washington. Es llegado el momento de preguntarse: ¿si se hubiera fundado una “Argirópolis” —pero mediterránea—, las últimas fases de nuestra vida política habrían cambiado notablemente?

Estos y otros aspectos de la misma cuestión (problemas dentro del problema), que se fueran jalonando, se repartirán en temas para los alumnos, de acuerdo al punto segundo ya indicado. Especialmente los años que llevan de 1824 a 1827, pues en ese lapso inciden las líneas tendidas por los hombres

(1) Cfr.: E. RAVIGNANI, *Historia Constitucional de la República Argentina*, t. II, 135 y sigs., Bs. As. Peuser, 1927.

(2) *Id. Id.* El Tratado del Pilar establecía la reunión de un Congreso en San Lorenzo (23 febrero 1820); el 24 de noviembre se firma el tratado de paz entre Bs. As. y Santa Fe, estableciéndose la reunión de un Congreso (art. 2º); que se enviarían los diputados a “la ciudad de Córdoba por ahora”.

y por las cosas; siendo de sumo interés bajo ese aspecto, las resoluciones de un Congreso, tan ponderado por nuestros constitucionalistas, J. V. González, N. Matienzo y J. A. González Calderón. Los temas respectivos orientarán para lograr la filiación de las tentativas serias en pro de la solución ya mencionada, a través de la actuación de Rivadavia y sus amigos, frente a los opositores en los debates y en la prensa, analizándose por último la ley citada y sus fundamentos, ubicándola dentro de la época y sus problemas político-económicos.

Desde 1829 a 1851, Buenos Aires fué la “capital de hecho”, pero al modo que deseaba Rosas, sin “nacionalizarla”; era el punto obligado del comercio y de las otras actividades características de este período: la influencia preponderante del “gobernador”; la obligada delegación en sus manos de las relaciones exteriores —y tantas otras concesiones *no* especificadas en el Pacto Federal de 4 de enero de 1831— dejan entrever muy bien las orientaciones adoptadas, que se denuncian en la célebre carta de Quiroga a Rosas de 1834.

El omnipotente hombre de gobierno se había opuesto al proyecto de Rivadavia que lesionaba sus intereses, pero ello no fué un obstáculo para que, siguiendo la trayectoria de los hechos —puesta a su servicio exclusivo, aunque alegando otras finalidades bien diferentes— condensara en la Ciudad del Plata, la centralización irresistible que de ella emanaba.

Semejantes fueron las aspiraciones de Urquiza, dos años después de la fecha enunciada últimamente. El “Acuerdo de San Nicolás” indicaba con claridad ciertos fines concretos en tal sentido. Pero debía chocar —y estrellarse— contra obstáculos y pasiones más formidables que en la época de Rivadavia. Al pasar los años habían aumentado los intereses locales, y el forzado ostracismo uniformaba a quienes estaban decididos —*sine Die*— a mantener su hegemonía a cualquier precio, no prodigándose en bien “de la Nación”, sino usufructuando en propio beneficio, las riquezas que eran producto de una situación de privilegio demostrada con los siglos, triunfante del caos y de las casi periódicas crisis políticas.

Por otra parte, “Buenos Aires, en más de un concepto,

estaba ya “muy lejos de ser aquella ciudad colonial donde los “celosos dignatarios de la monarquía expurgaban el repertorio de las leyes de Indias o de las Reales Cédulas para mantener a sus habitantes. . . . Por los acontecimientos de que “fué teatro en la primera mitad del siglo XIX, y en los cuales “las principales potencias europeas más o menos directamente intervinieron por medio de las armas o de sus diplomáticos, atraía las miradas de gobernantes, de políticos, y de “negociantes de allende los mares, no solamente como el “principal mercado sudamericano. . . .” (1).

Los antiguos emigrados, a semejanza de Rosas pero con diferentes puntos de vista, querían para su sede el rango de “capital”, pero sin declaratoria expresa; que siguiera siendo el punto neurálgico y de gravitación, siempre en beneficio de la provincia. Por ello, las tareas de la futura organización se entorpecieron, con ése y otros problemas íntimamente relacionados. Aunque hubo en muchos aspectos concordancia de ideas, la división existente, motivada por “intereses, antagonismos ancestrales y vivientes”, como escribe R. J. Cárcano, llevó a formar dos grupos: “las provincias lánguidas y la metrópoli opulenta” (2). ¿Cómo iba a solucionarse así el problema de la capital?

El Sr. Saldías que actuara en 1880 en el bando porteño, formula una crítica a la acción de Nicolás Avellaneda, entonces, y de otros a partir de 1860. ¿Por qué —escribe— no fundaron una ciudad nueva para ese fin, en algún punto interior de la República? ¿Por qué encaraban el problema de siempre, con soluciones anticuadas?

Es que el gobierno nacional, para consolidarse definitivamente y constituir el país, necesitaba *esa base* y no otra; le eran imprescindibles las ventajas de Buenos Aires; debía poseer y disponer de sus riquezas de aduana. Sino, hubiera llevado una existencia lánguida, peor —o similar— a la que llevó el de la Confederación por casi una década, pese a todos sus esfuerzos y “derechos diferenciales”.

(1) ADOLFO SALDÍAS, *Un siglo de instituciones...*, t. II, 197, 198, La Plata, 1910.

(2) R. J. CÁRCANO, *Del sitio de Bs. As. al campo de Cepeda*, pág. VI, 4ª ed. Bs. As. 1922.

Cabe preguntar entonces: ¿había otra forma, en esos instantes, para solucionar el problema de la capital? ¿La falta de proporción en los sectores, no traería nuevas dificultades? Por otra parte, la Provincia de Buenos Aires, celosa de su preeminencia dada por la naturaleza y los hechos —que vale tanto como decir “las cosas y los hombres”— no iba a transigir en sus pretensiones, fruto de un pasado reciente y lejano, con luces y sombras. Y, si en las mismas puertas de la residencia presidencial, en 1880, se prepararon las milicias provinciales, ¿qué hubiera sido a la distancia? (1)

El problema se dilató y complicó en los años de lucha con la Confederación, finalizada con un triunfo inevitable de la parte más capaz económicamente. Aun durante la separación, la obra dispar del Congreso Constituyente de Santa Fe y del de Buenos Aires, habían proclamado hasta la evidencia las orientaciones de los grupos. No puede sorprender que los esfuerzos del general Mitre, en 1862 —pese a su inmenso prestigio— para establecer la capital en Buenos Aires, fueran coronados por un fracaso debido a los intereses en pugna de siempre, salvo la migaja contenida en la declaración, que la ciudad sería *residencia de las autoridades nacionales*, según consta en el Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia, de ese año, y de Diputados de la Nación, con la ley del 1º de octubre que es su resultante.

La cuestión no se había resuelto, sino postergado. Todos comprendían que la lenta evolución de las cosas, no traería la luz ni la calma deseadas. Los hechos subsiguientes lo demostraron hasta la evidencia. Y de nada valieron los proyectos presentados, a fin de establecer una capital en otro sitio, o las gestiones de Mitre, Sarmiento y Alberdi. Quien trajera una solución, debía imponerla. Avellaneda, que fué el portador del viejo estandarte, sólo triunfó tras la lucha. Que ella era inevitable, se observó desde las presidencias de Mitre y de Sarmiento, sin mencionar los razonamientos de etiqueta —que ocultaban otros más graves— entre el genial

(1) Hay infinidad de fuentes: obras, debates, periódicos, etc. que deberán ser revisados por los alumnos de acuerdo a sus temas, además de la bibliografía general y secundaria.

y áspero educador y el gobernante de Buenos Aires, Emilio Castro.

Por último, se estudiarán los hechos y los debates que llevaron a la ley 1029 sobre capitalización, de setiembre de 1880; las tesis defendidas en su oportunidad, por los “oficialistas” en el Senado de la Nación ⁽¹⁾ y el opositor L. N. Alem en la legislatura provincial; las últimas actitudes de los núcleos encabezados por Tejedor y Avellaneda, que eran los representantes, al fin y al cabo, del viejo y del nuevo estado de cosas; del localismo que era superado y de las tendencias nacionales; también, las últimas derivaciones del problema: la fundación de la ciudad de La Plata. Y, dentro de esta última faz, es imprescindible abarcar la acción de Dardo Rocha, tan poco conocida pero que se vincula de manera estrecha con el problema de la capitalización de Buenos Aires.

Así, se lo considerará en la faz de su actuación en el H. Senado de la Nación, donde, en los debates de la ley respectiva, trató de lleno el tema, a la luz de antecedentes de carácter histórico y geográfico. Es la suya una posición interesante, principista y constructiva, que le trajo muchas amarguras y polémicas con sus antiguos compañeros de partido, ante las cuales no cejó en su empeño. Por una parte, vislumbraba con claridad de criterio que aquélla, dada por el Poder Ejecutivo Nacional, era la única solución acertada; por otra, ya acariaba el hermoso proyecto de crear, con moldes completamente originales, una capital, que llenase un destino histórico.

Con esta figura se integra el ciclo y finaliza el curso respectivo.

Se impone asimismo, la consideración del problema político, generalizándolo; de las tendencias unitarias y federales, intensificándose la investigación a partir de 1824; los principios sustentados; las cuestiones atinentes a las personas. Luego, la cuestión económica, con toda su complejidad e importancia, y sus repercusiones inevitables en otros aspectos de la actividad social; la opinión pública, a través de la prensa periódica, debates, testimonios de contemporáneos, para

(1) Los debates, en *Asambleas constituyentes argentinas...* t. VI, a. p. págs. 112, 210, 211, 213, etc. Buenos Aires, 1939.

completar debidamente el cuadro, obteniéndose así el panorama ideológico colectivo, con sus particularidades y altibajos característicos, según las eternas fuerzas polarizantes.

BIBLIOGRAFÍA

La nómina presentada, de acuerdo a los temas dados, es sólo panorámica, a los efectos de arquitecturar los trabajos. Se completará en el desarrollo del curso.

L O S T E M A S

1. LOS ANTECEDENTES COLONIALES. RESEÑA

FUENTES DE CONSULTA:

- V. F. LÓPEZ: *Historia de la R. Argentina...*, I, II, Buenos Aires, La Facultad, 1926, 4ª ed.
- P. GROUSSAC: *Mendoza y Garay...*, 2ª ed., Buenos Aires, 1926.
- A. B. CARRANZA: *La cuestión capital de la República, 1826 a 1880...*, Buenos Aires, 1927, I.
- Academia Nac. de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, IV, V, Iª, IIª, Buenos Aires, 1938.
- R. LEVENE: *Los orígenes de Buenos Aires*. Labor de los Centros de Estudio. La Plata, 1937.
- *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, Buenos Aires, 1925.
- *Historia económica del Virreinato del Río de la Plata, 1927-1928*.
- R. ZABALA Y E. DE GANDÍA: *Historia de la ciudad de La Plata*, Buenos Aires, 1941.
- B. MITRE: *Historia de Belgrano...*, ed. defin., 1887, Lajouane.

2. HASTA EL PLANTEO CONCRETO DE LA CUESTIÓN (1810-1824)

FUENTES:

- MITRE: ob. cit. en nota final del I.
- J. ÁLVAREZ: ob. cit. en el texto, Buenos Aires, 1914.
- E. RAVIGNANI: ob. cit. en el texto.
- V. F. LÓPEZ: ob. cit., Buenos Aires, 1926.
- F. RAMOS MEJÍA: *El federalismo argentino*, Buenos Aires, 1915.

- J. A. GONZÁLEZ CALDERÓN: *Derecho Constitucional...*, Buenos Aires, 1929, I.
- R. LEVENE: *La anarquía de 1820 en Bs. As. desde el punto de vista institucional*, Buenos Aires, 1932.
- Facultad de Filosofía y Letras: *Documentos para la historia argentina*, VI, VII, VIII, Buenos Aires, 1916.
- "La Gaceta", reimpr., Buenos Aires, 1910.
- Estatutos y Reglamentos.*
Registro oficial.
- U. FRÍAS: *Trabajos legislativos de las primeras asambleas argentinas.*
- E. RAVIGNANI: *Asambleas constituyentes argentinas...*, Bs. Aires, 1937.
- A. SALDÍAS: *Historia de la confederación Argentina...*, Bs. Aires, 1911.
- *La decapitación de Buenos Aires*, s. a.
- *Evolución republicana durante la revolución argentina.*
- *Un siglo de instituciones...* La Plata, 1910.

3. LA OBRA DEL CONGRESO, 1824-1827

FUENTES:

- RAVIGNANI: *Asambleas...*, citada en 2.
- *Historia constitucional argentina*, citada en 2.
- G. CALDERÓN: ob. cit.
- A. SALDÍAS: *Hist. de la confederación...*, citada en 2.
- J. INGENIEROS: *Evolución de las ideas argentinas*, L, Buenos Aires, 1918.
- FRÍAS: obra citada en 2.
- Diario de Sesiones.*
Registro oficial, citado.
- Periódicos: "El Mensajero argentino", "El Tribuno".
- Universidad de La Plata: *Catálogo de periódicos*, La Plata, 1934.
- V. F. LÓPEZ: obra citada en 2.
- A. B. CARRANZA: obra citada en 2.

4. PERÍODO 1829-1852. LA CAPITAL DE "HECHO"

FUENTES:

- SALDÍAS: *Historia de la confederación Argentina*, tomo III, citada.
- E. QUESADA: *La época de Rosas*, Buenos Aires, Peuser, 1923.
- SALDÍAS: *Un siglo de instituciones*, citada.
- V. F. LÓPEZ: obra citada.
- Pactos, tratados.
- Periódicos.
- Catálogo citado.
- C. IBARGUREN: *Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, 1938.

5. ACUERDO DE SAN NICOLÁS. CONVENCION CONSTITUYENTE
DE SANTA FE

- A. SALDÍAS: *Un siglo de instituciones*, tomo V, citada.
A. B. CARRANZA: obra citada, tomo II.
CÁRCANO: *De Caseros al 11 de setiembre*, Buenos Aires, 1933.
— *Del sitio de Bs. As. al campo de Cepeda*, 4ª ed., Bs. Aires, 1922.
RAVIGNANI: *Asambleas constituyentes argentinas*, citada, tomo IV.
Periódicos.
Registro Oficial.
Catálogo de periódicos, citado.

6. BUENOS AIRES Y LA CONFEDERACION

- CÁRCANO: obra citada.
SALDÍAS: *Un siglo de instituciones...*, citada, tomo II.
G. CALDERÓN: obra citada, tomo II.
A. B. CARRANZA: obra citada, tomo II.
MARTÍN RUIZ MORENO: *La organización nacional*, obra citada, tomo II.
Registro Oficial.
Periódicos.
Catálogo de periódicos, citado.

7. CONSTITUCION PROVINCIAL DE 1854

- ALBERDI: *La constitución de 1854...*, Obras completas, tomo III.
CÁRCANO: *Del sitio de Buenos Aires...*, obra citada.
M. RUIZ MORENO: obra citada.
SALDÍAS: *Un siglo de Instituciones...*, obra citada, tomo II.
R. RIVAROLA: *Del régimen federativo al unitario*.
Debates.
Periódicos.

8. DE CEPEDA A PAVÓN. (REFORMA DE 1860)

- RAVIGNANI: *Asambleas constituyentes argentinas*, citada.
G. CALDERÓN: obra citada, tomo I.
SALDÍAS: *Un siglo de instituciones...*, obra citada, tomo II.
CÁRCANO: *Del sitio de Buenos Aires...*, obra citada.
CARRANZA: *La cuestión capital de la República*, obra citada, tomo III.

9. CONGRESO NACIONAL DE 1862 (LEYES DE FEDERALIZACIÓN
Y RESIDENCIA)

CARRANZA: obra citada, tomo III.

SALDÍAS: *Un siglo de instituciones*, tomo II, obra citada.

G. CALDERÓN: obra citada, tomo I.

— *El general Urquiza y la organización nacional*, Bs. Aires, 1940.
Diario de sesiones.

Periódicos.

10. PERÍODO DE PAZ. "LA CONVIVENCIA"

Bibliografía citada en tema anterior.

11. PROYECTOS PARA ESTABLECER LA CAPITAL EN: SANTA FE,
ROSARIO, CÓRDOBA...

12. LEYES VETADAS. EXPLICACIÓN (AÑOS 1862 A 1880)

CARRANZA: obra citada, tomos III y IV.

Diario de sesiones.

Periódicos.

SALDÍAS: *Un siglo de instituciones*, obra citada, tomo II.

G. CALDERÓN: obra citada, tomo I.

Registro Oficial.

MABRAGAÑA: *Los mensajes...*, Buenos Aires, 1910, IV.

D. PEÑA: *Apuntes para el estudio de la cuestión capital*, Buenos Aires,
Atlántida, junio de 1912.

CARRANZA: obra citada, tomo V.

13. LA SOLUCIÓN DE 1880

CARRANZA: obra citada, tomo V.

SALDÍAS: *Un siglo de instituciones*, citada, tomo II.

F. YOFRE: *El congreso de Belgrano*, Buenos Aires, 1928.

Debates del congreso, citados.

Periódicos.

Registro Oficial.

14. LOS HOMBRES DE BUENOS AIRES

CARRANZA: obra citada, tomo V.

SALDÍAS: *Un siglo de instituciones*, obra citada, tomo II.

Discursos de Tejedor.

Discursos de Alsina.
Discursos de Obligado.
Discursos de Quintana.

15. POSICIÓN DE MITRE, ALBERDI Y SARMIENTO

CARRANZA: *La cuestión capital de la República*, citada, tomo V.

SALDÍAS: *Un siglo de instituciones*, citada, tomo II.

SARMIENTO: *Argirópolis*, en *Obras Completas*, París, 1909.

ALBERDI: *Bases*, en *Obras Completas*.

— *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital.*

— *Sistema económico y rentístico*. *Obras Completas*, tomo V.

— *Estudios económicos.*

D. PEÑA: obra citada.

16. EL PROBLEMA POLÍTICO: UNITARIOS Y FEDERALES (1824)

F. RAMOS MEJÍA: obra citada.

RODOLFO RIVAROLA: obra citada.

L. AYARRAGARAY: *Estudios históricos y políticos*, obra citada.

INGENIEROS: obra citada.

E. QUESADA: *La época de Rosas*, obra citada.

SALDÍAS: *Un siglo de instituciones*, obra citada, tomo II.

Periódicos.

17 - 18. EL FACTOR ECONÓMICO

J. ÁLVAREZ: *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, citada.

RUIZ MORENO: obra citada.

CÁRCANO: *Del sitio de Buenos Aires el campo de Cepeda*, obra citada.

Estadísticas.

Censos.

Memorias.

Recaudaciones de aduana.

19. EL PERIODISMO

De Buenos Aires y del interior.

“El Nacional”.

“La Tribuna”.

“La Nación”, etc.

20. DERIVACIONES DEL PROBLEMA Y SU SOLUCIÓN. LA CIUDAD
DE LA PLATA

Memoria del Dr. Dardo Rocha.

A. SALVADORES: *Fundación de la ciudad de La Plata*. La Plata, 1932.
(Intr.)

SOLUCIÓN DE PROBLEMAS

Se trató en la primera parte, al señalar los problemas bibliográficos, económicos y políticos.

Se esbozará además el problema de "ubicación" (proyectos, etc.).

CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Hemos dado, en realidad, como se indicara en un comienzo, la bibliografía fundamental; poca accesoria. Preferencia debe tener lo inédito y documental, que completa, rectifica o aprueba las conclusiones de obras básicas, como las de Carranza, Álvarez, Cárcano, etc. Se carece de una fundamental y panorámica. Como el curso es de lectura y comentario, se procederá al fichado en detalle.

EXEQUIEL CÉSAR ORTEGA.

LA POESÍA DE FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ (*)

P R E L I M I N A R E S

Las dos décadas corridas entre las dos guerras mundiales, período de paz más aparente que real, han ofrecido en el terreno literario, tanto en Europa como en América, el espectáculo de incesantes y afiebradas búsquedas. Tras el derrumbamiento de un mundo de valores culturales y estéticos, y en un ambiente de crisis moral, los hombres se han encontrado frente al misterio de su propio yo, frente al misterio de un cosmos que parecía reentrar en un informe caos, y han sentido la necesidad de dar forma a los oscuros impulsos de su alma y a las abigarradas impresiones de ese trastornado mundo exterior. Todo esto se ha traducido en obras que responden, ya a tendencias más o menos homogéneas y capaces de recibir una designación común aproximadamente exacta, ya a esfuerzos individuales y aislados, pero no por ello menos significativos ni menos característicos del agitado tiempo que los vio nacer. Quienes aceptaban como definitiva la liquidación del pasado y la ruina total de la cultura occidental, con el derrumbamiento de sus vastas construcciones culturales edificadas sobre los fundamentos de la religión y la filosofía tradicionales,

(*) Trabajo correspondiente al curso de Seminario de Letras de la Facultad, de 1942, preparado bajo la dirección del titular del mismo, profesor Carmelo M. Bonet.

se lanzaban a la conquista de mundos nuevos, a la creación de nuevos valores culturales, que querían exaltar un sentimiento nuevo de vida; hipnotizar las almas con una nueva fe, y alentarlas con el estímulo de creencias nuevas. Otros, en cambio, como los náufragos de un barco que hubiera zozobrado a poco de zarpar, volvían la mirada a la costa de donde habían partido; volvían la mirada a la tradición, a los fundamentos religiosos y culturales del pasado. No era éste un ideal de estancamiento. Era sólo el deseo de tomar fuerza en el paterno suelo por las viejas raíces; renovar la vida de lo tradicional y adaptarlo a las nuevas necesidades de la existencia. Ambas corrientes han producido obras literarias de valor diverso, y aunque inspiradas en ideales contrarios, ofrecen ciertas líneas y características que las sitúan en un mismo clima espiritual. Entre esas características comunes, deseo señalar solamente dos, que considero de especial importancia. Son ellas, la necesidad de servir y la necesidad de crear con conciencia en una determinada teoría o doctrina estética. La primera de estas necesidades proviene de un íntimo impulso a adherir a algo, a doctrinas sociales o políticas, o a otras de carácter religioso o espiritualista de los más diversos orígenes. Así, entre los que se han vuelto a la tradición, han encontrado en el Cristianismo, no sólo una fuente externa de inspiración poética, sino toda una renovación de su vida espiritual, que, desde luego, se manifiesta en sus creaciones artísticas. La otra necesidad, o sea la de crear con un pleno conocimiento conceptual acerca de la esencia de la poesía, nace de un secreto ideal de renovación por senderos originales, y del deseo de aprehender las puras esencias de lo poético, para traducirlas en las formas hieráticas y a veces inhumanas de lo que se ha llamado la "poesía pura".

Estas dos tendencias suelen encontrarse reunidas en los poetas de carácter místico, puesto que al mismo tiempo que sirven a su ideal religioso (sea éste cual fuere), esa misma tendencia religiosa los introduce en ese mundo de esencias, caro a los poetas modernos.

Estas tendencias anárquicas y místicas, con aspiraciones éticas y metafísicas, se han manifestado con el mayor vigor en la poesía francesa del período indicado, y han irradiado su influencia sobre la poesía española contemporánea de

aquella, aunque la poesía española ha manifestado siempre en su espíritu y en su forma, una mayor unión con la poesía tradicional.

Los actuales poetas argentinos han recibido estas influencias con intensidad variable, y han hallado en las creaciones de los poetas de aquellas literaturas, estímulos y modelos que les han servido de guía para dar forma a su propia inspiración.

Entre los poetas jóvenes argentinos, Francisco Luis Bernárdez se distingue por la seriedad de su ideal estético, su constante perfeccionamiento espiritual y la depuración y simplificación de sus formas expresivas. De la vaga religiosidad de sus comienzos, con la que consiguió efectos tan poéticos, ha llegado, por la apasionada sinceridad de su búsqueda, a la posición religiosa que le confiere su conformidad con la Iglesia Católica. Su encuentro con ella es el tema de *El Buque*, el más importante y extenso de sus poemas.

SIGNIFICACIÓN DEL POETA

En el ambiente de la poesía argentina actual, caracterizada más que por la constitución de grupos o escuelas, por tendencias individuales, la poesía de Bernárdez se distingue por ofrecer muy acentuadas cualidades de ponderación, medida y equilibrio en los sentimientos y la inspiración que constituye la materia de su poesía, como también por la pureza, simplicidad y claridad de su expresión, sobre todo en sus últimos libros. Viste las criaturas de su fantasía, para hacerlas sensibles, con la leve materialidad de imágenes nítidas y simples, al mismo tiempo que luminosas y accesibles a la inmediata aprehensión del lector. Esta claridad de su expresión poética, parece ser, a través de sus poesías, una muy segura y consciente directiva de su posición estética. En busca de esa claridad, aparece de pronto en sus versos y sus estrofas cierto procedimiento de expresión que consiste en repetir una palabra, una imagen o un concepto fundamental, que terminará por apoderarse de la imaginación del lector. Se diría un procedimiento mnemotécnico, algo que se dirige tanto a la imaginación como a la memoria del lector o del oyente, para grabar en ellas una imagen más durable y permanente. Este proce-

dimiento da a la expresión un acento de ingenuidad y sencillez que refuerzan su efecto artístico.

Por otra parte la posición espiritual de Bernárdez, poeta católico, da a su poesía una especial significación. Todo poeta, por la naturaleza misma de su actividad creadora, y por la de las esencias que su intuición debe captar, es en cierto modo religioso. En toda verdadera poesía, aun por entre la claridad de las más luminosas imágenes, aparece el misterio de la vida, el misterio del cosmos, el misterio del ser, y la intuición de esos misterios confiere al alma del poeta una emoción de carácter religioso. Esta emoción frente al misterio y ese vago terror que suele acompañarla, llevan a menudo el alma del poeta a extravíos de la imaginación; a la aceptación de un vago panteísmo o a un sentimentalismo informe y desordenado. Bernárdez, frente al misterio, toma una posición humana y religiosa, iluminada y sostenida por su fe. La noche, con el misterio de sus sombras, y el de sus luces más misteriosas todavía, es para él como un símbolo del misterio total que nos rodea, y en el cual parece que a veces fuera el alma a naufragar. Bernárdez así lo percibe:

Me impresionaba tu silencio; tu poderosa inmensidad me daba frío.
Y sin embargo yo te amaba con una mezcla de *temor* y de *cariño*.
Acaso el alma presintiera que su dolor y tu dolor no eran distintos.
¿Ya no te acuerdas de mis ojos, de aquellos ojos empañados sin
motivo?

Pero en seguida estas vagas impresiones y temores se apaciguan por la aceptación consciente y voluntaria de la revelación:

Porque el amor omnipotente le da sentido verdadero a lo que sufro.
Dios no se olvida de los hombres aunque parezca muchas veces
ciego y mudo.

.....
Dios ha querido libertarme, Dios ha querido rescatarme del olvido.
.....

Las sombras parecen huir heridas por el rayo de la fe, y una sensación de paz, de conformidad, invade el alma. La poesía de Francisco Luis Bernárdez constituye también en este aspecto espiritual un esfuerzo de claridad y de orden, de equilibrio y sabiduría.

Esta posición espiritual y religiosa vincula al poeta con lazos cada vez más íntimos a los valores integrantes de la cultura cristiana tradicional.

El amor, que sacramentalmente consagrado forma la familia; la patria, síntesis de una sociedad humana integrada por una fe, una lengua, un territorio, sentimientos, aspiraciones y una innumerable serie de elementos comunes; el héroe, intérprete de las aspiraciones de esa patria y paladín de sus gestas, son temas que van apareciendo en la poesía de Bernárdez, a medida que su posición se afirma y fortalece. Todo eso, que en su poesía se aviva recobrando sentido, contribuye también a hacer de este poeta un verdadero intérprete del sentir, acaso aun oscuro y nebuloso, de cada vez más vastos sectores del pueblo en cuyo seno ha nacido.

Pero como el verdadero valor y la significación de un poeta no surge solamente de su posición espiritual ni de la visión del mundo expresada en sus cantos, para llegar a determinarlos con más precisión es necesario considerar los valores formales de su obra, la riqueza y flexibilidad de sus medios de expresión y las características de su lenguaje. Considerada desde este punto de vista, la poesía de Bernárdez ofrece también una profunda significación. Las libres y fluctuantes formas de sus primeras producciones, que aparecen todavía en *Alcándara*, y aun en *Cielo de Tierra*, son abandonadas en sus libros posteriores, donde la expresión se ciñe a formas estróficas clásicas, y en los que sus mismas innovaciones métricas se ajustan más al genio del idioma.

Esta posición de Bernárdez con respecto a sus medios expresivos está en íntima concordancia con su talento creador, de modo que, empleados por él y animados por el flúido poético que les trasmite, metros y estrofas se remozan y adquieren una nueva frescura. Por otra parte, su vocabulario poético se depura, se simplifica; una sintaxis de trazos sobrios se hace vehículo de su mundo interior ya ordenado. Una ininterrumpida línea melódica circula a través del ritmo de sus estrofas, melodía que acompaña y refuerza el efecto de las figuras en que cristaliza su creación poética. Esta depuración de sus medios de expresión acentúa la significación de Bernárdez dentro de un orden poético de valor universal.

Todo verdadero artista debe servir a la comunidad a que pertenece dentro de la esfera propia de su actividad creadora, y Bernárdez cumple con esta alta misión en su calidad de poeta, siendo poeta, es decir, no dejando caer sus producciones en las formas bastardas del didactismo o la propaganda ideológica. Su poesía, no obstante, no puede ser clasificada tampoco en lo que ha dado en llamarse “poesía pura”, pero sí puede afirmarse de ella que es simplemente poesía, sin adjetivos.

LA PRODUCCIÓN DEL POETA

La producción de Bernárdez puede dividirse en dos períodos bien definidos. El de su primera producción, período de búsqueda de la poesía y de sí mismo, corre desde 1922 para cerrarse en 1925 con *Alcándara*, publicado en Buenos Aires, a su regreso de España. Luego, después de haber encontrado su camino, tras diez años de silencio, reinicia su producción con *El Buque*, y su labor continúa desde entonces sin interrupción hasta la actualidad. Dentro de la producción del poeta, este poema señala la terminación de un período y el comienzo del siguiente. El poeta ha encontrado la verdad, que él ve como una triple luz que ilumina su mente:

La claridad humana
La que viene del barco refulgente
Y la de la mañana

El Buque, pág. 63.

Una plena conformidad entre la razón (la claridad humana); la fe en la revelación (la que viene del barco refulgente); y la vida (la de la mañana). La iniciación de este nuevo período de su vida y su producción se expresa en la última estrofa del poema:

El cielo se apodera
Para siempre del alma enamorada,
Y una paz duradera
Y desinteresada
Va sucediendo a la inquietud pasada.

El Buque, pág. 64.

“La inquietud pasada” corresponde a sus años de mocedad, inquietud de carácter espiritual y literario a la vez, ya que contemporáneamente a sus primeros ensayos poéticos, se manifiesta en su espíritu esa necesidad de dar forma a sus preocupaciones religiosas que van a resolverse en el período crítico de 1930 al 35.

A los veinte años Bernárdez se traslada a España con sus padres. Por este tiempo tiene lugar el movimiento cubista, que en España recibe la designación de “Ultraísmo”, y tiene su manifestación en efímeras revistas. (*Ultra, Tableros*). Bernárdez, aunque en contacto con los gestores del movimiento, permanece ajeno a sus directivas estéticas, recibiendo en cambio la influencia de Ramón del Valle Inclán. Esta influencia se manifiesta en el primero de sus libros, *Orto*, publicado en Madrid en 1922.

El mismo año publica, en España, *Basar*, plaqueta compuesta de unos doce poemas. En este libro se manifiesta la influencia de Gómez de la Serna y del artista Barradas, cuyas son las ilustraciones que acompaña el texto. Recibe en esta época influencias de la poesía moderna francesa, influencias que van a manifestarse en los “poemas ingenuos” de *Kindergarten*, libro que cierra el período de su producción en España. A pesar de las influencias de los escritores mencionados, y de la que necesariamente ejerce sobre un poeta el clima mental de la época, escoge Bernárdez sus lecturas entre los clásicos españoles. En lo espiritual, además de los grandes clásicos de la espiritualidad carmelitana, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, sus preferencias van a los grandes místicos franciscanos, a un Fray Diego de Estella, a un Fray Juan de los Ángeles, a un Fray Alonso de Madrid y a un San Pedro de Alcántara. Sus inclinaciones literarias se polarizan hacia Lope de Vega, quien le da el gusto por lo castizo y tradicional.

Con el bagaje de sus experiencias literarias trasládase Bernárdez nuevamente a Buenos Aires, donde publica *Alcándara* en 1925, libro en que van a sintetizarse esas experiencias:

Después de haber volado tanto
Vuelve a su alcándara el halcón.
El halcón es mi corazón
Y la alcándara es este canto.

En este libro se esboza una personalidad, tanto en su actitud espiritual como en los recursos artísticos de que dispone y usa en sus composiciones. Libro juvenil, en él lo sentimental predomina sobre lo intelectual y doctrinario, como que aun su posición espiritual está indecisa. Nótase en él el esfuerzo del poeta por dar forma a las sustancias de su mundo interior, pero esta forma se muestra vacilante. En algunas de sus composiciones hay una evidente influencia de Herrera y Reissig, la que se manifiesta en algunas estrofas de lenguaje rebuscado y artificioso:

.....
deja cenobio y cenáculo
por mi compañía propia
y, en recogida introspectiva
goza mi propio espectáculo.
.....
Rectifica mi egoísmo
la insomne brújula interna
mostrando a mi ruta hodierna
el septentrión de mí mismo.
.....

Alcándara. Parábola del hijo pródigo.

No obstante estos alardes verbales, signos de la superficialidad de un ingenio aun inmaturo, aparecen ya los temas esenciales que pasarán al primer plano en sus obras posteriores. El amor, el dolor, el silencio por una parte, y la noche, el mar y el viento con sus profundas sugerencias por otra, son los grandes asuntos que aparecen ya como motivos concretos de su canto. Estos temas aparecen en *Alcándara* en composiciones muy breves en que el poeta no capta aún lo esencial de las cosas ni de los sentimientos, pero una oscura intuición le está diciendo ya a su conciencia cuál será el camino de su poesía. Véase por ejemplo el poema *Noche*:

Desgreñado de estrellas
Y agobiado de grillos
Se regenera el mundo.

Haraposo de sombras
El mundo se enriquece
De silencio y futuro.

Y un pensamiento blanco
Lentamente fecunda
El cerebro del mundo.

Alcándara, pág. 17.

El poeta desea expresar cuanto le sugiere la noche con su misterio eterno, pero sólo halla estas notas superficiales y figuraciones decorativas que se interponen entre su alma y las cosas, entre su intuición y su conciencia, y que, lejos de traducir su mundo interior, lo ocultan y se lo sustraen. Trece años después, muy otra es su actitud ante la noche:

¿Cuál es la causa de mi angustia
cuando me pierdo entre tus mundos solitarios?

Van empujados por un viento
desconocido hacia países ignorados...

Desde la tierra dolorosa
presiento a veces su clamor desesperado...

Al hombre triste le parece
que son felices, porque siempre están lejanos...

Un soplo de gran poesía cósmica circula por estas estrofas, cuyo germen dormía inexpresado, esperando su hora, en aquellos balbuceos casi infantiles de las primeras composiciones.

Estas comparaciones entre poesías de dos épocas podrían prolongarse, para observar, a la vez que el paralelismo de los temas, la divergencia fundamental que entre ellos establece su posición espiritual y la madurez de su talento.

Con *Alcándara* se cierra —como digo— el primer período de la producción del poeta, período al que sigue un largo silencio, propicio a la reflexión y a la lenta transformación espiritual. Años de retiro y enfermedad, que apartan al poeta de su actividad, y aun de lecturas y estudios, pero por esto mismo fecundos.

Su trabajo espiritual se realizará así en la intimidad y alejamiento de toda distracción exterior. Su preocupación religiosa toma una dirección definida, y se polariza hacia el catolicismo, cuya plena aceptación dará a su alma la deseada paz, “una paz duradera”, según sus propias palabras. Estas meditaciones y experiencias interiores, este deslumbramiento de su encuentro con la revelación, esta transformación de su ser en las oscuridades de su conversión, son la materia de su

extenso poema *El Buque* que se publica a mediados de octubre de 1935. Las palabras que oyó San Pablo en el camino de Damasco, "Saule, Saule, quid me persequeris?", sirven de epígrafe al poema, y aclaran su significación. Algunas de las notas que caracterizan a la Iglesia, el dogma de la Trinidad, y otros puntos de la doctrina, están expresados en forma simbólica, como así también sus experiencias y sentimientos. Cada una de sus estrofas encierra como en cifra una alusión o un símbolo, no siempre de muy clara interpretación, dado lo complejo de los elementos que la integran.

He aquí un ejemplo:

Un estremecimiento
Sube del corazón a la cabeza,
Causado por el viento
Cuya canción empieza
Donde termina la naturaleza.

Parece expresarse aquí la iluminación de la inteligencia por medio de la fe (el estremecimiento que sube del corazón a la cabeza), causada por el Espíritu Santo (el viento), mediante la acción de la gracia sobrenatural (la canción que empieza donde termina la naturaleza). (Acerca de este simbolismo del Espíritu, puede recordarse el versículo de San Juan: *Spiritus ubi vult spirat, et vocem ejus audis, et nescis unde veniat, aut quo vadat; sic est omnis qui natus est ex spiritu.* — JUAN, III, 8.)

Muchas de las estrofas de este extenso canto pueden interpretarse en esta forma, no porque a designio su autor haya querido ocultar un pensamiento conceptual bajo el velo del simbolismo y la interpretación pueda exhumar ese pensamiento, sino sencillamente porque su poesía manifiesta en un modo simbólico las esencias poéticas captadas por su intuición en esa forma.

El Buque puede considerarse como un poema de carácter lírico religioso, es decir un poema en que su autor expresa sus propias experiencias y sentimientos, los movimientos de su alma en el trance de la conversión. Ha sido escrito en liras, la forma estrófica usada en sus poemas místicos por San Juan de la Cruz, y en sus composiciones religiosas por Fray Luis de León. Bernárdez sabe comunicar a esta forma

estrófica una alada ligereza, un encanto sutil que la recorre por dentro, una fluidez y una gracia ligera:

El velero despliega
Su vuelo, por el cielo matutino,
El velero navega
Por el mismo camino,
El velero se va por donde vino.

El Buque, pág. 62.

Después de escrito este poema, la personalidad de Bernárdez se afirma, su mundo poético se organiza y se aclara, el poeta percibe y se pone en contacto con las esencias poéticas que se materializan en sus cantos, de una factura más regular y perfecta. El pasaje de su posición anterior a la actual, está visiblemente manifestado en *Cielo de Tierra*, tanto en la elección de sus temas como en su actitud espiritual al tratarlos. El mismo poeta es consciente de estos cambios profundos:

Yo que tengo la voz desparramada,
Yo que tengo el afecto dividido,
Yo, que sobre las cosas he vivido
Siempre con la memoria derramada.

Yo que fui por la tierra desolada,
Yo que fui bajo el cielo prometido
Con el entendimiento repartido
Y con la voluntad multiplicada;

Quiero poner ahora la energía
De la memoria, del entendimiento
Y de la voluntad en armonía

Con la Memoria que no olvida nunca,
Con el Entendimiento siempre atento
Y con la Voluntad que no se trunca.

Cielo de Tierra, pág. 47.

En este libro emplea Bernárdez los metros clásicos en la poesía española: el endecasílabo y el octosílabo del romance, aunque aun aparecen algunas composiciones de metro libre. Aparece además en este libro una combinación métrica original, compuesta de dos hemistiquios de 9 y 13 sílabas res-

pectivamente, entre los cuales aparece una censura claramente marcada. Véase el siguiente verso:

Necesito estar unas horas
acompañando a Nuestro Señor escondido.

En este verso, que aparece por primera vez en *Cielo de Tierra*, hay un esfuerzo por reducir a una combinación métrica regular el versículo empleado por Paul Claudel en sus cantos. Se diría que en el poeta argentino, a la necesidad de un ritmo se agrega la necesidad de una armonía, que halla el poeta en esa regularidad. No obstante, en este libro, esos versos aparecen con diferente acentuación. En sus libros posteriores, esos versos tendrán sus acentos fijos:

“En la ciudad callada y sola/
mi voz despierta una profunda resonancia.

“Mientras la noche va creciendo/
pronuncio un nombre y este nombre me acompaña.

La Ciudad sin Laura, pág. 11.

En este metro de original combinación halla el poeta un medio admirablemente apropiado para expresar su inspiración.

Cielo de Tierra marca, pues, en la producción de Bernárdez un momento de transición. A composiciones de alto valor poético y humano, se unen en él otras de temas más literarios y artificiosos, vacilaciones y tropiezos del poeta que, si bien revela ya una posición y una personalidad muy definidas, no ha liquidado aún definitivamente los saldos de su pasado literario.

Después de este libro vienen *La Ciudad sin Laura* y *Poemas Elementales*, en los cuales se circunscribe más el repertorio de los temas poéticos alrededor de motivos fundamentales. El primero de ellos contiene un poema de amor. Este sentimiento es el tema de todas sus composiciones, y cada una de ellas nos revela un aspecto o una manifestación determinada del mismo. El amor que transforma la personalidad e ilumina el conocimiento, el amor en sus aspectos más elevados es el que se nos muestra en las tres composiciones de carácter poemático, el romance y los cuatro sonetos que integran este libro de fuerte unidad y carácter. En los poemas más

extensos de este libro emplea el metro 9-13 creado por él. Nótase también el procedimiento técnico de la repetición:

Mientras la noche va creciendo
pronuncia *un nombre* y *este nombre* me acompaña.

No puede haber nada tan fuerte
como *una voz* cuando *esa voz* es la del alma.

Aunque en este caso no pueda quizás hablarse de una influencia directa, se nota una cierta similitud con una característica de la poesía de Charles Péguy:

Nous allons devant *nous*, les mains le long des poches,
Sans aucun appareil, *sans* frabras, *sans* discours,
D'un pas toujours égal, *sans* hâte ni recours,
Des champs les plus presents vers *les champs* les plus proches.

Este procedimiento es abundantemente empleado por Péguy.

Después de *La Ciudad sin Laura* aparecen sus *Poemas Elementales*. A través de todos ellos circula una emoción religiosa, siendo un sentimiento de esta naturaleza el que impregna todos sus cantos. El poeta ha crecido y ha madurado su talento creador. Los elementos de la naturaleza; sus misteriosas fuerzas elementales, el hombre frente al misterio de la vida, del mundo y del más allá y las operaciones divinas para la redención de los hombres, son los grandes temas de sus cantos. En este libro aparecen las mismas modalidades estilísticas de su libro anterior, poemas en versos de 9-13 sílabas y sonetos, pero un mayor dominio del lenguaje y de la forma le hacen alcanzar mayor perfección.

Tal es —vista en conjunto— la obra de este joven poeta argentino, no sólo valiosa dentro del cuadro de la actual poesía argentina, sino valiosa en sí misma, por la calidad de su contenido poético y la belleza de su expresión.

ANTONIO CARLOS MARFANY.

LA NUEVA POESÍA ARGENTINA (*)

Intentar el estudio de la nueva poesía argentina, especialmente en sus últimos representantes, es un trabajo que debe comenzar anticipando algunas limitaciones, pues el fenómeno que se trata de estudiar no está del todo realizado ni ofrece, por contemporáneo, los elementos indispensables para un ceñido enjuiciamiento. Y ya aquí las palabras nos imponen la primera limitación: a lo largo de estas páginas se emplearán a menudo las palabras "nueva" y "joven" para designar la compleja producción poética que en nuestros días está a cargo de hombres jóvenes, "menores de 30 años", para usar la frase de un concurso que ha buscado darles validez de consagración (1).

Tal carácter cronológico tendrá, pues, esta denominación que debe ser necesariamente provisional y reducida, puesto que no quiere abarcar todo el campo de la actual poesía, donde poetas de mayor edad, encasillados ya en otra etapa, trabajan con elementos más nuevos que los manejados por muchos jóvenes. También es menester consignar la advertencia de que este movimiento, aunque parejo en crecimiento y realizaciones, no será considerado como producto de una generación determinada: limitación de comodidad es ésta, para no

(*) Trabajo correspondiente al curso de Seminario de Letras de la Facultad, de 1942, preparado bajo la dirección del titular del mismo, profesor Carmelo M. Bonet.

(1) El concurso *Martín Fierro* que otorgó tres premios desde 1940. El último lo obtuvo María Granata por su libro *Umbral de Tierra*.

enredarse en la discusión, ya larga y abundante, de lo que debe entenderse por generación literaria; en todo caso, la repetición de ese término tendrá el estricto sentido cronológico ya anotado.

Una última advertencia se impone. Muchos, innumerables, son los jóvenes que escriben poesía en nuestro país, sin contar a los que en un casi anonimato trabajan ahincadamente. Pero es necesario seleccionar, aun entre aquellos de fama diaria, por razones de método y objetivo, ya que la norma de este trabajo es exponer la obra de quienes ingresan en nuestra poesía con un estilo o una temática renovados, dejando para otra monografía el estudio de aquellos jóvenes que escriben según los cánones de alguna estética anterior.

Y ya en el terreno, por cierto movedizo y peligroso, del tema a desarrollar, debemos comenzar por una recordación breve de lo que estos jóvenes poetas encuentran en nuestra literatura en el momento de su aparición. Lo anterior, aparte de brindarnos un apoyo para situarlos, constituye la condición de existencia de todo movimiento; pues aunque proclame una decidida beligerancia contra lo anterior, en el fondo —es decir en su aspecto constructivo—, delatará siempre una supervivencia de esos antecedentes, limpios, claro está, de toda la maraña de prejuicios que la testaruda decadencia llama tradición, para mal de esta palabra.

La tradición literaria que los jóvenes comprueban no es larga, pero sí henchida de acontecimientos y sugerencias. Se cumple en el proceso poético la misma norma de ritmo acelerado que constatamos en el desarrollo político-social de nuestro país, desarrollo que permitirá la aparición de una tendencia bien definida y cuyos intentos se han olvidado sistemáticamente.

Lugones y todo el alrededor modernista que irradia la figura de Darío en Buenos Aires a principios del siglo, es el comienzo de este proceso. Entonces puede decirse que la poesía argentina toma conciencia de su trabajo e inicia ese avance sostenido, tenaz, que llega hasta nuestros días. Julio Noé ha escrito una interesante, aunque breve, reseña de este proceso, desde Darío hasta la aparición del ultraísmo (1).

(1) JULIO NOÉ, *La poesía argentina moderna*, en *Nosotros*, Número Aniversario, 219-220, págs. 69 y ss; Buenos Aires, 1927.

Puede constatarse allí una expresa determinación de etapas, que las antologías en general reeditan al agrupar con mayor o menor agudeza a los poetas nuestros de los últimos cuarenta años. Señala Noé la fundación de la revista *Nosotros*, en 1907, como un hecho coincidente con la aparición de una tendencia antimodernista en los poetas de esa hora; tendencia que se manifiesta por un lado como casticista y opuesta al afrancesamiento del modernismo (Banchs, Arrieta, etc.), y por otro como un intento de incorporar el tema local, de barrio, en la poesía (Carriego). Según Noé, este movimiento se disgregaría hacia 1915 en el oleaje de firmas que en esa época inunda el campo literario, época que él caracteriza como una etapa sin escuelas.

Y es verdad: la aparición de Fernández Moreno se anota a menudo como el acontecimiento inicial de algo que se denomina "sencilismo", pero que no se sabe donde termina ni a quienes agrupa. Hay en estas reducciones esquemáticas un vicio de inmovilidad que impide aprehender lo vivo del movimiento. Otorgando a Fernández Moreno la importancia de su estilo y de sus temas en el progreso de nuestra poesía, es posible comprobar cómo la lírica se va afirmando a través de personalidades definidas, de gran empuje, que trabajan según su propia manera (Fernández Moreno, Arrieta, Bufano, Capdevila, Marasso, A. Storni, P. M. Obligado, etc.).

Noé señala una cuarta y última etapa, la del ultraísmo, sobre la que solamente escribe palabras de esperanza, basada en nombres como Borges, González Lanuza, Norah Lange, etc.

Abandonándola, ya que nos ha permitido llegar a 1920, es menester analizar ahora dicha etapa, quizás la más importante de la poesía argentina de este siglo: esa que ha convocado tantas designaciones como firmas en torno suyo y provocado tanta polémica y desconcierto durante diez largos años, como lo demuestran los nombres de "vanguardista", "ultraísta", "neo-sensible", "de la nueva generación" (y hasta "futurista", según muchas gentes no del todo ajenas a la literatura), con los que se conoce este empuje juvenil. Su existencia está vinculada al desborde político-social provocado por la guerra mundial, cuyas repercusiones en nuestro país se manifiestan, al finalizar la segunda década del siglo, en todos los aspectos de la vida social argentina. El "futurismo" italiano y su con-

traparte, el “futurismo” ruso, el “dadaísmo” y el “suprarrealismo” alborotan a Europa. Aquí, la misma insurrección que en otros aspectos proclama la caducidad de ciertas normas (la Reforma Universitaria, por ejemplo), se da en la literatura. Y los jóvenes poetas salen a combatir bajo nuevas banderas: unos levantando el pendón revolucionario de Boedo, otros con el estandarte más o menos ultraísta de Florida.

En 1915 aparece un libro que luego será muy citado y en el que es posible descubrir elementos que la nueva tendencia utilizará aunque su fama se deberá más a la militancia posterior del autor que a la importancia precursora de la obra. Es *El Cencerro de Cristal* de Ricardo Güiraldes, quien lo ha definido luego diciendo: “El Cencerro son muchas zapatetas al aire” (1).

Pero el acontecimiento que se anota como decisivo en la aparición de este movimiento es la llegada de Jorge Luis Borges a Buenos Aires, a fines de 1921. El que en cierta manera habría de dirigir el inminente desborde poético, llegaba de Europa; de Ginebra, ciudad donde pasó los años de la guerra, cuando se incubaba el superrealismo y explotaban las arbitrariedades del dadaísmo; de España, donde militó en las filas del ultraísmo peninsular junto a Rafael Cansinos Assens y Guillermo de Torre. Llega Borges y con Eduardo González Lanuza, Norah Lange, Francisco Piñero y Guillermo Juan publica el periódico mural *Prisma*, “cartelón que ni las paredes leyeron y que fué una disconformidad hermosa y chambona” (2).

En diciembre de 1921 aparece en *Nosotros* un artículo de Borges, considerado como el manifiesto del movimiento y donde se dan los cuatro conocidos principios de la estética ultraísta:

“1º Reducción de la lírica a su elemento primordial: la metáfora.

“2º Tachadura de las frases medianeras, los nexos, y los adjetivos inútiles.

(1) RICARDO GÜIRALDES, *Poesía*, en *Exposición de la actual poesía argentina* (1922-1927), organizada por Pedro Juan Vignale y César Tiempo, pág. VI; Buenos Aires, 1927.

(2) JORGE LUIS BORGES, Nota autobiográfica en *Exposición de la actual poesía argentina*, pág. 93.

“3º Abolición de los trebejos ornamentales, el confesionalismo, la circunstanciación, las prédicas y la nebulosidad rebuscada.

“4º Síntesis de dos o más imágenes en una, que ensancha de ese modo su facultad de sugerencia” (1).

Los años siguientes están jalonados de publicaciones que, con mayor o menor ortodoxia, definen esta tendencia. Se publican revistas como *Proa* (primera época) en 1922; *Inicial* en 1923; *Proa* (segunda época) en 1924; y *Martín Fierro*, periódico que alcanza los 40 números y llega a ser la verdadera tribuna de la “nueva generación”. Los libros más característicos, aquéllos cuyas composiciones se acercan más a la estética ultraísta, son pocos. Podrían citarse *Fervor de Buenos Aires* (1923) y *Luna de Enfrente* (1925) de J. L. Borges; *Prismas* (1924) de Eduardo González Lanuza; *La calle de la tarde* (1925) y *Los días y las noches* (1926) de Norah Lange. En cambio, muchos son los nombres que aparecen rodeando al grupo renovador, siguiéndolo con más entusiasmo por la insurrección que aplicación a los principios, y dando obras que sirven para definir a excelentes poetas, libres de academismo, y cuya persistencia es índice de su personalidad.

Hacia 1926 comienzan a publicarse las antologías y exposiciones donde ellos tienen un lugar: empieza a cerrarse el ciclo. En 1927, Borges publica en *Nosotros* un artículo donde escribe: “No creo en la general poesía de hoy; creo sí en las realidades poéticas que están en libros o en páginas o en renglones de Paco Luis Bernárdez, de Ricardo Molinari, de Norah Lange...” (2). El artículo trae una “postdata” donde niega la existencia de las escuelas de Boedo y Florida y pretende, irónicamente, establecer una correlación de la poesía con los barrios porteños. Ha llegado el momento del inventario, de la dispersión de las búsquedas personales. La “nueva sensibilidad” ha dejado de ser bandera para convertirse en algo así como un vago aire de familia que poco a poco irá desvaneciéndose hasta desaparecer.

Ésta es la trayectoria de la llamada escuela de Florida,

(1) JORGE LUIS BORGES, *Ultraísmo*, en *Nosotros* Nº 151, pág. 466 y ss., Buenos Aires, 1921.

(2) JORGE LUIS BORGES, *Páginas sobre la lírica de hoy*, en *Nosotros*, número 219-220, pág. 75 y ss.; Buenos Aires, 1927.

la que agrupó a todos aquéllos que buscaron especialmente la renovación formal de la poesía. Pero en Buenos Aires, opuesta y paralelamente, se desarrolló otra tendencia: la escuela de Boedo. *Extrema Izquierda*, *Los Pensadores*, luego *Claridad*, *Campana de Palo* fueron las publicaciones periódicas donde este grupo, cultor de la novela y el cuento más que de la poesía, expuso su estética de marcado corte realista y revolucionario. Álvaro Yunque, Gustavo Riccio, Juan Guijarro, Roberto Mariani, Elías Castelnuovo, Leónidas Barletta, son los hombres más representativos de esa escuela. Son poetas y escritores militantes, muy influenciados todavía por la literatura anarquista —tan pujante a fines de siglo—, aunque ya algunos empezaban a orientarse según la concepción marxista. El grupo de Boedo está directamente condicionado en su desarrollo por el proceso político y social del mundo y del país. La revolución rusa de octubre de 1917 y el desarrollo del movimiento obrero argentino inspiran su tendencia, decididamente “proletaria” en sus comienzos, y le dan los temas preferidos. Su credo estético afirma la ineludible correspondencia entre la vida y el arte, es decir que niega las concepciones del “arte puro” y del “arte por el arte”, oponiéndole el realismo del arte tendencioso en su más exacta acepción: no desprecian la metáfora pero la subordinan al asunto y la composición. Álvaro Yunque, en su libro *La literatura social en la Argentina*, sintetiza agudamente las tendencias de ambas escuelas: “. . . los de Boedo querían transformar el mundo y los de Florida se conformaban con transformar la literatura. Aquéllos eran “revolucionarios”. Éstos, “vanguardistas” (1).

Boedo sigue el mismo proceso de desintegración que Florida aunque por otros motivos. Las luchas políticas dividen y reagrupan a sus hombres. La declinación del anarquismo aísla a los pocos escritores de esa tendencia; la escisión del socialismo, hace que los más jóvenes de sus filas ingresen en el Partido Comunista y se orienten hacia nuevas formas del arte social; otros abandonan la tendencia revolucionaria o la literatura.

La liquidación de este poderoso impulso renovador es ya

(1) ÁLVARO YUNQUE, *La literatura social en la Argentina*, Apéndice, pág. 323; Buenos Aires, 1941.

definitiva hacia 1930. Muchos son los que callan en ambos bandos, y los que insisten, lo hacen aisladamente, con arreglo a sus propias normas. Sus obras, en general, denuncian un retorno a los elementos formales que la "nueva generación" había negado tan rotundamente, aunque ostentaban una más depurada persistencia de la metáfora como elemento fundamental del poema. En este sentido puede decirse que los principios del ultraísmo no caducan, sino que, por el contrario, alcanzan equilibrio y validez al perder su tiranía y su extremismo normativo. La métrica vuelve por sus fueros y se alía con un lenguaje poético más ceñido y libre de retórica.

Así como Florida fué un vicio de extremismo formal, Boedo lo fué políticamente; aquélla pecó por su excesivo apego a un arte deshumanizado y exclusivamente formalista; ésta por una ingenua concepción del arte social y su desprecio por todo lo formal. De ambas escuelas quedó la experiencia y una decena de escritores directamente salidos de sus filas. (Hay aquí una referencia limitadísima, pues no se incluye a todos los contemporáneos de ese movimiento: muchos son los que han poetizado durante ese tiempo rozándolo apenas. Es el caso de Nalé Roxlo, por ejemplo, cuyo libro *El Grillo*, aplaudido por Lugones en 1923, está tan lejos del ultraísmo ortodoxo y cuya militancia es tan notoria en *Martín Fierro*, en cuyas páginas hay muchos epitafios con sus iniciales.)

Hacia 1930, un grupo de jóvenes cuyos comienzos datan de dos o tres años antes, pretende crear un movimiento de renovación poética. Se llaman a sí mismos la "novísima generación" e intentan realizar una transformación que, según su criterio, los "neo-sensibles" frustraron con su excesiva beligerancia. Son partidarios del pacifismo en literatura, de la conciliación de generaciones y enemigos de "camarillas y retóricas fijas" ⁽¹⁾: una especie de alianza, muy vaga por cierto, entre Florida, Boedo y la vieja generación. Su eclecticismo, la vaguedad de su orientación y sobre todo la ausencia real del movimiento, reducen el intento a la simple aspiración de unos pocos. Porque, en verdad, esa "novísima generación" no existe: hay tan sólo unos cuarenta nombres a quienes Arturo Cambours Ocampo reúne en su colección *La novísima*

(1) ARTURO CAMBOURS OCAMPO, *La novísima poesía argentina*, pág. 6; Buenos Aires, 1931.

poesía argentina. De todos, apenas la mitad había publicado libro y sólo cuatro o cinco persisten. Prematura fué la colección y vano el esfuerzo.

En los diez años siguientes se puede comprobar, aparte de los poetas de la vieja generación que siguen escribiendo, el valor de la obra de quienes no acataron el silencio de la "nueva sensibilidad", como Bernárdez, Gironde, González Lanuza, Norah Lange, Ledesma, Marechal, Ricardo Molinari, Nalé Roxlo, etc.; la de aquellos que rectifican el rumbo de Boedo como Raúl González Tuñón, José Portogalo, Juan L. Ortiz; y la aparición y tanteo de muchos jóvenes de muy diversa orientación estética.

No existe en todo ese tiempo un movimiento organizado, aunque es posible encontrar preferencias estéticas que demuestran la vigencia de ciertos poetas máximos de la lírica universal. Rimbaud, Rilke, Valery, Pablo Neruda, Huidobro, son leídos y ejercen influencia sobre la última promoción de poetas argentinos. La visita de García Lorca a nuestro país y la revolución española atraen su atención sobre la lírica peninsular y hacen familiares los nombres de Alberti, Salinas, Altolaguirre, Cernuda, Hernández, etc.

Alrededor del año 1940, esta nueva marea poética alcanza alturas que denotan su importancia. Comienzan a publicarse libros donde es posible advertir una semejanza de temas y estilos tomados directamente de esos poetas máximos. La soledad, la muerte, la infancia son temas aprendidos en Rilke, cuyas obras (*Cartas a un joven poeta* y *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, especialmente) se ponen furiosamente de moda entre la gente joven, y también en O. W. de Lubicz Milosz cuyos poemas son traducidos en 1941 por L. Z. D. Galtier. Pablo Neruda les da todo ese mundo de minuciosidad destructiva que ostentan los dos tomos de *Residencia en la Tierra*, así como su estilo tan característico. El surrealismo incorpora en estas obras su preferencia por el mundo de los sueños, por ese tratamiento que podríamos llamar nocturno de la realidad. Los españoles de la última generación, al reivindicar la riqueza inagotable del siglo de oro, inclinan a los jóvenes poetas argentinos al estudio y asimilación de los clásicos castellanos: el soneto y los versos endecasílabos vuelven a adquirir el prestigio un poco disminuído por la arremetida

“neo-sensible”, junto con una renovación de los temas mitológicos.

Éste es el tono general de la nueva poesía. Los diarios y las revistas literarias comienzan a mostrar los nombres recientes que al poco tiempo se reunirán en sus propias publicaciones periódicas.

Pero la verdadera manifestación de vida, el reconocimiento expreso de este nuevo movimiento, lo encontramos en la institución del premio trienal *Martín Fierro*, creado en 1939 por un grupo de escritores de la “nueva generación” para poetas menores de 30 años. Bajo el signo del combativo periódico de quince años antes, esos escritores rinden así su homenaje a los nuevos poetas y promueven una febril actividad. El trabajo silencioso, la búsqueda afanosa de nuevas formas, encuentran el acicate necesario y los nuevos libros concurren a la lucha del concurso, cuya sanción tendrá la virtud de una consagración. J. L. Borges, E. González Lanuza y Luis E. Soto componen el jurado que, por primera vez en 1940, otorga el premio *Martín Fierro* a uno de estos jóvenes poetas: Juan Rodolfo Wilcock por su *Libro de Poemas y Canciones*. El autor tiene 21 años y su obra es, expresamente, una obra de adolescencia. Estas palabras sirven para definir el contenido del libro premiado: “. . .el tema de este libro es el propio poeta, su facilidad y dificultad amorosa, sensitiva y, al fin, intelectual. Se podría decir que es la pasión poética del mundo, el encantamiento de existir, el deslumbramiento que ejerce el espectáculo de la naturaleza, creado por el propio poeta en el derroche emocional de un intenso final de adolescencia” (1). El paisaje de bosque y río, rodeando con su inmutable serenidad el acontecimiento espiritual del adolescente, mientras las nubes y el viento pasan majestuosos, nos hacen recordar el ambiente de las églogas clásicas. En Wilcock se advierte que la forma, la riqueza de imágenes, es en mucho superior al contenido poético. Su dominio del verso es muy grande, según lo demuestran los endecasílabos de las canciones y los sonetos. Entre todas las composiciones, el *Primer Poema* es el más característico, no sólo por el planteamiento lírico y el manejo de los versos de 15 sílabas, sino por el con-

(1) A. FERNÁNDEZ OBIETA, *Wilcock, poeta de la juventud*, en *Argentina Libre*, Buenos Aires, 28 de noviembre de 1940.

tinuo desborde y enlace de las imágenes. El mundo poético de Wilcock se agota cumplidamente en esta obra.

En 1940, Miguel Ángel Gómez, Eduardo Calamaro y Julio Marsagot editan la revista *Canto*, donde se afirma la existencia de una nueva generación poética argentina y se “sostiene un programa ambicioso y plausible” (1) que pretende “para nuestro país una poética que recoja su aliento, su signo geográfico y espiritual”. En realidad, el grupo de *Canto* no consigue realizar sus pretensiones. Hay demasiada diversidad de “aliento” en los poemas de sus colaboradores como para que el empuje de esta revista se manifieste organizadamente, aunque es indudable la existencia de una sensibilidad común, producto del ambiente cultural y las lecturas en vigencia. *Canto* publica dos números y desaparece.

En 1941, el premio *Martín Fierro* se otorga por segunda vez. Enrique Molina (h.), por su libro *Las cosas y el delirio*, es el poeta premiado. Lo más característico de esta obra es la personalidad del autor, la densidad de un lirismo que se desborda sostenidamente, sin altibajos, como una cosa espesa que está allí, viva, moviéndose, girando, trascendiendo perfumes, formas, colores, en oleadas con un ritmo de melancólico abandono. En *Las cosas y el delirio*, Molina describe un mundo terrestre pero tocado por una celeste permanencia, donde el poeta se inclina sobre la muerte como una dulce flor sobre el agua, sujeto al milagro de las estaciones, al cruel suceso de las sombras nocturnas, a la repentina transformación de los objetos cotidianos. El poeta, abandonado al lento y devorante río del delirio, se descubre a cada momento y se contempla disgregado, sumergido en la flotante realidad de las cosas que se alargan como el ritmo de los versos, que se mezclan de pronto o establecen entre sí un misterioso intercambio. Ese gesto “adorable” —para usar una palabra que aparece repetida a menudo en sus poemas—, determina la actitud de toda su poesía. Frente a la realidad circundante, Molina muestra un abandono enamorado, una ligazón casi fatal de su ser con las materias elementales. Y de esa conjunción, dominada por una terca obsesión de la muerte, surge una poesía cargada de sugerencias, de visiones extrañas, pero

(1) HÉCTOR P. ACOSTI, *Sobre una nueva generación de poetas*, en *Orientación*, Nº 155; Buenos Aires, 13 de junio de 1940.

nunca caótica. Hay como una norma que se impone a esa transformación y rige todos los detalles del proceso con una lucidez de hombre, jamás misteriosa, nunca divina. La muerte no es aquí otra cosa que un sencillo acontecimiento poético, sin solemnidad religiosa, sin cielo ni infierno. El ambiente así determinado, el clima mortal, gobierna su mundo como una tranquila presencia telúrica, cuya fuerza somete las flores, los sueños, los huesos, los retratos, el agua, los amantes, a una misma y graciosa descomposición. La muerte es un constante retorno de las cosas a la naturaleza. Y sus muertos resurgen en la lluvia, en la hierba, atravesando sombras húmedas, vitalizando piedras, cenizas, cristales. La infancia, el amor, los sueños, son los temas de su obra. En ella no es posible descubrir una influencia determinada: "No estamos acostumbrados ni mucho menos a enfrentarnos con un primer libro tan desasido como éste de las influencias en vigor, tan urgido por acentos personales. . ." (1). Lo que ocurre es que en Molina toda la poesía de hoy adquiere un tono propio; se funden, se mezclan las influencias: hay como una síntesis de todo el trabajo poético contemporáneo. Desde los temas (debe notarse, como muy bien aclara L. E. Soto, que no se trata de los temas a la manera tradicional), desde los temas hasta los ritmos empleados, todo ostenta el sello de una muy personal asimilación. Por último, en Molina, al contrario de Wilcock, se nota un mayor equilibrio de formas y contenido, más profundidad lírica que facilidad de versificación.

Los dos premios *Martín Fierro* tienen la virtud de empujar a toda esta generación a la conquista de un puesto en la poesía de hoy. En Buenos Aires aparece la revista *Huella* donde colaboran Enrique Molina (h.), César Fernández Moreno, Miguel Ángel Gómez, J. M. Castiñeira de Dios, Daniel Devoto, Roberto Paine, Basilio Uribe, Rodolfo Wilcock, A. Ponce de León, etc. Wilcock funda y dirige *Verde Memoria*, revista de poesía y crítica. César Fernández Moreno edita las colecciones *Agua Clara*, *Ramo Verde* y los *Cuadernos de Fontefrida* que incluyen las obras de los jóvenes. En el interior del país, los poetas nuevos también buscan el camino de la renovación y el afianzamiento de la lírica argentina.

(1) LUIS EMILIO SOTO, *El primer libro de Enrique Molina, en Argentina Libre*; Buenos Aires, 19 de marzo de 1942.

Por su parte, la corriente revolucionaria, nacida organizada en Boedo, sigue buscando su expresión. El trabajo es más arduo para esta tendencia, que se impone a sí misma un objetivo social determinado. Tres nombres ya conocidos encabezan el grupo. Raúl González Tuñón, que participó al principio en el movimiento de la "nueva generación", para retomar luego las directivas de Boedo y buscar empeñosamente las formas auténticas de una poesía revolucionaria argentina, es el más destacado. Su obra múltiple y de muy diverso valor acusa, especialmente en sus últimas manifestaciones, la manera de Maiacovski, el gran poeta soviético. José Portogalo, iniciado según las formas de la poesía mal llamada "proletaria" y cuyo libro *Tumulto* provocó el conocido escándalo, busca en los últimos trabajos una expresión lírica más depurada: lo demuestra su último libro ⁽¹⁾. Juan L. Ortiz, poeta entrerriano, es posiblemente el más personal y recatado de esta tendencia. Su última colección de poesías ⁽²⁾ señala su intento de realizar una fusión de lo social con el personal lirismo, hecho de una leve ternura, expresado en un estilo que bien podría llamarse intimista si no trascendiera la fuerza colectiva que lo sostiene.

Al lado de estos poetas, que desde el punto de vista cronológico no podrían incluirse entre los jóvenes, hay toda una nueva promoción, cuya obra aun carece de la seguridad necesaria. La tradición revolucionaria de la poesía argentina no ha sido investigada aún. Álvaro Yunque ha demostrado con sus dos últimos libros que nuestra poesía social (patriótica, civil, proletaria) existe y, buena o mala, exige una dedicación crítica.

Para que esta relación, forzosamente limitada —y dentro de lo limitada, fragmentaria—, abarcara el panorama total de nuestra poesía joven, hubiera sido indispensable una incursión por las provincias argentinas. Razones de todo orden impiden que un trabajo personal realice esto que exige una tarea previa: la acumulación del material disperso, base indispensable para un orgánico estudio de las múltiples direcciones estéticas de la nueva poesía. Será posible descubrir entonces que, por debajo de las modas, hay una empeñosa búsqueda de expresión poética nacional.

JUAN ENRIQUE ACUÑA.

(1) JOSÉ PORTOGALO, *Destino del canto*, Ed. Problemas; Buenos Aires, 1942.

(2) JUAN L. ORTIZ, *La rama hacia el este*, Ed. AIAPE; Buenos Aires, 1940.

BIBLIOGRAFÍA

HISTORIA

P. FR. VICENTE DE CENITAGOYA, *Los Machiguengas, Contribución para el estudio de la etnografía de las razas amazónicas*. Lima, Sanmartí y Cía., S. A. Impresores [1943].

Con los aborígenes del Perú oriental ha ocurrido un hecho que explica el poco interés que su estudio ha despertado entre los cultores de las "ciencias del hombre". Toda la curiosidad científica parece haberse volcado en torno a las magnas culturas de la costa y la "sierra". La magnitud de su arquitectura, la magnificencia de sus artes manuales —cerámica, metalurgia, tejidos—, la facilidad de su recolección, dado el gran número y riqueza de los yacimientos, en la totalidad del mundo andino; el prestigio de su remota antigüedad y de su reconocible estratigrafía, para las de la costa, y de la cuidada organización estatal, reflejada en las páginas brillantes de la Crónica, para lo incásico, todo, en fin, ha contribuído para crear esta preferencia de las culturas de la "montaña", obscurecidas, en el interés y en el recuerdo por el complejo cultural andino.

Es recién de pocos años a esta parte que ha comenzado a organizarse, más sistemáticamente, la investigación en torno de aquellos aborígenes orientales ocultos en la laberíntica maraña de la selva amazónica. Allí hacen su vida nutriéndose de la caza, de la pesca, de la recolección y de su agricultura incipiente, al margen de los principales afluentes del Alto Amazonas, viviendo —con excepción precisamente de los Machiguengas, que primitivamente preferían la vivienda aislada— en pequeñas aldehuelas o en vastas casas comunales. Es ésta una vida parva en recursos, peligrosa, difícil. Los animales de la selva, las fiebres y los peligros cercan al hombre, sin contar con su más tenaz y feroz enemigo, el hombre mismo, representado aquí por el cauchero.

Estos pequeños focos de población aborígen han sido estudiados, por lo general, por investigadores europeos antes que por los estudiosos americanos. Ya lo tengo dicho en otra parte: el americanismo

es flor tardía en tierras de América. Y aunque los hombres de la nueva tierra toman temprano conciencia de su radical diferencia con los europeos, el estudio científico de América comienza —especialmente en lo que se refiere al hombre aborigen— como una disciplina estrictamente europea y es sólo de fines del siglo pasado su adquisición por parte de los estudiosos de este Continente.

Por ello, no es de extrañar que, dentro de la pobre literatura científica referente a esa zona, los principales nombres sean el de un francés, que pese a su insoportable fatuidad y necesidad constante de *faire de l'esprit*, trae atisbos más tarde corroborados por obras más serias (PAUL MARCOY, *Voyage a travers l'Amérique du Sud, de l'Océan Pacifique a l'Océan Atlantique*. 2 vols.; París, 1869), o el de un sajón, etnógrafo y no viajero como el anterior, pero que, sin embargo, incurre en más de una ocasión en errores de interpretación o de captación de la realidad etnográfica realmente inadmisibles (WILLIAM CURTIS FARABEE, *Indian Tribes of Eastern Peru* en *Papers of the Peabody Museum of American Archæology and Ethnology*, Harvard University; Cambridge Mass., 1922), o de un germano que, pese al mérito de haber adoptado —para el Perú oriental— el método cartográfico que creó Frobenius para las culturas africanas y que Nordenskiöld introdujo para las americanas, no deja de desbarrar alguna vez, especialmente en cuanto a poblaciones con las que —como las de los Yaguas— sólo tuvo contacto ocasional. (GUNTHER TESSMANN, *Indianer Nordost-Perus, Grundlegende Forschungen für systematische Kulturkunde*, en *Veröffentlichung der Harvey-Bassler Stiftung*; Hamburg, 1930).

Naturalmente, el autor del libro que comentamos no utiliza ninguno de los autores citados. En realidad no utiliza —o al menos no se transparenta de su escritura— a ningún autor. Su material no son los libros sino la realidad viva, los machiguengas, a los cuales ha evangelizado, a lo largo de los ríos Urubamba y Madre de Dios, durante muchos años, en sus andanzas de misionero de la orden de Santo Domingo de Guzmán, a la que pertenece. Con ello no ha hecho más que seguir las actividades de predicación evangélica y de estudio de los nativos que, antes que él, entre otros estudiosos dominicos, han verificado el P. José Pío Aza, en lo referente al idioma, y el P. José María G. Grain en lo referente a sus usos y costumbres y a su patrimonio cultural. Más aún es justicia decir que los estudios practicados por miembros de esa Orden entre machiguengas, campas, piros y otras tribus del Perú oriental —aunque no hayan sido realizados, siempre, con un propósito etnográfico—, constituyen una aportación seria para el conocimiento de los aborígenes de esa remota región peruana. Buena prueba de ello es, sin duda, la propia revista de la orden, titulada *Misiones Dominicanas del Perú*, con su cuarto de siglo de existencia, la cual, especialmente en estos últimos años, intercala, con abundancia creciente, informaciones preciosas respecto de usos, costumbres, leyendas y folklore de los nativos, habitantes de la extensa zona sujeta a la supervisión eclesiástica de los dominicos.

Si bien las observaciones del P. Cenitagoya no están tintadas de información etnográfica previa, ni aparecen apoyadas en el conocimiento menudo de la bibliografía técnica correspondiente, su conocimiento de primera mano del material humano a que se refieren les concede una importancia que sería injusto desconocer. Por mucho que los machiguengas hayan sufrido ya la aculturación blanca, que se manifiesta para ellos —como para el resto de los indígenas suramericanos en mayor o menor proporción—, como un verdadero flagelo, no es menos cierto que estos aborígenes mantienen, todavía, un gran número de elementos culturales primitivos, que la observación del conocedor puede, aún, desentrañar de su actual estado de bastardeamiento. El carácter pacífico de estos conglomerados humanos —tan opuesto a las manifestaciones belicosas de otros indígenas del oriente peruano, tales como los jíbaros y los huitotes—, ha permitido el estudio pormenorizado de sus costumbres y hasta la recolección de algunas de sus leyendas. A este último respecto debemos hacer notar, sin embargo, que entre las que el P. Cenitagoya narra se encuentra la referente al origen de algunas plantas, y especialmente de la yuca, que ha sido últimamente recogida por un antiguo residente entre los machiguengas, el señor Fidel Pereira y anotada por él, con observaciones que demuestran su eficaz conocimiento de la región y de sus habitantes (FIDEL PEREIRA, *Leyendas Machiguengas*, en *Revista del Museo Nacional*; t. XI, núm. 2, págs. 240-244; Lima, segundo semestre de 1942). Esta última versión es mucho más elaborada que la primera.

En resumen la obra del P. Cenitagoya, que viene a compendiar muchos años de observación directa, es una interesante aportación al conocimiento del grupo ya muy reducido y aculturado de los machiguengas. Dada la parvedad de la bibliografía existente acerca de las tribus del oriente peruano, ese interés se acrecienta.

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.

•

PAUL FEJOS, *Archeological explorations in the Cordillera Vilcabamba South-eastern Perú*, en *Viking Fund, Publications in Anthropology, Number Three*; New York, 1944.

La presente publicación responde, como las anteriores de su misma serie, al propósito de revelar al mundo científico las actividades de los estudiosos patrocinados por la Fundación Viking, creada por la munificencia del millonario sueco Axel L. Wenner Gren. En el volumen que comentamos, el Profesor Fejos explica las exploraciones arqueológicas a que se dedicó en la zona de la Cordillera de Vilcabamba y que dieron como resultado el reencuentro de media docena de nuevos yacimientos importantes, amén de algunos lugares

más pequeños, de terrazas aisladas y de sectores antes desconocidos, de caminos incásicos.

Desde las publicaciones primeras que el Profesor Fejos hizo, acerca de estos descubrimientos, en periódicos de Lima —especialmente en *El Comercio*— fué claramente advertible, para el especialista, que el Profesor Fejos no lo era. La comparación entre la minucia y fidelidad de la observación, el análisis acucioso de los datos acumulados, el rigor didáctico manifestado al ir desentrañando las complejas manifestaciones del patrimonio cultural de los Yagua, que le mostraban como un etnógrafo peritísimo, y la forma poco profundizadora con que realiza su estudio arqueológico es sintomática. Aquéllas son condiciones de excepción que no se revelan en esta obra que comentamos, en la que, desgraciadamente, no se ha superado mayormente la superficialidad de las primeras observaciones periodísticas.

Naturalmente esto no significa que la obra carezca de valor. La región en que los hallazgos han sido efectuados, es, de por sí, demasiado interesante para que ello pudiera ocurrir. Geográficamente es lo que los peruanos denominan, con expresiva gracia, el comienzo de la "ceja de montaña", es decir, allí donde comienza a presentarse, con su profusión vegetal característica, el bosque semitropical que se extenderá, luego, ininterrumpidamente, por toda la enorme extensión amazónica, constituyendo una valla casi impenetrable. Ese bosque invasor es suficientemente denso, en ocasiones, como para cubrir ciudades enteras, del porte y magnitud de Machu Picchu. En efecto, gracias a ese protector manto vegetal la "ciudadela de los Incas", como Hiram Bingham la llamó literariamente, permaneció oculta —y, por lo tanto, libre de depredaciones— hasta casi el momento de los estudios sistemáticos a que ese investigador norteamericano se libró, con la ayuda de un escogido número de especialistas. De la misma manera, ha sido el bosque el que ha mantenido encubiertas, hasta nuestros días, estas otras ruinas. Por ello, como en el ya clásico caso anterior, el Profesor Fejos ha tenido, como primera tarea en el terreno, la de desbrozarle de malezas. Pero ese esfuerzo, sólo superable con dinero y paciencia, le ha concedido la ventaja inapreciable de poder trabajar yacimientos prácticamente vírgenes.

Otro rasgo que aproxima a Machu Picchu a los nuevos yacimientos es la absoluta similitud en el tratamiento de la piedra y en el estilo arquitectónico. La piedra pequeña, trabajada en bloques canteados, así como la forma trapezoidal de puertas, ventanas y nichos, denuncia claramente el origen incásico —que la mayoría de los autores están acordes en conceder a Machu Picchu— y que casa bien, además, con los rastros de caminos incásicos, encontrados en las adyacencias.

De todas estas ruinas, las más importantes son las de Phuyu Pata Marka y de Choquesuysuy, según la nomenclatura del Profesor Fejos.

Contra ella ha protestado, a mi juicio con razón, el señor Luis A. Llanos, comisario arqueológico de los yacimientos de la zona, en un trabajo en el cual reduce a sus verdaderos términos la originalidad presunta de estos encuentros y la designación exacta que les corresponde. (LUIS A. LLANOS, *Las Ruinas de Ccorihuayrachina*, en *Revista del Museo Nacional*, t. XI, núm. 2, págs. 233-239; Lima, segundo semestre de 1942).

En el primero de estos yacimientos —en Phuyu Pata Marka según Fejos, o en Ccorihuayrachina según Llanos— uno de los elementos más interesantes es el conjunto de las seis fuentes o depósitos de agua, descendentes, que se escalonan, simétricamente, sobre la ladera, al lado de un gran canal colector de desagüe. Es ya conocida, desde la época de las publicaciones de los expedicionarios de la Universidad de Yale, la importancia de los sistemas de aguas de Machu Picchu. Este nuevo hallazgo ratifica y amplía lo ya sabido sobre el particular.

Si la ascensión a Machu Picchu es fatigosa, pues la prolongada cuesta se hace cada vez más ríspida a medida que se asciende, qué no ha de decirse de la que lleva hasta el nuevo yacimiento que acabamos de mencionar. En el primer caso, se trata de una penosa jornada de una hora de marcha extenuante. En el segundo, de cuatro horas y media de ininterrumpida subida a caballo o a lomo de mula, en una ladera de gradiente mucho más abrupta que la anterior. He verificado ambas, más de una vez, y la comparación que efectúo es el resultado de mis propios recuerdos: desde Machu Picchu el valle por el que serpea el río sagrado se ve, allá abajo, en la honda sima; desde el nuevo yacimiento es Machu Picchu quien queda abajo, como un pequeñísimo punto blanco, casi imperceptible, en medio de la sábana verde del bosque y, mucho más abajo todavía, apenas si se alcanza a divisar un breve trozo del valle con el brillo metálico del agua como un hilo harto sutil.

Estos nuevos hallazgos tienen, en mi opinión, una importancia fundamental. La de demostrar lo que todos presentíamos: que Machu Picchu no es un resto único, un “milagro” arqueológico, sino un exponente, desde luego excepcional, de todo un vasto conjunto de construcciones, que limitaban el área sudeste del imperio incásico, y a las que la selva amazónica ha devorado. Su restitución al conocimiento científico ha de ser la labor de los arqueólogos del mañana.

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.

JOHN DAY, *An economic history of Athens under Roman domination*.
Columbia University Press, 1942 (págs. XI-300).

La riqueza y diversidad de las literaturas griega y latina explican la amplitud en que pueden desenvolverse los estudios de filología clásica con que las generaciones de investigadores procuran llegar

a un conocimiento cada vez más preciso de las realidades históricas expresadas por los autores que escribieron en esas lenguas. Es así como un profesor de griego y latín puede ser autor de un importante estudio histórico como el presente y proporcionar con él, no sólo una valiosa contribución a la historia antigua, sino también una ayuda de consideración para la lectura de los autores griegos y latinos de esa época. El autor, "assistant professor" de griego y latín en el Barnard College de la Universidad de Columbia, sigue las huellas, como lo expresa en su prefacio, del conocido autor de la *Historia social y económica del imperio romano* y de la *Historia social y económica del mundo helénico*, de quien confiesa haber recibido valiosas sugerencias; y la dirección, aun ocasional, de una autoridad como la del profesor Rostovtzeff bastaría para abonar la seriedad del trabajo, si no fuera fácil comprobarlo con una ojeada aun superficial.

A capítulo inicial, en que se describe el estado económico de Atenas en el siglo III, perjudicado por la dominación macedónica y la pérdida de los mercados exteriores, sigue el estudio de las condiciones determinadas por el comienzo efectivo de la dominación romana en 196 bajo el engañoso nombre de la liberación de Grecia declarada en los Juegos Istmicos por Flaminio. "The first decades of the second century —concluye el autor— were a period of recovery from the depression of the third century, and were to be followed by renewed prosperity in the years following the acquisition of Delos" (pág. 49). Sigue el estudio de las formas y causas de esta renaciente prosperidad, considerablemente ayudadas por dicha anexión de Delos a Atenas, dispuesta por Roma para combatir el poderío económico de Rodas. El importante volumen del comercio de Delos aumentó todavía con la toma de Corinto, la destrucción de Cartago y la formación de la provincia romana de Asia, haciendo de esa isla el principal centro de comercio con el mercado italiano. Se señalan luego las importantes consecuencias sociales y políticas que tuvo para Atenas el cosmopolitismo derivado de su participación en la intensificada vida comercial de Delos, esto es, la formación de una oligarquía mercantil favorecida por Roma, que acabó por provocar una reacción popular anti-romana favorable por lo tanto a Mitrídates, y causa del desastre del año 87 cuando Sila tomó y saqueó la ciudad.

Las consecuencias de este desastre y los daños ocasionados por las guerras civiles romanas desde Sila hasta Augusto, son estudiadas después partiendo de diversas referencias como las de Polibio, Sulpicio, Horacio (*vacuas Athenas*) que aluden a la decadencia de la ciudad, pero que el autor reduce a sus justos límites teniendo en cuenta su carácter literario. Los capítulos siguientes estudian la situación de Atenas bajo los emperadores y el lento mejoramiento de las condiciones económicas, sobre todo en tiempos de Adriano, nombrado en algunas monedas de entonces *Restitutor Achaiae* y cuyo programa de reconstrucción es analizado minuciosamente, para continuar con una reseña de la decadencia de la ciudad hasta el siglo V,

cada vez más separada del mundo occidental. El libro concluye con una importante nota sobre la población de Atenas deducida de la interpretación de fuentes concretas de información como el censo de Demetrio de Fálero, las listas de efebos, la constitución del senado, etc.

La seguridad y extensión de su información, la minuciosa y prudente interpretación de los diversos datos, la claridad de su exposición, a pesar de la densidad del contenido, hacen de esta obra un libro que honra su autor y la institución a que pertenece, y que, aparte de su valor como obra de investigación histórica, constituye una ayuda de primer orden para los lectores de muchos autores como Tito Livio, Polibio, Arriano, para no citar muchos otros que ocasionalmente se han referido a la Atenas de ese tiempo.

ENRIQUE FRANÇOIS.

B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la historiografía española*. Tomo I. Hasta la publicación de la Crónica de Ocampo. Madrid, publicaciones de la "Revista de Filología Española", 1941.

En el caudal de la producción historiográfica es frecuente hallar el ensayo monográfico destinado a resolver el problema que plantea una determinada fuente, cuyas noticias interesa aceptar o rechazar con fundamento sólido; en cada período se encuentran diversos casos de esta especie que obligan un día al historiador a agotar su análisis para pesar con exactitud su valor testimonial. Sin embargo, no siempre este tipo de estudio conduce a caracterizar el valor historiográfico de una obra, para lo cual es menester ahondar en otros aspectos de su estructura que exceden la mera significación documental. Esta labor exige del investigador otras calidades y no abundan los ejemplos, quizá, en parte, porque se trata de un género de preocupaciones relativamente moderno.

Para que la investigación historiográfica se desarrolle es necesario, sin embargo, que estén a mano los repertorios o inventarios mediante los cuales se haga posible la observación del panorama completo de la producción de una época o de un tipo especial. Es ejemplar, en este sentido, el conocido manual de Fueter para la historiografía moderna, aun con las limitaciones que puedan señalarse, resultado de su carácter de primer esfuerzo más que de la calidad del autor. Pero la misión que cumple ese libro para el período que estudia no la llena ningún otro para otras épocas, ni por la vastedad de la información ni por la minuciosidad —a veces excesiva— de su clasificación.

Para la Edad Media, el vacío es más grave aun por circuns-

tancias especiales; en efecto, muchas de las obras representativas de la historiografía moderna pertenecen, por otros conceptos, a la historia de la literatura o de la filosofía, y de un modo u otro han sido estudiadas alguna vez en esos campos; las de la Edad Media, en cambio, corresponden estrictamente al terreno acotado de la ciencia histórica y apenas es posible tener de ellas sino muy sucintas noticias; de ese modo, es urgente, en el estado actual de la investigación, una labor de inventario que posibilite su examen a la luz de un criterio historiográfico como el postulado por Croce, esto es, pesquisando la concepción de la vida histórica que subyace en ellas.

Cumple, en parte, esta misión el libro recientemente aparecido de Sánchez Alonso, celoso investigador del que ya conocíamos sus *Fuentes para la historia española e hispano-americana*.

Se propone en este trabajo ordenar el material historiográfico correspondiente a España, sin pretender —él lo confiesa— reemplazar la labor de la investigación monográfica que debe agotar el estudio de cada obra particular. Su propósito es más humilde pero no menos útil; se trata de enumerar las abundantes crónicas e historias que ha producido el genio español, estableciendo un principio de sistematización y definiendo cada autor y cada obra por sus características más notables. Aborda en el tomo que ahora sale a la luz el tema de la historiografía medieval —acaso el más difícil— y cumple en esta misión una labor valiosa de organización y caracterización.

No podría decirse del trabajo de Sánchez Alonso que constituye un esfuerzo de interpretación personal; él mismo insiste en que no ha sido ese su propósito. Cuando tiene que caracterizar un autor o una obra, prefiere acudir a los trabajos —si los hay— que hayan agotado el estudio y resumir sus conclusiones, reemplazándolas, en caso contrario, con sus propias observaciones; pero no se puede dejar de elogiar el tino con que elige las notas más destacadas en cada caso y la precisión con que ubica al lector frente a cada una de ellas. En cambio es fruto de su personal interpretación el criterio de clasificación por géneros y ciertos enfoques de la totalidad del panorama historiográfico en los que resalta la seriedad y agudeza con que se ha detenido frente a las obras fundamentales.

En el volumen que ahora sale a luz, Sánchez Alonso realiza un esfuerzo de información nada frecuente. Los ensayos parciales no abundan y gran parte de las obras examinadas plantean gravísimos problemas sobre los cuales no es fácil expedirse y a los que Sánchez Alonso trata con encomiable cautela y seguridad. De ese modo, tan sujetos a revisión como puedan estar a la luz de futuros trabajos algunas de sus afirmaciones, su libro es ya fundamental para los que estudian los problemas de la historia de la historiografía y los de la historia de España.

Sánchez Alonso divide la producción historiográfica medieval

española en cinco períodos, cuyo estudio hace preceder de una visión de conjunto de la historiografía clásica. Destaca en esta introducción cuanto le interesa para establecer luego la filiación de la historiografía medieval y no faltan en ella algunas observaciones interesantes para reconstruir la línea del pensamiento histórico. Hecho esto, comienza a analizar cada una de las etapas que establece dentro de la producción medieval.

El inventario y análisis del período visigodo es breve y jugoso. Allí es donde interesa más el problema de las vinculaciones con la historiografía clásica y Sánchez Alonso las señala con breve exactitud. Y frente a San Isidoro o a San Julián, su caracterización es segura y fina.

Al tratar la producción del período que él limita entre la invasión musulmana y la época de Alfonso el Sabio, distingue entre la de origen cristiano y la de origen musulmán. Digamos al pasar que esta última está sujeta a revisión —sobre todo en el período anterior al siglo XI— después de la aparición del estudio de Sánchez Albornoz *En torno a los orígenes del feudalismo*, en cuyo tomo II plantea el problema de las fuentes árabes con nueva y más clara luz. Pero, en general, su ordenación es minuciosa y útil, y, en la parte dedicada a los autores cristianos, de sólida estructura.

El problema de los capítulos siguientes es menos escabroso. Algunos de los autores —recordemos a Pedro López de Ayala, por ejemplo —han sido objeto de minuciosos estudios en algunas, al menos, de sus facetas y Sánchez Alonso, sin perjuicio de esbozar más de una observación personal, puede limitarse a puntualizar las notas más significativas que han sido señaladas por los diversos especialistas.

En el transcurso de cada capítulo, se observa cierta reiteración del esquema clasificador. La historia general y la nacional, la de sucesos particulares y la religiosa, los libros biográficos y de viajes, son los tipos en los que Sánchez Alonso ve moldearse, en general, el pensamiento historiográfico y prefiere disgregar la obra de cada autor para amoldarla dentro de ese esquema. De este modo, el conjunto de la producción historiográfica aparece provisto de un sentido, cuya línea puede seguirse a lo largo del tiempo. Quizá en algún caso resulte objetable o corregible el plan, pero no puede negarse que se intenta, por primera vez, introducir un orden en el conjunto del fondo historiográfico medieval español. El esfuerzo es importante porque los intentos de comprender a fondo su significado —en el campo de la historia de las ideas— sólo pueden ser posteriores a la formación de un repertorio bien establecido, como éste cuya realización comienza ahora Sánchez Alonso.

JOSÉ LUIS ROMERO.

ROGER CAILLOIS, *El hombre y lo sagrado*. Versión española de Juan José Domenchina. Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1942.

Roger Caillois, en una obra de atrayente fluidez, procura traer un rayo de luz que ilumine el misterio de las relaciones del hombre con lo divino y plantea una dialéctica de lo sagrado como resultante de la lucha de dos principios antitéticos: uno inmóvil, estático, que brega por el mantenimiento del orden cósmico y la estabilidad social, y una fuerza libre, el devenir, que en su demoledor avance engendra vida. Su dialéctica se resuelve en una sociología de lo sagrado, en un diseño del doble esfuerzo que el hombre realiza en su constante lucha contra el cambio para mantener el orden del universo y renovar sus energías cuando desfallece o amenaza ruina.

Su posición frente al problema es objetiva, y antes de formular la teoría analiza algunas constantes en la actitud del hombre frente a lo sagrado y en la representación que éste se hace de las fuerzas que le infunden religioso temor, pero que aspira dominar. Para el autor el punto de partida debe ser la experiencia vivida, pues, si bien lo sagrado sólo toma verdadera significación según una escala social, el individuo, como integrante de la sociedad, es directamente sensible al valor de lo sagrado. Por esta razón inicia el estudio con una descripción de los distintos aspectos y apariencias de lo sagrado, tal como se presenta a la conciencia ingenua, para luego determinar la esencia que sustenta su realidad.

La preocupación inicial del autor es limitar el dominio de lo sagrado, primer paso hacia una concepción religiosa del mundo. Lo sagrado, nos dice, es una categoría, un dato inmediato de la conciencia, cuya naturaleza solo puede determinarse en función de su oposición con lo profano. Ambos términos se definen el uno por el otro, oposición vívida y palpitante como la vida misma, que no puede ser reducida a los símbolos abstractos del lenguaje humano. Lo profano es el dominio del uso común donde el hombre puede ejercer su actividad sin restricciones; por el contrario, "lo sagrado representa una energía peligrosa, incomprensible, difícilmente manejable, eminentemente eficaz". En ella cifra el hombre toda esperanza de prosperidad y de socorro, pero también de ella emanan las cala-

midades que lo amenazan. Fuerza terrible y deseable, temida y bienhechora, que es por esencia indivisible, encontrándose íntegramente en cada parcela del objeto sagrado, siempre pronta a descargarse sobre el mundo circundante con una extraordinaria contagiosidad.

Ambos mundos, perfectamente individualizados, deben permanecer separados el uno del otro. Toda relación directa entre ellos sería catastrófica, porque el mundo sagrado en su contacto con lo profano tendería a derramarse o diluirse a riesgo de perder o malograr su fuerza, mientras lo profano desea siempre asimilarse esta energía de la que necesita para sobrevivir, aún desafiando el peligro de degradarla y aniquilarse a sí mismo. He aquí la razón por la cual un complicado sistema de ritos y prohibiciones regulan las relaciones entre los dos mundos, por una parte acciones positivas que trasmutan las características de lo sagrado y lo profano, y por otra, actos de efecto negativo que procuran mantener a cada uno dentro de sus respectivos límites impidiendo la calamidad de que se pongan en contacto en un momento inoportuno.

Una vez analizados objetivamente los límites del dominio de lo sagrado y lo profano, Roger Caillois enfoca el problema de la naturaleza de lo sagrado desde un doble punto de vista, objetivo y subjetivo. Lo sagrado, de acuerdo al primero, se caracterizaría por las complicaciones del culto y las prohibiciones místicas que regulan las relaciones del hombre con el mundo sagrado, a fin de que se mantenga en todo su rigor el orden cósmico que, para el creyente, está sustentado por el correcto funcionamiento de la cosa social. El orden se mantendrá incólume si se evita toda mezcla de principios activos, de manera que las propiedades de los seres y cosas no se cambien ni trasfundan. Por esta razón toda oposición, ya sea natural o social, da origen a normas destinadas a mantener intactos los principios antagónicos que representan, evitando la contaminación nefasta de las propiedades. Las acciones sagradas, por otra parte, no tienen como único destino conservar la estabilidad del cosmos; también se las utiliza para restaurar el orden alterado por actos extraños o para recrear fuerzas perdidas en el trascurso de la existencia. Esta es la misión positiva del culto.

Pasando luego a considerar lo sagrado desde el punto de vista subjetivo, el autor pone de manifiesto, como cualidad esencial de lo sagrado, su carácter ambiguo, cualidad que lo identifica frente al mundo de lo profano. Mientras este último es dominio de cosas por esencia inmutables, el mundo sagrado lo es de energías, de fuerzas que pueden orientarse indistintamente hacia el bien o hacia el mal. Dada la naturaleza energética de lo sagrado sus cualidades son eminentemente móviles, intercambiables y equívocas. Pureza e impureza, las dos categorías que califican lo sagrado, definen, en un choque y trasmutación constante de sus respectivas características, el juego íntimo de la vida religiosa. Por ello no afectan de modo

exclusivo determinados objetos o estados, sino que pueden atribuirse alternativamente a una misma cosa. La fuerza religiosa en estado latente es cualitativamente ambigua, provoca sentimientos ambivalentes en que se funden el deseo y el temor, pero al transformarse en acción lo hace en un solo sentido. Entonces, o se manifiesta pura, es decir saludable, fuerte irresistible en su intensidad, o bien impura, síntoma de muerte y enfermedad. Pero, precisamente por su ambivalencia tiende a disociarse, y, disociada, su ambigüedad primera "se resuelve en elementos antagónicos y complementarios, con los cuales asociamos respectivamente las sentimientos de respeto y aversión". Es lo divino y lo diabólico que se oponen, pero sin olvidar que lo divino encierra un sentimiento de religioso temor y lo diabólico algo de magia seductora.

No se quiere decir con esto, continúa Caillois, que lo puro y lo impuro sean idénticos en esencia; por el contrario, permanecen entre sí radicalmente hostiles. En un extremo las fuerzas que ritman la armonía de la naturaleza, en el otro las fuerzas de la muerte y de la destrucción, y respondiendo con estos dos "límites extremos y antagónicos, que representan bajo sus diversas formas la santidad y la condenación, lo esencial de sus funciones aparece en seguida determinado por un doble movimiento: la adquisición de la pureza, la eliminación de la mancha" (pág. 35). La unidad fundamental de lo puro y lo impuro no está en la esencia de sus principios, sino en su actitud frente a lo profano, al que se opone indistintamente. Ambos producen exactamente el mismo efecto sobre las cosas profanas: las hacen intocables, prohibidas, las consagran. El mundo de lo profano es como una zona neutra que ofrece igual resistencia a los dos polos de lo sagrado y esta resistencia estimula fuerzas del mal y del bien, sin poder atribuir permanentemente a una su dominio, sino que se alternan y reemplazan.

Pero esta oposición no se establece exclusivamente entre el mundo de lo sagrado y lo profano, sino que "los tres elementos del universo religioso, lo puro, lo profano y lo impuro, manifiestan una notable aptitud para ligarse de dos en dos contra el tercero... cada uno de estos dos términos, oponiéndose al otro, sitúa automáticamente junto a este último esa especie de nada activa que constituye lo profano" (pág. 61). He aquí la dialéctica de lo sagrado tal como la desarrolla Roger Caillois.

La lucha entre las fuerzas antagónicas y los vaivenes de sus respectivos principios, manifestados en la dialéctica de lo sagrado, rige las vicisitudes de la vida del cosmos. Lo puro es el principio de cohesión, la fuerza centrípeta que preside la armonía vigorosa y triunfante del cosmos y la sociedad. A lo impuro se le imputan, por el contrario, los elementos de disolución que engendra toda transgresión en la sucesión normal de los fenómenos y en el mecanismo político y religioso.

El autor identifica el antagonismo bipartito de los principios

sagrados a una dicotomía semejante en todos los órdenes del universo, inclusive las relaciones de la vida social. Tal dicotomía se manifestaría, a este respecto, tanto en las formas sociales tribales, en que dos fratrias antagónicas y de idéntica organización se complementan por el sistema de las prestaciones totales, como en las civilizaciones, donde la división del trabajo ha originado dos poderes igualmente opuestos y complementarios, el poder real y la sumisión de los súbditos. Ambas formas de organización social representarían la rivalidad fecunda de dos polos energéticos que se complementan, de dos conjuntos, simétricos o no, de cosas y seres, cuya suma abarca toda la naturaleza y la sociedad. A la bipartición de la sociedad corresponde una clasificación de los elementos del cosmos que se atribuyen particularmente a cada una de las partes como dominio propio. He aquí identificados los principios sociales con los elementos cósmicos y en consecuencia una asimilación de todas las trasgresiones al orden social, determinadas por el juego de lo puro y lo impuro, a la alteración del orden y la estabilidad cósmicos. “En uno y otro caso la virtud consiste en permanecer dentro del orden, quedarse en *su* sitio, no disponer de lo prohibido” (pág. 106) y conservar así, en lo que de uno depende, la estabilidad del orden universal.

Pero hay un momento dado en la vida de las sociedades, continúa el autor, en que la estabilidad es violada, en que las prescripciones se suspenden y se aprueba, en cierto modo, la licencia. Esto ocurre cuando el tiempo, desgastando los engranajes del mecanismo universal, deja que la naturaleza y el hombre languidezcan. Se hace necesario entonces un acto positivo que recree las fuerzas perdidas y restaure en el cosmos y en la sociedad el orden violado. Tal misión cumple la fiesta que es, por esencia, efervescencia creadora, verdadero paroxismo que pone en libertad las potencias energéticas reprimidas, quienes, rebasando al individuo, oponen una explosión intermitente al sereno fluir de la labor cotidiana. La fiesta es la concentración de la sociedad pletórica de vida que se opone al período de dispersión, en que los lazos sociales languidecen y las tradiciones se debilitan. Para Roger Caillois, es un paroxismo místico que representa al caos engendrador del universo; fuente prístina, donde el cosmos, desgastado por el devenir iría a absorber nueva vida, como en la creación primera. La vuelta al caos presupone dar rienda suelta a las potencias reprimidas por las prohibiciones místicas y la transgresión y el sacrilegio serán la orden del día. Pero una vez que el exceso y el desenfreno han regenerado los principios vitales hay que encadenar nuevamente el caos a las leyes naturales y sociales. Lo sagrado de reglamentación sucederá a lo sagrado de infracción; el curso normal de la vida social sucederá al paroxístico. Orden y desorden reinan sucesivamente en los vaivenes de la sociedad. El primero, domina la fase estática, profana, el período de labor; el segundo,

el período de renovación, de éxtasis, en que el hombre comulga con lo divino, se renueva con la naturaleza y se engendran nuevos seres.

Pero a medida que la sociedad se hace más compleja los períodos de éxtasis, de fiesta, pierden su importancia. Cada vez es menos posible una interrupción *total* de todas las actividades públicas en el mismo momento, y es por esto que la alternativa de las frases estáticas y paroxísticas se hace menos notable. El desarrollo de la civilización tiende a nivelar los acontecimientos sociales de manera de no perturbar con cambios bruscos el desarrollo de la actividad social. Lo sagrado pasa entonces a ser de incumbencia de un grupo especializado que celebra los ritos en bien del estado pero en la soledad. Este nuevo mecanismo de lo sagrado, que separa el culto del cuerpo del estado, traerá, en su oportunidad, el divorcio entre lo temporal y lo espiritual. Entonces perderá importancia el culto nacional y nacerán los cultos universales, donde la religión importa al hombre y no a la colectividad. La relación del hombre y la divinidad se realizará mediante una comunicación íntima de criatura a creador, y la mística invadirá el dominio del culto. Lo sagrado dejará de ser una manifestación exterior para hacerse una manifestación subjetiva.

A partir de esta concepción, lo sagrado, como expresión, se empleará para designar no ya lo propiamente religioso, sino todo aquello que se consagra, que se resigna, que se sacrifica como un valor supremo. "Entonces es sagrado el ser, la cosa o la nación por la cual el hombre interrumpe toda su conducta, lo que no consiente en discutir, ni permite que sea objeto de burlas ni bromas, lo que no renegaría ni traicionaría a ningún precio" (pág. 152). Lo sagrado implicará "compromiso incondicional de la persona", "ascetismo", "espíritu de sacrificio", aunque éstos no estén precisamente orientados por un dogma religioso, sino simplemente por un principio capaz de producir un estado de éxtasis, de misticismo, que pueda llevar en el plano social, a la formulación de dogmas y a la organización de un culto. He aquí la forma, según Caillois, de poder determinar en cada caso lo sagrado y lo profano.

Esta subjetivación del sentimiento de lo sagrado está ligada, para nuestro autor, a la emancipación intelectual del individuo. Lo sagrado tomará entonces nuevas formas y su contenido dejará de ser mítico para objetivarse en un ser o causa a la que se le da la categoría de *fin supremo* y a quien se le consagra lo mejor y más valioso de la personalidad. El espíritu liberado de sus trabas ya no se preocupa por defender el orden regular del orbe ni por su rejuvenecimiento. Sin embargo lo sagrado renace, como el ave Fénix, "cada vez que un valor se impone como *razón de vida* a una comunidad e incluso a un individuo, porque entonces se revela rápidamente como fuente de energía y foco de contagio" (pág. 155). Lo sagrado no consistirá ya en la afirmación de un orden natural y social, sino en la del ser, y lo profano será su claudicación. Pero lo sagrado en su transformación no ha perdido la ambigüedad fundamental. A un lado y otro

de la vida profana “el mundo temido de las grandes conquistas, el mundo bendito de las grandes renunciaciones, cada uno consagrado por el mismo desdén hacia el destino actual, por la misma insatisfacción esencial a la que sólo la muerte pondría fin” (pág. 157).

El autor expresa a continuación, que no es su propósito trazar una metafísica de lo sagrado, sino hacer resaltar que el antagonismo de lo sagrado y lo profano se identifican, en cierta medida, con el juego cósmico que compone un *devenir* o historia mediante el balanceo o el impulso de los principios antagónicos que se combinan: estabilidad y variación, inercia y movimiento, gravedad e impulso, materia y energía. La vida es duración, devenir, pero el durar no es sólo metamorfosis, sino también desgaste vital, “solidaridad de la muerte con la vida, de la resistencia que procura paralizar todo impulso y el impulso que se esfuerza en aniquilar toda resistencia, pero que se agota por su propio éxito, por el hecho de que al desarrollar su acción, engendra al mismo tiempo la fuerza que lo frena” (pág. 158).

“Lo profano debería definirse, concluye el autor, como la constante búsqueda de un equilibrio, de un justo medio que permita vivir en el temor y la prudencia, sin exceder jamás los límites de lo lícito, contentándose con una dorada mediocridad que evidencia la conciliación precaria de dos fuerzas antitéticas que sólo aseguran la duración del universo, neutralizándose a medias recíprocamente” (pág. 150). Todo escape, en un sentido o en otro, a este mundo de estabilidad tan precaria, abre las puertas del mundo de lo sagrado. “Lo sagrado es lo que da la vida y lo que la arrebató, la fuente de donde emana, el estuario donde se pierde. Pero es también lo que en ningún caso podría poseerse al mismo tiempo que ella” (pág. 159).

Toda la obra de Roger Caillois está impregnada de los principios de la escuela sociológica de Durkheim y, como él mismo lo manifiesta, al formular su teoría se ha propuesto coordinar los resultados de esta escuela. Basta recorrer ligeramente la bibliografía que ha servido de fuente a su información para advertir que los elementos de juicio de que ha dispuesto responden a una única tendencia, y de allí que sus conclusiones adolezcan, como todas las de la referida escuela, de cierta unilateralidad en la apreciación integral de los hechos, pues lleva en sí un punto único de vista asentado sobre una idolatría de lo social y una superestimación de la influencia de la sociedad en la formación de la vida espiritual, en detrimento y hasta con anulación de la persona humana. Por otra parte, si bien es cierto que en la vida religiosa se advierte una verdadera antítesis entre lo profano y lo sagrado, el autor, en el deseo de afirmar su tesis, fuerza alguna vez los hechos haciendo una elección especializada de ellos o generalizando demasiado sus conclusiones. Tal cosa se puede advertir cuando desarrolla su idea sobre la dicotomía social de las tribus como origen de las prohibiciones y prescripciones religiosas, olvidando que el sistema clasificatorio totémico y de prestaciones totales, no ha sido comprobado como válido para todas las regiones

y civilizaciones de la tierra. Concepción unilateral que se acentúa aún más al referirse al significado de las ofrendas, sacrificios y ascetismo a los que, con un marcado materialismo histórico, interpreta como uno de los aspectos del *do ut des*.

Pero el punto más vulnerable de la obra de Roger Caillois está en la última parte de la exposición de su teoría, donde, con ese exceso de generalización a que nos hemos referido, asimila lo sagrado, que es sentir esencialmente religioso, a los fines supremos de la comunidad laica y aún del individuo, fundando su conclusión en un argumento en cierto modo arbitrario: el marcado desdén e insatisfacción de ambos, lo sagrado religioso y lo sagrado laico, por el destino actual.

PALMIRA ADELA BOLLO.

LETRAS

G. M. A. GRUBE, *The drama of Euripides*. London, Methuen and Co., 1941 (págs. VIII - 456).

El autor, conocido ya por un serio estudio sobre el pensamiento platónico (*Plato's thought*), hace en este libro un detenido análisis de la obra del trágico griego, que merece señalarse como una importante contribución al conocimiento más preciso de la técnica dramática y de las intenciones del poeta.

La obra está dividida en dos partes. En la primera, justamente preocupado por la estrecha relación entre el arte y la vida contemporánea que caracteriza la literatura clásica griega y, en especial, la literatura dramática cuya influencia en la vida de su tiempo "can be compared only to that of modern movie" (pág. 4) como dice, con el realismo característico de la crítica inglesa, el autor comienza por recordar las dificultades que debe superar el lector moderno para llegar a una adecuada comprensión de un autor griego, con una clara noción de la difícil misión que incumbe a la filología clásica, pues dice bien "It is sometimes forgotten that even the world's best Greek scholar cannot hope to recapture more than a part of the associations which the simplest words had for an Athenian of moderate education" (pág. 15). Los dos capítulos siguientes se dedican a mostrar esta adecuación con el de su tiempo del pensamiento de Eurípides, principalmente en lo que atañe al empleo de las leyendas mitológicas, a su relación con los acontecimientos contemporáneos, y en lo referente a los dioses, donde el actor se enfrenta con la cuestión del ateísmo de Eurípides. Después de analizar la idea de dioses en el pensamiento ateniense, el autor se rehusa a considerar el poeta como un negador de su existencia, aunque reconociendo que su intención es siempre provocar a la reflexión, agrega "A man who could so poig-

nantly express doubt and despair in matters of religion cannot have been a satisfied worshipper of the Olympians; but neither can he have been a satisfied atheist" (pág. 61). Los procedimientos dramáticos de Eurípides son estudiados después en varios capítulos en los que se discute lo relativo a los prólogos, epílogos, así como los monólogos cuyo empleo particular fué muchas veces objeto de juicios desfavorables para el poeta; la unidad de los dramas, las escenas episódicas y la actuación de los coros. Aunque favorable en general a Eurípides, a quien justifica de muchas críticas, el autor no incurre en deliberada parcialidad, como puede deducirse de esta conclusión referente a las digresiones filosóficas que frecuentemente se censuran: "A careful examination of all passages concerned —they are, in fact, not very numerous— will show that if he allows himself to be carried away by a current of thought, that current always originates in the action and is pretty closely linked to it" (pág. 98).

La segunda parte de la obra, dedicada al análisis particular de cada una de las dieciocho tragedias subsiguientes, comprende, como es natural, la mayor parte del libro. De lo dicho más arriba puede inferirse que este análisis es principalmente interno, por lo que se refiere al movimiento dramático de las obras, y psicológico en lo relativo a los caracteres de los personajes considerados a la luz de las ideas religiosas, morales y políticas de la sociedad ateniense contemporánea. Es aquí donde cobran toda su importancia y donde puede apreciarse el alcance de ciertos juicios que datan de la misma antigüedad, como la expresión de Aristóteles que califica a Eurípides "el más trágico de los poetas" y la opinión de Sófocles de que él representaba a los hombres como debían ser, mientras que Eurípides los representaba como eran. Ya que aquí no es posible aludir en detalle a cada uno de esos análisis, baste mencionar el de una de las tragedias más importantes, calificada justamente como "perhaps the greatest of all extant plays" (pág. 177) y cuyo verdadero sentido pone de relieve el autor, en oposición a la impresión superficial que para muchos lectores, poco preocupados de la vida antigua e influídos por las tendencias pasionales de las literaturas modernas, puede hacer de Fedra el personaje más importante de la tragedia. Sin desconocer el valor poético de la figura de la desdichada reina, el autor la reduce al papel que tiene de instrumento de Afrodita recordando que Hipólito es "not only the chief character in the drama but one of the supreme achievements of the dramatist" (pág. 195), pues como interpretación más psicológica y humana, según la moralidad de la época, es una nueva víctima de la *hybris* que determinaba las catástrofes de los héroes de las antiguas tragedias. En efecto, Hipólito es víctima de lo excesivo de su concepto de la vida que lo lleva a una negativa y perniciosa incomprensión de lo humano, pues en el arte griego y sobre todo en la tragedia es de donde proceden conceptos como el de Herder de que "cuando el genio que nos dirige no es un genio humano, nos convertimos en flagelo del propio género hu-

mano". Bien concluye pues el autor al decir de Hipólito "It is not because he is a virgin, but because he makes a cult of virginity, because he refuses to face and recognize the power of love, because he cut himself off from life itself, that he is betrayed into artificiality, preciousness, tactlessness and complete lack of understanding both towards Phaedra and Theseus" pág. (196).

ENRIQUE FRANÇOIS.

LAURENCE RICHARDSON JR., *Poetical theory in republican Rome*. New Haven, Yale University Press, 1944 (págs. XII-173).

Es uno de los trabajos que periódicamente elige y publica el "Committee on undergraduate prize essays" de la Universidad de Yale. El autor se propone, como reza el subtítulo, discutir analíticamente los breves poemas narrativos en hexámetros escritos en latín durante el siglo I a. C. por los poetas del grupo llamado comúnmente de los *neotéricos* presidido e inspirado por P. Valerius Cato, y procura "to reconstruct the theory and the consecutive history of theory which lay behind Roman poetry in the first century before Christ, and to understand the components and proportions of artistry" (pág. 16). Así enunciado y delimitado su propósito en un primer capítulo de introducción histórica, estudia después la forma y estructura del *Peleus* (LXIV de Catulo), y del *Ciris*, *Culex* y *Moretum* de la *Appendix Vergiliana*, haciendo resaltar, por medio de un minucioso análisis de sus partes, la cuidadosa gradación y la estrecha correspondencia de los cuadros y escenas que caracterizan la rigurosa composición de esos poemas. El detenido análisis de cada uno está ilustrado luego por diagramas que resumen eficazmente la discusión y confirman, hasta visualmente, conclusiones como ésta, que se refiere al *Peleus* de Catulo: "We must, then, conclude that ever recall, every repetition of word and idea, has been carefully calculated and the desired effect tempered to its greatest delicacy; this is the work of an accomplished craftsman, as conscious in the composition of phrases and verses as in his subject, cheating not the slightest detail of the attentions of his best work" (pág. 65). A continuación, y fundado en los análisis precedentes, el autor procura formular la teoría poética de esa clase de poemas, tomando como base la conocida división de Aristóteles de las partes de la tragedia, reducida a las cuatro principales de la fábula, caracteres, elocución y pensamiento (*Poética* VI), y encuentra que la técnica poética narrativa de dichas obras "adhere closely to those codified in the Aristotelian principles and that the writers, in their sensitivity to the heightened art of the drama, employed such stringent restriction as would, in the organization of a dramatic form, benefit the work artistically" (pág. 96); pero que a esta conformidad con los principios generales de Aristóteles se agregan

normas estructurales y artísticas que caracterizan esta escuela de nuevos poetas.

Los capítulos precedentes se completan con uno dedicado a las *Bucólicas* y *Geórgicas* de Virgilio, detenidamente analizadas en la composición, tanto de sus partes como de su total, de acuerdo con los resultados de la discusión anterior, y los detallados esquemas de cada uno de esos poemas ponen bien de manifiesto el notable equilibrio de sus partes y la preocupación artística tanto de Virgilio como del público de conocedores a que estaban destinados. La obra concluye con una apreciación literaria de los diversos poemas tratados, donde se destaca la importancia de esa escuela en la literatura latina, pues "the poetry of the Neoterics is a fragment of something incredibly larger, a closely unified fragment, it is true, and an especially rich one; but the problem has its roots firmly in tradition and stretches its branches into the future" (pág. 173), puesto que con esta tendencia artística se relaciona el pasado con el poema de Lucrecio, y el futuro con la *Eneida*.

ENRIQUE FRANÇOIS.

FILOSOFÍA

FRANCISCO SÁNCHEZ, *Que nada se sabe*. Buenos Aires, colección "Camino de Santiago". Editorial Nova, 1944.

De este libro apareció hace ya bastantes años una traducción española en la Colección Gil Blas de la Biblioteca Renacimiento; agotada hace ya tiempo, ha sido buen acuerdo reeditarla y mantener así al alcance del lector una de las no muy numerosas obras de precio con que la mente hispánica ha contribuido a la filosofía moderna. En este caso la traducción no sólo sirve, como ocurre de ordinario, para salvar una dificultad idiomática, sino que constituye casi el único medio para aproximarse al libro, porque las ediciones latinas son muy difíciles de hallar: la primera se publicó en 1581, y otras tres sucesivamente en 1618, 1636 y 1649. No sé que haya, fuera de esta castellana, otra versión que la portuguesa de Basilio de Vasconcelos, inserta en la *Revista de Historia*, que dirigía el insigne erudito portugués Fideino de Figueiredo, donde también se dió el texto original.

Francisco Sánchez nació a mediados del siglo XVI. Largamente se ha disputado sobre su nacionalidad, sosteniendo unos que era la portuguesa y otros la española; testimonios documentales de él mismo parecen definir la cuestión en favor de España ("Ego, Franciscus Sanchez, Hispanus, diocesis Bracarensis, insignitus sum laurêa baccalaureatûs" (noviembre de 1573). "Ego, Franciscus Sanchez, Bracarensis diocesis, accepi gradum licentiatuæ" (abril de 1574). "Ego, Franciscus Sanchez, Hispanus, diocesis Bracarensis, accepi gradum doctoratus" (julio de 1574). La ambigüedad procedería de que nació en la ciudad gallega de Tuy, que en aquella época dependía en el orden eclesiástico de la diócesis portuguesa de Braga. Bien pronto se trasladó a Francia, proba-

blemente a causa de las persecuciones, pues era de raza judía. Estudió en Burdeos, en el famoso Collège de Guyenne, frecuentado años antes por Montaigne, instituto de señalado espíritu moderno, en cuyo profesorado había hallado eco la reforma luterana. A los diecinueve años viaja a Italia, donde estudia en diversas universidades durante cuatro años. En 1573 está de regreso en Francia y termina sus estudios en la Facultad de medicina de Montpellier, en la que a poco de graduarse obtiene una cátedra a la edad de veinticuatro años (1574). Poco después se establece en Tolosa: allí practica la cirugía y es profesor regente de la Facultad de Artes, enseñando en ella filosofía a lo largo de veinticinco años; desde 1610 fué profesor en la Facultad de medicina de la misma Universidad. Falleció en Tolosa, en 1623, a la edad de setenta y tres años (1).

La obra de Sánchez ocupa un puesto de distinción en una de las direcciones más importantes para la constitución del pensamiento moderno, la que afronta el problema de los métodos del conocimiento. El ocaso de la concepción medieval implicaba el fracaso de un método; el Renacimiento y el siglo XVII se preocupan afanosamente por hallar un método nuevo que sea el instrumento adecuado para la restauración del saber. Toda la primera etapa de la Edad Moderna se caracteriza por la constante presencia de este tema. Aunque el libro de Sánchez destaca sobre todo los aspectos negativos de la cuestión, la insuficiencia de los recursos puestos en práctica hasta su tiempo, no faltan en él sugestivas indicaciones de índole constructiva, y aun se abren paso en sus páginas algunas profundas intuiciones que acusan la singular perspicacia del autor (2).

Incidentalmente, porque no pertenecen a la materia central de la obra, conviene recordar por tocarnos tan de cerca unos pasajes de este libro más citado que leído; pasajes que contienen unas apreciaciones sobre la inteligencia americana sumamente curiosas, sobre todo si atendemos a que el libro fué publicado en 1581 y escrito algo antes. Este fragmento, que he reproducido hace años y en más de una ocasión, dice así:

“Ejemplos de todas estas cosas verás si lees las historias; no obstante, traeré algún ejemplo singular.

¿Qué hubo más esplendoroso en letras que el antiguo Egipto y la antigua Grecia? ¿Qué más fértil en el culto de los dioses? ¿Dónde más ilustres varones, ya en cualesquiera ciencias, ya en las armas? Hogaño no hallarás allí museo ni ídolo ni varón insigne.

(1) Datos extraídos del excelente trabajo de J. Cruz Costa, *Ensaio sôbre a vida e a obra do filósofo Francisco Sánchez*. Universidade de São Paulo. Boletins da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras, Nº 1. São Paulo, 19 2.

(1) Ver mi art. “Fausto, Sánchez, Descartes”, en *La Nación*, 6 de junio 1937, reproducido en el libro *Sobre la historia de la filosofía*. Universidad Nacional de Tucumán, 1943.

En Italia, en Francia, en España ni por sueños había entonces un doctor; lo eran todo Mercurio y Júpiter. Ahora siéntanse aquí las Musas y habita Cristo entre nosotros.

Y en las Indias, ¿cuánta ignorancia no reinó hasta hoy? Ya, ahora, hácense poco a poco más religiosos, más agudos, más doctos que nosotros mismos”.

FRANCISCO ROMERO.

WALTER BROECKER, *Aristóteles*. Frankfurt am Mein, Klostermann, 1935.

La actualidad de Aristóteles y el influjo que, desde las últimas décadas del siglo pasado y en las que van corridas del presente, ha venido adquiriendo su pensamiento son en gran parte, y más allá de la natural pervivencia histórico-filosófica de la doctrina de los clásicos de la filosofía, consecuencia de una interna necesidad especulativa, cifrada en el renacimiento de la metafísica, en el replanteo de su problema bajo el impulso de una apetencia por lo esencial. Nos referimos a la incitación que es la filosofía aristotélica para la problemática viva del filosofar contemporáneo, y no a esa tarea exegética que, dentro del marco de una supuesta interpretación canónica, se da exclusivamente a elucidar y concordar textos y pasajes con fines extra-filosóficos.

Explicar a Aristóteles en función de una necesidad filosófica afirmativa es la única manera de que su pensamiento se reactualice viviente y fecundo en nosotros. El reclamo de Hegel de que se debe conocer a Aristóteles y traducirlo en nuestro propio modo de pensar no podía tener otro antecedente que aquella exigencia. Éste es el verdadero alcance de estas palabras suyas: “Lo mejor hasta ahora es lo que tenemos de Aristóteles. Hay que tomarse el trabajo de conocerlo y traducirlo a nuestro uso idiomático, a nuestro modo de representar y de pensar; lo que, sin duda, es difícil.” Traducir el pensamiento de Aristóteles a la forma mental de un idioma, a sus posibilidades especulativas vernáculas es repensarlo en profundidad. La misma necesidad de actualizar la filosofía aristotélica, retomando y continuando su interrogar en la dinámica de nuestro propio pensar y sus direcciones, ha sido formulada por Heidegger en sus lecciones (desgraciadamente todavía inéditas) sobre Aristóteles.

El libro de Walter Broecker sobre *Aristóteles* es, de lo que últimamente (en lo que va transcurrido desde 1930 hasta la fecha) se ha escrito sobre el Estagirita, lo más sobrio y serio que conocemos. Su autor, un joven filósofo de la comunidad de trabajo de Heidegger, no se propone realizar una interpretación más, movilizandolos usuales requisitos técnicos de la exégesis, con la pretensión de ceñirse más fielmente al texto, tarea ya agotada y superada, sino explicar esencial y verticalmente a Aristóteles, de modo que su comprensión, así

lograda, “pueda proporcionar un nuevo estímulo a nuestro propio filosofar”. No se trata, pues, de “comprender históricamente a Aristóteles mejor o con más justeza que otros”, empeño completamente ilusorio “porque no hay ni puede haber la exacta interpretación de Aristóteles” (*Vorrede*, pág. 5). Las presentes reflexiones sobre su libro, tan sugestivo y agudo en el análisis, no son una nota crítica del mismo, la que por venir a destiempo de su aparición no se justificaría, pero sí ellas desean ser un poquito más que una simple indicación bibliográfica.

El autor ensaya explicar, con intención sistemática, la filosofía de Aristóteles como interrogación por el movimiento, en el sentido de que el movimiento, que está en las cosas como su enigma más incisivo, desata y alienta este interrogar. Anímalo, en este intento, la convicción que la interrogación por el movimiento es y tendrá que devenir el problema fundamental de la filosofía. Tener a la filosofía aristotélica por un problema —el que, sin duda, tiene una dimensión y fundamentalidad permanentes— no significa, subraya Broecker, afirmar que ella sólo proponga interrogaciones, sino simplemente que, en tanto uno prosigue su proceso interrogativo, de ella surgen las respuestas.

Abordando la etapa inicial, tan llena de ulteriores consecuencias, de la *Metafísica* aristotélica, hace notar Broecker que Aristóteles, en tanto desarrolla el concepto de la filosofía como amor al más profundo conocimiento, no suministra una determinación respecto al contenido del objeto de la filosofía, que sirva para su definición conceptual, sino que su concepto es determinado mediante el modo cómo el hombre filosofante existe en la filosofía. Su idea la desenvuelve como idea de un máximo de conocimiento. De la idea del examen, como tendiendo siempre a un más posible, se deriva la determinación de la sabiduría como lo que ahonda en los primeros fundamentos y en los orígenes. De aquí que este conocimiento sea también examen en lo que en primer lugar y en definitiva importa. Como tal examen, la sabiduría es eminentemente práctica, más práctica que cualquier conocimiento práctico que sólo lo es mediante su relación con aquello en que todo consiste. Si este examen ha de predominar realmente, como lo declara Aristóteles, debe llevarse a cabo a causa de sí mismo y no de otra cosa. Vale decir que no debe ser mediatizado. “Si él es práctico, lo es, pues, en el sentido que él mismo es la más peculiar y suprema praxis. Pero a tal examen, el que como examen por el examen mismo es la suprema posibilidad de la praxis, lo caracteriza Aristóteles como teoría. Teoría y praxis no son, pues, opuestos, sino que la teoría es ella misma la más alta praxis.” (Cap. I, pág. 17). Así la praxis del filósofo βίος θεωρητικός. Aristóteles muestra la naturaleza teórica de la sabiduría apelando a la historia de su origen, la que no es absolutamente un mero informe de la contingente sucesión de estructuras que la filosofía ha

asumido en el transcurso del tiempo; sino la demostración de que la filosofía es necesariamente oriunda de la esencia del hombre.

Aristóteles a la expresión *σοφία*, con que caracteriza la idea del más profundo examen, la sustituye por la expresión *φιλοσοφειν* porque aquélla no es firme posesión del hombre, sino algo a que de antiguo aspira y a lo que siempre tenderá. Sabio es únicamente Dios, mientras que el hombre sólo puede llegar a ser filósofo. "Lo que pertenece al hombre no es el más profundo conocimiento, sino el amor al más profundo examen." (Cap. I, pág. 18.) Este amor surge, según Aristóteles, del asombro. "Lo que en un principio movió a los hombres a filosofar fué y sigue siendo la admiración." (*Met.*, A, 982 b 13.) Pero como el hombre sólo accidentalmente logra tal examen, jamás puede llegar a ser un verdadero sabio, un *σοφος*; aspirará constantemente, poseído por el asombro, a la sabiduría, será un *φιλο-σοφος*, es decir, un buscador y un interrogador. En esta idea, enunciada por Aristóteles, hace fincar Broecker la razón que le asiste para explicar la filosofía aristotélica, con un propósito de revaloración, como un interrogar y, podemos añadir, como entrañando la posibilidad fundamental de prosecución de este interrogar y de su conjugación con la temática del actual filosofar.

Después de haber recorrido en sus direcciones fundamentales la investigación aristotélica del ente movido, el autor la lleva a una conclusión acerca del problema central, cifrado en la relación de movimiento y Dios. Es el problema de la Teología aristotélica, del primer motor, tema de *Met.* I (Libro XII). Al primer motor, que es razón, Aristóteles lo caracteriza como Dios, *Θεος*; pero, hace notar Broecker, el hecho de que la esencia de Dios sea determinada como razón no se funda en que alguna especie de relación religiosa del hombre con su Dios constriña a definir a Dios a semejanza del hombre. Se concibe, más bien, la esencia de Dios como razón sólo porque ésta es el ente que posee ser en más alto grado; como, ente móvil está liberada de toda negatividad (Cap. VII, pág. 219). La razón divina debe ser, en tanto primer motor, ella misma el ente supremo; porque si ella pensase como lo supremo y más excelente algo diferente de sí, entonces sería esto y no ella misma el ente supremo. "La razón, si ella es lo más excelente, se piensa a sí misma, y su pensar es un pensar del pensar." (*Met.*, I, 1074 b 24.) De donde la esencia de Dios es un puro pensarse, un aperebirse a sí misma, de la razón, la que, en cuanto tal, se permite a sí misma ser como pura forma, siendo pura realidad, pura visión.

En este punto, Broecker señala algo fundamental, que exige acotar estrictamente esta concepción aristotélica de la Divinidad en su real alcance. La imagen del *Θεος* de Aristóteles produce un efecto, en cierto sentido, singular, sorprendente; ella no tiene nada de la representación que comúnmente se tiene de un Dios, ya sea la de un Dios del politeísmo griego, ya sea la del Dios del cristianismo, el creador omnipotente. La imagen aristotélica de Dios tuvo un efecto

tan singular que la comprensión de la misma, por pura extrañeza, fué deslumbrada y, no viendo de qué clase de Dios se trataba, pensó al Dios aristotélico como el puro Espíritu cristiano. Fué así que en la escolástica inadvertidamente el Dios cristiano ocupó el lugar del Θεός aristotélico. (Cap. VII, pág. 221.) De paso digamos que el “inadvertidamente”, o *por error*, implica una cuestión a elucidar. Por ello insinuamos que, más bien, el pensamiento cristiano concibió e interpretó el Dios aristotélico, por inherente necesidad especulativa, en la dirección y en interés de su propia problemática. Los motivos constituyen quizás un problema de complejo trasfondo histórico-filosófico y sistemático. Sabido es, pues, que la dogmática cristiana se erigió sobre la base de los principios e ideas de los sistemas clásicos de la filosofía griega, ideas que ella reinterpretó y movilizó de acuerdo a sus propios fines y necesidades.

Respecto al Dios aristotélico mucho han discutido los intérpretes del Estagirita, desde Alejandro de Afrodisia, Santo Tomás, Duns Scoto, etc., hasta Brandis, Schwegler, Waitz, Zeller, Jaeger, entre los más modernos, de los cuales lo conciben como providente los dos primeros, mientras Duns Scoto reconoce que la providencia es extraña a la divinidad de Aristóteles. Hoy, después de la controversia entre Zeller, uno de los grandes conocedores de Aristóteles, y Brentano, queda firme, en el segundo sentido, como surge de todo lo precedente y como lo afirma W. D. Ross en su *Aristotle*, la opinión del primero. Ésta puede resumirse así: El pensamiento del Θεός aristotélico es pensamiento del pensamiento, y en esta inmutable autocontemplación reside su beatitud. Sobre el mundo no obra saliendo fuera de sí y dirigiendo a él el pensamiento y la voluntad, sino con su puro ser. Como el sumo bien, también el ser perfectísimo es el fin último de todas las cosas; de él depende la unidad, el orden y la vida del mundo. “Aristóteles no ha concebido una voluntad divina vuelta hacia el mundo, una actividad creadora o una influencia de la Divinidad sobre el curso de las cosas. . . La Teología de Aristóteles es un monoteísmo abstracto, que excluye toda intervención de la Divinidad en los acontecimientos del mundo.” Aristóteles ve en la Divinidad la razón última del complejo armónico, del orden y del movimiento del universo; mas todo fenómeno debe, según él, ser explicado de una manera puramente naturalista.

Brentano se empeñó en refutar la interpretación de Zeller, afirmando que la vida teórica del Dios aristotélico no excluye de ella la noción de providencia, sino que, por el contrario, la implica. Aparte de otros argumentos, apoyados en el supuesto carácter de unidad coherente y cerrada del sistema aristotélico, Brentano trata de abonar su aserto mediante recurrencia a un pasaje de *Eth. Nic.*, en el que Aristóteles habla de un don de Dios, y a otro de *Política*, en el cual se afirma que “ordenar lo ilimitado es obra de divina potencia, de la que sirve de lazo al universo”. (*Pol.*, VII, 4, pág. 1326 a 32.) Invocando este pasaje, Brentano arguye: “Ninguna palabra

puede dar mejor testimonio sobre la actividad *productora* de Dios que la que emplea aquí Aristóteles hablando de la *ordenación* divina del mundo: es obra de una potencia divina" (nosotros subrayamos). Aquí, como ya veremos, se confunde el concepto aristotélico de ordenación, tal como es empleado en *Met.*, I, con crear, creación, en sentido cristiano. A la tesis de Zeller de que el Θεός aristotélico no adquiere nada con la existencia del mundo y que, en consecuencia, no puede quererlo porque no se puede amar desinteresadamente sino sólo y en cuanto que lo que se ama aumente la propia felicidad, Brentano opone las declaraciones aristotélicas, en *Eth. Nic.*, sobre la amistad, con motivo de la cual se dice que no es un verdadero amigo el que no sirve y quiere al amigo con todo desinterés. Transportar tal amor al Dios de Aristóteles es determinar a éste, de alguna manera, antropomórficamente, lo que está excluido del fundamento de su idea, de su esencia como razón, la que es el ente que en supremo grado está liberado de toda negatividad desde que es pura forma, εἶδος, que se autocontempla.

Destaca Broecker que Aristóteles construye la idea de Dios como la del ente movido (la razón) liberado de toda nihilidad, el que es serena actividad en sí cerrada, conclusa. De este modo, en el pensamiento aristotélico, Dios, si bien es lo supremo, es no obstante sólo un ente junto a otros. Esto es lo que surge de las pertinentes consideraciones de Aristóteles, en las que la idea de la actividad ordenadora de Dios aparece también con toda claridad: "¿De qué manera la estructura del universo contiene el Bien y, a saber, el Bien absoluto? ¿Quizás como a un ente en y para sí que, independiente, está frente al Todo?; ¿o como la ordenación a él inmanente, o no más bien de los dos modos, como es el caso en un ejército? Porque, aquí, la salvación está en el orden y, a la vez, es el jefe la salvación del todo, y en efecto lo es en alto grado; pues él no existe por el orden, sino que el orden existe mediante él." (*Met.* I 1075 a 10 y sig.) Así como el ejército está ordenado con relación al jefe, lo mismo acontece con las cosas respecto a la naturaleza del Todo. El Dios aristotélico, en tanto ente supremo, es un Dios ordenador y jerarquizador; es el principio con relación al cual las cosas tienen un orden y rango dentro del sistema del universo.

El problema filosófico de Dios es uno de los grandes problemas que tiende ya a plantear el filosofar contemporáneo. La concepción aristotélica puede, ciertamente, ofrecer a éste uno de los puntos de partida para su empresa, aunque el problema mismo requiera profundizar y hasta llevar a otro plano el pensamiento aristotélico, en una proyección analógica quizás insospechada.

La filosofía de la religión no se plantea el problema de si Dios es, sino qué *sea* Dios, atendiendo secundariamente a la vivencia del hombre religioso. En cambio, la Teología, conforme a la tarea que le asignó Aristóteles, se propone el problema de si Dios *es* y *cómo* es en relación el hombre (término relativo) y a los demás entes y qué *es*

para el ser del hombre (en tanto subjetividad que está más allá de lo "subjetivo"). Todas estas direcciones esenciales de la interrogación se integran en lo que llamamos el *problema filosófico de Dios*, que hoy late en la problemática de la filosofía existencial. Así, Heidegger, aunque no lo ha planteado en términos expresos, apunta la posibilidad fundamental de su planteamiento, la coyuntura especulativa en que él surgirá: "...Mediante el esclarecimiento de la trascendencia se obtiene, sí, un concepto suficiente de la existencia humana (*Dasein*), en atención a qué ente se puede ahora preguntar qué pasa, ontológicamente, con la relación con Dios de la existencia humana." (*Vom Wesen des Grundes*, pág. 98, nota 1.)

CARLOS ASTRADA.

NOTICIAS DE LA FACULTAD

TRANSMISIÓN DEL DECANATO

El 6 de julio de 1944 tuvo lugar en nuestra casa de estudios la asamblea de profesores titulares, suplentes y adjuntos, la que, de acuerdo con los términos de la convocatoria, procedió a elegir autoridades de la Facultad por el período 7 de julio de 1944 - 7 de julio de 1948.

Resultaron electos decano y vicedecano, respectivamente, los doctores Fernando Márquez Miranda y Enrique François; consejeros académicos titulares los doctores Enrique M. Barba, Eugenio Puciarelli y profesor Julio Caillet-Bois; consejeros académicos suplentes el doctor Francisco Fernández y los profesores Ángel J. Battistessa y Carlos F. García; delegado titular al H. Consejo Superior el doctor Juan E. Cassani, y delegado suplente al mismo H. Consejo el doctor Luis Juan Guerrero.

Esta lista de candidatos fué, en realidad, la única existente y la casi totalidad de los profesores la apoyó con sus sufragios. Así el decano doctor Márquez Miranda obtuvo 33 votos sobre 36 profesores presentes y cantidades similares apoyaron a la mayoría de los demás catedráticos designados para integrar los Consejos.

Antes de dejar cerrado el acto el nuevo decano dirigió la palabra a sus colegas, expresando sumariamente su programa de acción — dirigido a obtener la creciente dignificación de los estudios universitarios, su más alta jerarquía intelectual, — así como agradeció la confianza que ese voto casi unánime significaba en momentos tan difíciles en la vida de la Universidad.

El decano electo, doctor Fernando Márquez Miranda, asumió el cargo al día siguiente, en un acto sencillo, al que asistió numerosa y calificada concurrencia. El decano saliente, doctor Juan E. Cassani, pronunció breves palabras para agradecer a los profesores, empleados y alumnos la colaboración prestada, y destacar las condiciones intelectuales y morales del doctor Márquez Miranda, brillante egresado de la casa, que por mérito propio llegaba a la alta dirección de la misma. Agradeció el nuevo decano los conceptos del doctor Cassani, y expresó su decidido propósito de continuar trabajando con la dedicación y entusiasmo con que lo había hecho siempre, por el engrandecimiento de la Facultad.

HOMENAJE AL XXº ANIVERSARIO DE LA ORGANIZACIÓN
DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CREACIÓN DE LA
REVISTA "HUMANIDADES", E INAUGURACIÓN
DEL AÑO ACADÉMICO DE 1941

El 2 de mayo de 1941 tuvo lugar en el Aula Magna "Mariano Moreno" de nuestra casa de estudios el acto de inauguración del año académico correspondiente y de homenaje al XXº aniversario de la organización de la Facultad de Humanidades y creación de la Revista "Humanidades".

Durante el desarrollo del mismo usó de la palabra, en primer término, el Decano doctor Juan E. Cassani, quien dió la bienvenida a los nuevos alumnos, significándoles la trascendencia del acto realizado por cada uno de ellos al incorporarse a la Facultad, acto que implicaba —dijo— "un voto de consagración absoluta a los estudios desinteresados e intensos, cuyo fin primordial es el conocimiento del hombre y su cultura, para ponerse en condiciones de contribuir a mejorar estos últimos en la medida de lo posible". Destacó que la permanencia en la casa sólo se justificaba cuando se vivía "en íntimo contacto con los arduos problemas filosóficos, culturales y pedagógicos que la humanidad intenta resolver desde hace siglos, a fin de ayudar, más adelante, a otros hombres, en la tarea de buscar la esencia de sí mismos y descubrir los senderos que han de conducirlos a un estado mejor".

Se dirigió también el doctor Cassani a los alumnos recientemente egresados, para recordarles el carácter y las obligaciones de la misión a cumplir fuera de la Facultad.

Habló a continuación del Decano el Presidente del Centro de Estudiantes, profesor Elías Benmaor, y luego el Consejero, profesor Carlos Heras, quien hizo una acabada reseña de las causas determinantes del movimiento de renovación espiritual que dió por resultado la organización de la Facultad de Humanidades en 1920.

“Llevado al decanato de la Facultad el profesor doctor Ricardo Levene, —dijo— acometió de inmediato, con el dinamismo distintivo de su acción, la obra de transformación total de la Facultad, en forma tal que al año de vibrante y tesonera labor, cumplida en medio de las borrascas que caracterizaron aquel período de la vida universitaria, había surgido una nueva institución. Distinta de la anterior en sus fines, en el contenido de los estudios y métodos de enseñanza, renovada en su cuerpo docente, con un nuevo órgano de publicidad, ampliada en su función social, prestigiada en su jerarquía universitaria y también por haber comenzado a ejercer entonces, dentro de la Universidad, la gravitación espiritual a que tiene derecho, dada la universalidad de los estudios que en ella se cursan.

“Al organizarse la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación no se empleó la palabra fundación que se refiere más al aspecto material, porque hubo creación, palabra esencial para señalar lo nuevo y original que produce el espíritu y de perfecta aplicación en este caso por tratarse de una institución cuya finalidad es exaltar el predominio de los valores espirituales. La tonalidad del momento era de febril acción constructiva: los hechos sustituyeron a los documentos; no hubo, pues, acta de fundación, sino actos de creación.

“Las nuevas autoridades se abocaron de inmediato al cambio del Plan de Estudios, inspiradas en el propósito de abrir ancho camino al estudio y enseñanza superior de las Humanidades, como síntesis de la alta cultura filosófica, histórica, literaria y pedagógica que debía formar la base sobre la que se asentara el conocimiento puramente profesional, característico de la antigua Facultad de Ciencias de la Educación.

“Con el objeto de intensificar la formación humanística se aumentaron las materias de todos los profesorados, conservando en todos ellos un núcleo de asignaturas comunes que, por su índole, daban, dentro de la especialización, el *mínimum* de cultura general imprescindible a todo profesor. Los profesorados, unos cambiaron de denominación y otros se dividieron; el doctorado único y enciclopédico fué sustituido por la diversificación de las tres ramas fundamentales de las Humanidades, dando cauce al estudio vocacional. A fin de combatir el verbalismo dogmático de la cátedra y hacer que el alumno, verdadero sujeto de la enseñanza, tomara parte activa en la clase y formase su capacidad crítica y actitud para la investigación, se crearon los cursos de Seminario y Lectura y Comentario de Textos.

“Como decía el Dr. Ricardo Levene al elevar al Consejo Superior el nuevo plan, la Facultad “procurará infundir el amor al saber y el culto a la ciencia.”

“La nueva concepción de la Facultad requirió la fundación de un órgano de publicidad que fuese el exponente de su orienta-

ción. Apareció entonces *Humanidades*, que no era, ni es, revista, anales o archivos, tipos clásicos de los órganos universitarios, sino una publicación periódica destinada a reunir en sus páginas, mediante la colaboración de profesores, egresados, alumnos y especialistas, los resultados de las investigaciones y el planteo de los grandes problemas vinculados a las disciplinas del espíritu. Una colaboración del sabio profesor Juan Chiabra aparecida en el primer tomo, totalmente escrita en latín, sintetizó, en forma mucho más elocuente que el mejor programa, a qué tendencia ideológica respondía su fundación. *Humanidades*, como expresó alguna vez gráficamente su fundador, era la Facultad que salía a la calle a pregonar su nuevo espíritu. Los 28 tomos publicados hasta ahora documentan en la historia de la cultura argentina, el pensamiento directivo que presidió la obra emprendida en 1920; y han sido el vehículo de vinculación intelectual de la Facultad con los institutos similares del Continente y los intelectuales más representativos de América. Dos años después de *Humanidades* se fundó la *Biblioteca Humanidades*, cuya finalidad quedó expuesta en el prólogo al primer tomo escrito por Ricardo Levene. Su publicación, continuada hasta hoy, reúne en sus 25 tomos el aporte de la obra original escrita por intelectuales, profesores y egresados, que han enriquecido la bibliografía argentina con estudios de méritos reconocidos, debiendo destacarse la circunstancia que en varias ocasiones los autores han sido premiados en el concurso nacional de estímulo a la producción intelectual.

“Los 53 tomos de *Humanidades* y *Biblioteca Humanidades* integran la colección más valiosa y orgánica de las publicaciones universitarias aparecidas en el país y, su contenido, a falta de otros elementos de información, servirá para caracterizar la cultura argentina en los últimos lustros”.

Hizo uso de la palabra finalmente, en nombre de los egresados de la Facultad, la profesora señorita Nelba Benítez.

HOMENAJE A LEOPOLDO HERRERA

Organizado por la Asociación de Ex-Alumnos de la Escuela Normal de Paraná, el 7 de julio de 1941 tuvo lugar en el Instituto Nacional del Profesorado de dicha ciudad un acto de homenaje al ex-profesor Leopoldo Herrera, consistente en la inauguración de un busto de bronce.

Representó en el acto a la Universidad Nacional de La Plata y a nuestra Facultad el profesor Juan Mantovani, quien pronunció el siguiente discurso:

“Traigo a esta sentida ceremonia la honrosa representación de la Universidad Nacional de La Plata, a la que perteneció Leopoldo Herrera, llamado a su seno por el luminoso espíritu de Joaquín V. González. El ilustre presidente universitario buscó en él, como en muchos otros, el valer intelectual y la autoridad científica necesarios para el desempeño legítimo de la enseñanza en la alta casa de estudios que fundara. Leopoldo Herrera trabajó junto con otros educadores esclarecidos —Víctor Mercante, Alejandro Carbó, Maximio Victoria— hijos de esta Escuela Normal, cuya obra ha alcanzado una significación histórica en la evolución de la cultura nacional.

“Traigo el encargo especial de su presidente, el Dr. Alfredo L. Palacios, de expresar la sincera adhesión de esa Universidad, que estima este homenaje de ineludible justicia.

“También se me ha hecho el honor de encomendarme la representación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de esa Universidad, en la que Leopoldo Herrera fué uno de sus profesores eminentes.

“En esa Facultad fuí su alumno en el estudio de altas disciplinas de interés pedagógico y valor cultural. Si no puedo decir, como es corriente en circunstancias iguales, que fuí uno de sus discípulos predilectos, puedo asegurar que él fué uno de mis profesores inolvidables, por el dominio de su saber y por la sugestión moral de su per-

sona. Por eso asisto a este homenaje con íntima emoción, y con la satisfacción profunda que produce la justicia que se cumple.

“Este homenaje, generosa iniciativa de la Asociación de Ex-Alumnos de la Escuela Normal de Paraná, es un acto de innegable justicia. Se honra a un educador que lo fué, tanto por las enseñanzas que impartió desde la cátedra como por la lección perdurable de su vida luminosa y superior.

“Vida luminosa la suya; no vida ruidosa. Vivió Leopoldo Herrera con la modestia de los grandes y la serenidad de los convencidos. Tuvo la inalterable convicción de que su vida debió ser como fué, y la vigiló cuidadosamente para que así fuese. Por eso vivió sin vacilaciones ni dobleces. Su conducta fué para él eje de su vida; para nosotros, su perenne lección, antes y después de su muerte.

“Para nuestro tiempo, de seducciones fáciles, la existencia de Leopoldo Herrera es prueba de cuánto es capaz una vocación cumplida. Para realizarla sin desvíos vivió la heroica soledad del estudioso, y un apego callado y tenaz a su noble misión.

Leopoldo Herrera fué educador por mandato irrevocable de su alma. Educador por ley interna de su existencia, por temperamento, por estirpe. Por eso fué destacado en las actividades del espíritu, en el cultivo de las ciencias y las letras, en la defensa de ideales políticos y patrióticos, en el amor a las tradiciones y progreso del país, en la execración de la injusticia. Fué también, junto con todo eso, humilde en la vida exterior.

Es que nuestra carrera, por su misma esencia, no produce grandes rendimientos materiales ni halagos exteriores. No está regida por la ley de la utilidad, sino por la del amor: del amor a la cultura y del amor a la juventud.

“La vida educadora es desinteresada entrega, silenciosa comunicación. Esa entrega es afín a la modestia, incompatible con la ruidosidad llamativa y presuntuosa, verdadero vicio, defectuoso brote del espíritu de los que enseñan sin el calor del alma, sin internas fuerzas. Parece ley inexorable que los educadores representen existencias abnegadas, contraídas con amor a la elevación de los demás, a veces con olvido de sí mismos. Olvido contagioso, porque no siempre los demás suelen recordarlos y estimarlos, aunque aprovechen y valoren los frutos de su obra.

“Pero esa entrega generosa, forma esencial de la vida del educador, tiene compensación. Compensación dentro de sí mismo, en la configuración de su vida. Nadie puede darse a los demás desde planos inferiores. No se regala la pequeñez. Es necesario vivir con dignidad y altura para poder dejar algo propio sobre el espíritu de los demás. Esto es, en su fondo, lo más elevado de la misión del educador. Por eso él debe tomar siempre el camino que conduce a lo más alto, como aconsejaba Platón a todos los hombres.

“Es este homenaje un acto conmovedor en nuestro tiempo. El éxito político o económico reúne siempre con rapidez voluntades numerosas para tributar honras por motivos accidentales. Más razón, legítima razón de justicia tenemos hoy para reunirnos junto al bronce que recuerda a un preclaro educador. Educador que sirvió al país también con su austera pluma de periodista y escritor.

“Un sentimiento de pura solidaridad nos congrega a los educadores de diferentes generaciones y épocas, tanto los que se formaron dentro del orden de las ideas que profesó y alentó Leopoldo Herrera, como los que se embanderaron en diferentes doctrinas pedagógicas o siguieron otras corrientes del pensamiento. Nos reunimos todos, sin excepción, enlazados por una común conciencia de justicia, y porque en el homenaje a un educador se honra, por encima de sus ideas, algo más profundo y fundamental: la actitud de su vida, el sentido de su existencia, que debe ser, como fué en Leopoldo Herrera, identificado con su misión. Ese sentido es viva realidad, poderosa fuerza, estímulo o sugestión para las generaciones nuevas en el momento en que recorren el delicado y azaroso curso de su formación. Así reciben, seguramente, los alumnos del Instituto Nacional del Profesorado y de la Escuela Normal de Paraná este busto, que desde hoy, como un espíritu potente, alentará la vida de esta casa y los afanes de la juventud que en ella estudia.

“A medida que nuevas ideas y nuevas exigencias, conforme al ritmo evolutivo de la cultura, nos alejan de las que inspiraron las actividades intelectuales de la época en que floreció brillantemente la generación de que formó parte Leopoldo Herrera, más cerca estaremos del ejemplo de su consagración fervorosa. Eso es lo perdurable, y en tiempos difíciles y contradictorios como los actuales, volver la mirada hacia las vidas ejemplares constituye una necesidad. Fortalecen el ánimo, llenándolo de optimismo’.

“Este acto conmovedor prueba también que los educadores, acostumbrados a enseñar el deber, honran sin condición ni demora a los que se consagraron a él, ajenos a todo desaliento. Cuando se trabaja bajo la dirección del alma, y no de aleatorios estímulos externos, no hay rutinas aunque se repita sin cesar la tarea en su obligado ritmo cotidiano. No hay repetición ni rutina cuando el alma se convierte en eje del trabajo. Éste no se mecaniza, y es siempre, en las leves como en las graves labores, acto creador.

“Es también reconfortante este acto porque se produce en nuestros días. Honrar la memoria de un maestro que hizo del espíritu y el estudio la materia de su vida, y de nobles ideales el lema de su siembra, es confiar en los valores superiores de la existencia humana. Es creer sin desmayo, a pesar del angustioso cuadro del mundo, que la materia, con sus extraños y ciegos poderes, tiene me-

nos valor que el espíritu mismo y que su obra insospechable. Pero como el espíritu exige la persona humana que lo sustente, realicemos los educadores, junto a este bronce evocador, un acto de fe: mantener, aunque nos cueste, nuestra confianza en el poder individual y social de la educación. La educación tendrá que redimir al ser humano, enseñándole a regular moralmente el uso de las grandes invenciones del intelecto y de la ciencia, para que no sea el espíritu el que crea los medios que envilecen al hombre. Para que lo más noble no sea autor de su propio aniquilamiento”.

HOMENAJE A VÍCTOR MERCANTE

En oportunidad de cumplirse el 20 de septiembre de 1944 el décimo aniversario del fallecimiento del profesor Víctor Mercante, una comisión integrada por ex-alumnos suyos dispuso tributarle un homenaje el día mencionado, consistente en la colocación de una placa de bronce y ofrendas florales en el sepulcro que guarda sus restos en el cementerio de la Recoleta.

Asistieron al acto familiares del extinto y una numerosa y distinguida concurrencia. En el momento de descubrirse la placa recordatoria, hicieron uso de la palabra el doctor Julio del C. Moreno, en representación de la Escuela Normal de Paraná; el doctor Alfredo D. Calcagno por los ex-alumnos, y el doctor Juan E. Cassani en representación de nuestra Facultad.

DISCURSO DEL DR. CASSANI.

“Traigo a este homenaje la adhesión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

“Víctor Mercante organizó aquella casa como Sección Pedagógica y la elevó más tarde a la jerarquía de Facultad de Ciencias de la Educación, haciendo de ella el primer centro argentino de altos estudios que se dedicó casi exclusivamente a la investigación de problemas didácticos y de psicología aplicada.

“Fiel a su escuela filosófica y decidido a consagrar todos sus esfuerzos a la estructuración de una didáctica basada en ella, dió a sus colegas y alumnos un alto ejemplo de trabajo y sinceridad en sus minuciosas y sostenidas exploraciones de laboratorio y de las aulas escolares.

“El momento en que le tocó actuar le permitió estudiar en sus comienzos las normas pedagógicas que se habían enseñado en nuestras Escuelas Normales o que se difundían a través de las corrien-

tes de la pedagogía científica de la época. Sobre esa base elaboró su propio sistema que sirvió para dar a la enseñanza primaria argentina una orientación didáctica uniforme y duradera. En las cátedras de la Facultad y los trabajos que Mercante realizaba en sus laboratorios encontraba esa didáctica su fundamentación y su doctrina. Allí acudieron estudiosos de todo el país y de allí salieron centenares de maestros que llevaron a las aulas o a la dirección y el gobierno de la escuela primaria los principios y las normas de aquella didáctica. Otros lo llevaron a las aulas de la enseñanza media.

“Mercante y la Facultad de Ciencias de la Educación encarnaron, por consiguiente, el espíritu y las orientaciones básicas de un importante momento de la estructuración didáctica de la escuela argentina. Significaron también un valioso paso hacia la formación de una pedagogía argentina por cuya consolidación y autonomía frente a pedagogías extrañas estamos empeñados.

“La investigación pedagógica que prevaleció en los afanes de Mercante no le impidió ampliar la Facultad incluyendo en ella las disciplinas filosóficas y humanistas que, poco después, otros intensificaron o reformaron hasta dar a la casa su actual organización de la Facultad de Humanidades.

“Otras corrientes filosóficas y didácticas han venido, aquí y en todas partes, a modificar o suplantar las de la época en que Mercante inició la organización de la Facultad, pero sería injusto negarle por ello el mérito de su obra o la importancia nacional de la acción educadora que él llevó a cabo. Cualquiera sea el juicio que desde el punto de vista filosófico se emita sobre la fundamentación doctrinaria que él, en su momento, adoptó con entusiasmo, fe y patriotismo, estamos en el deber de reconocerlo como un auténtico valor nacional de nuestra pedagogía y como el organizador inicial de uno de los más importantes centros de estudios desinteresados que sirven a la patria investigando y tratando de resolver los delicados problemas de su cultura y de la orientación espiritual de sus hijos.

“Por todo ello, las autoridades de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación se adhieren al justo homenaje que hoy se le tributa.”

HOMENAJE AL PROFESOR ARTURO MARASSO

Con motivo de haberse retirado de la docencia y de haberle acordado la Universidad Nacional de La Plata el título de doctor "Honoris Causa", un grupo de ex-alumnos del profesor Arturo Marasso organizó un acto en su homenaje, que tuvo lugar en el Aula Mayor de la Facultad, el 7 de diciembre de 1944.

Consistió dicho acto en una clase de Composición y Gramática, asignatura que estuvo a cargo del doctor Marasso durante más de treinta años.

Ante un público extraordinariamente numeroso, que colmaba el Aula, el maestro ocupó la cátedra para dictar, en medio de la emoción general, su "última clase", que versó sobre "La noche en la poesía de San Juan de la Cruz" y constituyó una brillante exposición.

Al finalizar, en testimonio de la admiración con que se ha visto su labor eminente en la cátedra y en las letras argentinas, la ex-alumna señorita Carmen Sánchez Viamonte, con breves y sentidas palabras, hizo entrega al doctor Marasso de un libro de poemas, conteniendo una selección de sus propias producciones, suscrito por más de ochocientos ex-discípulos y amigos.

NECROLOGÍA

Durante los cuatro años últimos, en que "Humanidades" ha suspendido su publicación, han fallecido varios profesores de esta casa. Razones de espacio, no de sentimiento, nos obligan a diferir hasta el número próximo —que se repartirá casi al mismo tiempo que éste— su justa recordación. Hasta entonces vaya hasta esos colegas, Alfredo Franceschi, Rómulo D. Carbia, Leopoldo Longhi y Píladés O. Dezeo, nuestro conmovido recuerdo.

HOMENAJE EN TILCARA

El Decano de la Facultad, doctor Márquez Miranda, ha resuelto aceptar una invitación del señor presidente de la comisión de homenaje a la memoria de los sabios arqueólogos Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti y trasladarse oportunamente a Tilcara, provincia de Jujuy, llevando la representación de nuestra Facultad. En el número próximo de "Humanidades" informaremos sobre el acto.

PAGINAS PERMANENTES

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

(Octubre de 1944)

Presidente

DOCTOR RICARDO DE LABOUGLE

Vicepresidente

INGENIERO VIRGINIO MANGANIELLO

Secretario General y del Consejo Superior

DOCTOR BERNARDO ROCHA

Consejeros titulares

Facultad de Agronomía: ingeniero agrónomo César Ferri, ingeniero agrónomo Emilio J. Ringuelet.

Facultad de Ciencias Fisicomatemáticas: interventor: ingeniero Alejandro M. de Estrada.

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales: interventor: doctor Juan Francisco Muñoz Drake.

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación: doctor Fernando Márquez Miranda, doctor Juan E. Cassani.

Facultad de Química y Farmacia: doctor Pedro J. Carriquiriborde, doctor Armando Novelli.

Facultad de Medicina Veterinaria: doctor Eduardo Coni Molina, doctor Osvaldo Eckell.

Facultad de Ciencias Médicas: doctor Victorio Monteverde, doctor Rómulo R. Lambre.

Instituto del Museo: doctor Joaquín Frenguelli, doctor Emiliano J. Mac Donagh.

Instituto del Observatorio Astronómico: ingeniero Virginio Manganiello.

Consejeros suplentes

Facultad de Agronomía: ingeniero agrónomo Arturo Burkart, ingeniero agrónomo Enrique C. Clos.

Facultad de Ciencias Fisicomatemáticas: (vacantes).

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales: (vacantes).

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación: doctor Enrique François, doctor Luis J. Guerrero.

Facultad de Química y Farmacia: doctor Arturo A. Solari, doctor Pedro T. Vignau.

Facultad de Medicina Veterinaria: doctor Francisco A. Ubach.

Facultad de Ciencias Médicas: doctor Rodolfo Rossi, doctor Fernando Schweizer.

Instituto del Museo: ingeniero agrónomo Lorenzo R. Parodi, profesor Milcíades A. Vignati.

Secretario de Comisiones: señor Horacio J. Blake.

Oficial mayor encargado de publicaciones: señor Emilio Azzarini.

**AUTORIDADES DE LA FACULTAD
DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN**

(Octubre de 1944)

Decano

DOCTOR FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

Vicedecano

DOCTOR ENRIQUE FRANÇOIS

Secretario

Doctor Roberto H. Marfany (con licencia)

Secretario interino

Profesor Andrés R. Allende

Delegado titular al Consejo Superior

Doctor Juan E. Cassani

Delegado suplente al Consejo Superior

Doctor Luis Juan Guerrero

Consejeros Académicos titulares

Doctor Ramón Miguel Albesa, profesor Federico A. Daus, profesora Élixa Esther Bordato, doctor Enrique M. Barba, doctor Eugenio Pucciarelli, profesor Julio Caillet-Bois.

Consejeros Académicos suplentes

Doctor José A. Rodríguez Cometta, profesor Ángel J. Battistessa, doctor Francisco Fernández, profesor Carlos F. García.

CUERPO DOCENTE

(Curso de 1944)

SECCIÓN FILOSOFÍA Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Introducción a la filosofía: profesor titular, doctor Coriolano Alberini; profesor interino, doctor Eugenio Pucciarelli.

Biología y sistema nervioso: profesor titular, doctor Christofredo Jakob; suplente, doctor Marcos Victoria.

Psicología: profesor titular, profesor Ernesto L. Figueroa; suplente, doctor Eugenio Pucciarelli.

Lógica: profesor suplente a cargo de la cátedra, profesor Sansón Raskowsky.

Historia de la filosofía: profesor titular, profesor Ernesto L. Figueroa; adscripto, profesor Francisco E. Maffei.

Gnoseología y metafísica: profesor suplente a cargo de la cátedra, doctor José A. Rodríguez Cometta.

Ética: profesor titular, profesor Carlos Astrada.

Estética: profesor titular, doctor Luis J. Guerrero; suplente, profesor Raimundo Lida.

Legislación escolar: profesor titular, doctor Juan E. Cassani.

Historia de la educación: interinamente a cargo de la cátedra, profesor honorario doctor José Rezzano; adjunto, profesor Juan Mantovani.

Filosofía de la educación: profesor interino, profesor Juan Mantovani.

Psicopedagogía: profesor titular, doctor Alfredo D. Calcagno.

Teoría e historia de las ciencias: profesor titular, profesor Alberto Palcos.

Filosofía contemporánea: profesor titular, profesor Francisco Romero; adscripto, profesor Emilio A. Estiú.

Lectura y comentario de textos filosóficos: director, profesor Francisco E. Maffei; ayudantes, profesores Emilio A. Estiú y Segundo Tri.

Preseminario de filosofía: director, doctor José A. Rodríguez Cometta.

Seminario de filosofía: director, profesor Ernesto L. Figueroa.

Seminario de ciencias de la educación: director, doctor Alfredo D. Calcagno.

Metodología especial y práctica de la enseñanza: profesor y director de práctica en geografía, historia e instrucción cívica, doctor Enrique M. Barba; profesor y director de práctica en ciencias naturales, profesor Eutimio D'Ovidio; profesora y directora de práctica en letras, doctora Lilia E. D'Onofrio; profesor y director de práctica en matemáticas y física, doctor Enrique Loedel Palumbo; profesor y director de práctica en ciencias de la educación, doctor Alfredo D. Calcagno; profesora y directora interina de práctica en francés, profesora Trinidad Berenice Lynch.

SECCIÓN HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Introducción a la historia: profesor interino, profesor Ricardo R. Caillet-Bois; adscripto, profesor Luis Aznar.

Prehistoria argentina y americana: profesor titular, doctor Fernando Márquez Miranda.

Historia argentina: profesor titular, doctor Ricardo Levene.

Historia de la civilización antigua: profesor titular, doctor Abraham Rosenvässer.

Historia de la civilización moderna: profesor titular, profesor José A. Oría; suplente, profesor Ricardo R. Caillet-Bois.

Historia argentina contemporánea: profesor titular, profesor Carlos Heras; suplente, profesor Carlos F. García.

Historia americana contemporánea: profesor titular, profesor Carlos Heras; suplente, doctor Enrique M. Barba.

Sociología: profesor titular, doctor Ricardo Levene.

Historia de las religiones: profesor titular, profesor Vicente Fatone.

Historia de la historiografía: profesor suplente, doctor José Luis Romero.
Geografía matemática: profesor interino, ingeniero Luis A. Bonet.
Geografía política y económica: profesor titular, profesor Romualdo Ardissoni.
Geografía política y económica argentina: profesor titular, profesor Augusto Tapia; suplente, profesor Federico A. Daus; adscripto, profesor Alberto A. Mignanego.
Lectura y comentario de textos históricos: director, profesor Luis Aznar; ayudantes, doctor Exequiel C. Ortega y profesora Lilia Mikita.
Preseminario de historia: director, doctor Enrique M. Barba.
Seminario de historia: director interino, doctor Roberto H. Marfany.
Instituto de investigaciones geográficas argentinas: director ad-honórem, profesor honorario doctor Juan José Nágera.

SECCIÓN LETRAS

Introducción a las letras: profesor interino, doctor José María Monner Sans; adjunto, doctor Augusto Cortina.
Literatura castellana: profesor suplente a cargo de la cátedra, profesor Ángel J. Battistessa.
Literatura argentina y de la América española: profesor titular, doctor Arturo Capdevila; suplente, profesor Julio Caillet-Bois.
Literatura de la Europa septentrional: profesor titular, profesor Rafael Alberto Arrieta; suplente, doctor Pedro Henríquez Ureña.
Literatura de la Europa meridional: profesor titular, profesor Rafael Alberto Arrieta.
Latín: profesor titular del primer curso, doctor Ramón Miguel Albesa; suplente doctor Francisco Fernández; profesor interino del segundo curso, doctor Francisco Fernández; profesor titular del tercer curso, doctor Enrique François. Ayudante de lenguas clásicas, doctora Ana María Baccini.
Griego: profesor titular del primer curso, doctor Antonio Ruffa; profesor titular del segundo curso, doctor Ramón Miguel Albesa.
Literatura griega y latina: profesor titular, doctor Enrique François.
Historia del arte: profesor titular, doctor José R. Destéfano.
Literatura contemporánea: profesor titular, doctor José María Monner Sans.
Filología castellana: profesor titular doctor Amado Alonso.
Lectura y comentario de textos literarios: director, doctor Augusto Cortina; ayudantes, profesor Ángel O. Nessi y profesora María del Carmen Garay.
Preseminario de letras: director, doctor Augusto Cortina.
Seminario de letras: director, profesor Carmelo M. Bonet.
Instituto de investigaciones literarias: director ad-honórem, doctor Augusto Cortina.

SECCIÓN IDIOMAS VIVOS

Director honorario: profesor José A. Oría.
Idioma francés: profesor titular del primer curso, profesora Elisa Esther Bordato; ayudante, profesora Marcela C. de Vázquez; profesora titular del segundo curso, profesora Susana M. de Padlog; ayudante interina, profesora Nélica Sánchez Rodilla.
Gramática francesa moderna: profesor titular, profesor José A. Oría; suplente, profesora Trinidad Berenice Lynch.
Literatura francesa: profesora titular, profesora Trinidad Berenice Lynch.
Preseminario de francés: provisionalmente a cargo del profesor José A. Oría.
Idioma inglés: profesor interino del primer curso, profesor Roberto F. Raufet.
Gramática inglesa moderna: profesora interina, profesora Zulema Quiroga.
Preseminario de inglés: directora, profesora María C. R. de Martini.

CURSOS LIBRES

Cursos libres de francés (1º y 2º): profesora Marcela C. de Vázquez.
Cursos libres de inglés (1º y 2º): profesor Roberto F. Raufet.
Cursos libres de alemán (1º y 2º): profesora doctora Juana D. de Kyburg.

ESCUELA GRADUADA "JOAQUÍN V. GONZALEZ"

Director: profesor Vicente Rascio.
Secretario interino: señor Ataúlfo Pérez Aznar.
Encargado de turnos y enseñanzas especiales: señor Antonio Rascio.

SECCIÓN VARONES

Vicedirectora: señora Romilda P. de Mendióroz.

Profesores de grado: María Rosa Amaral, Beatriz Arregui, Matilde E. de Blanco, Lina Briasco, Zulema Briasco, Amalia A. de Brito, Antonio J. M. Calvo, Delia C. Z. de Castells, Arminda B. de Casterán, Cristina M. de Ceppi, María E. L. de Desmarás, Otilia I. P. de Izurieta, Francisco Míguez, Exequiel C. Ortega, María del Carmen B. de Sánchez, Amelia N. de Silva.

Profesores especiales: Ambrosio Aliverti, Esther Brito, Miguel A. Elgarte, María del Carmen Garay, Jorge Garbarino, Arturo M. González, Esther L. M. de Monteagudo, Matilde Quijano, Lydia B. de Reymond, Ricardo Sánchez, Susana Soulá, Modesto A. Wolter.

SECCIÓN NIÑAS

Vicedirectora: señora María E. A. de Ramírez García.

Profesores de grado: María R. M. de Arigós, Nelly Arregui, Nelba L. Benítez, Lilia E. Chaves, Elda A. de Herrero Laporte, María I. Riveros, Julia Rosales, Silvia E. M. G. de Tribiño.

Profesores especiales: Elvira Assef, Sara P. Borrell, Irene Herrero, Máximo Maldonado, Clara I. A. de Rocha.

PUBLICACIONES DE LA FACULTAD

ARCHIVOS DE PEDAGOGÍA Y CIENCIAS AFINES

(Órgano de la antigua Sección de Pedagogía)

39 números (1906-1914).

ARCHIVO DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

(Órgano de la antigua Facultad de Ciencias de la Educación)

6 números (1914-1919).

REVISTA HUMANIDADES

(Órgano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación)

29 tomos publicados (1920-1944).

Los tomos I a XXIV y el tomo XXVI están agotados.

Humanidades sólo publica trabajos inéditos.

BIBLIOTECA HUMANIDADES

- * I. *El lenguaje interior y los trastornos de la palabra*, por Enrique Mouchet, con introducción, de Ricardo Levene, 1923.
- * II. *Historia de la historiografía argentina*, por Rómulo D. Carbia, 1925.
- * III. *Elementos de neurobiología* (1ª parte), por Chr. Jakob, 1923.
- * IV. *La teoría del conocimiento*, por Alfredo Franceschi, 1925.
- * V. *Reconstrucción y versión poética de "Edipo Rey"*, por Leopoldo Longhi, 1926.
- * VI. *Filología y Estética*, por Juan Chiabra, 1928.
- * VII. *Estudios de literatura española*, por Juan Millé y Giménez, 1928.
- ** VIII y IX. *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Plata*, por Ricardo Levene, 1927 y 1928.
- X. *Las ideas religiosas y morales en el teatro de Sófocles*, por José R. Destéfano, 1929.
- * XI. *Bergson (exposición de sus ideas fundamentales)*, por Ernesto L. Figueroa, 1930.
- * XII. *Escolios y reflexiones sobre estética literaria*, por Carmelo M. Bonet, 1930.
- * XIII. *Rubén Darío y su creación poética*, por Arturo-Marasso, 1934.
- * XIV. *La crónica oficial de las Indias occidentales*, por Rómulo D. Carbia, 1934.
- XV. *Instituciones sociales de la América Española en el período colonial*, por José M. Ots, 1934.
- * XVI. *La ciudad del Bosque*, por Rafael Alberto Arrieta, 1935.
- * XVII. *La pedagogía de la personalidad (Eucken-Budde-Gaudig-Kessler)*, por Juan José Arévalo, 1937.
- XVIII. *Gay Saber*, por Arturo Capdevila, 1937.
- XIX. *Don Pedro de Cevallos*, por Enrique M. Barba, 1937.
- XX. *La Universidad de Buenos Aires desde su fundación hasta la caída de Rosas*, por Antonino Salvadores, 1937.
- * XXI. *La ética formal y los valores*, por Carlos Astrada, 1938.
- * XXII. *Historia crítica de la historiografía argentina*, por Rómulo D. Carbia, 1939.
- * XXIII. *Panorama del nuevo teatro*, por José M. Monner Sans, 1939.
- XXIV. *Tandilia*, por Juan J. Nágera, 1940.
- XXV. *Juan María Gutiérrez*, por María Schweistein de Reidel, 1940.
- XXVI. *Don Gregorio Beéche*, por Rafael A. Arrieta, 1941.
- XXVII. *La instalación humana en el Valle de Catamarca*, por Romualdo Ardissonne, 1941.
- XXVIII. *El budismo "nihilista"*, por Vicente Fatone, 1941.
- XXIX. *Nuestra ciencia y Francisco Javier Muñiz*, por Alberto Palcos, 1943.

ANUARIO BIBLIOGRÁFICO

- * Tomo I. Bibliografía correspondiente al año 1926, con Advertencia de Ricardo Levene.
- * Tomo II. Bibliografía correspondiente al año 1927.
- * Tomo III. 1ª y 2ª partes (2 vols.). Bibliografía correspondiente al año 1928.
- Tomo IV. 1ª y 2ª partes (2 vols.). Bibliografía correspondiente al año 1929.

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LITERARIAS

Dos números publicados (1937 y 1941).

TRABAJOS DE SEMINARIO, CURSOS DE LECTURA Y COMENTARIO DE TEXTOS Y CLASES PRÁCTICAS

- * I. *Ensayos sobre los datos inmediatos de la conciencia*, de Enrique Bergson, Comentarios a los tres primeros capítulos; con Advertencia del profesor Ernesto L. Figueroa.
- * II. *Diálogo entre el Amor y un Viejo*, de Rodrigo Cota; edición crítica con Prólogo del profesor doctor Augusto Cortina.
- * III. *El valor testimonial de cuatro cronistas americanos: Funes, Ruiz Díaz, Las Casas y Acosta*; con Advertencia del profesor doctor Rómulo D. Carbia.
- * IV. *Plan de organización fundamental del sistema nervioso central de los vertebrados*; con Advertencia del profesor doctor Christofredo Jakob.
- V. *Pueyrredón, Agrelo y Sarmiento, considerados como memorialistas*. (Valor cierto de sus testimonios), con Advertencia del profesor doctor Rómulo D. Carbia.
- VI. *Exposición crítica a los prólogos e introducción de la "Crítica de la razón pura"*, de Manuel Kant, con Advertencia del profesor Ernesto L. Figueroa.
- VII. *Paisajes de Emilia Pardo Bazán*; con Advertencia del profesor doctor Arturo Vázquez Cey.
- VIII. *La organización subcortical del sistema nervioso central de los vertebrados superiores: el paleoencéfalo y sus funciones instintivas*; con Advertencia del profesor doctor Christofredo Jakob.
- IX. *El Neocéfalo. Su organización y dinamismo*; con Advertencia del profesor doctor Christofredo Jakob.
- X. *Ontogenia del sistema nervioso*; con Advertencia del profesor doctor Christofredo Jakob.

INVESTIGACIONES PEDAGÓGICAS

Deserción escolar y analfabetismo, por José M. Lunazzi.

CUADERNOS DE TEMAS PARA LA ESCUELA PRIMARIA

- * I. *Concepción actual de los problemas de la escuela primaria*, por María de Maeztu, con Advertencia de Ricardo Levene.
- * II. *Fundamentos psicológicos y pedagógicos del método Montessori*, por María Montessori.
- * III. *El contenido pedagógico de la reforma escolar rusa*, por José Rezzano.
- * IV. *Pestalozzi y su doctrina pedagógica*, por Enrique Mouchet.
- * V. *La enseñanza de las ciencias naturales en la escuela primaria*, por Ángel Cabrera.
- * VI. *Perfil geográfico*, por Juan José Nágera.
- * VII. *Labor educativa de la escuela graduada "Joaquín V. González"*, por Vicente Rascio.
- * VIII. *La nueva educación y la escuela activa*, por Clotilde Guillén de Rezzano.
- * IX. *La lectura en la escuela primaria*, por Arturo Marasso.
- * X. *La enseñanza de la física en la escuela primaria*, por Enrique Loedel Palumbo.
- * XI. *Función del maestro en los sistemas nuevos de educación*, por José Rezzano.
- * XII. *La enseñanza primaria de la cosmografía*, por Juan Hartmann.
- * XIII. *La enseñanza de la botánica en la escuela primaria*, por Augusto C. Scala.
- * XIV. *El problema de la educación*, por Juan Mantovani.
- XV. *Ciencia y pedagogía*, por Alberto Palcos.
- * XVI. *Educación del razonamiento en la escuela primaria*, por Alfredo Franceschi.
- * XVII. *Algunos aspectos de la enseñanza de la geografía*, por Romualdo Ardissoni.
- XVIII. *Lo principal y lo accesorio en la renovación de la metodología pedagógica*, por Clotilde Guillén de Rezzano.
- * XIX. *Las edades en el hombre. Su significado pedagógico*, por Juan Mantovani.
- * XX. *Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela primaria*, por Pedro Henríquez Ureña.
- * XXI. *La enseñanza agrícola en la escuela primaria*, por Tomás Amadeo.
- * XXII. *El lenguaje gráfico: su función en la escuela primaria*, por Luis Falcini.

TEXTOS Y ENSAYOS

En curso de impresión:

TEXTOS HISTÓRICOS

- I. *Florilegio de Relaciones del Perú (siglo XVI)*, con Introducción y notas de Fernando Márquez Miranda.
- II. *Correspondencia de Rosas y Quiroga relativa a la organización nacional (1831-1834)*, con Introducción y notas de Enrique M. Barba.

TEXTOS FILOSÓFICOS

- I. *Proslogion (San Anselmo)*, texto latino y traducción con Introducción y notas de Eugenio Pucciarelli.

En preparación:

- II. *La Poética*, de Aristóteles, texto griego y traducción con Introducción y notas de Enrique François.

PUBLICACIONES FUERA DE SERIE

- "Sarmiento"*, segunda edición de las conferencias del ciclo organizado por la Facultad, aparecidas en el tomo XXVI de la revista "Humanidades".
- "El ritmismo y la gnome eólica"*, por el Doctor Leopoldo Longhi de Bracaglia, folleto al servicio de la cátedra de Literatura Griega y Latina.
- "Inscripción de alumnos desde 1906 a 1939"*, publicación del Archivo de Secretaría.
- Programas*, un libro que se publica anualmente con los programas a desarrollar por cada Profesor durante el año.
- Digesto*, que contiene las ordenanzas y resoluciones en vigencia.

ÍNDICE DEL TOMO XXIX

	Pág.
ARTURO MARASSO, San Juan de la Cruz	5
ALFREDO D. CALCAGNO, Emilio Mira y López	27
EMILIO MIRA Y LÓPEZ, La psicología de ayer y la de hoy	31
FRANCISCO ROMERO, Influencia del descubrimiento de América en las ideas generales	41
FEDERICO A. DAUS, Población de los oasis ricos y de los oasis pobres en la región árida argentina	53
RICARDO R. CAILLET-BOIS, La misión Correa Morales al Uruguay	63
FRANCISCO E. MAFFEI, Notas sobre las formas del conocimiento en Platón	79
SAUL TABORDA, Pedagogía y sociología	93
FRANCISCA DE LA FUENTE, Expresión de América y de los personajes ame- ricanos en la obra de don Ramón del Valle Inclán	103
JOSÉ LUIS ROMERO, La biografía como tipo historiográfico	117
FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, El problema arqueológico chaco-santiaguense	135

MONOGRAFÍAS UNIVERSITARIAS:

EXEQUIEL CÉSAR ORTEGA, Antecedentes, planteo y solución de la cuestión Capital	149
CARLOS A. MARFANY, La poesía de Francisco Luis Bernárdez	165
JUAN ENRIQUE ACUÑA, La nueva poesía argentina	179

BIBLIOGRAFÍA. HISTORIA:

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, <i>Los Machiguengas, contribución para el estudio de la etnografía de las razas amazónicas</i> , por P. Fr. Vicente de Cenitagoya	193
FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, <i>Archeological explorations in the Cordillera Vilcabamba Southeastern Perú</i> , por Paul Fejos	195
ENRIQUE FRANÇOIS, <i>An economic history of Athens under Roman domination</i> , por John Day	197
JOSÉ LUIS ROMERO, <i>Historia de la historiografía española</i> , Tomo I, por B. Sánchez Alonso	199
PALMIRA BOLLO, <i>El hombre y lo sagrado</i> , por Roger Caillois	202

L E T R A S :

	Pág.
ENRIQUE FRANÇOIS, <i>The drama of Eurípides</i> , por G. M. A. Grube	209
ENRIQUE FRANÇOIS, <i>Poetical theory in republican Rome</i> , por Laurence Richardson Jr.	211

F I L O S O F Í A :

FRANCISCO ROMERO, <i>Que nada se sabe</i> , por Francisco Sánchez	213
CARLOS ASTRADA, <i>Aristóteles</i> , por Walter Broecker	215

NOTICIAS DE LA FACULTAD:

Trasmisión del Decanato	223
Homenaje al XXº Aniversario de la organización de la Facultad de Humanidades y creación de la revista "Humanidades", e inauguración del año académico de 1941	225
Homenaje a Leopoldo Herrera	229
Homenaje a Víctor Mercante	233
Homenaje al profesor Arturo Marasso	235
Necrología	235
Homenaje en Tilcara	236
<i>Páginas permanentes</i>	237
<i>Índice</i>	249

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DÍA 30
DE DICIEMBRE DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS CUA-
RENTA Y CUATRO EN
LA IMPRENTA LOPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA.

